VIAJES INEXPLICABLES

JESÚS CALLEJO Y CHRIS AUBECK

Levitaciones, saltos en el tiempo, raptos de hadas y teletransportes sobrenaturales

Luciérnaga

Índice

Portada
Introducción
Raptos y abducciones en el folclore
¡Objetos teleportados!
Los que duermen, los que flotan y los que se bilocan
Antropología prodigiosa
Transportes aéreos sagrados
Viajes literarios, viajes visionarios
Viajes místicos (al infierno, al purgatorio y al cielo)
Los viajeros del tiempo (los crononautas)
Saltos temporales (y espaciales)
Entre lo falso y lo fraudulento (la verdadera historia de...)
Una breve conclusión
Notas
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

INTRODUCCIÓN

Advertimos al lector, así de entrada, que éste no es un libro científico, aunque hablemos de máquinas del tiempo.

Tampoco es un libro de viajes, aunque hablemos de lugares a los que ir o transportarse.

No es un libro de ciencia ficción, aunque hablemos de viajes a la Luna o a Marte.

No es un libro de misterio, aunque hablemos de demonios y desapariciones misteriosas.

No es un libro sobre religión, aunque hablemos de frailes y monjas que levitan o se bilocan.

Y tampoco es, en fin, un libro de aeronáutica, aunque hablemos de naves y vuelos prodigiosos.

Este libro es otra cosa.

Hemos intentado huir de ciertos tópicos y de los casos clásicos o muy conocidos, y hemos dado preferencia a aquellos más raros y menos difundidos, los que nos dejan un poso de sorpresa. Algunos son inéditos, en el sentido de que es la primera vez que van a poder leerse en castellano. Otros no deberían estar aquí, pero hemos querido que estén, y otros muchos no están porque no los conocemos o sencillamente porque no hemos querido que estén. No haremos mención a las desapariciones colectivas (el poblado de Angikuni, el ejército perdido de Cambises, la colonia de Roanoke, etc.) y tampoco a las teletransportaciones ufológicas. Es un privilegio que nos concedemos por ser los autores. Creemos que ya hay suficientes libros sobre todos estos temas.

Hemos leído muchos libros, analizado muchos casos e investigado muchos aspectos relacionados con vuelos, teletransportaciones y desapariciones, y hemos podido comprobar que a menudo se trata de malas interpretaciones de sucesos que en realidad no son tan anómalos. O de simples invenciones literarias, fraudes, bulos o falsificaciones. Ahí están, por ejemplo, los casos del

batallón del regimiento Norfolk, los ángeles arqueros de Mons, los de Rudolph Fentz, Oliver Lerch o David Lang, por citar sólo algunos.

Y busca que te busca, hemos encontrado casos y noticias, algunos muy poco conocidos y divulgados, que no tienen una causa fraudulenta, casos en los que existen testigos, actas notariales, cartas, crónicas, documentos...; en fin, toda una serie de pruebas que, aunque no sean concluyentes, sí nos permiten llegar a pensar que no todo en este mundo obedece a causas coherentes o naturales. No todo tiene una explicación. Dudar es un verbo y un principio básico de todo buen escéptico. Está claro que esos casos inquietantes son los menos. La mayoría son difícilmente demostrables, ya que sólo tenemos de ellos algunas vagas referencias, y otros han sido inventados por algún autor o periodista ocioso.

Charles Fort, en el siglo XIX, fue de los primeros en recoger testimonios de estos «hechos forteanos»; luego ha habido otros autores de lo insólito que han divulgado mucho más el fenómeno de los viajes inexplicables, sobre todo el de las desapariciones misteriosas, como si fuera un cajón de sastre donde meterlo todo, desde individuos hasta poblados enteros, pasando por pequeños objetos o asteroides. En el mejor de los casos, se han hecho eco de historias con un tufillo de falsedad, o que son demasiado bonitas y perfectas para ser ciertas. Bergier, Kolosimo, Jessup, Nandor Fodor, Frank Edwards y Däniken son algunos de los autores de libros donde recogen casos que han dado mucho que hablar sobre viajes increíbles a ninguna parte.

Por eso, a la hora de enfocar y desarrollar este trabajo, no sólo nos hemos remitido a estas fuentes de divulgadores del misterio de las que muchos han bebido sin corroborar la posible veracidad de lo que se estaba contando, en el llamado «arte de corta y pega». Nosotros hemos procurado acercarnos todo lo posible a las fuentes originales de la noticia para, en primer lugar, transcribirla y luego, en la medida de lo posible, averiguar lo que hay de verdad o mentira en esos sucesos aparentemente inexplicables, y más cuando tienen que ver con viajes en el espacio y en el tiempo. Hemos acudido a periódicos, revistas, libros de antropología, de historia de las religiones, libros de folclore, de clérigos eruditos, de avezados

viajeros, de cronistas avispados, etcétera; obras, en definitiva, de personas creíbles que cuentan cosas increíbles.

Hemos unido nuestros archivos y nuestro trabajo para dar a luz una obra «inexplicable», haciendo honor al título. Lo fácil para nosotros hubiera sido encadenar una historia tras otra de las muchas que conocemos sin entrar en su posible veracidad o falsedad, pero nos gusta investigar y complicarnos la vida. Eso supone dedicar más tiempo a buscar las fuentes originales, a analizar los indicios o las pruebas y a averiguar si una noticia está relacionada con otras, lo que nos obliga a leer más, a viajar más, a escribir más... Pero creemos que ha valido la pena el esfuerzo y que los lectores lo agradecerán. Nuestro propósito es arrojar un poco de luz a un asunto tan turbio como es el de los viajes que no tienen una explicación convincente, en todas sus posibles variantes: raptos, trayectos, desplazamientos, abducciones, bilocaciones, levitaciones, desapariciones y teletransportaciones.

Está claro que, al trabajar en colaboración, esa búsqueda exhaustiva de las fuentes originales estaba garantizada de antemano, pues de todos es conocida nuestra capacidad para rastrear el dato como buenos sabuesos del misterio, tirando del hilo para llegar al punto cero, a ese primer documento escrito de un hecho anómalo. Nos gusta conocer el *big bang* de cada caso, el epicentro de la anomalía, el origen del fraude o el eureka de la información fidedigna.

El fruto de todo ese trabajo de investigación y análisis es esta «anomalía» en forma de libro que nos permite hacer turismo por el más acá y el más allá. Es nuestro regalo, porque como muy bien dijo alguien una vez, «quien bien te quiere, te hará... viajar». Javier Reverte lo remató con esta genial frase: «El mejor de los viajes siempre es el próximo».

Adelante, pues, y *bon voyage*...

RAPTOS Y ABDUCCIONES EN EL FOLCLORE

«Lo que sabemos es una gota de agua, lo que ignoramos es un océano.»

ISAAC NEWTON

Existen miles de leyendas y cuentos populares acerca de viajes maravillosos, fantásticos e insólitos. En conjunto, estas historias se clasifican como «folclore», término de origen anglosajón que significa «conocimiento del pueblo» y que también abarca materias tan diversas como canciones, proverbios y costumbres regionales.

El estudio del folclore no puede ser dejado a un lado si queremos conocer el sustrato cultural europeo. Tanto en los ámbitos académicos como entre los eruditos locales y los folcloristas, cada vez parece más claro que hay algo en el mundo tradicional que nos acerca a la esencia de la humanidad. Ese algo debe ser reconocido, estudiado y debidamente valorado. Los cuentos y leyendas se clasifican en veintidós temas según el sistema Aarne-Thompson (AT), que les asigna letras y números. Las clasificaciones comienzan con el código A1 (historias acerca del Creador) y terminan con el Z356 (las protagonizadas por un único superviviente tras la destrucción de su comunidad).

Las historias donde intervienen seres maravillosos y seres horribles autores de grandes prodigios se recogen en los apartados F y G, y las historias de viajes inexplicables realizados con objetos mágicos se recogen en el apartado D («Lo mágico»), y más concretamente desde D1520.1 hasta D1539.3, unas ciento cincuenta entradas en total. La mera lectura de las categorías ya resulta fascinante: «transporte mágico mediante una manzana de oro» (D1520.4), «transporte mágico mediante piel de pescado»

(D1520.5.1), «transporte por medio de un collar» (D1520.34), «sandalias con una velocidad mágica» (D1521.1.1), «césped mágico que sirve de barco» (D1524.7)...

Comprobamos que no es lo mismo viajar con un par de zapatos milagrosos (D1520.10) que poniéndose unas sandalias especiales (D1520.10.1), y ser llevado al cielo en una silla (D1520.16) es distinto de volar sentado cómodamente en un sofá (D1520.17).

También en las abducciones la tipología es muy amplia. Podemos hablar de casos de «espíritus del agua que secuestran a los mortales y los mantienen bajo el agua» (F420.5.2.2), de «enanos que secuestran a los mortales» (F451.5.2.4), del «secuestro de una mujer por parte de la Luna» (A753.1.1) y un largo etcétera. De la misma manera se han clasificado también todas las historias de desapariciones misteriosas y viajes en el tiempo del folclore mundial.

Aunque el sistema AT es reconocido por muchos estudiosos como una herramienta de vital importancia para el estudio y la catalogación de las fábulas, no ha estado exento de críticas. La objeción más importante la hizo el ruso Vladimir Propp en el primer capítulo de su *Morfología del cuento*. Propp cuestionó la catalogación de los cuentos en tipos y motivos: «No se puede determinar dónde termina un tema con sus variantes y dónde empieza otro», argumentó.

Propp analizó los cuentos por la función que cada personaje cumplía con sus acciones y concluyó que un relato estaba compuesto de 31 elementos. En el punto número 14 el héroe recibe un objeto mágico y en el 15 se habla del viaje en el que el héroe es conducido a otro reino, donde se halla el objeto de su búsqueda. Estas funciones están agrupadas en siete tipos de personajes:

1. El agresor (malvado): bruja, madrastra, ogro, dragón, demonio.
2. El donante que le da el objeto mágico al héroe: el hada, el duende...
3. El auxiliar, el que ayuda al héroe.
4. La princesa y el padre.
5. El ordenante.
6. El héroe: príncipe, aldeano...

7. El antagonista.

Los 31 elementos que señala Propp son recurrentes en todos los cuentos de hadas populares. Y señala la predilección por los números impares, sobre todo el 3 y el 7.

Desde 2004, a la clasificación Aarne-Thompson se le añade el nombre de Uther, por ser él quien la ha acabado de completar.

En las tradiciones de todo el mundo se da noticia de personas que han sido llevadas, a la fuerza o por propia voluntad, a lugares lejanos para ser testigos de acontecimientos históricos (la ciudad de Roma es uno de los destinos favoritos), o bien a la vuelta de la esquina. El medio usado es un transporte sobrenatural, que puede ser muy diverso: palos, escobas, arcones, esferas, torbellinos, nubes e incluso a lomos de un diablo. Menos máquinas, cualquier cosa puede servir. Algunos han desaparecido súbitamente y han aparecido en otro sitio distinto, totalmente desconcertados, sin saber ni cómo ni cuándo ni de qué manera han llegado allí. Hartland, Evans-Wentz, el padre Feijoo o Antonio de Torquemada nos cuentan varios de esos casos. Ahora bien, en algunos episodios intervienen demonios, en otros duendes, brujas, espíritus, ángeles, elfos y entidades de diversa naturaleza y pelaje.

1. Demoníacos y brujeriles

Cabe destacar aquellos raptos que hacen gala de artes mágicas demoníacas gracias a la tenencia de diablillos o «demonios familiares» metidos en una redoma o un alfiletero, por lo pequeños que son, aunque cuentan con poderes suficientes como para llevar a su dueño por los aires. Zequiel (el del doctor Torralba) no era un diablillo, pero sí tenía la categoría de «daimon», especie de genio protector que, según la tradición, poseen figuras ilustres como Salomón, Sócrates, Paracelso, el cura de Bargota, el doctor de las Moralejas, Valeriano de Figueredo y tantos otros. En la Edad Media y la Edad Moderna, quienes decían tener uno de estos daimones o sus familiares se veían incursos en acusaciones brujeriles o procesos inquisitoriales. Tener poderes hipnóticos, desaparecer de repente, viajar a un lugar lejano, provocar tormentas, celebrar rituales o

invocar a los elementos eran indicios más que suficientes para incomodar a las autoridades civiles y eclesiásticas. Todo eso eran cosas del demonio, aseguraban, incluso si los protagonistas eran gente de la Iglesia. No todos ellos se presentan como casos evidentes de teleportación (o teletransportación: «lo mismo da que da lo mismo»). A veces tenemos que leer entre líneas.

A Hernando Alonso, sacerdote de El Viso de San Juan (Toledo), se le atribuían algunos de estos poderes, y decían que en pleno invierno tenía en su casa flores de temporada. Un siglo después, en el XVIII, en Cabañas de la Sagra vivió un tal José Navarro con fama de hechicero y que cierta noche le dijo a su esposa que si él quería podría llevarla volando a Villaluenga para asistir al aquelarre del sábado. Así se las gastaban.

El mito de Magonia

Hay palabras que resuenan en nuestra mente. Una de ellas es Magonia. En alguna fecha posterior al año 810, el arzobispo de Lyon Agobardo (779-840) escribió un texto, probablemente en forma de sermón, titulado *Liber contra insulsam vulgi opinionem de grandine et tonitruis* (Libro contra las opiniones falsas acerca del granizo y los truenos). En él Agobardo criticaba la creencia de que ciertos magos malvados, llamados *tempestarii*, pudieran levantar tormentas para robar la cosecha en los campos de otros. Esta idea estuvo muy extendida durante la Edad Media.

Al principio de su *Liber*, el obispo describe un incidente ocurrido unos años antes y en el que intervienen unas naves aéreas. Agobardo fustiga la credulidad y fantasía desbordada de sus feligreses y condena esa falsa creencia. He aquí el texto completo del episodio, tantas veces citado, y tan poco corroborado:

> Yo mismo he visto y oído a muchas de estas personas tan locas y hasta tal punto idiotizadas, que creen y sostienen que hay un país llamado «Magonia», de donde vienen naves a través de las nubes, recogen el trigo y los demás cereales tendidos y segados por el granizo y por la tormenta y lo cargan en dichas naves: después de hacer regalos a los «tempestarios» a cambio de sus frutos, los marineros del aire vuelven a la misma región. Un día vi a muchos de estos estúpidos presentar ante un grupo de gente cuatro personas encadenadas, tres hombres y una mujer, que habrían caído precisamente de tales naves. Después de tenerlos en cepos algunos

días, al final, reunida alguna gente, los trajeron a mi presencia, como he dicho, para lapidarlos. Pero, prevaleciendo la verdad, tras muchos razonamientos que yo les opuse, aquellos que los habían capturado fueron desenmascarados como ladrones.*

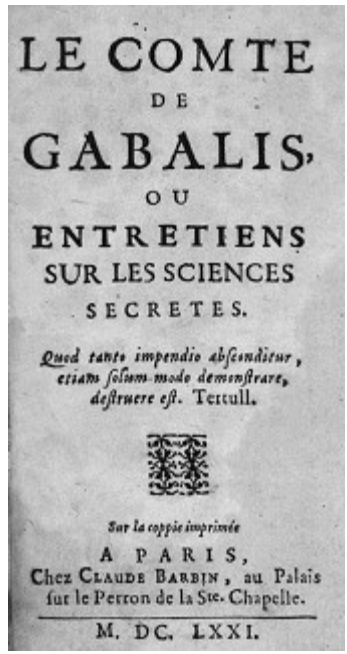
En el resto del libro Agobardo examina detalladamente la cuestión de si los magos llamados *tempestarii* existían o no, y finalmente concluye negando su existencia y afirmando que, en cambio, el diablo sí puede engañar a los débiles para que piensen cualquiera cosa.

Jacques Vallée, en *Pasaporte a Magonia*, popularizó este nombre para referirse a un país o lugar mágico situado en algún punto entre el cielo y la tierra y del que procedían seres extraños que decían descender de nubes, naves o luces.

Veremos cómo la brevísima referencia al acontecimiento que hace Agobardo luego iría cobrando vida propia. Las páginas fueron descubiertas por el erudito Papire Masson y se publicaron por primera vez en 1605, unos ochocientos años después de que se escribieran. Dado que esta edición estaba llena de errores, en 1666 se publicó de nuevo, en una edición revisada de Stephane Baluze.

Una de las personas que encontraron inspiración en esta obra fue el abad Montfaucon de Villars, que en 1670 escribió un libro titulado *Conversaciones con el conde de Gabalis sobre las ciencias ocultas*, donde desarrolló una historia basada en la anécdota de Agobardo. En ella, un «famoso cabalista» del siglo XIX llamado Zedechias pedía a los silfos que se manifestaran visiblemente en el aire para que todo el mundo pudiese ver y admirar lo maravilloso que era su mundo. Los silfos accedieron y se mostraron como soldados en el cielo, con banderas y armas y toda clase de naves. Ante todo aquel despliegue aéreo, los mortales creyeron que los silfos eran poderosos magos que querían robarles los cultivos. Al advertir que su mensaje había sido mal interpretado, los silfos intentaron sacarles de su error «secuestrando a los hombres de todos los lugares, para mostrarles sus hermosas mujeres, su república y su gobierno, y devolverlos en lugares distintos del Mundo». El problema fue que los lugareños, al ver cómo los hombres raptados por los espíritus eran bajados al suelo, creyeron que se trataba de magos malvados dispuestos a envenenar su cosecha y sus fuentes. «Así mataron con fuego y agua un número

inmenso de hombres en todo el Reino.»


LE COMTE
DE
GABALIS,
OU
ENTRETIENS
SUR LES SCIENCES
SECRETES.
Quod tanto impendio absconditur, etiam solum modo demonstrare, destruere est. Tertull.
Sur la copie imprimée
A PARIS,
Chez Claude Barbin, au Palais
sur le Perron de la Ste. Chapelle.
M. DC. LXXI.

El Conde de Gabalis es un libro escrito en 1670 por Nicolás Montfaucon de Villars (1638-1674) en el que dicen que se revelan importantes secretos rosacruces que costaron la vida del escritor.

Montfaucon de Villars escribió que los cuatro presos salvados por Agobardo declararon haber sido secuestrados y llevados por el aire. El arzobispo se mostró muy escéptico y sostuvo que todo había sido una equivocación, que volar era imposible. Al oír esto el pueblo se tranquilizó y los cuatro presos fueron liberados. Sin embargo, su experiencia les había impactado tanto que no paraban de hablar de los seres etéreos que habían conocido, y a raíz de aquellas historias se gestaron muchas leyendas sobre hadas y otros seres fantásticos.

Como apunta Jean-Louis Brodu, el libro de Villars fue criticado por los historiadores por ser demasiado fantasioso. Y es que Villars no escribía como académico, sino como esotérico, y su narración debía más a su imaginación que a su conocimiento de las tradiciones antiguas. En *Histoire littéraire de la ville de Lyon* (1730), el prestigioso historiador Dominique de Colonia resumía así la

opinión que le merecía la obra de Villars: «lo que ha escrito acerca de san Agobardo es tan falso, o por lo menos está tan novelizado, que me costó trabajo reconocer la verdad entre los cuentos con los que la ha "maquillado"».

Pese a ello, la obra de Villars tuvo tanta influencia que hoy día es difícil encontrar referencias al incidente descrito por Agobardo sin tropezar con largas citas extraídas del libro de Villars.

En 1784 el escritor francés A. G. Rozier publicó un libro titulado *Dissertation sur les aérostates des anciens et des modernes* (Tratado sobre las aeronaves antiguas y modernas) (París, 1784), en el que intentó demostrar que las naves aéreas de los silfos descritas por Agobardo –o, mejor dicho, por Villars– eran un ejemplo más de la tecnología humana. Todo había sido un gran malentendido, aseguró.

Aquellos «magos» no habían recurrido a la magia para volar, sino al fuego, al aire ¡y a sus enormes globos aerostáticos! Rozier creía que en la antigüedad ya se habían inventado máquinas voladoras, y que la historia mostraba que su utilidad era casi nula. Su interpretación del incidente de Lyon era la siguiente: cuatro campesinos ingenuos fueron contratados para montar en un globo o nave experimental y poner a prueba las capacidades del vehículo. El viento los arrastró hasta Lyon y la nave acabó aterrizando cerca de la place du Change. Los habitantes del lugar los arrestaron de inmediato por considerarlos «hacedores de tormentas», pero Agobardo llegó a tiempo para interrogarlos e impedir su ejecución.

En 1787 el también escritor A. F. Delandine, en su libro *Le conservateur* (tomo II, 1787, p. 185), introdujo un nuevo detalle al relato: tras fracasar en su intento de liberar a los presos, Agobardo les ayudó en secreto a escaparse.

La historia del fraile Blas

Del fraile Blas, de cuya biografía, cronología, origen o destino no se tienen datos, se decía que acudía volando hasta el aquelarre del Llano de Brujas, en Alcantarilla (Murcia). El nombre tan singular de esta pedanía (que antes del actual había tenido otros tres: el Salar, Baena y la Obra) parece proceder de una curiosa y difusa leyenda recogida por Mª Luisa Vallejo y Guijarro y Mª Luisa Sánchez Vallejo en su libro sobre las leyendas de Murcia,* según la cual un fraile

carmelita, conocido como el padre Tomatera o el fraile Blas, sufrió un desvanecimiento, un mal sueño o una alucinación, durante el cual «las brujas de Alcantarilla, que tienen fama de hacer esta cosas», lo cogieron y llevaron por los aires hasta dejarlo en presencia del mismísimo diablo; y allí el fraile pronunció el conjuro carmelita contra diablos infernales: *«Vade infernalis, draco autoritate. Dei et Beatissimae Virginies Carmelitanae».*

Nunca falla. O sí. El caso es que soltaron al fraile, que cayó desde tal distancia que al aterrizar quedó atontado. Algo normal en estos casos. A partir de ese momento, y sobre todo desde que el fraile contó la experiencia que había tenido, los vecinos empezaron a llamar al sitio en el que habían encontrado al padre Tomatera como el Llano de Brujas, que suena mejor que el Llano de las Tomateras.

La Ansarona, de viga en viga

Seguimos con aquelarres. El del pequeño pueblo de Pareja (Guadalajara) fue un foco brujeril en el siglo XVI, con cierto revuelo de actividades demoníacas. Y una de las mujeres que fueron denunciadas ante la Inquisición fue Francisca Ansarona, por invocar al diablo a instancias de su maestra y vecina, Quiteria de Morillas. Y la discípula, con el tiempo, aventajó a la maestra. Hablaban de un pacto satánico gracias al cual podía realizar toda clase de proezas, como ir volando al aquelarre del prado de Barahona (en Soria) para reunirse con sus congéneres. En el proceso incoado en 1527, Francisca Ansarona declaró que hacía tres décadas que era bruja (en aquel momento tendría unos cincuenta años de edad) y que para acudir al lugar de encuentro «salían volando e iban altas del suelo hasta dos palmos en el aire» (es decir, a medio metro del suelo, aproximadamente). Salían por la ventana y mientras cruzaban el aire meneaban el cuerpo «de compás de un ave volando», aunque andaban «algo tontas y algo turbado el sentido». Sólo caminaban hasta medianoche y antes de cantar el gallo se volvían a casa.

Antes de salir se frotaban el cuerpo (las partes pudendas pero también los sobacos y las corvas) con unos buenos ungüentos alucinógenos, y recitaban una frase a modo de conjuro mágico: «¡De viga en viga, con la ira de Dios y de santa María!».*Estas palabras también las utilizaron otras hechiceras manchegas y alcarreñas con

fama de brujas, como Águeda, una vecina de Molina de Aragón (Guadalajara), que las pronunciaba para trasladarse volando (no se especifica si en escoba o con otro medio) a la cercana laguna de Gallocanta. En otras versiones la invocación cambia la palabra «viga» por «villa».

El obispo de Jaén y su sombrero

Es normal que clérigos, sacerdotes, monjas, frailes u obispos intervengan también en estas leyendas en las que aparecen grimorios y demonios junto con viajes enigmáticos e incomprensibles.

Uno de los casos más curiosos es el de Nicolás de Biedma, personaje histórico del siglo XIV que llegó a ser obispo de Jaén y luego de Cuenca. Pues bien, según la leyenda, en una sola noche recorrió el camino de Jaén a Roma, adonde acudió para advertir al Papa de que corría un peligro inminente; como muestra de agradecimiento, el Papa lo obsequió con una reliquia sagrada: la Santa Faz o Santa Verónica, que actualmente se venera en la catedral de Jaén.

En una de sus *Cartas eruditas y curiosas*, el padre Feijoo narra el episodio en los siguientes términos:

> De buen humor estaba Vmd. cuando le ocurrió inquirir mi dictamen sobre la Historieta del Obispo de Jaén, de quien se cuenta, que fue a Roma en una noche, caballero sobre la espalda de un Diablo de alquiler: ¡Triste de mí, si esa curiosidad se hace contagiosa, y dan muchos en seguir el ejemplo de Vmd. consultándome sobre cuentos de niños, y viejas! Parece que le hizo alguna fuerza a Vmd. para no disentir enteramente la circunstancia añadida a la Historia, o completiva de ella, que aún hoy se conserva en Roma el sombrero de aquel Prelado; como si la ficción de este aditamento tuviese más dificultad, que la del cuerpo del cuento. ¿Qué testigos calificados deponen de la existencia del sombrero? Puede ser que en alguna Iglesia, de tantas como hay en Roma, se guarde, como reliquia, el sombrero de algún Obispo Santo y a algunos Españoles simples, otros Españoles dobles les hayan embocado, que es el sombrero del Obispo de Jaén.
>
> Supongo, que los que publican la conservación del sombrero, dan por motivo de ella, perpetuar la memoria del prodigio, de que amaneció en Roma cubierto de la nieve, que aquella noche había caído sobre él en el tránsito de los Alpes. ¿Pero cómo se compone

esto con el chiste, que hace parte de la Historieta, de que llevándole el Diablo acuestas sobre el Mar, con un ardid quiso hacerle pronunciar el nombre de Jesús, para dejarle caer sobre las hondas; y el Obispo, oliendo la maula, le dijo, como si le batiera con el acicate: «Arre diablo»; con que lo hizo avivar el paso, y guardar sus engañifas para mejor ocasión? ¿Cómo se compone, digo, ir de Jaén a Roma por los Alpes, y hacer el mismo viaje navegando el Mediterráneo? Sólo de este modo pudo correr el prodigio por Mar, y por Tierra. De cualquiera modo que fuese, discurro, que el Obispo había dejado el Pectoral en casa; porque como la Cruz es tan pesada para el Diablo, no podría, llevándola acuestas, hacer tan largo viaje en tan poco tiempo.*

Feijoo, por supuesto, no se creyó la historia, que convirtió en objeto de sus chanzas y burlas.

El obispo en cuestión, según otras crónicas, sería Nicolás de Biedma, y el año de la traslación 1376. Lo bueno es que el padre Feijoo, en esa misma carta, cuenta otra historia parecida para demostrar que unos se copian a otros:

En esta Ciudad de Oviedo hay un pobre Ganapán, llamado Pedro Moreno, de quien se cuenta en substancia casi lo mismo que del Obispo de Jaén. Refiérese el caso de este modo. Se le habían entregado unas Cartas para que las llevase a Madrid con más que ordinaria diligencia, porque importaba la brevedad. A poca distancia de esta Ciudad encontró un Fraile; (nómbrase la Religión) que se le ofreció por compañero de viaje. Resistióle algo, con el motivo de que iba con mucha prisa, y no podría el Religioso seguir su paso; mas al fin éste le redujo, y al mismo tiempo le entregó un báculo, que llevaba en la mano, para que usase de él. Con esto emprendieron el viaje, y fue tan feliz, que habiendo de aquí a Valladolid cuarenta leguas, fueron en el mismo día a comer algo más allá de aquella ciudad. El resto del viaje se hizo con la misma brevedad. Este cuento estaba esparcido por todo el Pueblo, y creído de todo el Vulgo (pienso que también de algunos fuera del Vulgo), cuando llegó a mis oídos. El sujeto de la Historia era el testigo que se citaba, el cual la había referido a infinitos. Hícele llamar a mi Celda, para examinarle. Ratificóse en que era verdadero el hecho; pero con preguntas, y repreguntas sobre las circunstancias, le hice caer en muchas contradicciones. Fuera de esto hallé, que a diferentes sujetos había referido el caso con mucha variedad. Lo que saqué en limpio fue, que había oído el caso del Obispo de Jaén, y le pareció se haría hombre famoso, haciendo creer de sí otro semejante. Pienso que

después, extendiéndose la noticia de mi pesquisa, se desengañaron muchos. Pero antes de hacer esta averiguación, ¡a cuántas partes llegaría la especie de este viaje prodigioso, adonde no llegará jamás el desengaño! Acaso, si no lo estorba este escrito, será algún día poco menos famoso en España el viaje del Ganapán Pedro Moreno, que el del Obispo de Jaén.

«Malleus, malleus…»

En el siniestro manual de brujería *Malleus maleficarum* (El martillo de las brujas), escrito por dos dominicos –Sprenger y Kramer– un tanto obsesionados con el demonio y publicado en 1486, puede leerse la siguiente historia, narrada por san Pedro Damián, un prelado italiano que vivió en el siglo XI:

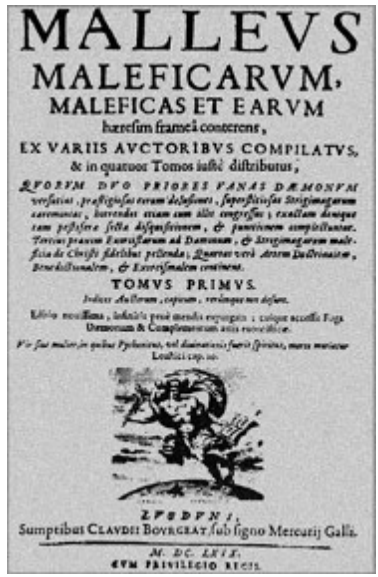
> Vicente de Beauvais, en su *Espejo histórico*, citando a Pedro Damián, relata la historia de un niño de cinco años, hijo de un hombre perteneciente a la alta nobleza; este niño era monje en aquel momento. Una noche fue transportado desde el monasterio hasta el molino que se encontraba cerrado, donde fue hallado por la mañana. Interrogado, contestó que había sido llevado por dos hombres para un enorme banquete y que había sido instado a comer. Tras de ello le habían arrojado al molino por la trampa de arriba.
>
> Y puesto que se habla de los magos que en nuestro lenguaje usual llamamos nigromantes, que son transportados a menudo por los aires por los demonios, con frecuencia hacia tierras lejanas, conviene que se trate algo acerca de ellos. A veces persuaden incluso a los otros para que vayan con ellos sobre un caballo, que en realidad no es un caballo sino el mismo demonio bajo esta forma. Se dice que advierten entonces a sus compañeros para que no hagan el signo de la cruz.

Y un poco más adelante, en el *Malleus maleficarum* se mencionan varios casos sorprendentes, y en los que las nubes vuelven a aparecer:

> Aunque somos dos los que redactamos este tratado, sólo uno de nosotros ha encontrado y visto hombres semejantes: por ejemplo uno que era antes maestro de escuela y ahora sacerdote en la diócesis de Freysing, tenía la costumbre de contar que una vez había sido levantado a los aires por el diablo y conducido a lugares apartados. Igualmente también otro, sacerdote en Oberdof, una fortaleza, próxima a Landshut, que era en aquel tiempo amigo de uno de

nosotros vio con sus propios ojos semejante transporte. Contaba de qué manera el hombre era transportado con los brazos extendidos, y cómo gritaba aunque sin lamentarse. La causa de ello era la siguiente: un día, numerosos estudiantes se habían reunido para beber cerveza y todos se pusieron de acuerdo para que aquel que sirviera la cerveza no pagase. Pero uno de los compañeros yendo a buscar la cerveza, cuando abrió la puerta, vio una espesa nube situada delante de la entrada. Aterrorizado volvió, y manifestando la razón, hizo comprender a los otros que no quería traer la bebida. Entonces otro gritó con fuerza: yo traeré de beber aunque el diablo mismo esté ahí. Salió, pero ante la vista de todos fue transportado por los aires.

Durante la Edad Media hubo varios testimonios de esta índole, pero siempre, invariablemente, se atribuyeron a las malas artes del demonio. Incluso en el *Coloquio de los perros*, novela de Miguel de Cervantes, aparece una bruja que «traía a los hombres en un instante de las lejanas tierras».


MALLEVS
MALEFICARVM,
MALEFICAS ET EARVM
hæresim frameâ conterens,
EX VARIIS AVCTORIBVS COMPILATVS,
& in quatuor Tomos iustè distributus;
TOMVS PRIMVS.
LVGDVNI,
Sumptibus CLAVDII BOVRGEAT, sub signo Mercurij Galli.
M. DC. LVIX.
CVM PRIVILEGIO REGIS.

Portada del *Malleus Maleficarum*, libro que no sólo fustigó a las brujas sino que incorporó muchos casos de viajes inexplicables.

La niña que cae en el jardín de los capuchinos

Sobre el año 1612, en la localidad francesa de Mâcon se contaba

que la hija de uno de los burgueses más ricos y honorables de la ciudad fue transportada por seres extraños. La chica tenía unos catorce años y dormía en el dormitorio de la criada. Como ésta se ausentaba muchas noches, un día la niña le preguntó adónde iba. La criada respondió que viajaba a un lugar donde se reunía con personas muy agradables, bailaba y disfrutaba de «muchos tipos de placeres y satisfacciones». La niña le pidió acompañarla y la sirvienta accedió. Celebró una ceremonia diabólica en la que le untaron algunas partes del cuerpo con los típicos ungüentos y acto seguido la muchacha fue transportada por el aire por un demonio. Sin embargo, mientras sobrevolaba el convento de los capuchinos, se asustó y comenzó a rezar; su viaje aéreo se interrumpió y ella bajó bruscamente al jardín del convento. Cerca de medianoche, algunos capuchinos oyeron una voz quejumbrosa procedente de su jardín y acudieron a su encuentro. La muchacha, magullada, les contó lo que había pasado. Dos de los monjes la llevaron de vuelta, en secreto, a la casa de su padre, antes de que éste pudiera advertir que su hija había desaparecido.

François Perrault, que recogió la leyenda en *L'Antidemon de Mascon*, aseguraba que él siempre había escuchado la historia «como muy veraz por una infinidad de personas». De hecho, él mismo había visto a la chica varias veces y había oído que se había casado.*

Abducción traumática en Astorga

En consonancia con la historia narrada por san Pedro Damián, en *Jardín de flores curiosas* (1570) el cronista Antonio de Torquemada cuenta un suceso de teleportación acaecido en la ciudad leonesa de Astorga, su pueblo natal. Lo que distingue su relato es que tanto la desaparición del protagonista como su posterior aparición ocurren casi en el mismo lugar. Según Torquemada, a mediados del siglo XVI vivía una familia con dos hijos, y uno de ellos, de unos trece años, cometió una travesura con la que enojó mucho a su madre, tanto que ésta «comenzó a ofrecerle y encomendarle muchas veces a los demonios que se lo llevasen delante. Esto era a las diez de la noche, que hacía muy oscura y como la madre no cesase de seguir sus maldiciones, el muchacho con miedo se salió a un corral que en la casa había y allí

desapareció».

IARDIN
DE FLORES
curiosas, en q se tratá
algunas materias de humanidad, phi
losophia, theologia, y geographia, con
otras cosas curiosas, y apazibles. Cō-
puesto por Antonio de Tor-
quemada.
DIRIGIDO AL MVY ILLVSTRE
EN SALAMANCA
M. D. LXX.

En la obra más famosa de Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, menciona varios casos de teletransportaciones misteriosas como el acaecido a un niño de Astorga o a un estudiante cacereño.

Aunque lo buscaron por todas las partes, no había dejado ni rastro; todas las puertas estaban cerradas, no faltaba ninguna prenda ni ningún enser, nada indicaba que hubiera huido. Al cabo de dos horas, los padres oyeron un ruido estruendoso en la habitación superior. Subieron rápidamente, abrieron la puerta con llave y encontraron al muchacho aturdido y maltratado, con la ropa rasgada y el cuerpo magullado, con rasguños similares a los que dejan las espinas o las garras.

Al día siguiente, cuando el chico ya parecía haber vuelto en sí, sus padres le preguntaron qué le había ocurrido la noche anterior. Él les explicó que, mientras estaba en el corral, había visto sobre sí

> … unos hombres muy grandes y muy feos y espantables, los cuales, sin hablar palabra, le tomaron y llevaron por el aire con tan gran velocidad que no hay ave en el mundo que tanto volase; y que, descendiendo a unos montes muy llenos de espinos, le habían traído arrastrando por medio de ellos para una parte y para otra, de manera que le habían puesto de la suerte que veían; y que al fin le acabaran de matar, sino que él tuvo tino de encomendarse con gran voluntad a Nuestra Señora que le valiese y que, a la hora, aquellas visiones le habían vuelto por el aire y le habían metido por una ventana pequeña que estaba en la cámara y que allí lo habían dejado y se volvieron por donde habían venido.

Torquemada acaba su relato contando que conoció personalmente a aquel muchacho después de mucho tiempo y constatando que de esta mala aventura el muchacho quedó sordo y abobado, «de manera que nunca fue el que antes era y pesábale de que le preguntasen o trajesen a la memoria lo que por él había pasado».*

¿Quién raptó al niño astorgano y para qué? Lo cierto es que el incidente le dejó unas importantes secuelas físicas y psíquicas, como suele ocurrir en otros relatos coetáneos. Después de un incidente de esta clase, las personas involucradas en él o, mejor dicho, las víctimas ya no son las mismas. Hay un antes y un después. Su carácter cambia de manera radical, y suele ser para mal.

Los niños son las víctimas más vulnerables, sea por su escaso peso o su mucha inocencia, para sufrir esta clase de raptos que se dan en todas las latitudes.

Teletransportación de un estudiante

En su *Jardín de flores curiosas*, unas páginas más adelante, Torquemada relata también otro caso muy significativo protagonizado por un estudiante del monasterio cacereño de Guadalupe:

> Pero oíd lo que os contaré, por donde entenderéis si los demonios entran también en las bestias, y a requisición de aquellos que están concertados con ellos. Estando yo estudiando, llegóse a mi compañía un mancebo estudiante, y tan hábil, que oyendo medicina, vino a ser médico de nuestro emperador Carlos V; y viniendo a propósito me dijo y afirmó con grandes juramentos que, estando en la villa de Guadalupe, oyendo Gramática en aquel Monasterio, se salió un día en la tarde a holgar en el campo, y vio venir por un camino a un hombre en hábito de religioso, el cual traía un caballo tan flaco, y, al parecer, tan cansado, que apenas se podía tener en los pies; y llegando a él, le dijo: «Gentil hombre, ¿queréisme hacer tanto placer, que os lleguéis por mí a la villa, y me compréis alguna cosa para cenar? Porque yo no puedo por algunas causas entrar ahora dentro, y os agradeceré mucho que toméis por mí este trabajo». El estudiante le respondió que de muy buena voluntad; y así, le dio dineros, y fue y trajo todo recaudo, conforme a lo que pidió; y el hombre, tendiendo un manto o manteo y un paño encima, se puso a cenar en un prado, e hizo al estudiante por fuerza que comiese con él; y estando hablando en algunas cosas, el estudiante le preguntó

que para dónde caminaba, y él le respondió que para Granada, y el estudiante le tornó a decir: «Y pienso partirme muy presto para allá a ver a mi madre, que vive en aquella ciudad y ha mucho tiempo que no la he visto ni sabido de ella». El caminante le dijo: «Pues si vos os queréis ir ahora en mi compañía, yo os haré la costa y os llevaré de manera que apenas sintáis el camino; pero ha de ser con condición que luego nos partamos, que yo no me puedo detener».

El estudiante, que no era rico, sino tan pobre que si había dejado de irse, era por no tener dinero para el camino, aceptó de buena voluntad el ofrecimiento, rogándole que le esperase solamente cuanto se llegaba a despedirse de las personas a quien tenía obligación, y tomaba unas camisas y dejaba a recaudo unos libros. Y así, fue y volvió con muy gran presteza; pero ya era la noche cerrada e importunábale que se quedasen hasta la mañana. El pasajero dijo que antes era mejor caminar toda la noche y descansar por el día, pues hacía tan gran calor (porque esto era en el mes de junio); y así, el uno a caballo y el otro a pie, comenzaron su camino, contando cuentos y tratando algunas cosas; y habiendo un rato que iban de esta manera, el caminante comenzó a importunarle que se subiese a las ancas del rocín, y el estudiante, riéndose de ello, le dijo: «No sé yo si podrá llegar así, según está de flaco y perdido con los cuadriles de fuera, cuanto más menearse con dos personas encima». El otro le respondió: «No le conocéis bien, que no hay tal bestia en el mundo, y así como está, no le daría por ningún precio». Y en fin, porfió tanto con el estudiante, que subió en el rocín, el cual comenzó a caminar tan bien y tan llano, que le llevaba maravillado de su velocidad.

El buen hombre no hacía sino decirle que qué le parecía de su rocín, y que no se durmiese, que muy bien duraría en aquel andar hasta la mañana; y con esto, caminaron hasta que comenzó a aparecer el día, que el estudiante vio una tierra muy buena, llena de muy grandes huertas y arboledas y una ciudad muy populosa adelante, y preguntó a su compañero que adónde estaban; él le dijo que en la vega de Granada, que aquélla era la ciudad, que lo que le rogaba, en pago de la buena obra que le había hecho, era que ninguna persona lo supiese ni dijese ninguna cosa de lo que con él y con su caballo le había acaecido, y que él podría ir de allí adonde quisiese, porque él había de ir por otro camino. El estudiante se despidió de él y se fue a la ciudad, muy maravillado de haber caminado tantas leguas en una noche, y considerando que en aquel rocín venía metido algún demonio, que de otra manera fuera imposible hacerlo.

Claro está que ésa no podía ser sino obra del diablo; y otra semejante que ésa podré yo contar, que, según un amigo de los que aquí estamos me contó, pasó muy de cierto, y fue que, yendo camino

de la misma la ciudad de Granada que habéis dicho su padre y otro con él, partieron de Valladolid, y pasando la villa de Olmedo, toparon un caminante que les dijo ir el mismo camino, y que si eran contentos, que todos podrían ir juntos en compañía; ellos holgaron de ello; y así, comenzaron a caminar, contando muchas cosas de entretenimiento y pasatiempo; y como hubiesen caminado dos o tres leguas, el que se juntó con ellos les persuadió a que se apeasen en un prado que estaba en el camino, al parecer, muy deleitoso; y allí, tendiendo un manto grande que llevaba, de manera que no quedó arruga ninguna en él, sacó provisión para comer, y lo mismo hicieron los otros; y tendiéndose todos sobre el manto, y asimismo dos mozos que iban con ellos, hizo que llegasen tanto las bestias, que también pusieron los pies y manos en la misma ropa, y merendando muy a su placer y tratando de muchas cosas que les daban gusto, se detuvieron un gran rato sin sentirlo, y después, dando prisa a los mozos que les diesen las bestias, el caminante les dijo: «Señores, no os fatiguéis tanto por caminar, que bien podréis hoy llegar a buena hora a Granada». Y entonces les mostró la ciudad no un cuarto de legua de ellos, de que no poco quedaron maravillados; y diciéndoles que diesen las gracias a su manteo, les rogó que nadie supiese lo que había pasado, y ellos se lo prometieron, y así se apartaron allí los unos de los otros, y él se fue por otro diferente camino.*

Letrado transportado a tierras extrañas

Más curioso aún (¿más todavía?) es el caso que explica Torquemada a continuación, sobre un letrado que va a un aquelarre para refocilarse y termina de manera muy distinta a como había pensado. Tras su aventura nocturna, aparece, sin saber cómo, en un país lejano en el que no conoce a nadie y del que nada sabe, ni siquiera la lengua; tardará tres años en regresar a su casa:

... y de una sola cosa quiero daros noticia que a mí me contaron por muy cierta, por informaciones y testimonios que de ello se tomaron, y fue que un hombre avisado y letrado, sospechó que un vecino suyo era brujo, y con muy gran gana que le tomó de saber lo que en esto había, comenzó a tener con él gran familiaridad y conversación de manera que vino a descubrirse entre ellos el secreto; y así, el brujo, con muy gran instancia, le comenzó a persuadir que si quería gozar la vida con todos los deleites y contentamientos del mundo, que entrase en esta compañía.

El letrado, fingiendo que era contento de ello, concertaron entre sí que, para cierto día en que se solían juntar todos en una parte, irían ambos a hacer su concierto y confederación con el demonio,

metiéndose debajo de la bandera de su capitanía. Venido este día, después que fue noche oscura, el brujo sacó al letrado del pueblo y le llevó por ciertos valles y matas que nunca había visto ni estado en ellos, aunque sabía muy bien toda aquella tierra.

Parecióle que en poco espacio de tiempo habían hecho un muy largo camino; y saliendo a un campo raso y cercado de los mismos montes, vio muy gran número de gentes, hombres y mujeres, que andaban por allí holgándose, y todos fueron a él con muy gran regocijo y fiesta, dándole muy grandes gracias por haberse querido juntar con ellos, y haciéndole entender que no había otro hombre más bien aventurado. Estaba en medio de este campo un trono muy alto, edificado con gran suntuosidad, y, en medio de él, un cabrón muy grande y feo; y venida cierta hora de la noche, todos fueron a hacer su reverencia al cabrón, y subiendo por unas gradas del trono, cada uno llegaba por sí y le besaban en la parte más sucia que tenía.

El letrado, viendo una abominación tan grande, aunque iba bien amonestado de su compañero de lo que había de hacer, no pudo tener paciencia, y a muy grandes voces comenzó a llamar a Dios y a Nuestra Señora que le valiesen, y al instante vino un estruendo y ruido tan temeroso, que parecía hundirse el cielo con la tierra, manera que el letrado cayó fuera de todo su sentido juicio; y cuanto estuvo así no lo pudo bien acabar entender, más de que, cuando volvió en su acuerdo, era ya de día, y él se halló en unas montañas muy ásperas, tan quebrantado y molido, que le pareció no tener hueso sano; y queriendo saber en qué parte estaba, bajó a la tierra llana, donde halló gentes tan extrañas y diferentes de las de esta tierra, que ni entendía la lengua ni sabía qué hacer de sí, más de que por señal pedía que le favoreciesen para sustentarse; y guiándose por el sol tomó el camino hacia el occidente, y tardó en poder volver a su tierra más de tres años, acaeciéndole grandes infortunios y pasando por muy grandes trabajos antes que a ella llegase, y venido, dio noticia de lo que por él pasara, y también de muchas personas que en aquel ayuntamiento había conocido, de los cuales se hizo justicia; y la persona a quien yo oí esto me juró con grandes juramentos que había visto y leído el proceso que sobre ello se había hecho.*

El doctor Torralba y su viaje de ida y vuelta a Roma

Cuando tenía tan sólo veinticinco años, Marcelino Menéndez Pelayo escribió una de sus obras magnas, *Historia de los heterodoxos españoles*, que viene a ser una especie de enciclopedia del saber oculto, popular, esotérico y prohibido en España, y constituye una referencia obligada para todos cuantos estamos interesados en

adentrarnos en nuestros orígenes mágicos y misteriosos. Para escribirla, Menéndez Pelayo consultó cientos de fuentes literarias originales, y en sus respectivas lenguas originales. Prácticamente todas las referencias a este caso confluyen en dos vías: del proceso inquisitorial incoado al doctor conquense, por un lado, y a la obra de Menéndez Pelayo por otro, y por eso creemos que es de justicia transcribir textualmente la fuente de la que tantos hemos bebido para hablar de un personaje fascinante: «Sólo de un hombre de ciencia español tengo noticia que pueda ser calificado plenamente de nigromante docto a la vez que de escéptico y cuasi materialista. Llamábase el Dr. Eugenio Torralba y era natural de Cuenca, como tantos otros personajes de esta historia».

Su nombre y su hazaña voladora se popularizaron gracias a Cervantes y a las palabras que pronuncia don Quijote mientras está a lomos de *Clavileño*:

> … acuérdate del verdadero cuento del licenciado Torralba, a quien llevaron los diablos en volandas por el aire caballero en una caña, cerrados los ojos, y en doce horas llegó a Roma y se apeó en Torre de Nona, que es una calle de la ciudad, y vio todo el fracaso y asalto y muerte de Borbón, y por la mañana ya estaba de vuelta en Madrid, donde dio cuenta de todo lo que había visto; el cual asimismo dijo que cuando iba por el aire le mandó el diablo que abriese los ojos y los abrió, y se vio tan cerca, a su parecer, del cuerpo de la luna, que la pudiera asir con la mano, y que no osó mirar a la tierra por no desvanecerse.*

Menéndez Pelayo explica el encuentro de Torralba con dos personajes cruciales en su vida, un fraile dominico llamado fray Pedro y una especie de espíritu sabio llamado Zequiel:

> Otro de los amigos de Torralba en Roma allá por los años de 1501 era un fraile dominico dado a las ciencias ocultas, que tenía a su servicio, pero sin pacto ni concierto alguno, a un espíritu bueno, dicho Zequiel, gran sabedor de las cosas ocultas, que revelaba o no a sus amigos según le venía en talante. El fraile, que estaba agradecido a Torralba por sus servicios médicos, no encontró modo mejor de pagarle que poner a su disposición a Zequiel.
>
> Este se apareció al doctor, como Mefistófeles a Fausto, en forma de joven gallardo y blanco de color, vestido de rojo y negro, y le dijo: «Yo seré tu servidor mientras viva». Desde entonces le visitaba

con frecuencia y le hablaba en latín o en italiano, y como espíritu de bien, jamás le aconsejaba cosa contra la fe cristiana ni la moral; antes le acompañaba a misa y le reprendía mucho todos sus pecados y su avaricia profesional. Le enseñaba los secretos de hierbas, plantas y animales, con los cuales alcanzó Torralba portentosas curaciones; le traía dinero cuando se encontraba apurado de recursos; le revelaba de antemano los secretos políticos y de Estado, y así supo nuestro doctor antes que aconteciera, y se los anunció al cardenal Cisneros, la muerte de D. García de Toledo en los Gelves y la de Fernando el Católico y el encumbramiento del mismo Cisneros a la Regencia y la guerra de las comunidades. El cardenal entró en deseos de conocer a Zequiel que tales cosas predecía; pero como era espíritu tan libre y voluntarioso, Torralba no pudo conseguir de él que se presentase a Fr. Francisco.

Prolijo y no muy entretenido fuera contar todos los servicios que hizo Zequiel a Torralba, sin desampararle aun después de su vuelta a España en 1519. Para hacerle invulnerable le regaló un anillo con cabeza de etíope y un diamante labrado en Viernes Santo con sangre de macho cabrío. Los viajes le inquietaban poco, porque Zequiel había resuelto el problema de la navegación aérea en una caña y en una nube de fuego, y así llevó a Torralba en 1520 desde Valladolid a Roma, con grande estupor por el cardenal Volterra y otros amigos, que se empeñaron en que el doctor les cediese aquel tesoro; pero en vano, porque Zequiel no consintió en dejar a su señor.

En 1525, y a pesar de tan absurda y extravagante vida, Torralba llegó a ser médico de la reina viuda de Portugal, doña Leonor, y con ayuda de Zequiel hizo maravillas. Acortémoslas para llegar a la situación capital eternizada por Cervantes. Sabedor Torralba, por las revelaciones de su espíritu, de que el día 6 de mayo de 1527 iba a ser saqueada Roma por los imperiales, le pidió la noche antes que le llevase al sitio de la catástrofe para presenciarla a su gusto. Salieron de Valladolid en punto de las once, y cuando estaban a orillas del Pisuerga, Zequiel hizo montar a nuestro médico en un palo muy recio y ñudoso, le encargó que cerrase los ojos y que no tuviera miedo, le envolvió en una niebla oscurísima y después de una caminata fatigosa en que el doctor, más muerto que vivo, unas veces creyó que se ahogaba y otras que se quemaba, remanecieron en Torre de Nona y vieron la muerte de Borbón y todos los horrores del saco. A las dos o tres horas estaban de vuelta en Valladolid, donde Torralba, ya rematadamente loco, empezó a contar todo lo que había visto.

Con esto se despertaron sospechas de brujería contra él, y le delató a la Inquisición su propio amigo D. Diego de Zúñiga, que ni siquiera agradecía a Torralba el haberle sacado adelante en sus

empresas de tahúr. Y como, por otra parte, el médico, lejos de ocultar sus nigromancias, hacía público alarde de ellas, no fue difícil encontrar testigos. La Inquisición de Cuenca mandó prenderle en 1528, y Torralba estuvo pertinacísimo en afirmar que tenía a Zequiel por familiar, pero que Zequiel era espíritu bueno y que jamás él le había empeñado su alma. Aun en las angustias del tormento, se empeñó en decir que todavía le visitaba en su prisión. El pacto lo negó siempre; pero la cuestión vino a complicarse con motivo de ciertas declaraciones acerca del materialismo y escepticismo del doctor. El cual, en suma, fue tratado con la benignidad que su manifiesta locura merecía, sentenciándosele en 6 de marzo de 1531 a sambenito y algunos años de cárcel, a arbitrio del inquisidor general, con promesa de no volver a llamar a Zequiel ni oírle. Don Alonso Manrique, cuya dulzura de condición es bien sabida, le indultó de la penitencia a los cuatro años, y Torralba volvió a ser médico del almirante de Castilla D. Fadrique Enríquez.*

Uno de los capítulos más interesantes de la historia mágica de España es determinar quién era el tal Zequiel y los poderes que tenía, entre ellos el de llevar por los aires al doctor Torralba de Valladolid a Roma en apenas unas horas. Disponemos de más datos gracias al proceso inquisitorial, y por él sabemos que Torralba contó con la compañía de aquel misterioso joven rubio desde 1501 hasta al menos 1527, que ya son años. Solía vestir con traje de peregrino o de ermitaño y no consentía que le tocasen. Cuando su nuevo amo quiso abrazarlo le gritó: «No me toques», y tampoco le gustaba ser visto por otras personas que no fueran su protegido. Según Torralba, era un espíritu de la India Alta, de las tierras del Preste Juan. Poco más sabemos de él, salvo que desapareció cuando Torralba cayó en desgracia. ¿Quién sería su siguiente dueño?

El cura-brujo de Bargota

A unos tres kilómetros de Torres del Río, lugar de paso obligado para los peregrinos del Camino de Santiago, se sitúa Bargota, una pequeña localidad navarra en la que casi nadie repara por no considerarla de interés mágico o histórico en el itinerario. Y es que casi nadie sabe que en el siglo XVI vivió allí un personaje brujeril llamado Johanes que con el tiempo se hizo cura y del que aún queda memoria fresca en el pueblo. Protagonizó episodios sobrenaturales de diversa índole, algunos relacionados con vuelos

fantásticos, todo ello con ayuda de sus artes mágicas y de un «demonio familiar».

La plaza principal del municipio se llama plaza del Brujo, y en el centro hay una estatua de madera rodeada de gatos y sabandijas que recuerda su figura. Aún se conserva su casa natal, situada precisamente en la calle Juan Lobo, un bandolero que fue testigo de algunos de sus prodigios. La casa estuvo habitada hasta hace muy poco, pero en la actualidad no vive nadie ni hay ningún cartel que indique que esa vivienda vio nacer a Johanes de Bargota.

Estatua que representa al Brujo de Bargota, en una de las plazas de esta pequeña localidad navarra.

Está claro que durante mucho tiempo no se quiso rememorar su figura (es difícilmente imaginable que en la época de Franco este brujo adquiriera protagonismo fiestero ninguno), pero en los últimos años, en la tercera semana de julio, se ha venido celebrando en Bargota la semana de la brujería, con representaciones teatrales y cena popular que rememoran las hazañas que Johanes protagonizó en vida.

De la existencia del cura de Bargota nos enteramos hace algunos años gracias a la mención que hace de él Marcelino Menéndez Pelayo en su *Historia de los heterodoxos españoles*: «hacía extraordinarios viajes por el aire, pero siempre con algún propósito

benéfico o de curiosidad, v. gr., el de salvar la vida a Alejandro VI contra ciertos conspiradores, el de presenciar la batalla de Pavía, etc., todo con ayuda de su espíritu familiar, cuyo nombre no se dice».

Los escasos datos que tenemos sobre su vida son confusos y contradictorios. Si, según Menéndez Pelayo, voló de Bargota a Roma para salvar al papa Alejandro VI (el papa Borgia), cuyo pontificado duró desde 1492 hasta 1503, no es posible que fuera denunciado en 1599 a la Inquisición por asistir a un aquelarre en Viana, ni que fuera condenado en el auto de fe de Logroño en noviembre de 1610, sobre todo teniendo en cuenta que según la leyenda vivió sesenta y cinco años.

Es probable que viviera entre finales del siglo XV y mediados del siglo XVI, y que se tratase de un personaje relevante por sus trucos de magia o sus poderes brujeriles, pues fray Antonio de Guevara, en una carta de 1522, alude a un nigromante llamado Johanes, y también fray Martín de Castañega se refiere a él de manera indirecta en su *Tratado sobre las supersticiones*, de 1529.

Ángel Irigaray, en su curioso libro *Noticias y viejos textos de la «Lingua Navarrorum»*, menciona algunos de los hechos increíbles que se le atribuyen:

> El cura Ioanes de Bargota dicen que era brujo: como los vecinos del pueblo lo notasen, no quisieron recibirle en ninguna casa; por eso tuvo que hacérsela él. Dicha casa la hizo con tejado de pizarra (de la noche para la mañana), por la que se distinguía de las demás; tenía unas viñas encima de las colmenas. Un día de fiesta que estaba anunciada la misa para las ocho, estaban reunidos los hombres en el atrio; y como pasara la hora señalada, se impacientaron y preguntaron al ama. Esta les dijo que si estaba anunciada para las ocho, ya vendría el cura, pues a ella le solía avisar en caso contrario; como le preguntasen dónde estaba, les contestó que faltaba de casa desde la noche anterior. En esto llegó un bulto negro por los aires con gran estrépito y vino al suelo en el mismo atrio; era el cura Yoanes que sacudiéndose la nieve que tenía encima, dijo: «Cómo nieva en Montes de Oca».

El investigador Agapito Martínez Alegría nos ofrece información interesante sobre él en *La batalla de Roncesvalles y el brujo de Bargota* (1929), donde explica que realizaba aquellos viajes merced a la

magia aprendida en Salamanca:

> ... después de acabado el divino oficio matutino, montaba en una nube, cubriendo su cuerpo con una capa especial, que le hacía invisible y en un santiamén se trasladaba a las orillas del Ebro, en donde radicaban casi todas sus heredades, o a las afueras de Viana, donde poseía pocas, pero eran sus mejores fincas. En el verano, cuando amanecía el día radiante, sin lluvia alguna, subía a lo más alto del cerro, desde donde el Ebro se divisa y aspiraba con toda la fuerza de sus pulmones, y como el imán al acero, atraía hasta sus pies un núcleo de aquella niebla, que semejaba gigante bellón de blanca lana; sentábase sobre sus transparentes guedejas, se ocultaba en su capa invisible y al instante la niebla se restituía a su madre y Johanes, apeándose, ponía el pie en las márgenes del río.

En 1989, basándose en algunas de estas fuentes, el director de cine Pedro Olea rodó *La leyenda del cura de Bargota*.

El morisco Román Ramírez y sus garbeos por Zaragoza

J. H. Elsdon menciona un fragmento de un texto de la Inquisición de Cuenca, fechado en octubre de 1595, en el que se informa de que un morisco nigromante, un tal Román, procesado por «haber tenido y tener pacto expreso con el demonio», solía viajar por los aires a la ciudad de Zaragoza gracias a su abuelo:

> ... que haciendo su agüelo un conjuro, que decía de «bon y barón», hallaban un caballo, en el cual subía el dicho Juan de Luna [el abuelo] y el dicho Román a las ancas e se ponían dentro de Zaragoza en muy breve tiempo.*

También Menéndez Pelayo, en su *Historia de los heterodoxos españoles*, nos habla del nigromante morisco Román Ramírez:

> ... de la villa de Deza, héroe de una comedia de don Juan Ruiz de Alarcón, *Quien mal anda, mal acaba*, de quien hay, además, larga noticia en las *Disquisiciones mágicas*, del P. Martín del Río. El susodicho Ramírez había hecho pacto con el demonio, entregándole su alma a condición de que le ayudara y favoreciera en todas sus empresas, y le diese conocimiento de yerbas, piedras y ensalmos para curar todo linaje de enfermedades, y mucha erudición sagrada y profana, hasta el punto de recitar de memoria libros enteros. Viajaba a caballo por los aires. Restituyó a un marido, por medios

sobrenaturales, su mujer, que los diablos habían arrebatado. Ejercitaba indistintamente su ciencia en maleficiar y en curar el maleficio, hasta que por sus jactancias imprudentes descubrieron el juego, y la Inquisición de Toledo le prendió y castigó en 1600.

El familiar de fray Valeriano de Figueredo

En el Archivo Histórico Nacional de Madrid, en una de las causas contra la fe seguidas por el Santo Oficio de Toledo encontramos una denuncia efectuada en 1648 contra fray Valeriano de Figueredo, de la Orden de San Bernardo, de origen portugués y personaje un tanto estrafalario, que profesaba en el monasterio de Bonaval (Guadalajara), hoy derruido.

En dicha causa se relata que fray Valeriano tenía un «familiar», nombre que recibían los diablillos domésticos, «con mucha satisfacción y además quería persuadir a los religiosos que también lo tuvieran [...]. Tenía una muletilla que llevaba en la mano y que decía que era la del conde-duque de Olivares y que "con ella yvan seguros" [...]. Conocía hechos íntimos de sus hermanos de convento y de acusador pasó a acusado». Más adelante, en su pliego de denuncia confirmatorio, el fraile acusador Bernabé Fernández detallaba lo siguiente:

> Item digo de nuevo en orden al Santo Tribunal de los indiçios grandes que ay de que el dicho Fr. Valeriano tiene familiar o trata con el demonio, que el año pasado de quarenta y siete estando en un priorato con el Padre Gerardo Jiménez y el Padre Martín de Falabarte [...] estando en una plazuela esperando para despedir al padre Valeriano de Figueredo que iba a hacer cierto viaje [...] ninguno de los que estabamos alli vimos por que camino avía echado siendo así que confesamos todos que estabamos de propósito aguardando aver por donde echaba y para salir de esta duda enviamos a un hombre que se llama Juan Martín y es alcalde del término de dicho Priorato y viniendo nos juró que avia mirado tres caminos que ay desde la plaçuela dicha y que ni huella ni quiera no avia hallando siendo assi que estaba la tierra recién llovida y lo que dijimos todos uniformemente que no avia que buscar mas prueba para creerle en cuanto lo de familiar y muletilla.*

El niño japonés y el empacho de arroz

Estamos acostumbrados a ver películas chinas de Zhang Yimou o Ang Lee, como *Tigre y dragón* o *La casa de las dagas voladoras*, y a

disfrutar de los auténticos «cuentos chinos» que nos proponen, con fantasmas, peleas y acrobacias aéreas, del estilo del Circo del Sol, en las que los protagonistas corren, vuelan o luchan sobre las copas de los árboles o en la superficie del agua con una destreza, agilidad y habilidad propias de las leyendas chinas (y también japonesas) en las que existen este tipo de episodios fantásticos.

Pues bien, como si de una historia de Antonio de Torquemada se tratase, pero ambientada en el Japón del siglo XX, también aquí hay un niño que queda mal parado. En la noche del 30 de septiembre de 1907, en un pueblo japonés de la prefectura de Aichi, en la región de Chubu, un niño desapareció mientras todo el mundo estaba ocupado preparando los pasteles de arroz blanco que iban a ofrecer a la divinidad durante el festival previsto para el día siguiente. Cuando concluyó la celebración el niño aún no había aparecido, de modo que se inició una frenética búsqueda por todo el pueblo. Después de varias horas de búsqueda infructuosa, de repente se oyó un fuerte golpe en el techo de la casa de su familia. Subieron a ver qué pasaba y se encontraron al niño tumbado, inconsciente y con la boca llena de pastel de arroz blanco.

Cuando por fin recuperó el sentido, el muchacho les explicó que mientras estaba debajo de un cedro grande, en el recinto del santuario, se le apareció un ser extraño y se lo llevó consigo. Juntos caminaron sobre las copas de los árboles y entraron en las casas de mucha gente, en las que siempre estaba esperándolos un delicioso banquete de tortas de arroz blanco. Al cabo de un tiempo, el niño sintió como si alguien lo estuviese metiendo por un hueco estrecho, que finalmente resultó ser el techo de su propia casa. Y, como suele ocurrir en las historias de este tipo, después del incidente el protagonista nunca volvió a ser el mismo.*

Súbita desaparición en Lucerna

El campesino Hans Bouchmann desapareció en Lucerna (Suiza) el 15 de noviembre de 1572 y apareció en Milán el 2 de febrero de 1573. Cambio de ciudad, de país y de año. El que primero lo contó fue Renward Cysat (1545-1614), cronista y farmacéutico de Lucerna.

Bouchmann tenía cincuenta años y era del municipio de Romerswil, y Cysat lo conocía bastante bien. Aquel día el

campesino había ido a la población de Sempach para resolver unos asuntos. Como ya entrada la noche aún no había regresado a casa, su mujer, preocupada, envió a los dos hijos en su busca. Cuando éstos llegaron al bosque junto al campo en el que había tenido lugar la batalla de Sempach, hallaron el sombrero, el abrigo, los guantes, el sable desenvainado y la vaina de su padre desperdigados junto al camino. Las sospechas recayeron sobre Klaus Bouchmann, primo y vecino del desaparecido, enemistado con todos ellos desde hacía años. Las propiedades del primo fueron registradas infructuosamente en busca del cadáver y él fue detenido y acusado de asesinato, pero finalmente, al no poderle imputar nada, lo soltaron.*

Cuatro semanas más tarde tuvieron noticia de que el desaparecido se hallaba en Milán. Finalmente, el 2 de febrero de 1573, dos meses y medio después de su desaparición, Hans Bouchmann regresó a casa, sin cabello, barba ni cejas, con la cara y la cabeza hinchadas, de forma que al principio no fue reconocido. Cuando las autoridades supieron de su regreso, le interrogaron. El cronista de la ciudad, Renward Cysat, estuvo presente en el interrogatorio y llevó las actas. Esto es lo que relató Hans Bouchmann: el día en que desapareció, había tomado 16 florines en moneda pequeña para entregárselos a Hans Schürmann, el hostelero de Romerswil, a quien debía esa cantidad. Pero al no encontrarlo en casa, se dirigió a Sempach, también por negocios. Allí permaneció hasta el amanecer; bebió un poco, aunque no demasiado. Cuando ya se encontraba de regreso, de noche, y al pasar por el bosque junto al campo de batalla de Sempach, notó de repente un extraño rumor. Al principio le pareció el zumbido de un enjambre de abejas, pero luego fue como toda una banda de música. Le embargó el miedo; ya no sabía dónde se encontraba ni qué le estaba sucediendo. A pesar de ello, logró desenvainar su espada y empezó a dar golpes a su alrededor. Así fue como perdió el sombrero, los guantes y el abrigo. Antes de perder el conocimiento, pudo percibir cómo era alzado por los aires. Fue llevado a un país desconocido. No sabía dónde se encontraba. Sus sentidos no le respondían bien, y notaba dolor e hinchazón en el rostro y toda la cabeza. A las dos semanas de su secuestro se vio en la ciudad de Milán, sin saber cómo había llegado hasta allí. Como no había comido ni bebido en

varios días, le habían abandonado las fuerzas, aunque había recobrado el sentido. Dijo que no conocía la ciudad, que no había estado allí previamente, y que tampoco entendía la lengua de la gente. Finalmente, un soldado de la guardia, de origen alemán, se apiadó de él y le ayudó a regresar a su casa.

En opinión de Cysat, Hans Bouchmann había sido secuestrado por un duende nocturno. Cysat narra otros secuestros de este tipo que, en consonancia con las ideas de la época, achaca a los malos espíritus y al diablo. No hay que olvidar que este cronista también informó de la existencia de unos dragones en los alrededores de Lucerna que habían provocado un incendio en un monte.

2. Los raptos de los elfos

«Changelings» o los cambiazos élficos

La palabra *changeling*, en el terreno en el que nos estamos moviendo, designa al niño no humano (suele ser el hijo de un hada, duende, xana, trol, elfo u otra criatura fantástica) que secretamente se deja a cambio de un niño humano robado.

Siempre hay tesis –y que nunca falten– que nos aproximan, aunque sea muy vagamente, a las motivaciones que pueden tener las hadas para obrar de una determinada manera. En el caso concreto del rapto de bebés, se han barajado diversas teorías, a cual más curiosa, y en todas hay tantos argumentos a favor como en contra para considerarlas aceptables. Según una de esas teorías, las hadas son una raza en clara decadencia genética, y por eso sus manifestaciones visibles cada vez son menores (por lo menos las de la vieja usanza); sienten fascinación y envidia por la vitalidad de los humanos, y por ello solían secuestrar o abducir –ya no lo hacen– a niños, para revitalizar con sangre fresca sus deteriorados organismos y su debilitada raza. Las hadas se aprovechan de la inteligencia y la fuerza de los seres humanos, lo que da lugar a ocasionales interacciones en su mundo: efectuando secuestros de comadronas para que las ayuden en difíciles partos «feéricos» o para amamantar a sus recién nacidos, a menudo débiles y enclenques. Cuando la comadrona no puede ser trasladada a su «mundo», las hadas llevan a sus bebés al mundo de los humanos para que sean

amamantados allí, e incluso pueden llegar a cambiarlos por niños humanos, en un trueque que casi nunca es definitivo, sino temporal, y del que la madre humana, por supuesto, no se entera.

Otra teoría sostiene que cada siete años el diablo u otra entidad maléfica exige un tributo de sangre al reino de las hadas, y este tributo a menudo se paga con el rapto de un bebé humano.

Tanto en un caso como en otro, siempre surge la misma duda: ¿qué dejan a cambio? Aquí entramos de lleno en el tema del «doble» feérico. Al parecer existen varias versiones, desde las que dicen que dejan en su lugar a un viejo elfo, o a un niño raquítico (que suele morir a los pocos días de debilidad), hasta las que aseguran que lo que dejan en realidad sólo es un trozo de madera que, por un encantamiento, tiene la misma apariencia que el niño robado.

Katharine Briggs postula que hay tres tipos diferentes de *changelings* o impostores:

– El trozo de madera, utilizado sobre todo cuando el «cambiazo» es el de una persona adulta (como un ama de cría o una joven), y que representa el «doble» exacto de esa persona.

– El bebé enfermizo del hada, a quien la nutritiva leche materna puede darle alguna oportunidad de salvación, a cambio del vigoroso y saludable bebé humano.

– El hada vieja y arrugada que, cansada de su vida, prefiere ser acunada, alimentada y mimada por una madre adoptiva, transformándose para ello en un niño.*

Robert Kirk, en cambio, creía que lo que dejaban en el lugar del niño secuestrado era una especie de doble o falsa imagen de él, que iría debilitándose y acabaría muriendo. En relación con el tema del doble, hay que tener en cuenta que una constante poco tratada en el mundo de las hadas es su facultad para imitar o reproducir a seres humanos, gracias a sus hechizos, aunque nunca lo hacen con total exactitud: suelen ser más delgados, con más pelo y más lívidos, y ofrecen una imagen especular; es decir, que si el sustituido tenía un lunar en el muslo derecho, el que lo reemplaza lo tendrá justo en el mismo sitio pero en el muslo izquierdo.*

En cualquier caso, si analizamos el fenómeno con cierta

seriedad, cabe suponer que, ante la excesiva mortandad infantil (debida a factores diversos, entre ellos la alimentación inadecuada, la insalubridad, el clima y las enfermedades), se buscaban explicaciones tranquilizadoras para que los padres que perdían a sus hijos pudieran echarle la culpa a alguien (a brujas o hadas) o se consolaran pensando que al menos su hijito seguía vivo en el mundo de las hadas. Esto no quiere decir que todas las muertes infantiles obedecieran siempre a causas naturales, ya que hubo otras muchas cuyo misterio nunca pudo ser resuelto satisfactoriamente.

Vladimir Propp, en su ensayo *Las raíces históricas del cuento*, al estudiar el rapto de los niños en el cuento maravilloso de tradición oral, llega a la conclusión –una conclusión *sui generis* pero ciertamente interesante– de que los malvados personajes con que se amenazaba a los niños (ogros, hombres del saco, etc.) no son más que la pervivencia en forma de narración del rito de iniciación de algunas sociedades primitivas, en el que ciertos individuos acudían disfrazados de animales a llevarse a los niños –más bien adolescentes– para someterlos a las correspondientes pruebas. Sin embargo, todo esto no contribuye demasiado a aclarar el porqué del rapto o la abducción.

En España, como no podía ser menos, también existen algunos casos de raptos de niños por parte de xanas y anjanas, las hadas del litoral Cantábrico, aunque con una especial idiosincrasia sobre todo a la hora de saber a ciencia cierta si el niño en cuestión es humano o no, para lo cual las afligidas madres tienen que realizar una serie de pruebas. Los niños que dejan las hadas a cambio de los que secuestran son pequeñajos, escuálidos, enfermizos y de aspecto macilento, y no crecen a un ritmo normal; a los veinte años suelen aparentar una altura de diez, y eso con suerte.

A veces a las madres les resulta difícil distinguir si el niño que tienen en la cuna es el suyo propio o el de la xana, a pesar de que los xaninos se diferencian del resto de los niños porque tienen el cuerpo cubierto de una fina pelusa. Así, en La Canga, en el concejo de Colunga, una madre, sospechando el cambio, no dio de mamar al bebé, aunque el xanín no dejaba de llorar. Al poco tiempo apareció la xana con el bebé humano en brazos; se lo entregó a la mujer y le dijo: «¡Toma el tu mocosín y dame el mío pelosín!».*

Para salir de dudas, se procura deslumbrar y aturdir al niño, para lo cual existen diversos métodos. El más común es poner en el fogón de la cocina un gran número de cáscaras de huevo llenas de agua, a modo de pequeños pucheros, y esperar a que hiervan. Cuando el niño las ve hervir se sorprende y si es un xanín acaba por exclamar: «¡Cien años va que nací, y nunca tantos pucheros vi!». Es entonces cuando la mujer le da unos azotes, el niño grita y la xana acude rauda y veloz a rescatar al xanín, entregando a cambio el niño robado.

En Cantabria no hay muchas historias sobre el rapto de niños. De hecho, García-Lomas afirma que esta costumbre no es habitual de las anjanas, aunque sí de otros seres míticos que no forman parte propiamente del mundo de las hadas, como las ojáncanas, mujeres míticas y gigantes de un solo ojo, y las guajonas, especie de brujas vampíricas de los bosques.**

Un informante de Walter Evans-Wentz le confirma que:

> El Pueblo demuestra un gran interés por los asuntos de los hombres y siempre se ponen de parte de la justicia y el derecho. A veces pelean entre ellos. Raptan a personas jóvenes e inteligentes que les interesan. Se apoderan de ellos en cuerpo y alma y metamorfosean aquél en uno de los suyos.

Lo cierto es que la creencia en los *changelings* ha sido, en algunas épocas, causa de grandes sufrimientos para familias que tenían niños enfermos o deformes y que, imbuidas por estas prácticas supersticiosas, los maltrataban con el objetivo de que las hadas volvieran a traer al hijo auténtico. Por suerte, en España las cosas nunca han llegado a estos extremos.

Bebé raptado por la «gente menuda»

Los raptos y *changelings* no son algo del pasado. En diciembre de 1945, cuando el pequeño Michael Joseph Loftus, de dieciocho meses de edad, desapareció de la granja de sus padres en el condado de Mayo (Maigh Eo), uno de los condados más tradicionales de Irlanda y donde se conservan con más viveza sus viejas leyendas, quinientos campesinos recorrieron la campiña para buscarlo. Algunos de los vecinos se negaron a unirse a la búsqueda, pues estaban convencidos de que «las hadas» se habían llevado al

bebé y que la «gente menuda» –así las llamaban– se ofendería si los humanos interferían en sus planes.

Sorprendió a muchos que todavía quedase gente en Irlanda que creyera en duendes, igual que sus antepasados medievales. Sin embargo, en el pueblo de Ballinlobaun, donde vivía la familia Loftus, muchos temieron las posibles represalias de las hadas si ayudaban a encontrar al niño. «Supongamos –dijo una señora anciana– que yo fuese a encontrar el bebé... La gente menuda nunca me perdonaría y seguramente en doce meses estaría muerta.» Un anciano que la acompañaba asintió solemnemente con la cabeza y explicó que si las hadas nunca habían dado problemas a ninguno de sus parientes y amigos era porque todos tenían «campos de hadas» en sus granjas. Estas tierras se reservaban para las hadas, y ningún agricultor las tocaba por miedo a lo que podría sucederle a él o a su familia.*

Robby y sus amiguitos

«Un niño, con el que yo jugaba a menudo, vino a nuestra casa al caer la noche para pedir prestadas algunas velas. Cuando volvía a su casa sobre las colinas, de repente vio que una criatura pequeña y una mujer de la misma estatura empezaban a perseguirlo. Si él corría, ellos también corrían, y todo el tiempo se le acercaban. Al llegar a casa no podía hablar, tenía las manos heridas, y también los pies, y sus uñas habían crecido mucho en un minuto. Permaneció de esa manera una semana.

»La madre del niño estaba tan horrorizada por el aspecto de su hijo y por su estado de *shock*, que intentó quemarle con una piedra caliente para ver si era un *changeling*. El niño, como es lógico, se puso a gritar como un loco, pero no pronunció palabra. Finalmente recuperó los sentidos y contó que una mujer pequeña y un niño pequeño lo habían seguido, y que justo al llegar a casa era consciente de haber sido llevado con ellos, pero no sabía ni de dónde habían salido ni adónde se lo habían llevado. No pudo decir nada más.

»Robby está vivo todavía, creo; se llama Robert Christian, de Douglas.»*

Un jinete y un lord llevados por el viento élfico

Edward Jones, apodado Ned el Jockey, un día se topó con un grupo de elfos en Llanidloes, en Gales. Las criaturas juguetonas le dijeron que podía elegir entre tres «medios de locomoción» para salir a dar un garbeo: un viento fuerte, un viento medio o un viento suave.

Tras reflexionar un poco, el jinete optó por el viento fuerte, y entonces «fue llevado por el aire y sus sentidos [quedaron] completamente anulados por la rapidez de su vuelo. No se recuperó hasta que tomó contacto con la tierra de nuevo. Lo dejaron caer de repente en medio de un jardín cerca de Ty Gough, en la carretera de Bryndy, a muchas millas de distancia del punto donde había iniciado su viaje aéreo». El relato termina con esta frase: «Ned, al contar esta historia, siempre daba fe de su autenticidad de la manera más solemne».*

Y de Gales nos vamos a Escocia. John Aubrey recogió otro caso de vuelo aéreo, éste en la provincia de Murray. Lord Duffus «iba caminando por el campo cerca de su casa, cuando de repente fue transportado, y al día siguiente se encontró en París, en la bodega del rey de Francia, con una copa de plata en la mano». Cuando el rey le preguntó cómo había acabado allí, lord Duffus explicó que las hadas lo habían transportado desde Escocia, primero a un banquete donde le habían servido una bebida en una copa de plata, y luego a Francia. No dio más datos.**

El clérigo volador y quijotesco

Según un informe estadístico escocés del siglo XVIII, en 1740 un clérigo tuvo una experiencia insólita que le hizo reconsiderar todas sus creencias religiosas:

> Una noche, cuando regresaba a casa, a una hora bastante tardía, desde su presbiterio [...] fue capturado por las hadas, y llevado a lo más alto por el aire. Viajó muchas millas a través de los campos de éter y las algodonosas nubes, viendo, como Sancho Panza en su *Clavileño*, la tierra lejana debajo de él que no parecía más grande que una cáscara de nuez. Siendo así suficientemente convencido de la realidad de su existencia, le bajaron a la puerta de su propia casa...***

Esta referencia quijotesca a *Clavileño* es muy significativa (también la usa Menéndez Pelayo cuando habla del vuelo del doctor

Torralba con Zequiel), y demuestra que el autor británico conocía la obra de Cervantes.

El episodio de *Clavileño* sucede en la segunda parte del libro, durante la estancia de don Quijote y Sancho con los duques. Para burlarse de ellos, los convencen de que el gigante Malambruno ha encantado a la duquesa y a las demás mujeres haciéndoles crecer largas barbas; para deshacer el encantamiento, caballero y escudero deberán montarse en *Clavileño*, un caballo de madera con el que, les dicen, podrán volar. Unos hombres llevan el caballo al jardín de los duques y retan al «valeroso caballero» a que cabalgue. Para que no sufran el mareo de las alturas, los jinetes deberán taparse los ojos. Sancho se muere de miedo y don Quijote aguanta el tipo. Los sirvientes de los duques aparejan toda suerte de petardos, ruidos, fogatas y chamusquinas y recurren a grandes fuelles y abanicos para dar la sensación de que los jinetes vuelan por los aires. Don Quijote y Sancho hacen discursos sobre los cielos y las estrellas por donde creen estar viajando, entre las carcajadas de todos los asistentes. Tras un estallido final, caballero y escudero aterrizan en el suelo y se ven de nuevo en el jardín de donde partieron. Para rematar felizmente la aventura, don Quijote encuentra un pergamino pendiendo de su lanza en el que se lee que el gigante Malambruno se da por satisfecho, pues ha comprobado el valor de don Quijote por el mero hecho de haber emprendido el viaje.

Rapto por partera

Hay pocos testimonios sobre estas pequeñas criaturas que merezcan un poco de credibilidad. Uno de ellos nos lo proporciona el investigador norteamericano Hartland, cuando refiere un hecho registrado en 1660 y que, según él, sucedió en realidad. Los testigos suecos juraron solemnemente, el 12 de abril de 1671, que era verdad. El marido de una comadrona, llamado Peter Rahm, aseguró que su esposa había sido llevada al país de las hadas para ayudar a dar a luz a la mujer de un gnomo. En la declaración legal, de abril de 1671, se lee lo siguiente:

> Bajo la autoridad de esta declaración se nos pide creer que el evento sucedió en el año 1660. Peter Rahm alega que él y su esposa estaban en su granja una noche cuando llegó un hombre pequeño, moreno de rostro y vestido de gris, que pidió a la esposa del

declarante que fuera a ayudar a su mujer, que se encontraba de parto. El declarante, al ver que se trataba de un trol, oró por su esposa, la bendijo y le pidió en nombre de Dios que fuera con el desconocido. Ella viajó como si fuese por el viento.

La mujer llegó al país de las hadas, donde no aceptó ningún alimento. Hizo bien, pues gracias a ello fue devuelta ilesa.*

En otras variantes, ambos cónyuges son guiados por un «hombre de la tierra», y pasan por una puerta de musgo, luego por otra de madera y al fin por un portal de brillante acero. Unas escaleras los conducen al interior de la tierra, y allí, en una magnífica habitación iluminada –sin lámparas– con una intensa luz, encuentran a la mujer del gnomo a punto de parir.

La criada que viajó al país de las hadas

En 1883, en la casa de la familia de un importante médico inglés (cuyo nombre nunca se publicó a fin de preservar su anonimato), trabajaba una criada llamada Bridget. Esta mujer fue la protagonista de una serie de fenómenos *poltergeist*, entre ellos la desaparición y reaparición de objetos del hogar, y también ataques invisibles contra otras personas. Los incidentes más curiosos, sin embargo, le sucedieron a ella misma.

A veces Bridget desaparecía de manera misteriosa y, tras varias horas de ausencia, reaparecía tan misteriosamente como se había ido. También entraba, casi a diario, en prolongados estados de trance. A la familia no le quedó más opción que despedir a la sirvienta, porque no podía llevar a cabo sus tareas correctamente debido a sus lapsus de conciencia. Bridget encontró otro empleo al día siguiente.

A los pocos días de irse sucedió una cosa curiosa. A las siete de la tarde, mientras los vecinos, los Thompson, estaban en la cocina de su casa, la puerta se abrió de repente y Bridget se desplomó en el suelo con un ruido sordo. Vestía el uniforme de trabajo y calzaba unas zapatillas. ¿De dónde había salido?

Bridget permaneció inconsciente durante varias horas. Cuando se recuperó no podía recordar nada, pero sí logró explicar, entre balbuceos incoherentes, que había sido secuestrada y llevada al «país de las hadas».

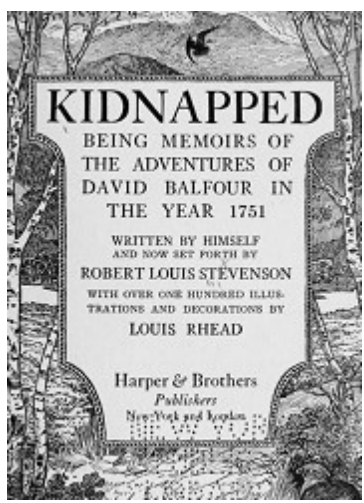
Los Thompson informaron al médico y su familia, y éstos, a su

vez, avisaron a los nuevos jefes de Bridget. Y así se supo que Bridget había desaparecido repentina y misteriosamente mientras estaba puliendo unas botas en la casa.*

Por las mismas fechas, en un artículo publicado en el *New York World* el 25 de marzo 1883, se describía un caso similar: Jesse Miller, de Greenville Township, en el condado de Somerset, Pensilvania, había sido «transportada varias veces fuera de la casa, al patio delantero». Miller le echó la culpa a una bruja.**

Lo que cuenta Stevenson

En *Secuestrado*, una novela del escocés Robert Louis Stevenson escrita en 1886 –el mismo año, por cierto, en que publicó *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*–, un soldado le cuenta una curiosa historia al joven protagonista, David Balfour. La historia tiene que ver con unos acontecimientos que se remontan a la Escocia del siglo XVIII, concretamente al Appin *murder*, un célebre asesinato que tuvo lugar en Appin el 14 de mayo de 1752 y que nunca se resolvió.



Robert Louis Stevenson escribió una novela histórica poco conocida publicada en la revista *Young Folks* en 1886, donde relata un secuestro de la Buena Gente: *Kidnapped* (edición de 1921).

El relato es el siguiente: un hombre fue desterrado a una roca del mar donde, según decían, «la Buena Gente» solía ir a descansar

cuando se dirigía a Irlanda. «La roca se llama Skerryvore, y se halla no muy lejos del lugar donde naufragamos. El caso es que, por lo visto, el hombre lloraba amargamente mientras decía que quería ver a su hijito antes de morir. Tanta era su amargura que el rey de la Buena Gente sintió lástima de él y mandó a una de las hadas que fuese volando a buscar al niño, lo metiese en un saco y lo dejara al lado del padre mientras éste dormía. Así lo hizo. Y cuando el hombre se despertó, vio el saco junto a él y notó que algo se movía dentro. Pues bien; parece ser que aquel hombre era una de esas personas que siempre piensan lo peor, y para mayor seguridad, antes de abrir el saco, lo atravesó con su puñal, y después encontró al hijo muerto.»

Skerryvore es un arrecife situado frente a la costa oeste de Escocia, a doce millas al suroeste de la isla de Tiree. Desconocemos si la leyenda fue inventada por Stevenson o si forma parte del folclore olvidado acerca de «la Buena Gente» de esa región.*

Los anillos de las hadas

Según el anticuario John Aubrey (1626-1697), el cura de un colegio en Wiltshire, el Sr. Hart, fue asaltado por un grupo de elfos una noche de 1633 o 1634. Mientras caminaba por las colinas, vio «una cantidad inmensa de pigmeos o personas muy pequeñas» que bailaban formando el típico anillo de las hadas y haciendo «toda clase de ruidos extraños». El Sr. Hart, aunque muy asombrado, fue incapaz de huir de allí; estaba como retenido «en una especie de encantamiento». Cayó al suelo inconsciente; las «pequeñas criaturas» rodearon a su presa y «le pellizcaron por todas partes, haciendo una especie de zumbido rápido todo el tiempo». A la mañana siguiente Hart se despertó en el centro de un círculo, el del anillo aplastado en la hierba. «Esta historia la escuché yo mismo de sus labios, pocos días después de que sufriese aquel tormento», escribe Aubrey.*

Miscellanies Upon Various Subjects (edición de 1857) de John Aubrey, un anticuario y escritor inglés del siglo XVII conocido por ser autor de breves piezas biográficas y por contar todo aquello que le pareció raro, incluido los anillos de hadas.

Una danza de tres horas con las hadas parece que dura tan sólo unos minutos... Éste es un motivo que se repite en varios relatos.

La madre del reverendo R. Jones, cuando era una joven soltera, marchó una tarde desde una casa llamada Tyddyn Heilyn, en Penrhyndeudraeth, hasta su propia casa, en Penrhyn Isaf. Iba acompañada de su sirviente, David Williams, al que llamaban Dafydd Fawr (es decir, David el Grande) porque era muy alto y fuerte. David cargaba sobre su espalda una corteza de tocino. La noche era oscura, pero estaba en calma. El sirviente caminaba un poco por detrás de la joven, y ella, creyendo que él la seguía, avanzó sin detenerse y al cabo de un rato llegó a casa. Pero pasaron tres horas antes de que David apareciera con su carga de carne a la espalda.

Al ser interrogado sobre la causa de su demora, David respondió que sólo iba tres minutos por detrás de la chica. Cuando le dijeron que ella había llegado a casa tres horas antes que él, al principio no

se lo podía creer, pero luego se quedó pensando y reconoció que debía de estar equivocado. Y entonces procedió a explicar su retraso de la siguiente manera: mientras caminaba vio un meteoro brillante cruzaba el cielo, seguido por un anillo o aro de fuego. En el interior del aro había un hombre y una mujer de pequeño tamaño, elegantemente vestidos; con un brazo se abrazaban y con el otro se agarraban al aro, y sus pies reposaban en la superficie cóncava del anillo. Cuando el aro alcanzó la tierra, bajaron de un salto e inmediatamente se pusieron a trazar un círculo en el suelo. Entonces aparecieron un montón de hombres y mujeres y, con la música más dulce que quepa imaginar, empezaron a bailar alrededor del círculo. Todo el suelo estaba iluminado por una especie de luz tenue. La escena era tan fascinante que el hombre se quedó mirando como hipnotizado durante un rato que a él le pareció no muy largo, unos quince minutos.

Al cabo de un rato volvió a aparecer el meteoro, y a continuación el aro de fuego. La dama y el caballero se montaron en él de un salto y desaparecieron de la misma manera como habían llegado; inmediatamente después desaparecieron las hadas. El hombre se quedó solo y a oscuras y poco después reemprendió el camino a casa. *

La niña perdida de Dubuque

En 1886 se publicó una noticia fascinante en varios periódicos norteamericanos: la misteriosa desaparición de la hija de Andy Crowe.

Andy Crowe era un próspero agricultor que vivía en el centro de Township, en el condado de Dubuque. Su hija era el único miembro de la familia que aún vivía en la casa. Cuando llegó a la pubertad contrajo una extraña enfermedad que dejó desconcertados hasta a los mejores médicos. El Sr. Crowe decidió llevarla al padre Bernard, del monasterio de Mellary, que tenía una gran reputación como sanador. El cura rezó por la chica y le recetó algunos medicamentos. En el camino de regreso a casa, la muchacha le dijo a su padre que nada de lo que pudiera hacer el padre Bernard la ayudaría lo más mínimo, y que ella pronto se iría a vivir con las hadas. Su padre no prestó atención a sus palabras; de hecho, se olvidó de ellas por completo. Sin embargo, una mañana, justo

cuando había pasado un año, se levantó y descubrió que su hija se había marchado. Una vela ardía en su habitación y toda su ropa, excepto un vestido de percal, seguía en los armarios. Cuando el Sr. Crowe denunció su desaparición, los vecinos lo acusaron de haber matado a su hija. Buscaron en los bosques y campos, rastrearon el arroyo en busca de su cuerpo, pero todo fue en vano.

Un año más tarde, para sorpresa de todos, la chica regresó a casa, y explicó una historia maravillosa para justificar su ausencia. Dijo que durante aquel tiempo había estado conviviendo con las hadas. Tenían todo cuanto pudieran desear, y pasaban la mayor parte del tiempo viajando de incógnito por el país, montadas en carruajes invisibles para los ojos de los mortales. Aunque la chica era feliz con las hadas, cuando se enteró de que acusaban a su padre de su desaparición exigió que la devolvieran a casa para poder aclarar el asunto.

Se hizo una gran fiesta para celebrar su regreso; asistieron todos los vecinos, y la chica les explicó su experiencia maravillosa.

Dos días más tarde viajó a Dubuque a visitar a su hermana, que estaba casada con un hombre llamado James Hayes, un carretero. Al tercer día de su llegada a Dubuque, la chica anunció a la señora Hayes que tenía que marcharse de nuevo: dos de las hadas habían venido para llevársela. La señora Hayes siguió a la muchacha y vio que se reunía con dos seres vestidos con unos trajes negros anticuados; salieron de la casa y, tras andar unos cuantos metros, de repente desaparecieron en el aire. Según uno de los periódicos: «tal es la historia que cuenta Andy Crowe, siempre con los ojos llenos de lágrimas y la voz embargada por la emoción, y la mayoría de sus vecinos, muchos de los cuales conocen bien los cuentos legendarios sobre las hadas en Irlanda, también creen lo mismo».

El dramático rapto del Dr. Moore

Extrañas y maravillosas noticias del condado de Wicklow en Irlanda, o una relación completa y verdadera de lo que le sucedió a un tal Dr. Moore. Así se titula el panfleto donde se narra la fascinante historia de la desaparición y posterior reaparición del Dr. Moore. Fue impreso en Londres en 1678.

Tres amigos –el Dr. Moore, Richard Uniack y Laughlin Moore– fueron una noche a un hotel en un lugar llamado Dromgreagh,

cerca de Baltinglas, en Irlanda. El Dr. Moore les contó a sus compañeros que cuando era niño las hadas solían llevárselo con ellas, lo que obligaba a su madre a solicitar la ayuda de una vecina, una anciana sabia que conocía hechizos para que se lo devolvieran. Richard Uniack dijo que no se lo creía, y empezaron a discutir. De repente el Dr. Moore se levantó de su asiento y anunció que se tenía que marchar. Richard, que al principio pensó que su amigo bromeaba, luego vio que el Dr. Moore se elevaba del suelo y flotaba en el aire. Le agarró el brazo con una mano y el hombro con la otra. Laughlin intentó sujetarlo desde el otro lado. Pero el Dr. Moore empezó a moverse en el aire como si lo estuviera arrastrando algún ser invisible. Asustado, Laughlin lo soltó un momento, pero Richard seguía sujetándolo, de modo que éste y el Dr. Moore quedaron flotando en el aire. El Sr. Uniack finalmente se rindió y el Dr. Moore fue llevado fuera del cuarto, al parecer por la ventana. Sus dos amigos, estupefactos, llamaron al dueño del hotel para contárselo. Éste, que no parecía demasiado sorprendido, les aconsejó que solicitaran ayuda a una mujer sabia del vecindario que podría ayudarlos. La mujer les informó de que en ese mismo instante el Dr. Moore se hallaba en un bosque cercano, y que tenía una copa de vino en una mano y en la otra un pedazo de pan. La situación era peligrosa: si se tomaba cualquiera de las dos cosas, se quedaría atrapado, enfermaría y moriría.

El Sr. Uniack preguntó cómo podían impedir que aquello sucediera. La mujer les explicó lo que iba a pasar: primero llevarían a su amigo a una gran celebración en una fortaleza a siete millas de distancia, con mucha comida rica, licores y baile, y luego viajaría unas veinte millas más para acudir a otra fiesta. Si el Dr. Moore lograba no comer ni beber nada durante toda la noche, no le pasaría absolutamente nada y al amanecer se reuniría con sus amigos sano y salvo. La curandera pronunció un hechizo en irlandés para impedir que el Dr. Moore tomara nada. Luego se marchó, y a los amigos no les quedó sino esperar. A las seis de la mañana, el Dr. Moore llamó a la puerta. Estaba hambriento y sediento. Les contó a sus amigos sus experiencias durante la noche. Dijo que había sido raptado por una veintena de hadas, y que en cada banquete, si intentaba comer o beber algo, un ser invisible le daba un golpe en la mano para que lo soltara. En total acudieron unas trescientas

hadas a las fiestas.

El Sr. Uniack quedó tan intrigado por el relato de su amigo que decidió visitar los lugares que éste había mencionado, desde la fortaleza hasta los banquetes en el bosque, y allí vio que, efectivamente, la hierba estaba muy pisoteada, como si mucha gente hubiera estado bailando sobre ella.

En el panfleto se señala que toda la historia había sido contada por el Sr. Uniack en presencia de un tal Dr. Murphey, un civil, el mismo Dr. Moore y el Sr. Ludlow, uno de los seis secretarios del Tribunal Superior de Justicia de la Cancillería, el 18 de noviembre de 1678.

Los temibles jinas

Una pieza más que añadir en este extraño y complejo puzle de los viajes extraños e inexplicables es la presencia, en algunas tradiciones, de una serie de personajes sobrenaturales encargados de provocar las desapariciones. Nos referimos a los *djins* o jinas de la mitología árabe, también conocidos por otras culturas, y entre cuyas aficiones está la de raptar a algunos humanos y transportarlos por el aire, para más tarde devolverlos, aturdidos, en lugares distantes (como le pasó al niño de Astorga, por ejemplo).

El Corán les dedica un capítulo entero. La palabra «genio» proviene del término árabe *djin*, que describe un tipo muy concreto de ser. Borges decía que Alá hizo a los ángeles con luz pura, a los hombres con polvo y agua (es decir, con barro) y a los *djins* con fuego sin humo. Fueron creados, siempre según la tradición islámica, dos mil años antes que Adán y Eva, pero su raza no llegará a ver el Final de los Tiempos, aunque pueden redimirse como los humanos. Son invisibles para los hombres, aunque son capaces de hacerse ver y adoptar formas humanas para suplantarlos (o formas de animales). Los *djins* pueden hacer mucho daño pero también pueden conceder dones y hacer grandes favores, ya que Alá les concedió el libre albedrío. Suelen volar o hacerse invisibles y hasta pueden raptar a mujeres, y a algunos hombres los lanzan por el aire para dejarlos aturdidos. Según la tradición, cuando un *djin* era excesivamente cruel con los hombres, se le encerraba en una botella durante mil años como castigo. De aquí viene la historia de *Aladino y la lámpara maravillosa*, un cuento medieval árabe que fue

incorporado en *Las mil y una noches*.

En Argelia se cuentan historias sobre *ghouls* (varones) y *ghoulas* (hembras) que adoptan la forma de hermosos hombres y mujeres para seducir a los mortales en su papel de íncubos y súcubos. Los seres humanos a los que secuestran son transportados «por el aire» a castillos en las montañas, donde son sometidos a toda clase de vejaciones. En cuanto a la localización de estos castillos, por lo general se los sitúa en las montañas, aunque en ocasiones «los demonios masculinos también recogen a niñas humanas cuando éstas se atreven a quedarse en la terraza por la noche, y las llevan hasta sus profundas cuevas en las montañas».

El objetivo de estos secuestros generalmente es el mismo que el de los ambientados en Europa: los *ghouls* desean crear una «nueva raza» de híbridos de mala calaña. Como señala el folclorista Jan Knappert: «La descendencia de este tipo de uniones se nos dice que es una raza de violadores subhumanos que asaltaban a las poblaciones humanas para reunir a chicas de grandes pechos».*

Lejos de estas creencias se sitúa un especialista en estos temas del siglo XVII. Nos referimos al reverendo Robert Kirk, de la localidad escocesa de Aberfoyle, quien en *La comunidad secreta* (1692) narra un episodio ciertamente curioso que nos recuerda la actuación de estos *djins*. Al hablar de los *fairies* o habitantes subterráneos, explica que con frecuencia los vecinos veían cómo un hombre desaparecía de un determinado lugar y, «aproximadamente después de una hora, se hacía visible en otro que se encontraba a un tiro de flecha del primero: según decía él, en el sitio donde se había hecho invisible, estos habitantes subterráneos le habían encontrado y habían combatido con él».

Algunos han postulado que nos encontramos ante una leyenda urbana o contemporánea, ya que son muchas las personas que dicen haber tenido una de estas experiencias, aunque nunca se encuentra la prueba definitiva que lo demuestre. Desde este punto de vista, multitud de sucesos paranormales serían leyendas urbanas, que dejan de serlo cuando las pruebas son numerosas e incontrovertibles. Aunque, en todo caso, dado su campo de operaciones, parece que más bien nos hallamos en presencia de una «leyenda del asfalto», del estilo del autoestopista fantasma, cuyas espectrales acciones suelen localizarse en alguna autovía, autopista

o carretera.

Los antiguos relatos no hablan de ovnis ni de extraterrestres, pero curiosamente presentan pautas comunes con los casos más actuales, salvo por un detalle significativo que demuestra que el fenómeno va experimentando una mutación: el paso de un lugar a otro es instantáneo y el sujeto, por lo general, no sufre ninguna clase de violencia ni experiencia desagradable. Ya no hay razón para atribuir estos raptos a dioses, espíritus, íncubos, ángeles, demonios, jinas o hadas. Ahora los responsables son seres de otros planetas. Y la desaparición puede deberse no a un secuestro, sino a que, sencillamente, se ha penetrado en una «zona ventana» (llamada así por David Fideler). Por esta razón, es difícil distinguir los casos de teleportación del fenómeno ufológico, aunque no nos conviene dejarnos engañar por las apariencias.

Sabemos que el fenómeno se produce de improviso, sin que medie la voluntad del sujeto –al menos en apariencia–, y no obedece a un fin coherente. La persona transportada desaparece sin aviso previo y aparece al instante en otra parte. No causa ningún mal físico irreparable, pero sí un *shock* temporal. Normalmente afecta a una o dos personas que van dentro de un automóvil o que están paseando por el campo. Charles Fort sugiere que la transportación puede ser un medio empleado por la naturaleza para distribuir las cosas sobre la superficie de la Tierra, y que en este proceso algunos seres humanos quedan atrapados por accidente.

La alucinante experiencia con los adoradores de estrellas

Hay una historia ambientada en Cornualles, en la llamada «morada del hada de Selena Moor», protagonizada por un agricultor soltero, William Noy. Desaparece. Y aquí empieza la aventura. Se envía a un grupo en su búsqueda. Al cabo de tres días encuentran a William inconsciente en un granero abandonado. Cuando se despierta –y despertarlo no fue fácil– le sorprende que haya pasado tanto tiempo. Se frota los ojos y dice que ni siquiera sabe en qué parroquia se encuentra. Y empieza a contar su historia...

Al tomar un atajo en su camino de regreso a casa, se perdió, aunque en realidad no era más que un corto paseo a caballo. Vagó hasta que vio luces en la distancia y empezó a oír una música. Pero sus perros se escabulleron y el caballo se negó a seguir adelante, de

modo que ató a los animales a un árbol, cruzó y llegó a un prado donde había cientos de personas, algunas sentadas en mesas comiendo y bebiendo con gran deleite, y otras bailando.

William se da cuenta de que la mayoría de esas personas son muy bajitas, pero entonces ve que una de las mujeres, vestida de blanco, es de estatura normal, similar a la suya. William siente un fuerte deseo de sumarse a la danza hipnótica de la gente menuda, pero la mujer de blanco, con un gesto sutil para no llamar demasiado la atención, lo disuade de ello y consigue que vaya a hablar con ella detrás de la casa. Y entonces William la reconoce: se trata de Grace Hutchins, una antigua novia suya que, supuestamente, había muerto tres o cuatro años antes.

Grace le cuenta que una tarde, al anochecer, mientras estaba en Selena Moor buscando ovejas extraviadas, se perdió y estuvo vagando durante horas entre pantanos. Finalmente llegó a un huerto y oyó música. Cruzó un hermoso jardín con callejones, bordeado de rosas y muchas otras flores que nunca había visto. La música parecía estar muy cerca, pero no lograba ver a nadie. Le entró sed y cogió una ciruela que crecía en un árbol del jardín. Sus labios apenas habían tocado la fruta cuando ésta se convirtió en agua amarga. Grace cayó al suelo. Al despertar se encontró rodeada por cientos de personas pequeñas. Se la llevaron a trabajar: debía encargarse de cuidar a sus niños, pues nacían débiles.

Durante los tres o cuatro años que vivió con ellos, Grace siempre se encontraba como en una especie de trance; «su modo de vida parecía un tanto antinatural para ella». Eran unas criaturas frías y sin sentimientos. Tal vez, pensaba Grace, porque miles de años antes habían sido mortales, pero se habían deteriorado con el paso del tiempo.

Muerto de curiosidad, William no para de hacerle preguntas a Grace. Ella le explica que aquellas criaturas sólo comen rocío de miel y bayas, y que ella tomaba leche de cabra, que usaban «para alimentar a sus bebés y sus *changelings*». William le pregunta si también nacen niños duendes o sólo los raptan a los humanos, y Grace contesta que nacen muy pocos aunque cuando ocurre les parece un logro importante. «Recuerda que no son de nuestra religión», le dice Grace, «sino adoradores de estrellas». Tienen unos cuerpos débiles, y a veces esperan la muerte para acabar con su

terrible existencia.

Grace le confiesa que lo único que le gustaba de aquella vida es que podía transformarse en un pájaro, y que eso le había permitido ver a su amado William. Y lamentaba que él hubiera tenido que ir a su funeral, que no era precisamente auténtico, puesto que seguía viva.

Finalmente William consigue escaparse de sus secuestradores recurriendo al viejo truco de darle la vuelta a sus guantes y tirarlos sobre las hadas. Al hacerlo, todos desaparecen, incluida Grace. Él se queda inconsciente hasta que lo despiertan sus amigos. William les asegura que algunas de las personas que ha visto entre las hadas se parecen un poco a algunos vecinos del pueblo.*

Los puntos de interés en esta historia, en lo que respecta a su relación con el tema de las abducciones que se atribuyen a extraterrestres, son los siguientes:

1. Un hombre desaparece misteriosamente.
2. Se queda fascinado por los sonidos y las luces en un entorno aislado.
3. Sus animales, un caballo y unos perros, detectan la presencia de seres no humanos.
4. Encuentra a un grupo de criaturas de baja estatura.
5. Se encuentra con otro abducido, su antigua novia, a la que reconoce.
6. Ella describe su propio secuestro, para el que utilizaron un líquido amargo.
7. La tarea de la mujer es cuidar a los malhumorados bebés de esos seres.
8. Los secuestradores son unas criaturas de actitud fría y distante.
9. Esas criaturas habían estado «miles de años» en la Tierra.

La ciruela que se convierte en un líquido amargo en la boca de la abducida recuerda la poción para inducir amnesia que se administra a otros secuestrados. La ufóloga británica Jenny Randles, que formuló la teoría del «efecto Oz» para describir las sensaciones en este tipo de situaciones, señala dos casos, uno en Inglaterra y el otro en Rusia, en los que se utilizaron bebidas extrañas para que los

testigos olvidaran sus encuentros con ovnis. Estos casos tuvieron lugar en 1978, uno en junio y el otro en mayo. En el caso ruso, el líquido era «como limonada con sal».*

En octubre de 1991, el marido de Katherina Wilson, Erik, fue secuestrado por extraterrestres, que emplearon para ello una droga de sabor amargo:

> El Ser me dijo telepáticamente: «Es hora de que te vayas a dormir». Me entró miedo y le supliqué de nuevo que no lo hiciera. Mientras le rogaba, él rápidamente alzó la mano izquierda sobre su cabeza y me lanzó un polvo metálico a la cara. Noté que una sustancia amarga caía sobre mi cara y mis labios y entonces perdí el conocimiento.**

En el antiguo cuento celta de la abducción de Cuchulainn, se usa una bebida para hacer que olvide su experiencia en el mundo de los Sidhe: «los druidas trajeron una copa de olvido, y cuando bebió, se olvidó de todo lo que había hecho».***

3. Raptos por otra clase de personajes o fuerzas

Kappas, ikales y pukujes

Cuando se examinan relatos donde aparecen seres fantásticos que raptan a jóvenes mujeres –y hay muchos a lo largo y ancho de este planeta–, casi siempre se remarca que el secuestro se debe a fines sexuales y reproductivos, pero no siempre es así. En el folclore más ancestral se habla con frecuencia de sátiros libidinosos, de duendes rijosos, de íncubos obsesos, de enanos un tanto lúbricos, de fantasmas y gnomos lascivos y toda una retahíla de seres depravados que parece que sólo están interesados en las féminas para satisfacer sus instintos más primarios. Esto, que puede ser cierto en muchos de estos relatos, tendría que matizarse en otros, ya que no sólo se muestran interesados por las mujeres, sino también por los niños, y en estos raptos parece subyacer la intención de dejar descendencia (una especie de raza híbrida) o llevar a cabo cierta manipulación genética.

Dentro del primer grupo encontramos a seres tan heterogéneos como el Yasy Yateré, nombre con el que se conoce a uno de los

monstruos infantiles más populares de Argentina. La leyenda dice que el Yasy Yateré habita en la selva, en una guarida camuflada entre los troncos, de donde sale por las noches, sobre todo cuando hay luna llena, y se dedica a raptar niños, con los que juega un tiempo y a los que más tarde abandona en el monte, asustados y envueltos en enredaderas. Lo malo es que quienes son raptados por el Yasy Yateré luego no recuerdan dónde han estado y, al cumplirse un año del secuestro, sufren una especie de ataque de epilepsia.

Al igual que ocurre con otros seres de similar factura, el Yasy Yateré no le hace ascos al sexo femenino, de modo que también secuestra a muchachas hermosas con fines poco edificantes, y de tales uniones nacen criaturas que con el tiempo mostrarán tener las mismas inclinaciones libidinosas que el padre. Se podría decir que al estar su guarida ubicada en los troncos, de tal palo tal astilla...

Entre los mitos guaraníes, que se extienden desde el Amazonas hasta el Río de la Plata, también figura un secuestrador de niños, y además muy lascivo: se llama Y-Póra, y es una especie de duende de color negro que se aparece en los ríos, arroyos o lagunas y se lleva a los niños incautos a su guarida. Este engendro muestra un claro parentesco con los «*n*egros del agua» de las leyendas del sur brasileño, aunque también tiene sus raíces en el norte de Argentina y Paraguay. Como su nombre indica, son seres de color negro a los que les encanta sumergirse en el agua de los ríos. Todo su cuerpo, incluida la cabeza, carece de pelo, y su característica más singular es la presencia de un solo ojo en la frente, un ojo muy grande que da miedo. Además, estos cíclopes tienen en las manos y los pies unas membranas interdigitales, como las aves palmípedas, que les permiten nadar a la perfección.

Y de América nos vamos a Japón, donde encontramos a los kappa, unas criaturas mitológicas que pertenecerían a la familia de los yokai, y que viven en lagos. También tienen membranas interdigitales, y suelen ser los malos en los cuentos tradicionales nipones porque raptan niños; de hecho, una de las comidas favoritas de los kappas son los niños.

No menos deleznables resultan los hábitos de los ikales y los pukujes, que forman parte de los mitos locales de los indios tzeltales (México). Las leyendas describen a los ikales como unos espíritus de aspecto humanoide, de un metro de alto, «provenientes de otro

mundo», y que pueden volar gracias a un dispositivo que tienen sobre la espalda. Según los indígenas, estos enanos son negros y están cubiertos de pelo. Además, tienen el poder de hacerse invisibles y de dejar paralizados a aquellos que encuentran a su paso. A menudo se los relaciona con raptos de seres humanos, a los que se llevan volando consigo, y sus presas son sobre todo mujeres, que a partir de ese momento se vuelven muy prolíficas y se quedan encinta con mucha rapidez.

Tengu, tengu…

Los japoneses también temen (y utilizamos el presente y no el pasado porque en algunas zonas aún siguen creyendo en ellos) a los tengu, una raza de duendes o espíritus de montaña aficionados a secuestrar a niños pequeños, que luego encontrarán vagando aturdidos y sin rumbo. Los tengu eran originalmente similares a las aves, pero en el siglo VIII se convirtieron en monstruos híbridos. Vuelan y si quieren pueden adoptar la forma de seres humanos (la mayoría de las veces se transforman en monjes) para atrapar a los incautos mortales. Curiosamente, según algunos los tengu hablan sin mover la boca, como por telepatía. Por otro lado, pueden hablar directamente a través de otras personas, como si las poseyeran.

Cuando Charles Goodin le preguntó a su madre, nativa de Fukuoka, acerca de estos seres, ella le contó que «los tengu no vuelan de un lugar a otro; más bien desaparecen de un lugar y al instante aparecen en otro».

La palabra tengu significa «perros celestiales» y deriva del término chino *t'ien-kou*. Se refiere a un tipo de demonio chino asociado a los cometas y a otros cuerpos celestes que caen a la tierra desde el cielo, y las rutas de los cuales parecen colas de animal.*

En 1860, con motivo de una visita del *shogun* al mausoleo de Nikko, se proclamó un edicto que exhortaba a los tengu y a otros demonios a alejarse.**

El niño volátil de Antioquía

El rapto de un niño por fuerzas invisibles aparece en documentos eclesiásticos tempranos. En las cartas intercambiadas entre Pedro Fullo, patriarca de Antioquía (muerto en 488), y el

Papa, leemos que un terremoto en el año 438 había obligado a los habitantes de Bizancio a huir de la ciudad y refugiarse en el campo. La peste y el hambre estaban extendiéndose rápidamente y todos rogaban a Dios que les salvara la vida. De manera inesperada, los que residían en Antioquía (en la actual Turquía) vieron cómo sus oraciones eran contestadas con una impresionante señal:

> En medio de toda la multitud, un niño fue levantado repentinamente en el aire por una potente fuerza, hasta una altura tan grande que lo perdieron de vista. Luego volvió como había subido, y le contó al patriarca Proclo, al propio emperador y a la multitud reunida que acababa de asistir a un gran concierto de ángeles que adoraban al Señor con sus cánticos sagrados.

Acacio, el obispo de Constantinopla (muerto en 489), dijo que todos los que vieron aquel prodigio quedaron asombrados. El suceso fue registrado en los anales eclesiásticos y se convirtió en parte de las lecturas públicas de la Iglesia cada año.*

Los quinientos kilómetros que recorrió un agricultor chino

Un incidente quedó registrado en los *Anales del condado de Song-Zi Xian* (vol. 19), en la provincia de Hubei, y data de 1880. Según esa fuente, el 8 de mayo de ese año un agricultor llamado Ju Tan se levantó temprano y se fue caminando hacia un bosquecillo que había en la colina, detrás de su casa. Entre la maleza vio un objeto extraño, que brillaba en varios colores. Avanzó un paso para cogerlo con las manos y de repente se vio arrastrado por una fuerza invisible que lo alzó por los aires. Y así se encontró por encima de las nubes, escuchando el sonido de un fuerte viento en sus oídos. No podía moverse.

De pronto notó que estaba cayendo desde una gran altura, y acto seguido aterrizó en la cumbre de una alta montaña. Estaba muy asustado, y tenía la sensación de haber despertado de un profundo sueño. Un poco más tarde, un leñador se acercó a él y le preguntó quién era y de dónde venía. Ju Tan respondió:

–Soy de Song-Zi, en la provincia de Hubei.

El leñador se quedó bastante sorprendido:

–¿Y cómo has llegado hasta aquí? ¡Esto es la provincia de Guizhou!

Así supo Ju Tan que no había sido un sueño, y que se encontraba a unos mil *li* de casa, es decir, a unos quinientos kilómetros. El leñador le indicó la ruta de regreso más corta. Tardó unos dieciocho días en llegar.**

La experiencia transformadora de Harry Jones

En un artículo publicado el 5 de marzo de 1907 en *Los Angeles Herald*, se describe el encuentro entre un tal Harry Jones y unos seres sobrenaturales, en el dormitorio de Mr. Jones, por la noche.

GHOSTS YANK HIM OUT OF HIS BED

MAN HAS RELIGION THRUST UPON HIM

Sees Things and Changes His Ways in a Mighty Big Hurry, Fearing Future Goblin Visits

La historia de los fantasmas que sacan de su cama a Mr. Jones, *Los Angeles Herald*, 5 de marzo de 1907.

El informe incluye datos concretos, como su nombre y dirección (663 Lamar Street, San Francisco), y no cabe duda de que fue una experiencia real, aunque pueda interpretarse de muchas maneras.

«No se trata de una visión –dijo el testigo–, sino de una realidad que se ha apoderado de mí y me ha transformado de hombre irreligioso y bebedor en un fiel cristiano.»

Harry Jones se describe a sí mismo como un gamberro irresponsable, casado con una mujer piadosa que asistía a misa en la iglesia apostólica dos veces por semana. «Yo era un creyente de la peor clase, como pueden testificar mi esposa y mis compañeros de trabajo. Casi sólo decía palabrotas y bebía mucho, pero no hasta el grado de que no pudiera trabajar.»

Todo empezó a cambiar cuando le invitaron a cantar un solo en la iglesia. «Fui a la iglesia con mi esposa y nuestro bebé, pero pronto salí fuera para fumar y distraerme. Luego me llamaron para que entrara a cantar, acompañado por mi mujer en el órgano. Nunca lo había hecho. Después empecé a interesarme por las

lecturas del pastor, el reverendo J. W. Sykes».

Jones tenía la sensación de estar convirtiéndose en creyente poco a poco. Lógicamente, lo que luego le sucedió en el dormitorio, la noche del 5 de marzo, lo interpretó como una señal divina, la confirmación de que Dios le estaba dando una oportunidad única para redimirse. Curiosamente, no describe la presencia en la habitación de una persona, sino de un «objeto» y de unas «formas oscuras». Así describe la experiencia que lo transformó en otro hombre:

> Apenas llevábamos unos momentos en la cama, cuando mi cuerpo fue levantado por un objeto oscuro que me colocó de pie cerca de la cama. Luego me condujo de la mano a la habitación de al lado. Me rodeó una brillante luz blanca y en ese instante apareció otra forma oscura a mi derecha e inmediatamente desapareció, y la otra forma desapareció por la puerta de atrás, subiendo hacia el cielo. Yo me quedé embelesado mirando el brillante rayo de luz que dejaba tras de sí el objeto al ascender. Durante unos diez minutos me sentí como atado, no me podía mover, sólo podía contemplar el brillo que me rodeaba. Cuando por fin pude hablar, me encontraba en la calle, bajo la lluvia.

Asustado, Jones gritó: «¡Ayuda!». El reverendo Sykes, que acababa de salir de la iglesia, oyó su voz y se acercó. Hablaron unos minutos, y cuando ya estaba más tranquilo, Jones volvió a la cama. Al día siguiente recordó otro dato curioso del encuentro:

> Ese mismo objeto que me sacó de la cama me habló en un idioma parecido al latín, y podría haberlo transcrito palabra por palabra si hubiera tenido un lápiz y un papel a mano, pero ahora se me ha ido de la cabeza y ya no puedo recordarlo.

Jones aseguraba que aquella experiencia le cambió totalmente la vida. Era como si su cuerpo «hubiera estado en llamas y se hubieran apagado las impurezas». Durante las semanas siguientes los feligreses esperaron esperanzados que se repitieran las señales y el milagro, pero nadie más declaró haber sido sacado de la cama por la noche por una potente luz blanca.

Es interesante constatar que la prensa tampoco lo interpretó como un fenómeno religioso, pues eligió el siguiente titular:

«FANTASMAS SACAN A UN HOMBRE DE LA CAMA. Ve cosas y cambia sus hábitos rápidamente, temiendo la visita de más duendes». Un titular espectacular donde los haya, aunque un tanto alejado de la realidad.*

El vuelo del señor John Quincy Adams

El 19 de julio de 1855, el periódico neoyorquino *Spiritual Telegraph* publicó una curiosa noticia en la que se mezclan dos elementos importantes: el transporte inesperado por los aires, por parte de un «poder invisible», y una potente luz como causa de tan extraordinario fenómeno. Veamos lo que dice la noticia de esta supuesta protoabducción ufológica:

> TRANSPORTE AÉREO
>
> El Sr. John Quincy Adams, de Ohio, regresaba a su casa después de una ausencia cuando a unas cuatro millas de su hogar, viajando a pie por una carretera de peaje, llegó a una vereda que él tomaba, ya que era una manera más rápida de llegar a casa que el camino principal. Después de seguir esa ruta, aproximadamente a unas trescientas yardas (entre la puesta del sol y el anochecer), fue levantado en el aire por un poder invisible que le llevó por encima del camino hacia su casa, con una rapidez tan asombrosa que no podía contar los paneles de una valla que había en la ruta por la que fue llevado. Fue transportado, por lo tanto, casi una milla. Mientras se movía, una sierra de mano y un cuadrado, que sostenía en sus manos, se golpeaban juntos haciendo sonar una melodía encantadora. Una luz brillante, de unos cuatro pies de circunferencia, resplandecía a una corta distancia delante de él mientras volaba por el aire.

Curioso que el protagonista de esta historia se llame igual que el que fue sexto presidente de Estados Unidos, entre 1825 y 1829.

Muchas de las propuestas que hizo tenían que ver precisamente con el Estado de Ohio.

El secuestro de dos días

Lillie Joster era una niña de trece años de edad que vivía en Bay City, Michigan. Llevaba una vida tranquila y monótona, hasta que un día... se le apareció un fantasma. La noticia más tarde saldría publicada en el periódico. El fantasma ya había asustado antes a

otras personas de la ciudad, mujeres y niños, razón por la cual muchos no querían quedarse solos en casa.

Lillie declaró que el 10 de diciembre de 1891 un fantasma negro se presentó en su casa y tomó posesión de ella. Se quedó con Lillie todo el día siguiente, pero la niña no sabía decir muy bien lo que habían hecho juntos. Al menos el fantasma no era transparente... Y la noche siguiente el ente o lo que fuera le demostró otra de sus habilidades: agarró a la niña y voló con ella por el aire hasta llegar al cementerio de Unionville, a diez millas de distancia. Y allí la soltó, sin más.

El viaje duró, según Lillie, unos dos días. De inmediato, regresó a la bahía de la ciudad y le contó sus trepidantes experiencias a su hermana.*

Lo que no sabemos es si realmente lo contó todo...

Otro niño que va por los aires

Según un reportaje publicado en el año 1900, en torno a 1879 se produjo un incidente sorprendente en el condado de Bracken, en Kentucky, cerca del pueblo de Minerva. Una mujer que vivía en una granja estaba fabricando jabón en el patio. Cerca de ella, sobre la hierba, estaba sentado su hijo de tres años. De repente, ante los ojos atónitos de su madre, el niño fue alzado por el aire y, con los brazos extendidos, se alejó volando en dirección al cementerio, situado a una media milla de distancia. La madre le siguió corriendo, asustada, gritándole al niño que se detuviese, pero él siguió alejándose.

Aunque la mujer no pudo ver a nadie con su hijo, supuso que le tenía agarrado un fantasma, un ser invisible. Cuando llegó al cementerio, el muchacho voló hasta la tumba donde estaban enterrados sus antepasados y descendió al suelo en un estado «aparentemente hipnótico». Su madre fue corriendo a su encuentro, pero el niño no la reconoció y farfulló cosas ininteligibles.

Desde aquel día, dicen, el niño se quedó como idiotizado. De vez en cuando tenía lapsos de lucidez y hablaba de otro mundo, y se quedaba mirando fijamente como si estuviese viendo cosas que sólo él era capaz de ver. Nadie podía explicar lo que le había pasado, aunque algunos decían que aquello era un castigo divino para los padres, que ya habían enterrado a tres niños no bautizados en un

rincón de su patio.*

Un fantasma escocés y muy molesto

El escritor e historiador inglés John Aubrey recibió una carta del reverendo Andrew Pascual en la que éste describía el acoso sufrido por un sirviente llamado Francis Fry, de la casa de Philip Furze, en Spreyton, Devon, a manos de fuerzas malignas.

Los incidentes incluían visitas del espectro de un anciano y el fantasma de una mujer ante varios testigos. A veces las manifestaciones eran dramáticas, por ejemplo cuando el fantasma se convertía en un perro que echaba fuego por la boca o en un caballo. Otras veces eran violentas: asaltaba a Fry y lo dejaba lleno de moratones y sangre, o lo estrangulaba y le rompía la ropa y el peluquín en pedazos. Un día le ató la cabeza a una silla, y fue difícil liberarlo. En una ocasión, mientras volvía del trabajo, el fantasma agarró a Fry por el borde de su jubón y se lo llevó por los aires. Fry desapareció, y cuando por fin regresó contó que el espectro lo había subido tan alto que la casa de su maestro se veía tan pequeña como un montón de heno. Los obreros encontraron un zapato en cada lado de la casa, y el peluquín apareció colgado de la rama de un árbol.*

Abducción en Ghana

Una noticia publicada en junio de 1999 no deja ninguna duda de que aún se acusa a los duendes de secuestrar a seres humanos en algunos lugares de África. Según el artículo, después de un día duro recogiendo fruta en el campo, Kwame Afram, un niño ghanés de trece años, se fue a casa andando. Al pasar por una curva en la carretera, se topó con tres seres gigantes. Asustado, Kwame se escondió entre la hierba alta y decidió tomar una ruta diferente para llegar a casa. Sin embargo, todo esto se le ocurrió tarde...

Después de una búsqueda infructuosa por parte de la policía y los vecinos, los padres de Kwame pidieron ayuda a unos brujos, que se comprometieron a buscarlo durante toda la noche si hacía falta. Hicieron una serie de rituales mágicos, y luego anunciaron que el chico volvería cuatro días más tarde. Y así fue. Al cuarto día, Kwame apareció en uno de los dormitorios de los brujos. El chico contó al brujo Kofi Sarfo que había sido capturado por un gigante

que se lo había llevado a un lugar donde vivían unos duendes. Allí les había estado ayudando con las tareas domésticas durante varios días.

El niño fue con sus padres a la policía local para explicar lo ocurrido, pero los policías se mostraron bastante escépticos.**

Los secuestradores sobrenaturales de niños aparecen de vez en cuando en la prensa ghanesa y en internet. Así, por ejemplo, entre las cartas enviadas a la página de UFO UpDate, un corresponsal escribió una donde explicaba que dos meses antes había estado hablando con un testigo de un ovni:

> ... y él mencionó que era de Ghana, África occidental. Me habló de un viejo mito, relacionado con unas pequeñas criaturas que entran en las aldeas por la noche y se llevan a las personas, para luego devolverlas mucho más tarde. También me comentó que tenían un cierto parecido con el típico extraterrestre gris. Esto ocurre desde hace ya varios siglos, dijo, y al parecer sigue pasando...*

Los buni malayos

En Malasia encontramos una misteriosa raza de abductores: los buni. En enero de 1982, la desaparición de un soldado que estaba de guardia en Port Dickson, cerca de Kuala Lumpur, fue atribuida a esos seres. A pesar de los esfuerzos realizados por el centro de entrenamiento de reclutas, el soldado, un tal Abdul Matalib, no fue encontrado.

«Según fuentes del Centro –leemos en un artículo publicado a raíz del suceso–, tales desapariciones han ocurrido varias veces en el pasado, pero las víctimas por lo general han regresado al cabo de unos cuantos días. Se cree que han sido secuestrados por seres elementales conocidos en Malasia como el pueblo buni. A su regreso, los secuestrados cuentan que fueron a un lugar lejano donde se les daba una comida deliciosa; luego, cuando la vomitaban, veían que eran gusanos y pastos.»**

Otro caso buni, también de 1982, fue recogido por el ufólogo y veterinario Ahmad Jamaludin, en Pahang. Una mañana de junio, Maswati Pilus, una niña de doce años de edad, se dirigía desde su casa al río para lavar algo de ropa. De repente se dio cuenta de que todos los ruidos habían cesado a su alrededor, y vio a una mujer a su lado. Mediante algún tipo de magia, la mujer transportó a la niña

hasta una hermosa pero extraña tierra, de la que Maswati más tarde apenas recordaría nada. Su familia pasó dos días buscando a la niña, que finalmente apareció en la propia casa, sin conciencia del tiempo que había pasado.***

¡OBJETOS TELEPORTADOS!

> *«Estoy pensando que... podría de pronto abrir las alas, volar fuera de esta silenciosa prisión, reír en la cara de mi carcelero y, junto a ti, empezar a vivir de nuevo.»*
>
> FORUGH FARROJZAD

PRISIONEROS CAUTIVOS Y ARCONES VOLADORES

Una curiosa modalidad de teleportación es la de aquellos objetos sólidos que justo en el momento de desaparecer en un lugar concreto aparecen súbitamente en otro de manera simultánea y tangible. Uno de los casos más célebres tal vez sea el de la Cruz de Caravaca, que apareció el 3 de mayo de 1232 cuando el rey almohade de Valencia y Murcia, Abu-Ceyt, obligó a oficiar misa a un sacerdote que tenía prisionero. Según la tradición, la misteriosa cruz no sólo se habría materializado por arte de magia en Caravaca, sino que le habría desaparecido a su propietario (el patriarca de Jerusalén, dicen) ante varios testigos cuando estaba a punto de coronar al emperador Federico II, para autoproclamarle soberano de Tierra Santa. Hay que observar un pequeño detalle relevante: se nos explica que la cruz fue llevada hasta Caravaca por dos ángeles, pero se sabe que la presencia de estos supuestos enviados celestiales es un añadido incluido por Antonio de Oncada, canónigo de Ávila, en 1540. En parapsicología a esto lo llamarían «aportes».

Santa Trahamunda se escapó de su celda a lomos de una hoja de palma. Otros lo hicieron en objetos más sólidos, más compactos, más cerrados, como arcones de madera. Son milagros aéreos. Una

variante interesante de la Virgen durante la Reconquista es la que supone la liberación de prisioneros cristianos de celdas sarracenas. Las leyendas hispanas señalan al menos cuatro cautivos que fueron liberados por intercesión de la Virgen como premio a sus constantes oraciones:

– El cautivo de Huelva, cuyo nombre se ignora.

– Uno francés llamado Francisco de la Palud (1426).

– El soriano de Peroniel cuyo nombre era Miguel o Manuel Martínez.

– El leonés Alonso de Ribera.

Y las cuatro vírgenes milagrosas que hacen posible el milagro de la teletransportación por los aires, sin que los carceleros se enteren de nada, son:

– La Virgen de la Cinta, patrona de Huelva.

– Nuestra Señora de la Consolación, del castillo de Brest, en Francia.

– Nuestra Señora de Almenar, también conocida como la Virgen de la Llana, en Soria (por cierto, esta imagen tiene los dedos anormalmente largos).

– La Virgen del Camino.

Los cuatro cautivos liberados depositaron sus instrumentos de tortura y prisión en las iglesias y ermitas salvadoras a modo de exvoto y como prueba del milagro. El francés dejó su túnica parda de esclavo y los tres españoles se llevaron también el arcón que les servía de camastro y de prisión.

Hay más vírgenes a las que se asocia con estos transportes aéreos que incluyen al piadoso y anónimo cautivo, el arcón, las cadenas y hasta al propio carcelero que involuntariamente va con ellos: la Virgen de la Candelaria, patrona de Tenerife, Nuestra Señora de la Franqueira, de Pontevedra, la de Mendavia, en Navarra, y la de Guadalupe.

De los 29 lienzos del claustro mudéjar del monasterio de Guadalupe (Cáceres), nos llama la atención uno en el que aparece un arcón teletransportado de tierras de Berbería hasta el propio monasterio, con el cautivo cristiano, sus cadenas, el moro y un perro guardián a cuestas. Todo incluido en el lote. Posiblemente,

hace años ese arcón estuvo en alguna parte de la basílica guadalupana que más tarde se perdió o quedó destruida para siempre. Una pena. Y decimos que este milagro es muy significativo no sólo por el hecho de que esté asociado siempre a vírgenes negras o morenas o a que mereciera ser pintado y expuesto, sino porque hay muy pocas leyendas en el mundo en las que pueda aportarse la «prueba» material del supuesto milagro, con independencia de que esa prueba sea auténtica o no. En el cuadro, que es el número 17, se puede leer lo siguiente:

> Eran tantos los cautivos que Nuestra Señora sacaba del poder de infieles que ya no había prisiones ni guardas para tenerlos seguros [...] púsose a dormir con un perro al lado y cuando se despertó se hallaron a la vista de esta Santa Casa; el cautivo libre, él espantado y el perro y el arca por testimonio del milagro.

El baúl de Alonso de Ribera

Uno de esos arcones se conserva en el moderno santuario de la Virgen del Camino (León), que se terminó de construir en 1961. Desde principios del siglo XVI hubo allí una ermita donde, según cuentan, el 2 de julio de 1505 un pastor de Velilla de la Reina que respondía al nombre de Alvar Simón Fernández vio a la Virgen, y de aquella emoción mística surgió un culto mariano (la advocación del Camino viene por ser lugar de paso en el Camino de Santiago).

En la sala de reliquias del Santuario de la Virgen del Camino se encuentra este arcón con sus cadenas dentro que fue testigo de la teletransportación de Alonso de Ribera.

Cuenta la tradición que el pastor estaba guardando su ganado cuando, en el enclave en que hoy se encuentra la ermita del Humilladero, vio una luz deslumbrante y luego el contorno radiante de una silueta femenina, que le dijo: «Vete a la ciudad, avisa al obispo que venga a este sitio y coloque en lugar decente esta mi imagen, la cual ha querido mi Hijo se aparezca en este lugar, para bien de esta tierra». A lo que el pastor respondió: «Señora, ¿cómo me creerán de que sois Vos la que me envía?». Y la dama le propuso mostrarle una buena señal: «Dame esa honda que tienes en la mano». Y a continuación la Virgen cogió una piedra pequeña, la puso en la honda, la arrojó y dijo: «Di al obispo que encontrará esta piedra tan grande, que será señal suficiente de que yo te envío, y en el mismo lugar en que hallaréis la piedra, es mi voluntad y la de mi Hijo que se coloque la imagen».

Y la piedrecita se transformó en un pedrusco tan grande que no había forma de moverlo. En el lugar donde cayó, a unos ochocientos cincuenta metros de distancia (ya de por sí un milagro), se empezó a construir el primer templo religioso en su honor. Y se

levantaron dos ermitas: una pequeña en el lugar que hoy llaman el Humilladero (donde se venera un curioso Cristo del Humilladero, con el brazo derecho desclavado y apoyado en la llaga del costado) y la otra en el punto donde cayó la piedra, más lujosa y más amplia (la ermita, no la piedra).

El santuario de la Virgen del Camino tiene una imponente cruz de cemento armado, de 53 metros de altura, que hace las funciones de campanario. Destacan las esculturas y las puertas de bronce realizadas por Josep Maria Subirachs, el mismo artista encargado de concluir las obras y la decoración escultórica del monasterio de Montserrat y de la Sagrada Familia de Barcelona. Lo más llamativo del edificio es el grupo escultórico de la fachada, que hace referencia a los misterios gloriosos. En el centro, en medio de doce estatuas de bronce de apóstoles gigantones, hay una Virgen María de seis metros de altura.

Pero el milagro más conocido y documentado es la liberación del cautivo de Argel. Para que pudiéramos investigarlo, nos abrió la sala de exvotos un fraile dominico que ya es una institución en ese santuario, fray Jaime Rodríguez Lebrato, autor de diversos textos sobre el lugar y buen conocedor de la vida y milagros de todo lo acontecido en ese sitio desde el mismo momento de su construcción.

El padre Jaime nos contó la historia de Alonso de Ribera, natural y vecino de Villamañán, el cautivo del arcón. Fue a Nápoles a combatir como soldado, y acabó siendo capturado por los sarracenos y llevado prisionero a Argel. Corría el año 1522. Su dueño, que lo tenía como esclavo para sacar agua de la noria, sospechaba que tenía intención de escapar, y para impedirlo le hacía dormir en una gran arca y atado con una pesada cadena. Sobre el arca dormía también su vigilante, de modo que el cautivo no podría salir de ella sin que el moro se despertara. El desesperado Alonso de Ribera invocó un día a la Virgen del Camino para que lo liberara. Deseo concedido. Mientras ambos dormían, el arca viajó rauda por el aire, con el cautivo y su guardián a cuestas, y aterrizó en el santuario de la Virgen en un periquete.

Se conservan el arca y la cadena, que hoy pueden verse dentro de una vitrina de cristal en la actual sala de exvotos o del tesoro. El «arca del moro» mide 2,15 metros de largo. Le falta un buen trozo,

pues hasta la construcción del actual santuario el arca se hallaba en el suelo y los devotos arrancaban pequeñas astillas de ella como recuerdo, reliquia o remedio, pues creían que podía curar el dolor de muelas: ponías una astilla en la zona inflamada y la hinchazón bajaba a las pocas horas. En 1934 revistieron el arca con una chapa de hierro, para evitar tanto expolio, porque de seguir a aquel ritmo de despiece hoy ya no tendríamos la oportunidad de verla ni de fotografiarla. Por cierto, el dominico nos explicó que la cadena mide diecisiete metros y consta de 93 eslabones; habrá que creerle, porque como en la actualidad se guarda enrollada dentro del arcón, resulta muy difícil comprobarlo.

Encima del arcón se encuentra una copia plastificada donde se relata el suceso, pero el texto original, con caligrafía del siglo XVI, se guarda en una vitrina. Dice lo siguiente:

> Estando Alonso de Ribera, vecino de Villamañan, cautivo en Argel, en poder del Moro Alcazaba, se encomendó muchas veces a esta soberana Señora Virgen del Camino y temiendo el moro que le había de librar y se había de ir, le metió en esta arca y él encima para más seguridad habiéndole ligado con esta cadena; y su divina majestad fue servida de traerle de la noche a la mañana a su Santa casa donde murió juntamente él y el moro. Sucedió año 1522.

Junto al pergamino hay otros exvotos de futbolistas, militares o ciudadanos leoneses agradecidos por alguna curación o promesa. Para que el pergamino no se deteriore más, puesto que en su día le arrancaron algunos trozos, actualmente está pegado a una tabla de madera. Le preguntamos al padre Jaime si esos trozos que faltaban también los usaban para curarse flemones y dolores de muelas, y nos respondió que no tenía constancia de ello. Pero sí sabía que hasta sus últimos días tanto el devoto Alonso como el moro, convertido ya al cristianismo por la magnitud del milagro del que fue testigo, se encargaron de mostrar el arcón a los fieles que se acercaban a la ermita.

Arcón volador, pintura del claustro del monasterio de Guadalupe (Cáceres) en la que se ve el milagro del moro, el arcón, las cadenas, el cristiano y el perro.

Otro de los arcones milagrosos está en Almenar (Soria), con la leyenda del cautivo de Peroniel, y otro en el santuario de la Virgen de la Candelaria, en Tenerife. Uno de los milagros hace referencia a un arcón volador, un cofre de madera que, junto a las llamadas «cadenas del moro», se conserva en la sala-museo del templo de la Candelaria. Cuenta la leyenda que ese arcón fue teletransportado desde tierras de Berbería hasta la Villa Mariana, llevando en su interior a un canario cautivo, prisionero de un morisco que, para mayor seguridad, se encontraba recostado sobre el baúl.

La liberación de Diego de Illescas

En este caso no hay arcón volador, ni ningún otro medio natural ni sobrenatural de transporte, pero sí hay un cautivo, una Virgen, un sueño, un extraño camino y muchas cadenas.

Nos vamos a Guadalajara. Estamos en el año 1460. Diego de Illescas, ardiente devoto de Nuestra Señora de la Varga, patrona de Uceda, fue hecho prisionero durante las batallas que tuvieron lugar en Granada contra los musulmanes; desde allí fue trasladado a Orán (en la actual Argelia), donde fue encarcelado y encadenado con argollas en los pies y el cuello. El cautivo rogaba todos los días a la

Virgen que le liberase de aquella lóbrega cárcel y lo devolviera a su casa.

Uceda, iglesia de Nuestra Señora de la Varga, en la que se representa un milagro de la Virgen realizado a un devoto, Diego de Illescas, que fue trasladado en tiempo récord desde Orán a su pueblo.

Y tanto rezó que en la víspera de la festividad de la Virgen (el 15 de agosto, día de la Asunción) tuvo un sueño profundo, lúcido e inspirador, y al despertar vio que se habían cumplido sus deseos. Sin saber cómo, se encontró fuera de su prisión y sin moros a la vista, aunque aún con las cadenas puestas y en medio de un camino que no reconoció. Dio un paso, luego otro, y siguió esa vereda. Después de andar durante un día entero, llegó a las puertas del templo de Santa María de la Varga, en su pueblo de Uceda. «¡Milagro!», pensó. Había regresado a casa sin sufrir el menor percance, y en un solo día había recorrido la distancia entre Orán y su localidad alpujarreña. Agradecido, dejó en el interior de la iglesia sus cadenas como exvoto, extraordinario recuerdo de aquel viaje increíble e inexplicable que fue considerado todo un prodigio y un sonado milagro, uno de los 67 que se le reconocen a la Virgen de la Varga.

¿Y qué fue de las cadenas? Según algunos documentos de 1797 y de 1874, aún permanecían en el templo por esas fechas. Más tarde

desaparecieron, tal vez robadas. Para que aquel episodio milagroso no cayera en el olvido, un bajorrelieve sobre la puerta de entrada de la iglesia parroquial rememora este milagro, junto a otro que tiene como protagonista al capitán Bolea, que en 1590 se libró de una sierpe alada también por intermediación de la Virgen.*

La navaja de Bristol

En la tercera sección –la más extensa, con ciento treinta capítulos– de *Otia imperialia* (Ocios del emperador, 1211), la obra cumbre del cronista inglés Gervasio de Tilbury, se recogen diversas maravillas del mundo (*mirabilia*); se describen, entre otras cosas, las propiedades asombrosas de ciertas piedras, hierbas y animales y se narran milagros de varios santos, historias de fantasmas y otras criaturas sobrenaturales. En el capítulo titulado «Concerning the Sea», se narra lo siguiente (a ver qué les parece):

> Éste [Bristol] es el puerto que usa la mayoría de la gente. En una ocasión, un nativo de aquel lugar emprendió un viaje en barco desde aquel puerto a Irlanda, dejando a su mujer y a su familia en casa. Su barco fue desviado de su rumbo hasta las zonas más remotas del océano y allí sucedió que un día su navaja se cayó por el borde de la nave mientras él la estaba limpiando, después de cenar. En aquel preciso momento, su mujer estaba sentada con sus hijos en su casa de Bristol y [...] la navaja cayó a través del tragaluz y se quedó clavada en la mesa delante de ella. Ella la reconoció inmediatamente, y cuando su marido volvió mucho tiempo después, compararon sus experiencias y encontraron que el momento en el que la navaja se le cayó a él de las manos correspondía exactamente a aquel en que fue recuperada de modo tan extraño.*

Técnicas perdidas de antigravedad

Y ahora hagamos una cabriola en el tiempo y trasladémonos a dos continentes-islas míticos: la Atlántida, situada en el océano Atlántico, y Mu, que estaría en el Pacífico. Pues bien, la técnica de la antigravedad fue conocida, dominada y difundida por los habitantes de ambos continentes. Eso opinaba el coronel británico

James Churchward, que recogió, con una paciencia monástica, toda la información que contenían las tablillas naacals (que nadie ha visto), en las que se habla de Mu (el Imperio del Sol) y de sus habitantes, que eran capaces de construir templos y palacios en bloques de piedra tallada utilizando para ello una fuerza vital secreta, la antigravitación, mediante la cual desplazaban a voluntad las estatuas gigantes que esculpían en las rocas.

Veamos algunos ejemplos representativos de esas técnicas antigravitatorias en varias culturas distintas.

Gracias a un artículo de Nacho Ares, nos enteramos de que el Dr. John Kinnaman (1877-1961), arqueólogo bíblico de renombrada fama, afirmó en una conferencia que, habiendo ido a excavar a la meseta de Gizeh en 1924 junto con el prestigioso egiptólogo sir Flinders Petrie, célebre por sus estudios sobre la zona, ambos investigadores descubrieron de forma casual un túnel al sur de la Gran Pirámide. Según Kinnaman, había un corredor descendente que, sumergiéndose a gran profundidad, llegaba hasta una sala que albergaba un gran número de máquinas de extraño funcionamiento y, por supuesto, de origen desconocido. También mencionó la existencia de miles de prismas de cristal cuya función ignoraba, y una máquina antigravedad, entre otras muchas cosas que «usted no se creería», en palabras textuales de Kinnaman. Curiosa o sospechosamente, el arqueólogo no recordaba la ubicación exacta de aquel túnel tan singular, por lo que jamás ha vuelto a ser encontrado.*

En las islas Carolinas orientales, en la Micronesia, hay una pequeña isla llamada Ponape (Pohnpei) que encierra uno de los mayores enigmas del Pacífico: Nan Madol, formado por 91 islotes artificiales construidos sobre el arrecife mediante la técnica de superponer enormes columnas de basalto. Como toda obra ciclópea que se precie, cuenta con su leyenda. Según ésta, los hermanos Olosipe y Olosaupa convocaron a todas las piedras para que acudieran por sí solas al lugar y formaran las imponentes construcciones. El investigador Andreas Faber-Kaiser, que analizó en profundidad estos mitos en *Sobre el secreto* (1985), afirma que «la memoria de los pohnpeianos perpetúa hasta hoy el recuerdo de una raza que recurría a asombrosos poderes mágicos que permitían el transporte aéreo de grandes bloques de piedra».

T. B. Pawlicki, en *Cómo construir un platillo volante*, dice lo siguiente sobre las construcciones de Nan Madol: «Creo que el procedimiento que usaban los antiguos para transportar megalitos consistía en colocar un pequeño diapasón en cada piedra, de modo que se alzasen en el aire al sonar la vibración apropiada».

No son las únicas construcciones a las que se atribuyen estas facultades. De hecho, el corresponsal Jeanne Larroque obtuvo de un viejo erudito de la isla de Pascua (situada también en el Pacífico) la información de que los moáis fueron transportados por vía aérea en una época en la que los dioses blancos habían venido del cielo. Según aquel viejo erudito, dirigían su desplazamiento con ayuda de una especie de bastón que lanzaba un rayo rojo muy poderoso. Ninguna prueba avala esta afirmación.

Cerca del lago Titicaca se encuentran las fabulosas ruinas de Puma Punku, en la actual Bolivia, seguramente una prolongación de Tiahuanaco. En 1603, el padre Diego de Álvarez de Paz escribió lo siguiente:

> No pude más que asombrarme de cómo la fuerza humana era capaz de acarrear tales piedras, pues los indios no disponían de mulos ni de bueyes... Ninguna fuerza humana pudo ser capaz de llevar las piedras hasta estas alturas, así que los diablos debieron colaborar en tal tarea. Así parecen confirmarlo las tradiciones de los indios, pues dicen que Zupay, como denominan al diablo, fue quien trajo las piedras y también afirman que los bloques llegaron a través de las aguas y por los aires.

Se dice que en 1515 el padre Francisco Álvarez escribió un curioso informe sobre algo que había visto en Etiopía cuando era secretario de la embajada de Portugal en ese país. En un monasterio situado en las montañas de Bidjian, copto por más señas, halló una capilla santa en cuyo centro flotaba una vara dorada, de cuatro pies de largo; llevaba allí, suspendida en el aire, varios siglos, sin caer, sin moverse. Los peregrinos acudían a rendirle adoración. A su regreso a Lisboa, el padre Álvarez afirmó que no había visto ningún truco para mantener flotando el objeto.

Dos siglos más tarde visitó el monasterio el cirujano francés Charles-Jacques Poncet, que había tenido noticias de la vara milagrosa a su paso por El Cairo. Viajó a Etiopía y solicitó la

autorización al abad del monasterio para investigar el milagro en busca de un engaño. Pasó una mano por debajo de la vara y luego por encima y por los lados. Comprobó que no estaba atada con hilos delgados a ningún sitio, ni sostenida de ninguna otra manera. Sencillamente, flotaba en el aire. La vara seguía en el mismo sitio en 1763, cuando visitó el monasterio el explorador francés Guillaume Lejean. Después de él, nadie más volvió a verla. Desapareció.

El ingeniero sueco Henry Kjellson (1891-1962), autor de *Las técnicas perdidas*, menciona otro caso de levitación de objetos muy sólidos, y explica que los monjes tibetanos levantaban piedras que pesaban incluso dos toneladas desde el suelo hasta una cornisa rocosa situada a 250 metros, y todo ello con el sonido producido por unos instrumentos de viento especiales. Únicamente con sonido, pero qué sonido...

Los ejemplos y los testimonios se multiplican a medida que escarbamos en las viejas tradiciones de todos estos pueblos. Y ese secreto antigravitatorio, de existir, ha sido celosamente preservado a lo largo de los siglos. Tan sólo unos pocos iniciados conocen los rituales y técnicas necesarios para conseguir hoy en día tal prodigio. Y tal vez merezca la pena que lo conserven en secreto por muchos años, que luego todo se sabe...

HABLEMOS DE LOS HOPI

Pero no queda aquí la cosa. Los indios hopi, hoy asentados en una reserva en el Estado norteamericano de Arizona, conservan una tradición sobre unos remotos antepasados venidos del cielo llamados katchinas, una especie de dioses que disponían de aparatos voladores y que enseñaron a los hopi varias cosas, entre ellas la existencia de un inmenso continente situado en el actual emplazamiento del Pacífico, llamado Kásskara, así como el arte de cortar y transportar por el aire enormes bloques de piedra. Cuando Kásskara se hundió en las aguas, hará unos doce mil años, sus habitantes sufrieron un penoso éxodo. Muchos se diseminaron por un rosario de islas del Pacífico y otros llegaron hasta la actual América del Sur y allí construyeron Tautoma (que se identifica con

Tiahuanaco), y se asentaron en los alrededores del lago Titicaca. Allí por donde se supone que pasaron o se asentaron, existen referencias a esas asombrosas habilidades con las piedras.

Una historia interesante, ¿verdad? Pues sentimos decir que es falsa. Todo eso fue inventado por un supuesto contactado que luego convenció a algunos hopi de su veracidad. Éstos son los hechos:

Los mitos ufológicos de los hopi surgieron cuando George Hunt Williamson conoció al jefe del Clan de Sol hopi, Dan Katchongva, en los años cincuenta. Katchongva se creyó las milongas de Williamson y empezó a mezclar las historias de ovnis con las leyendas tradicionales de su pueblo. Sin embargo, los hopi mejor informados rechazaron estas ideas y las consideraron una vergüenza. La mitología hopi ocupa una parte importante del tercer volumen de *Road in the Sky* (1959), la trilogía de libros sobre ovnis en la prehistoria de Williamson. En 1970 Katchongva se interesó por otro supuesto contacto, Paul Solem, quien integró la profecía de los hopi en mensajes que decía que recibía de contactos en Venus. Esto colmó la paciencia de los hopi, que acabaron expulsando a Dan Katchongva del clan, aunque ya era bastante mayor.*

El problema fue que entre los hopi, incluso después de los años setenta, ya había mucha gente influenciada por los contactados. Josef Blumrich, ingeniero de la NASA, entrevistó a uno de ellos, White Bear (Oso Blanco), aquel mismo año de 1970. White Bear, miembro del Clan del Coyote, le contó a Blumrich la historia de su pueblo, los siete mundos, los kachinas, los escudos volantes, e incluso le mostró varios dibujos sobre una piedra con propiedades antigravitatorias. Le habló de un continente muy grande en el océano Pacífico, el Kásskara; le explicó que los antepasados de los hopi habían sido educados por los katchinas, unos extraterrestres que procedían de una unión de doce planetas; le habló también de otra gran isla situada en el Atlántico, y de su hundimiento posterior...

Algunas veces los katchinas eran invisibles. Sus naves espaciales, descritas como escudos volantes, eran impulsadas por una fuerza magnética, y a algunos de los antepasados de los hopi incluso se les permitió viajar como pasajeros en ellas. Ahora bien, nada de esto era real, aunque ello no invalida la riqueza mitológica y simbólica de la cultura hopi, que es mucha. Lo más fantástico fue inventado

enteramente en los años cincuenta. El libro de Blumrich era tan ridículo que ni siquiera se tradujo al inglés. Pero estos mitos modernos no mueren fácilmente...

LORETO, O CÓMO SE TRASLADA LA CASA DE LA VIRGEN

¿Saben quién es la patrona de la aviación y del ejército del aire? Al menos en algunos países católicos. Han acertado: una Virgen. En concreto, Nuestra Señora de Loreto. El que esté considerada la patrona del Ejército del Aire en España, Colombia, Chile o Argentina se debe a una antigua tradición piadosa según la cual la casa de Nazaret, la que vio nacer y crecer a la Virgen María (y donde fue «anunciada» por el arcángel Gabriel), un buen día fue trasladada por los aires y con la ayuda de unos serviciales ángeles primero a Dalmacia (Croacia) y después a Loreto (Italia), en tiempos del papa Celestino V, para evitar que fuese profanada por los infieles sarracenos.

¿Cómo llegó la casa de Nazaret a Loreto? Hay varias tradiciones y versiones. Una de ellas, la más popular, habla de unos ángeles robustos que transportaron la casa por los aires. Ya advertimos que las fechas y los datos que se barajan no hay manera de demostrarlos; forman parte de esas historias que te las crees (o no) y punto. Cuenta esa leyenda que la casa en la que había vivido la Virgen en Nazaret con su marido san José y su hijo Jesús se encontraba en peligro por la convulsa situación que vivía Palestina por aquel entonces. En 1291, cuando los cruzados estaban perdiendo control sobre la Tierra Santa, Dios decidió enviar a unos cuantos ángeles a proteger la casa y les ordenó que la trasladaran de su emplazamiento a un lugar seguro. No hay nada como ser todopoderoso. El 12 de mayo de 1291 los ángeles cumplieron su misión y llevaron la casa hasta un pequeño poblado llamado Tarseto, en Dalmacia. No sabemos por qué justamente a esa localidad. A la mañana siguiente, muy temprano, la descubrieron los vecinos, que se quedaron muy asombrados al ver aquella casa sin cimientos y cuya repentina aparición no podían explicarse. Entraron y vieron que había un altar de piedra y en él una estatua de cedro de la Virgen María, con el Niño Jesús en los brazos.

Como eso era poco para un milagro de tal magnitud, allí mismo la Virgen se apareció a un sacerdote enfermo y le confirmó que se trataba de la Santa Casa de Nazaret. Y tres años más tarde fue trasladada de nuevo al otro lado del Adriático, a una zona en la que había un bosque de laureles (de ahí el nombre de Loreto, del latín *lauretum*).

El 10 de diciembre de 1294, unos pastores de la región de Loreto afirmaron que habían visto una casa volando sobre el mar, conducida por ángeles. Según un testigo, había un ángel vestido con una capa roja (lo identificaron con san Miguel) que dirigía a los otros, y la Virgen María y el Niño Jesús estaban cómodamente sentados sobre la casa. Los ángeles llevaron la casa hasta un lugar llamado Banderuola. Y desde entonces hasta ahora.

La Virgen de Loreto es la patrona de los aviadores porque conserva una leyenda en la que se dice que su casa fue trasportada de Nazaret hasta esta localidad italiana.

Existe otra versión, más prosaica, de cómo llegó la Santa Casa a Loreto, y está basada en documentos que indican que el responsable

de ello fue un comerciante del siglo XIII llamado Nicéforo Angelo. Quizá fue su propio apellido, y lo extraordinario que debió de ser ese traslado, lo que hizo que se hablase de ángeles en la historia.

Sea como fuere, la leyenda es leyenda, y en 1470 una bula emitida por el papa Pablo II quiso consolidarla, y autorizó la conmemoración de una imagen de la Santísima Virgen transportada por los ángeles a Loreto, dentro de un edificio sin cimientos, «milagrosamente fundado». Aun así, entre los investigadores causa bastante extrañeza el absoluto silencio que se produjo sobre el suceso a lo largo de los siglos XIV y XV, y sobre todo que en una bula de 1320 relacionada con Loreto no se aluda en absoluto a ello. Tampoco en Oriente se hace mención alguna sobre la Santa Casa de Nazaret antes del siglo VI. Sin embargo, sí existen algunos testimonios que datan de los años 1193, 1194 y 1285 de que había en Loreto una iglesia dedicada a la Virgen. Es posible que los católicos serbios que huían de la persecución a fines del siglo XIII llevasen consigo hasta Loreto, donde se refugiaron, una estatua de la Virgen María, y no se puede descartar la posibilidad de que ellos mismos construyesen una casa para proteger esa imagen, a la que pusieron el nombre de Nazaret, de la misma manera que, en nuestros días, se han construido grutas de Lourdes por todas partes.

Actualmente la Santa Casa está situada en el interior de la basílica que se construyó en Loreto. El 24 de marzo de 1920, el papa Benedicto XV declaró a la Virgen de Loreto patrona de todos los aeronautas. Como caso anecdótico, diremos que la Virgen de Loreto, la italiana, es negra y de trazos medievales, mientras que todas las imágenes que existen en España de esta advocación mariana, y que imitan a la original, son blancas.

LA CASA GALESA Y LA AVALANCHA

La de Loreto no es la única casa que se ha movido de su sitio por medios insólitos.

La familia Foulkes, de la localidad de Llandrillo, en Denbighshire (Gales), se despertó una mañana y vio que su casa había sido llevada a un lugar muy diferente del original. Una bonita

manera de despertarse, casi sin sobresaltos... El incidente sucedió alrededor de 1809 y fue contado en una carta que apareció en la prensa local. Y según el artículo:

> Su padre, su madre y su familia se habían retirado a dormir, y al despertarse al día siguiente miraron por la ventana. Estaban totalmente desconcertados. No sabían dónde estaban. Después de mirar alrededor de la casa y comprobar que el hogar y las habitaciones eran iguales, todos llegaron a la conclusión de que las hadas habían llevado su casa a un lugar extraño.
>
> Cuando llegaron los vecinos, descubrieron que una avalancha se había apoderado de todos los edificios y los había arrastrado por el lado de la montaña hasta dejarlos en una superficie llana. Los vecinos fueron rescatados con gran dificultad desde su posición peligrosa. Ninguno de ellos se había despertado durante la noche, cuando la avalancha rodeó los edificios y los llevó montaña abajo sin causar daño alguno.*

Curiosamente, muy cerca de este lugar, unos años más tarde se produjo otro incidente, esta vez relacionado con la ufología. En la noche del 23 de enero de 1974 numerosas personas del norte de Gales vieron extrañas luces en el cielo, acompañadas por informes que sugerían que algo había impactado violentamente contra la cordillera Berwyn. El evento fue bautizado como el «Roswell Galés»; al parecer, lo que ocurrió fue que se estrelló una nave y el gobierno retiró secretamente los cuerpos de los muertos. Los documentos indican que los residentes de Llandrillo en Merionethshire, cerca de la cordillera Berwyn, informaron de que se había producido una gran explosión que hizo temblar todas las casas. Al menos, no las desplazó. La versión oficial aseguró que el objeto era un simple meteorito que al entrar en la atmósfera se había desintegrado. Pero la explicación oficial no logró convencer a ninguno de los testigos.

Acerca de un barco llevado desde Lisboa hasta Portsmouth por espíritus

Todos los que conocen la historia de Inglaterra saben bien que un miembro de la familia Chesterfield fue el fundador del Hellfire

Club, un club de lo más extraño, empezando por su nombre: Club del Fuego Infernal. Fue clausurado por «**blasfemia y profanación**», y en él estaba nada más y nada menos que el duque de Wharton.

El escritor T. Maiden comenta la noticia de una nave que estaba en Lisboa y la tripulación se vio de repente exhausta por una somnolencia inevitable. Y cuenta que el buque, «navegando a la increíble velocidad de 48 nudos por hora, llegó a Portsmouth antes de que la tripulación se despertara. Sin embargo, según el juramento que posteriormente hicieron ante el alcalde de esa ciudad [...] la intervención de unos agentes infernales quedó claramente demostrada. De hecho uno de los hombres hizo un juramento solemne de que se había despertado algunas veces en la noche, y vio la nave llena de hombres de color negro, al parecer muy pequeños, actuando con una agilidad que excede a la de cualquiera ser humano».*

Se trata de una historia muy rara, casi inconexa, y eso que todas las historias de teleportación son bastantes raras, pero el hecho de que en ella intervenga el Club del Fuego Infernal nos hace sospechar que todo pudo deberse a una monumental broma.

El Hellfire era una sociedad de carácter hedonista fundada a mediados del siglo XVIII por el duque de Wharton, un personaje de mucho cuidado. Aglutinó a numerosas figuras destacadas, incluyendo a Benjamin Franklin.

Haciendo gala de su nombre, blasfemar era una obligación a la que se comprometían sus miembros, casi todos unos ateos impenitentes. Se ponían a sí mismos «nombres iniciáticos» relacionados con sus presuntas o reales cualidades amatorias (Johnny Pijo Largo, Lady Vagina, Mary Orgasmos, Edwards Treshuevos...) e imponían a sus miembros un brindis al diablo, en una noche de luna llena y en el interior de un cementerio, como rito de admisión. Si bien se les acusaba de celebrar rituales satánicos y orgías, algunos estudiosos modernos creen que el grupo, más que satánico, era una sociedad filosófica que blasfemaba jocosamente de la religión cristiana.

Y a la sombra de ese club surgió otro grupo. ¿Les suenan los gormogones? No fue más que una travesura –otra más– del duque de Wharton, enterrado en el monasterio de Poblet. La historia tiene su gracia teniendo en cuenta que Wharton, a la sazón gran maestre,

fue expulsado de la masonería, «irradiado» debido a sus elevadas deudas, que casaban mal con las «buenas costumbres». Rencoroso, para vengarse inventó a los gormogones, cuyo nombre sugiere que era una auténtica parodia de los rituales de la masonería bajo la despiadada ironía y rechifla de Wharton. En fin, según sostiene Manuel Guerra en *La trama masónica*, este grupo no fue más que un grupo antimasónico con vocación burlesca. Y les gustaba mucho gastar bromas.

TORTAS Y PANES ENCANTADOS

¿Y qué pasa si lo que se teletransporta es un mendrugo de pan? ¿Hay espíritus burlones hambrientos? La verdad es que sería un asunto con «mucha miga»...

Al menos conocemos dos noticias relacionadas con este asunto de gastronomía escapista. Un periódico inglés publicó en 1909 la siguiente noticia, con cierta retranca:

MISTERIOSO FENÓMENO EN BEVERLEY QUE HA INTRIGADO A LOS CIENTÍFICOS DE EUROPA

Londres, 24 de octubre - Lo que puede llamarse con razón el misterio más grande del mundo es el pan encantado de Beverley, que ha intrigado a los científicos de toda Europa. Se ha realizado un experimento tras otro, pero el fenómeno continúa, y los Webster, como se llaman los panaderos y que viven en esta granja de Yorkshire desde hace doce años, quieren abandonar el lugar a causa del extraño problema.

Un comerciante de Hull acaba de finalizar una prueba novedosa destinada a determinar si las influencias atmosféricas son responsables de la extraordinaria desaparición de los panes. Ésta se desarolló como sigue:

Una pequeña barra de pan fue guardada en una cajita de plomo herméticamente cerrada y fue llevada a la granja. Se colocó en el estante de los productos lácteos. Junto al pan [guardado en la caja] se puso una tarta de queso y [fuera de la caja] una hogaza expuesta al aire.

Se dejaron los panes y el pastel de ese modo durante una

semana.

Transcurrido este tiempo, se constató que, mientras el pan expuesto había decaído o menguado, la barra de pan y la tarta se mantenían intactas.

Durante el tiempo en el que se realizó el experimento, el pan de los Webster se mantuvo en un recipiente cerrado y desapareció por completo de la misma forma que antes, sin dejar ni siquiera una miga.

Ni el pan integral ni los pasteles se han visto afectados por esta misteriosa acción.*

La otra noticia tiene como protagonista a una familia estadounidense y es muy anterior, de 1879:

> Recientemente ha ocurrido un suceso muy misterioso en la familia de una viuda muy respetable de esta ciudad [Davenport, Iowa], y sobre el que aún no se ha dado ninguna explicación. El asunto está tan bien documentado y avalado y el carácter de la familia es tan respetable que se rechaza en parte, si no totalmente, la tendencia natural a sospechar que se trata de un engaño.
>
> La historia es la siguiente. Una noche la señora, cuyo nombre no se da por razones comprensibles, se puso a hacer panqueques (especie de crepes dulces) para la cena en presencia de sus dos hijas; de repente, sin la intervención de ningún agente visible, las tortas desaparecieron de la plancha ante las caras atónitas de todos los presentes, que buscaron en vano cualquier rastro de aquellas tortas caprichosas. Llegó a tal punto [la angustia de la mujer] que incluso llamó a los vecinos para que ayudaran.
>
> Ningún miembro de la familia cree en los espíritus, pero la mujer quedó tan afectada por el incidente que no ha sido fácil persuadirla de que no se mudara de casa por creer que estaba encantada.**

El misterioso caso del tarro de miel

Parece un truco de magia, pero no lo es. Cuando ya teníamos cerrados todos los casos de este libro, nos hemos encontrado con uno nuevo, muy dulce y de difusión muy reciente, y que consideramos encaja perfectamente en este capítulo, dado el prestigio de quien lo cuenta.

Jeffrey J. Kripal, profesor de filosofía y pensamiento religioso en

la Universidad de Rice, en Houston, Texas, relata un hecho no ya interesante, sino asombroso que le habría sucedido a un colega suyo, un historiador y académico universitario a quien él llama Dan, para conservar su anonimato. Kripal es una fuente de información fiable y asegura que su amigo también lo es, así que en este caso aceptaremos el seudónimo.

Una mañana de agosto de 1980, Dan, que entonces tenía veinticuatro años, se encontraba en la cocina haciendo *muffins* de arándanos. Acababa de mezclar los ingredientes húmedos con la miel que había sacado de un tarro de cristal. Se le derramó un poco de miel, así que lavó el frasco en el fregadero y lo puso a escurrir a un lado. Luego fue a la despensa a buscar una lata grande donde guardaba la harina. Al cogerla, de repente, la lata se volvió más pesada. Sus manos no estaban preparadas para aquel inesperado aumento de peso, y la lata se cayó al suelo. Esto es exactamente lo que cuenta Dan sobre lo que sucedió a continuación:

> Al caer sobre el suelo enmoquetado, la tapa saltó y una buena parte de su contenido se vertió. Molesto conmigo mismo, me puse de rodillas para limpiarlo. Luego hice un descubrimiento asombroso, que aún hoy hace que me estremezca cuando lo recuerdo. Como se había salido bastante harina, pude advertir que había algo enterrado en el fondo de la lata. Naturalmente, sentí curiosidad, así que metí los dedos y saqué, entre todas las cosas que podría haber encontrado allí, un tarro de miel de cristal exactamente igual al que había lavado con mis propias manos un momento antes, un frasco completamente cubierto de harina, como si hubiera sido colocado en la lata cuando aún estaba húmedo. Desconcertado, volví la cabeza para comprobar que el tarro que acababa de enjuagar estaba donde lo había dejado. No estaba.

Dan se quedó atónito ante lo que acababa de ocurrir. No era para menos. «El hecho era evidente. El tarro de miel húmedo había sido trasladado desde el fregadero y depositado en el fondo de la lata de harina. La explicación, sin embargo, no es en absoluto evidente.»*

Nosotros también nos hemos quedado ojipláticos, y con muchas ganas de probar esos *muffins*.

LOS QUE DUERMEN, LOS QUE FLOTAN Y LOS QUE SE BILOCAN

«La posibilidad de realizar un sueño es lo que hace que la vida sea interesante.»

PAULO COELHO

Eso de estar ahora aquí, desaparecer y acto seguido aparecer en otra parte en un santiamén, un suspiro o un avemaría, no está al alcance de cualquiera. Sólo de algunos santos medievales. Y nos recuerda un chiste...

Dos mujeres están hablando de su preocupación por no quedarse embarazadas, y una de ellas dice:

–Pues Susana fue a un monasterio que hay en un pueblo de Huesca, y con un avemaría...

Las dos mujeres acuden al monasterio y hablan con el cura encargado de la recepción.

–Mire, es que tenemos una amiga que vino a este monasterio y se quedó embarazada con un avemaría.

–No, señoras, no fue con un avemaría. Fue con un «padre nuestro», pero está de vacaciones.

No hacen falta que sonría. El chiste sólo sirve de introducción para hablar de algún que otro monasterio donde se rezan padrenuestros, aleluyas, avemarías y otras oraciones, y en los que las leyendas dejan de ser leyendas. Si les diéramos crédito, estaríamos ante puertas dimensionales para trascender, para teletransportarse, para saltar en el tiempo (no tanto en el espacio), o eso al menos es lo que les ocurrió a algunos de sus moradores. Evaporarse en un avemaría. Dormir y despertarse cuando todos tus amigos y familiares ya están muertos. Como para morirse del susto.

El famoso caso de los siete durmientes de Éfeso –o de Lojanos remite a otras historias de viajes en el tiempo que tienen que ver con monjes dormilones que se quedan traspuestos mientras meditan sobre la eternidad y escuchan el trino de los pájaros celestes y, al despertarse, comprueban que han pasado unos doscientos o trescientos años de corrido. En España hay dos buenos ejemplos: el de san Ero, en el monasterio de Armenteira (Pontevedra), y el del abad san Virila, en el monasterio de Leyre (Navarra), que junto con los siete jóvenes de Éfeso deberían ser nombrados patronos de las largas siestas.

E incluso hace referencia a leyendas folclóricas y literarias con toques élficos como la de Rip van Winkle, que se tumba a la sombra de un árbol para descansar y despierta veinte años después. Lo demás deberán leerlo en el relato que escribió Washington Irving. Los antecedentes de Rip pueden ser rastreados en un cuento alemán titulado *Peter Klaus*, de Johan Karl Christoph Nachtigal. La única diferencia importante es que mientras que la historia de Rip transcurre en las montañas de Catskill, Nueva York, la de Peter sucede en un pueblecillo alemán llamado Sittendorf.

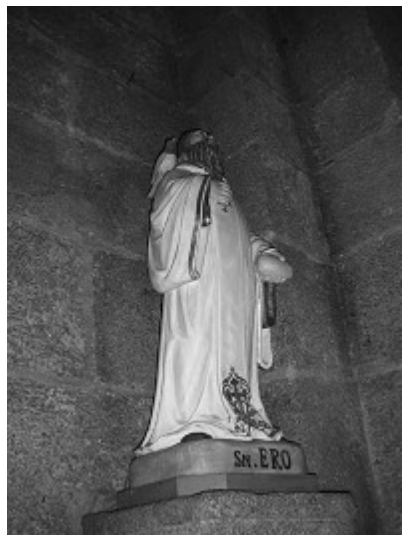
En las islas Orcadas, al norte de Inglaterra (de donde procedía el padre de Irving), existe una historia similar en la que un violinista borracho, oriundo de Steness, se pasa lo que a él le parecen dos horas festejando con una especie de duendes, aunque luego constata sorprendido que han sido quince años desde su partida. También existen similitudes con la historia irlandesa de Niamh y Oisin.

Quizá el ejemplo más antiguo de estos «viajes en el tiempo» sea la leyenda japonesa de Urashima Tarõ, en la que un pescador que salva a una tortuga es recompensado con una visita al palacio del dios Dragón, situado en el fondo del mar; permanece tan sólo tres días, pero al regresar a su aldea descubre que han pasado trescientos años terrestres y humanos.

El espíritu de san Ero

Empecemos por el monasterio de Santa María de Armenteira, un impresionante cenobio gallego del siglo XII de la orden cisterciense, con portada románica y claustro barroco. La desamortización de

Mendizábal en 1836 hizo estragos en este templo situado en el municipio pontevedrés de Meis, como en tantos otros monasterios del resto de la Península, hasta el punto de quedar abandonados durante años o convertidos en establos para animales. Por suerte, desde 1989 el monasterio de Armenteira vuelve a estar ocupado por un grupo de monjas que dan vida y movimiento a sus pasillos y celdas.



En el monasterio de Armenteira, de estilo románico, se encuentra la estatua de san Ero con un pajarillo en su hombro que simboliza su salto temporal de doscientos años.

En la tienda, la monjita encargada de vender recuerdos, libros y pastas nos contaba que mucha gente de los alrededores se quejaba al obispado, porque los señores acaudalados, a pesar de no pagar impuestos al municipio, utilizaban el recinto para dar comidas con permiso expreso de la Iglesia.

–Ya ven, aunque el obispado no tenía la culpa, el pueblo exigía una solución, y por eso estamos nosotras aquí. Somos monjas de la orden benedictina y hemos venido de Navarra. Al ser muchas hermanas, el obispo ha decidido crear unas cuantas fundaciones y nos hemos repartido: unas están en Lorca, y nosotras llevamos aquí vienticuatro años [eso en 2013].

La verdad es que se nota su presencia. La iglesia está arreglada y preparada para el culto.

Preguntamos por la estatua de san Ero, y nos dijeron que estaba en una de las peanas de la iglesia. Antes de verla, la monja nos mostró un libro con su imagen:

–Verán que en este librito aparece san Ero de color marrón, pero se le pintó el hábito de blanco, porque es el color de nuestra orden.

¿Y quién es este san Ero? Ero era... Perdón por el inevitable y fácil juego de palabras. Pues era don Ero de Armendáriz, caballero al servicio del rey Alfonso VII. La leyenda cuenta que fue quien fundó este monasterio del Císter; era el propietario de estas tierras, e hizo un voto de castidad (como san Isidro y santa María de la Cabeza) para dedicarse a la oración. Decidió construir el monasterio tras haber tenido un sueño en el que un ángel les decía a él y a su mujer, de quien no lograba tener descendencia, que fundasen un templo para conseguir al menos descendencia espiritual. Así, el noble don Ero decidió en 1150 convertir uno de sus pazos en el monasterio de Santa María. Tras recibir a cuatro monjes de la regla del Císter que san Bernardo le delegó, Ero de Armenteira fue nombrado por derecho propio primer abad. Y dado que la orden no admitía monasterios dúplices, la esposa de Ero y las señoras que la habían seguido tendrían que retirarse al lugar que luego se llamó la Freiría.

Un día de 1176, sintiéndose san Ero lleno de dudas sobre el tema de los gozos de la eternidad, preguntándose si sería muy aburrido estar eternamente en presencia de Dios en el paraíso, se dirigió a un monte cercano para meditar con su libro de oraciones y, mientras reposaba a la sombra de un carballo, se quedó absorto escuchando los trinos de un pájaro. Y lo que para él fueron quince minutos, para el resto del mundo fueron dos siglos. Cuando volvió en sí no conocía el camino de regreso y a él no lo conocía nadie. Llamó al monasterio y el hermano portero le dijo que hacía mucho tiempo que el abad don Ero había desaparecido: un día salió al monte cercano como todas las tardes, para pasear y rezar, y al parecer se perdió entre las frondas, porque no volvió y nadie supo más de él.

Al principio ningún monje reconoció a san Ero, hasta que uno de ellos se dio cuenta de que aquel anciano de barba blanca y espesa era la persona a la que hacía referencia un vetusto libro monacal que decía: «Santo Ero de Armenteira, noble y piadoso hombre,

fundador y abad de este monasterio, quien nunca más fue visto después de salir a meditar al monte Castrove».

Según los cálculos de su hagiógrafo, el padre Duarte, san Ero no regresó al mundo terrenal hasta 1376. Había pasado la friolera de doscientos años escuchando absorto el canto de un misterioso pajarillo. Desde luego, sus dudas seguro que se desvanecieron en un instante y supo de la relatividad del tiempo y de la eternidad, pero fue una lección casi póstuma, pues también él mismo se desvaneció, muerto bajo el peso de su súbita longevidad mal asimilada.

En un librito titulado *Monasterio de Armenteira*, de García M. Colombás, se dice al respecto: «Y se fue de este mundo tan por entero que, siglos más tarde, por mucho que se buscó, oró y ayunó, no pudo hallarse su sepultura». Los monjes de Armenteira lo solían llamar «nuestro glorioso padre san Ero».

La iglesia y su recuerdo es lo único que se conserva hoy en día del primitivo monasterio y de aquel viaje increíble. Al igual que sucedía con la fachada, la iglesia es muy austera siguiendo los axiomas de san Bernardo, que indicaban que había que evitar las distracciones ornamentales que pudiesen interferir en la oración de los monjes.

Este monasterio inspiró a Valle-Inclán para escribir sus *Aromas de leyenda*. De hecho, el propio hijo del escritor fue uno de los principales impulsores de la reconstrucción y conservación del monasterio, que promovió mediante la asociación Amigos del Monasterio de Armenteira, creada por él en 1961.

Ramón Cabanillas también incluyó en *O bendito san Amaro* (1926) una leyenda que afirmaba que en su atrio crecieron dos rosas, una blanca y otra roja, durante treinta y dos años.

En el monasterio de Armenteira las leyendas no faltan, como tampoco la belleza y el silencio.

El pajarico de Virila

El convento de Leyre haría de puerta de entrada dimensional para darse un garbeo por el espacio-tiempo, o más bien por sus alrededores, como ocurría con Armenteira. Leyre conserva las tumbas y huesos de los primeros reyes de Navarra. El rey Sancho el

Mayor consiguió que fuera, en su época, el centro espiritual, político y cultural de toda Navarra. Hay un reclamo convincente para visitar su iglesia, su cripta y, si se tienen tiempo y ganas, la llamada fuente de San Virila.

Cerca del monasterio de Leyre se encuentra la fuente de Virila donde el abad tuvo aquella experiencia sublime en el siglo XII que para él supuso un lapso de trescientos años.

Y ese reclamo es la historia del abad cisterciense Virila, una historia que es preferible contar al calor de una chimenea en un día de invierno o bajo un árbol florido en primavera mientras se escucha el trino de un pájaro. Si no se puede, reténgala en su memoria. Su vida tiene un marco cronológico, el siglo x, y un marco geográfico, el monasterio de San Salvador en Leyre (Navarra).

Virila ha superado a Ero en récord de longevidad sin proponérselo y sin enterarse de nada, al vivir unos trescientos años extras, cien más que san Ero. Cada cual tiene sus obsesiones particulares y san Virila, abad de Leyre (figura histórica que está perfectamente documentada en el *Libro gótico de San Juan de la Peña*), también vivía muy preocupado por la eternidad y lo que habría más allá de esta existencia tan terrenal. Meditaba con mucha frecuencia sobre estas cuestiones y algunos pasajes de la Biblia, que para eso era monje. Un día como otro cualquiera salió por los alrededores del cenobio, como solía hacer en sus horas de recogimiento, para ir a su lugar favorito, su lugar mágico, en lo alto de una colina frondosa y con un pequeño manantial de agua cristalina al lado, un lugar propicio para leer y meditar sobre lo que ya sabemos: el más allá, la inmortalidad y, en ocasiones, lo que iban

a poner de comer al día siguiente en el refectorio.

Reposó su cuerpo en una fuente cercana, a un kilómetro y medio de distancia del monasterio, su favorita, y allí dejó libre su espíritu y su imaginación. Al escuchar el melodioso trino de un pajarillo, se quedó también él como un pajarillo, inmerso en un sueño tan profundo, tan profundo que no despertó. Y pasaron los días, las semanas, los meses, los años y los siglos...

Finalmente despertó. Para él aquello había sido una siestecilla de unos pocos minutos, pero para el resto del mundo, ajeno a aquel milagro, el tiempo había seguido su curso inexorable. Virila se desperezó, estiró sus entumecidas extremidades y, renqueante, fue bajando la ladera en dirección al convento, dispuesto a seguir con sus labores y oraciones cotidianas. El *ora et labora* que él tan bien conocía. Al poco rato empieza a sentirse desorientado y no encuentra el camino de vuelta. Al fin reconoce el monasterio, al fondo del valle, pero ahora le parece diferente, más grande, con una iglesia de mayor tamaño y con estructuras nuevas que no conoce. Está algo aturdido. Al llegar a la portería e identificarse, el monje portero no lo reconoce.

Tanto insiste Virila que al final el monje portero avisa a su superior, que algo recuerda sobre un abad que siglos atrás había vivido en aquel mismo monasterio. Buscan en el archivo hasta que dan con la historia de un abad llamado Virila que «se había perdido en el bosque», de eso hacía muchísimos años. No podía ser. «¡Milagro!», exclamaron algunos. Según alguna leyenda posterior, en pleno *Te Deum* de acción de gracias se abrió la bóveda de la iglesia y se oyó la voz de Dios: «Virila, tú has estado trescientos años oyendo el canto de un ruiseñor y te ha parecido un instante. Los goces de la eternidad son mucho más perfectos». La leyenda áurea pone el broche de oro al añadir que un ruiseñor entra entonces por la puerta de la iglesia con un anillo abacial en el pico y se lo pone en el dedo al abad. Todo excesivamente bucólico y místico.

Lo que está claro es que Virila llegó a ser abad de Leyre, y que nació en el vecino pueblo de Tiermas. Hay un documento del año 928 en el que se le cita.

En la Cantiga CIII del rey Alfonso X el Sabio, titulada «El monje y el pajarillo», se habla del abad Virila. Viene a decir, en lenguaje

poético, que por aquellos días el abad había pedido a la Virgen, como un favor personal, que le mostrara cómo sería el paraíso. Y tanto insistió que al final la Virgen le mostró una fuente muy clara y hermosa, junto a la cual se sentó a rezar el buen monje. Entonces oyó a un *paxarico* cantar con tan grato sonido que el abad se quedó extasiado... Y lo demás ya lo saben.

En España tan sólo en esos dos lugares cenobíticos se abren ventanas espacio-temporales: en el monasterio cisterciense de Armenteira, con el abad san Ero, y en el convento benedictino de Leyre, con el abad Virila. Proponemos nombrar a estos dos santos varones, *ex aequo*, patronos de la siesta.

AMARO Y OTROS MONJES VIAJEROS

Las leyendas que acabamos de comentar no dejan de ser un clásico teológico de la visión beatífica y los goces de la eternidad, contada a su manera. Muchos teólogos no les dan mayor credibilidad, si bien tuvieron una amplia repercusión literaria en el mundo occidental medieval, como sucedió en el monasterio benedictino flamenco de Affligem entre 1122 y 1195, o en el convento alemán de Heisterbach, donde un monje se pasó también tres siglos a la intemperie entre los dos mundos, tal como recuerda un poema que termina de la siguiente manera:

> El susto le paraliza, su pelo se vuelve gris.
> Se desmorona, la pena le mata.
> Y moribundo advierte al rebaño de sus hermanos:
> Dios está por encima de cualquier lugar y tiempo.
> Lo que Él oculta, sólo lo aclara un milagro.
> No caviléis, pues, pensad en lo que me pasó.
> Yo sé que para Él un día es como mil años
> y mil años le son como un día.

¿Ése es el tiempo de Dios? William Blake hubiera dicho: «Abarca el infinito en la palma de tu mano y la eternidad en una hora».

Lo de los trescientos años parece una constante o una maldición. Se da igualmente en la historia de san Amaro, un abad y santo de origen gallego que buscaba el paraíso y los goces de la eternidad. En esta ocasión no hay un sueño profundo, sino un barco, el barco

con el que atravesó todo el océano hasta llegar a una isla. Allí dejó a sus acompañantes y les dijo que le esperaran unos días; no tardaría mucho. Alcanzó la cima de una montaña tras un largo y agotador camino, y contempló una imponente muralla blanca con un gran portón. Eran las puertas de un enorme castillo que coronaba un monte. Lo dejaron mirar dentro por una estrecha mirilla. Era el paraíso terrenal. Vio el árbol de Adán, y unas verdes praderas donde siempre era primavera y de las que emanaba un olor delicioso, con pájaros de delicado cantar, muchachos que deambulaban tocando instrumentos y bellas doncellas ataviadas con guirnaldas. San Amaro rogó que lo dejasen entrar, pero el centinela le dijo que no y le avisó de que, mientras miraba todo aquello, habían transcurrido trescientos años.

Entonces san Amaro regresó tras sus pasos y en un único día alcanzó la orilla del mar. Pensó que sin duda se había equivocado en el camino de vuelta, ya que para el de ida había necesitado muchas jornadas. Al llegar no encontró a su tripulación ni el barco en la bahía, sino un gran puerto con mucho ajetreo de naves y personas.

Como estaba cansado y confuso, fue a beber a una fuente y vio su rostro reflejado. Y lo que vio era el rostro de un anciano. No entendía nada. Cuando preguntó dónde estaba, le contestaron que aquella ciudad se llamaba San Amaro, en honor a su santo fundador, que trescientos años antes había desembarcado allí con su barco y su tripulación, y había desaparecido en el interior de la isla. Hay un municipio en la provincia de Ourense que se llama así.

La leyenda de san Amaro se recogió por escrito por vez primera en el *Códice alcobacense 266*, del monasterio portugués de Alcobaça, copiada por un monje medieval cisterciense. Con el tiempo se difundió por otros territorios de la península Ibérica. Hoy su recuerdo pervive también en la expresión coloquial «pasar las de san Amaro», sinónimo de «pasar las de Caín», en referencia a las penalidades y el trajín que tuvo que aguantar a lo largo de su vida.

¿Son todos los casos tan antiguos? Tenemos uno más moderno, aunque no está protagonizado por un monje o fraile, sino por un tonelero. Alrededor de 1880, el barco en el que estaba trabajando atracó en la isla caribeña de San Martín, en Rossshire. El tonelero recorrió el islote de un lado al otro «y entonces de alguna manera se

quedó dormido. Se sentía como si algo lo empujara, y al despertarse se encontró en la isla de Rona, a diez millas de distancia». Poco después, cayó un poco de lluvia y el hombre se quedó dormido de nuevo. Y cuando despertó vio que volvía a estar en la isla de San Martín. Viaje de ida y vuelta, y sin pagar pasaje.

«Se argumenta que él sólo podía haber sido transportado hacia atrás y hacia delante por las hadas.»*

Santa Trahamunda, patrona de la morriña

En el corazón de la ría de Pontevedra se encuentra la diminuta isla de Tambo. Tuvo un uso militar desde mediados del siglo XX hasta el año 2002. Entre las instalaciones había un polvorín subterráneo de la Marina, que de haber explotado habría lanzado por los aires toda la isla. Y por el aire viajó nuestra protagonista.

Hay que recordar que en el siglo VII, san Fructuoso, hallándose de evangelización por los pueblos ribereños, junto a sus afanados discípulos, arribó a esta isla, se asentó en ella y llegó a fundar el eremitorio de Santa María de Gracia. Hoy es el monasterio mercedario de San Juan de Poio fundado por dicho santo, obispo de Braga (conocido también como san Fructuoso del Bierzo). Un día, mientras trataban de canalizar el agua de un yacimiento de agua dulce que habían encontrado, se distrajeron y se les escapó la embarcación mar adentro. Fructuoso, así como sin dar importancia al hecho, se puso a caminar sobre las aguas y recuperó la embarcación. Este suceso fue el detonante para su canonización.

Hoy se puede ver el antiguo convento benedictino y el moderno. En sus orígenes, el cenobio adoptó la regla de san Fructuoso, mucho más estricta que la benedictina. En la Edad Media logró un gran poder económico y cultural con los monjes benedictinos. Tras la desamortización, las vestimentas de color negro fueron sustituidas por las casullas blancas de los monjes mercedarios que se asentaron en el convento en 1890.

En el interior de la iglesia se conserva un bello retablo del siglo XVIII, de estilo churrigueresco, y en la nave izquierda se halla el sepulcro de santa Trahamunda, muy venerada en el municipio.

En la capilla del Cristo se expone una magnífica talla de santa

Trahamunda, una santa gallega de mirada melancólica, al lado de su sepulcro visigodo. Tal vez allí le cuenten una bonita historia sobre su traslación milagrosa. Por si acaso, le adelantamos que esta mujer era novicia y fue hecha prisionera muy joven en el convento de San Martín, en una de las incursiones árabes a Galicia (dicen que por las tropas de Abderramán I). La llevaron a tierras sureñas y la quisieron incorporar al harén del sultán. Como no se mostraba demasiado solícita, la encerraron durante once años en una mazmorra de Córdoba para ver si la soledad y el aislamiento la hacían cambiar de opinión. Ella no dejó de rezar y ansiar su pronta liberación. Un día, la víspera del día de San Juan Bautista, era tan profunda su morriña que exclamó: «¡Oh, Señor, quién se hallara mañana en San Juan de Poio, para celebrar tu fiesta!». Y lo dijo tantas veces y con tanta devoción que sucedió un hecho sobrenatural. La mujer se esfumó, se trasladó, se escapó o se volatilizó de la celda. Según la leyenda, viajó en una palmera, que la llevó desde Córdoba a su pueblo natal de Poio. En algunas versiones el lugar de llegada fue la isla de Tambo, situada enfrente de Poio. Otras versiones de la historia menos dadas a lo milagroso dicen que viajó en una barca (de piedra, para darle un toque santiaguista). Llegó puntualmente a la fiesta, mientras las campanas de los dos conventos tocaban solas a rebato. Llevaba en las manos una hoja de palma de Córdoba, como testimonio de su llegada real. La plantaron y con el tiempo creció una palmera que dio nombre al lugar, el «prado de la Palma», y que vivió varios siglos, hasta el año 1578, en que se secó. Y casi mejor así, porque tampoco habría sobrevivido a la invasión de la isla en 1589 por los piratas ingleses al mando de Francis Drake, quien arrasó la isla, prendió fuego a la iglesia y arrojó al mar las imágenes.

La «santa de Poio» es muy popular; aunque la Iglesia nunca la elevará a los altares oficiales, el pueblo llano la ha declarado patrona de los emigrantes, de la morriña o de la saudade (para un portugués). Su leyenda va asociada a una emoción, así que hay quien dice que cuando uno se halla lejos de su tierra natal y siente nostalgia, ha de encomendarse a esta monja medieval para que le ayude a sobrellevar mejor esa tristeza. Un sentimiento inexplicable e impreciso que, como decía Rosalía de Castro en uno de sus poemas, «viene de no sé cuándo, de no sé dónde y de no sé qué».

Poco más se sabe de esta mujer. Como testimonio real de su existencia se conserva el sarcófago de piedra en el que fue enterrada tras su muerte, eso dicen, de estilo visigodo o suevo del siglo VIII. También dicen que evita la sordera y los males del oído. Ya saben: en caso de morriña, repitan: «¡Ay, santa Trahamunda!...», y suspiren.

LOS 205 SANTOS QUE SE ALZARON DEL SUELO

Vemos que el sueño, el trance, la oración o el golpazo en la cabeza pueden servir como detonantes para inducir viajes místicos. Todos ellos tienen que ver con los llamados «estado alterados o expandidos de la conciencia». Parece que los santos tienen más propensión a ejercitar estos estados mentales.

El doctor Olivier Leroy estudió a 205 místicos cristianos que levitaban y encontró a 112 hombres y 93 mujeres. Dato que en un principio nos puede extrañar pues, al igual que ocurre con los estigmatizados, uno tiende a creer que la estadística debería ser al revés. El doctor Imbert-Gourbeyre va más allá en sus cálculos y estima que hay cincuenta extáticos por cada mujer.

No obstante, respecto a la frecuencia, Leroy cifra en un máximo del 1% los místicos que levitaron, y afirma que se trata de un fenómeno muy raro. El 1% de los 16.000 santos reconocidos supone, de todos modos, 160 casos, y eso sin incluir a personas no religiosas. El padre jesuita Herbert Thurston, primer historiador del tema y autor de *Los fenómenos físicos del misticismo* (1953), incluye la levitación corporal entre «los abundantes milagros imperfectamente probados».

Por tanto, la lista de santos y místicos levitadores es muy larga (o muy corta, según como lo veamos) y la mayor parte de ella está muy bien documentada. Dejando a un lado los santos de las primeras épocas del cristianismo, cuyos milagros no están muy claros o han sido exagerados por sus devotos, citaremos sólo algunos de los santos cuyos vuelos se asegura que fueron reales, por la multitud de testigos que tuvieron, como si sus alzamientos los hicieran con impunidad y hasta una cierta chulería. A san Francisco de Asís (1186-1226) lo sorprendió alguna vez su discípulo, el fraile

León, en actitud de éxtasis, elevado un par de palmos sobre el suelo, a la entrada de la cueva que había escogido como morada. Y en 1780, algunos turistas que visitaban en Roma cierta iglesia cerca del Tíber corrían a avisar al sacristán de que en una esquina había un hombre suspendido en el aire, a lo que el sacristán solía contestar sin inmutarse: «No lo molesten, es el santo que está en oración». Se trataba de san Benito José de Labre.

El que rompe todos los récords y pulveriza *rankings* tanto en cantidad como en calidad fue san José de Cupertino. Cada vez que entraba en una iglesia donde había una estatua de la Virgen en un pedestal, emitía una especie de chillido e inmediatamente se elevaba hasta quedar arrodillado a sus pies. En ocasiones, incluso si la estatua era muy pesada, la sacaba de su nicho y bailaba abrazado a ella en el aire. Una vez se abrazó a un fraile que intentaba sujetarlo al comienzo de uno de sus bailes extáticos y el santo continuó bailando en el aire abrazado al perplejo fraile.

Era tanta su fama que el papa Urbano VIII lo mandó llamar, y cuando estaba esperando en la fila para besarle el anillo, san José de Cupertino se elevó por el aire y así se quedó hasta que el prior general le ordenó que bajase. El Papa, emocionado, se arrodilló y ordenó a todos que alabasen a Dios. Pero hay más: durante una misa de Nochebuena, el santo se emocionó y comenzó a llorar y a bailar con tanta fuerza que desde el centro de la iglesia dio un salto por encima de la gente y llegó hasta el retablo del altar mayor, que estaba a 15 metros de distancia y bastante elevado. Sus superiores le prohibieron decir misa en público, predicar y asistir a procesiones, porque sus constantes levitaciones atraían a tanta gente que se convirtieron en un problema. Por ello, lo cambiaban de convento en secreto.

Declararía en favor de Cupertino el cirujano Francesco Pierpaoli, quien tuvo que curarle una llaga en la pierna, por orden del doctor Giacomo Carosi. De pronto, Cupertino puso los ojos en blanco, extendió los brazos y se elevó ligeramente. El cirujano se dio cuenta de que parecía arrebatado por un éxtasis místico, ajeno a cuanto lo rodeaba. Permaneció en el aire hasta que llegó el padre Silvestre Evangelista, del monasterio de Ossimo. Sólo entonces, cuando el religioso le suplicó que bajara, comenzó a descender.

Otros santos que tuvieron esa habilidad cuando entraban en

éxtasis, trance u oración profunda fueron los siguientes:

– Tomas de Villanueva (1488-1555), obispo de Valencia, estuvo flotando en el aire durante doce horas ante multitud de testigos.

– Tomás de Cori (1653-1729), mientras estaba dando la comunión, se elevó tan alto y tan rápidamente que la gente creyó que se iba a romper la cabeza contra la bóveda.

– San José Oriol (1650-1702), mientras viajaba en un barco cerca de Marsella, se elevó por encima de la cubierta ante los ojos de los asombrados marineros.

– André Fournet (1752-1834), dirigiendo un viacrucis, se levantó veinte centímetros del suelo y así estuvo todo el tiempo que duró su predicación.

– María de Jesús Crucificado (1846-1878) con frecuencia era alzada por fuerzas invisibles hasta la cima de los árboles.

– Santa Antonieta de Florencia podía volar, o por lo menos flotar. Intentó ocultar sus milagrosos dones, sin éxito. A menudo la sorprendían en éxtasis, flotando sobre la tierra y suspendida en meditación divina. En una ocasión particular, apareció un globo ardiente encima de su cabeza que iluminó la catedral entera. Aquellos fenómenos atrajeron a tanta gente a la iglesia de Santa María Novella, en Florencia, que fue imposible proceder con el entierro durante un mes.

¿Y levitar cuando se está muerto? Tiene más mérito aún. Le ocurrió a santa Cristina la Admirable (1150-1224), que hizo algo que sus colegas místicos no pudieron: según afirman sus hagiógrafos, se elevó en el aire cuando su cuerpo sin vida reposaba sobre un catafalco y permaneció suspendida junto a la bóveda de la iglesia durante varios minutos.

Muy reveladoras son las descripciones que hace santa Teresa de Jesús de sus propias levitaciones en *El libro de la vida*, una autobiografía que casi le cuesta la canonización. Así expresa santa Teresa lo que sentía cada vez que sufría uno de aquellos «arrobamientos», cómo se resistía a ello y cómo le molestaba que se hiciera público (capítulo 20):

> ... venga lo que viniere, y dejarse en las manos de Dios e ir adonde nos llevaren, de grado, pues os llevan aunque os pese. Y en

tanto extremo, que muy muchas veces querría yo resistir, y pongo todas mis fuerzas, en especial algunas que es en público y otras hartas en secreto, temiendo ser engañada. Algunas podía algo, con gran quebrantamiento: como quien pelea con un jayán fuerte, quedaba después cansada; otras era imposible, sino que me llevaba el alma y aun casi ordinario la cabeza tras ella, sin poderla tener, y algunas toda el cuerpo, hasta levantarle.

5. Esto ha sido pocas, porque como una vez fuese adonde estábamos juntas en el coro y yendo a comulgar, estando de rodillas, dábame grandísima pena, porque me parecía cosa muy extraordinaria y que había de haber luego mucha nota; y así mandé a las monjas (porque es ahora después que tengo oficio de Priora), no lo dijesen. Mas otras veces, como comenzaba a ver que iba a hacer el Señor lo mismo (y una estando personas principales de señoras, que era la fiesta de la vocación, en un sermón), tendíame en el suelo y allegábanse a tenerme el cuerpo, y todavía se echaba de ver. Supliqué mucho al Señor que no quisiese ya darme más mercedes que tuviesen muestras exteriores; porque yo estaba cansada ya de andar en tanta cuenta y que aquella merced podía Su Majestad hacérmela sin que se entendiese. Parece ha sido por su bondad servido de oírme, que nunca más hasta ahora lo he tenido; verdad es que ha poco.

6. Es así que me parecía, cuando quería resistir, que desde debajo de los pies me levantaban fuerzas tan grandes que no sé cómo lo comparar, que era con mucho más ímpetu que estotras cosas de espíritu, y así quedaba hecha pedazos; porque es una pelea grande y, en fin, aprovecha poco cuando el Señor quiere, que no hay poder contra su poder. Otras veces es servido de contentarse con que veamos nos quiere hacer la merced y que no queda por Su Majestad, y resistiéndose por humildad, deja los mismos efectos que si del todo se consintiese.

La doble levitación de santa Teresa y de san Juan de la Cruz en el Carmelo de Ávila causó asombro general. Teresa dejó escrito que no se hiciera público y hasta prohibió que se hablara de ello. Aunque también dejó dicho que, «si no me resistía, había en ello una gran dulzura».

Un detalle que se señala con cierta frecuencia es el grito que acompaña o anuncia el «vuelo» de algunos místicos. San José de Copertino o san Pedro de Alcántara emitían un estridente ruido bucal antes de iniciarse el fenómeno de levitación.

También hay referencias a la emisión de calor corporal (una

especie de acceso de fiebre) y a fuertes temblores desde los pies hasta la cabeza, propios de estos estados alterados. Es curioso, tal como indica Aimé Michel en *El misticismo* (1973), que en las levitaciones de los médiums el fenómeno sea justo el contrario, ya que siempre se acompañan de un descenso de la temperatura ambiente.

En Italia, san Felipe de Neri se elevaba del suelo cuando entraba en oración, y uno de los síntomas era que sentía un calor intenso en la garganta incluso en invierno, y debía abrir una ventana. Cuando el cardenal Crescenzi le tomaba la mano tenía que retirarla de inmediato.

Por su parte, santa Catalina de Génova, hija de Jaime Fieschi, virrey de Nápoles, sufría fuertes ardores en el momento de sumirse en el trance místico y levitar. Sentía tanto calor que su piel no podía resistir ningún contacto, ni siquiera el de su propia ropa.

Finalmente, santa María Magdalena de Pazzi caía en trance místico y sentía que se elevaba del suelo. Si alguien le hablaba, ella daba un grito para que no la importunaran. El 3 de mayo de 1592 entró corriendo a la iglesia y se elevó hasta una cornisa situada a ocho metros del suelo. Tomó entre sus manos el crucifijo que colgaba del cuello y lo besó, y después se secó el abundante sudor del cuello con el velo.

Todos los personajes citados eran santos o iban camino de serlo y son anteriores al siglo XVIII. En épocas posteriores ese tipo de fenómenos disminuyeron de manera apreciable. Aun así, se conoce un caso muy curioso sucedido en Nueva España (actualmente México): el venerable Antonio Margil, un franciscano, ante los ojos maravillados del padre Jerónimo García, se puso a dar vueltas como un planeador, con los brazos en cruz, en el techo del convento.

En los siglos XIX y XX se siguieron produciendo casos de este tipo, pero ya no tanto en ámbitos eclesiásticos. El más sonado fue el del médium escocés Daniel Dunglas Home, que es suficientemente conocido. En 1951, un tal E. A. Smythies, consejero británico en el gobierno de Nepal, vio a un joven levantarse medio metro del suelo, sin que hubiera truco de por medio, y luego caer pesadamente al suelo. El fenómeno se repitió varias veces ante la mirada perpleja del inglés, quien más tarde averiguó que el nepalí levitaba con relativa frecuencia y sin poder evitarlo.

El secreto de Bhaduri, el yogui que levitó

Paramahansa Yogananda, en su *Autobiografía de un yogui* (1945), relata muchos hechos extraordinarios que él vio o experimentó o que otros le contaron. Y una de esas historias fascinantes habla de uno de los yoguis que más le sorprendieron, y eso que Yogananda tampoco era manco en cuanto a mística y prodigios. Éste es el relato:

–He visto a un yogui permanecer en el aire, a varios pies sobre el final del suelo, anoche, en la reunión de un grupo –dijo, muy impresionado, mi amigo Upendra Mohum Chowdhury.

Le consagré una sonrisa de entusiasmo.

–Quizá pueda adivinar su nombre. ¿Sería Bhaduri Mahasaya, de Upper Circular Road?

Upendra hizo un movimiento de cabeza, algo decepcionado de no ser un portador de nuevas. Mi curiosidad acerca de los santos era muy conocida entre mis amigos; a ellos les deleitaba proporcionarme alguna nueva pista.

–El yogui vive tan cerca de mi casa, que a menudo lo visito. –Mis palabras despertaron un profundo interés en la cara de Upendra y yo hice una confidencia más–. Le he visto hacer cosas notables. Ha dominado como un experto diversos pranayamas del antiguo óctuple Yoga señalado por Patanjali. Cierta vez, Bhaduri Mahasaya ejecutó ante mí el Bhastrika Pranayama con una fuerza tan asombrosa que parecía que una verdadera tormenta se había levantado en el cuarto. Luego extinguió la tormentosa respiración y permaneció sin movimiento en un elevado estado de supraconciencia. El aura de paz después de la tormenta era tan vívida, que jamás podría olvidarla.

–Oí decir que el santo nunca abandona su hogar. –El tono de Upendra era algo incrédulo.

–Realmente, es verdad; él ha vivido puertas adentro durante los últimos veinte años. Rompe su encierro un poco durante nuestros festivales sagrados, cuando sale hasta la acera de enfrente. Los pordioseros se reúnen allí, porque el santo Bhaduri es conocido por su tierno corazón.

–¿Y cómo es que permanece en el aire, desafiando la ley de la gravitación?

–El cuerpo de un yogui pierde su densidad después de ejercitar ciertos pranayamas. Luego puede levitar o saltar y brincar como una rana. Aun los santos que no practican yoga formalmente han sido vistos levitando durante un estado de intensa devoción a Dios.

–Me gustaría conocer más acerca de este sabio. ¿Asistes tú a sus

reuniones nocturnas? –Los ojos de Upendra brillaban de curiosidad.

–Sí, voy a menudo; y me divierto en grande con la agudeza de su sabiduría. Ocasionalmente, mi prolongada risa altera la solemnidad de sus reuniones. El santo no se disgusta, pero sus discípulos me contemplan con desagrado.

Al salir de la escuela para mi casa esa tarde, pasé por el claustro de Bhaduri Mahasaya y decidí hacerle una visita. El yogui era inaccesible para el público en general. Un discípulo solitario, que ocupaba el piso bajo, vigilaba el retiro de su maestro. El estudiante era como un auténtico ordenanza, por lo que me preguntó si yo tenía una cita formal. Su gurú apareció en el preciso momento para evitarme una sumaria expulsión.

–Deja que Mukunda pase cuando quiera. –El sabio guiñó los ojos–. Mi regla de aislamiento no es para mi propia comodidad, sino para la de los otros. A la gente mundana no le gusta el candor que dispersa sus ilusiones. Los santos no son solamente raros, sino también desconcertantes. Aun en las Escrituras se les halla a menudo embarazosos.*

EL ARTE DE ESTAR EN DOS SITIOS A LA VEZ

«Bilocación» es el término utilizado para describir un fenómeno aparentemente sobrenatural o divino en el que una persona o un objeto se hallaría en dos lugares diferentes simultáneamente. Una de las formas más aceptadas es considerar que, mientras en un lugar está el cuerpo, en el otro lugar está una representación o figura aparente de ese cuerpo. La Iglesia considera que esta representación puede producirse de forma sobrenatural, por intervención divina, o de forma preternatural, por intervención diabólica. La primera manifestación es un don extraordinario que Dios concede a numerosos santos.

Desde hace siglos se tiene noticia de religiosas en conventos de clausura que protagonizaban diversos fenómenos físicos y místicos que dejaron asombrados a muchos investigadores: levitaban, se teletransportaban, entraban en éxtasis, tenían visiones, caían en trances, tenían estigmas, hablaban lenguas que desconocían, alargaban las extremidades de su cuerpo, profetizaban y realizaban curaciones milagrosas...

No hay ningún fenómeno de la mística que plantee tantas dificultades para ser explicado de forma satisfactoria como el de la

bilocación. Incluso santo Tomás de Aquino decía que la presencia de un mismo cuerpo en dos lugares diferentes al mismo tiempo es contradictoria, porque la materia ocupa unas dimensiones específicas y no las puede ocupar en distintos lugares simultáneamente.

Desde luego las explicaciones a este fenómeno pueden ser muy diversas, y van desde las alucinaciones hasta el simple fraude, pasando por la confusión de dos individuos que son gemelos o se parecen mucho. En las tradiciones populares europeas y asiáticas, para explicar la bilocación se habla del doble (el *doppelganger* alemán o el *ikiryo* japonés) o bien de la proyección astral o desdoblamiento corporal. Incluso la física cuántica formula su propia teoría aludiendo al «entrelazamiento cuántico». ¿Es un desafío a la ciencia?

El concepto ha sido utilizado en una amplia gama de corrientes filosóficas o religiosas, incluyendo el chamanismo, el paganismo, el folclore, el ocultismo y la magia, lo paranormal, el hinduismo, el budismo, el espiritismo, la teosofía y la Nueva Era en general.

Uno de los fenómenos más singulares que protagonizó san Pedro Regalado, el patrono de Valladolid, fue una bilocación por todo lo alto, valga la expresión. Ocurrió en el siglo XV y eso le permitió estar casi simultáneamente en dos lugares distantes (el convento del Abrojo y el de la Aguilera) para rezar maitines y celebrar capítulo. El mágico desplazamiento fue atribuido a la presencia de ángeles que le ayudaron a romper las leyes que rigen el mundo de la física.

Durante el proceso de canonización se supo que Alfonso María de Ligorio estuvo en dos lugares:

> El venerable siervo de Dios, en cuanto residía en Arionzo, un lugarejo de su diócesis, en 21 de septiembre de 1774 sufrió un desmayo. Quedó sentado en una silla de brazos, sumergido en dulce y profundo sueño. Uno de los empleados quería despertarlo. Además su Vicario General, Don Rubino, ordenó que no lo tocasen y que se quedasen vigilándolo constantemente en un cuarto próximo. Cuando al final se despertó y tocó una campanilla, todas las personas de la casa acudieron. Al verlas pasmadas, les preguntó el porqué. Respondieron: «¡Oy, Monseñor, ya hace dos días que usted no habla, ni come, ni da señal alguna de vida!».
>
> –Entonces –respondió él– ustedes pensaban que yo estuviese

durmiendo, pero no fue bien eso; ustedes no saben que fui a asistir al Papa, que ahora ya no se encuentra más en la lista de los vivos.

En efecto, después de un breve lapso de tiempo se supo que Clemente XIV había fallecido el 22 de septiembre, a las ocho de la mañana, exactamente a la hora en que el padre Ligorio había tocado la campanilla.

Y no digamos nada de la bilocación que goza de más testigos: la del sacerdote jesuita Eduardo Rodríguez. Al mismo tiempo que predicaba en la catedral de Toledo, y el sermón estaba siendo emitido por Radio Toledo, estaba pronunciando otro sermón en la iglesia de San Francisco el Grande de Madrid, y el sermón estaba siendo emitido por Radio Nacional de España. Y eso, claro está, sin que se utilizara el truco de haberlo grabado con antelación.

El caso de fray Escoba

Otro caso bien documentado es el de Martín de Porres, que nació en 1579. La *Nueva Enciclopedia Católica* informa de que este monje mulato peruano, que tuvo que superar el estigma de ser hijo ilegítimo, podía efectuar curaciones psíquicas y proyecciones astrales, además de levitar. Tanto en vida como después de muerto hizo milagros al por mayor. Los hacía con la facilidad con que otros hacen versos.

Sin salir de su ciudad, Lima, fue visto en lugares tan distantes como México, China, Japón o en algunos lugares de África animando a los misioneros que se encontraban en dificultades o curando enfermos. Mientras permanecía encerrado en su celda, lo vieron junto a la cama de algunos moribundos consolándolos o curándolos. Muchos lo vieron entrar y salir de recintos estando las puertas cerradas. En ocasiones salía del convento a atender a un enfermo grave y luego volvía a entrar sin tener llave de la puerta y sin que nadie le abriera. Cuando se le preguntaba cómo lo hacía, siempre respondía: «Yo tengo mis modos de entrar y salir».

Se decía que Porres había ascendido una vez a cuatro metros del suelo por medios invisibles. Presenciaron esta proeza dos clérigos y un alarmado cirujano que se hallaban frente al monasterio dominicano del Santísimo Rosario, en Lima. (Esta hazaña fue

repetida por José Benedicto Cottolengo, a quien algunas décadas más tarde vieron levitar misteriosamente en una calle, después de haber dado gracias a Dios por salvarlo de un intento de robo.) Aunque la alta jerarquía religiosa tardó en aceptar a un hombre que era hijo de un noble español y una mujer negra, al final se convencieron de que era digno de la beatificación.

Fray Martín tuvo que sufrir mucho en su vida por culpa del color de su piel. Incluso dentro de la orden era despreciado, y algunos se dirigían a él con términos despectivos como «perro mulato», pero el santo no respondía a los agravios. Atendía a todo aquel que le pidiese ayuda, negro o blanco, indio o mulato. Su modestia y la paz que trasmitía impresionaban a cuantos lo conocían. Aliviaba a los enfermos, los atendía y les decía: «Yo te curo, Dios te sana». Muchas curaciones milagrosas fueron atribuidas a él.

Su amor por los animales era tan grande que acogía y curaba a perros, gatos y hasta ratones. Al parecer en el monasterio había muchos roedores y para acabar con ellos lo llenaron de trampas; al enterarse, el santo sintió tanta pena por los ratoncitos que decidió alimentarlos en la puerta trasera de la cocina y de esa manera logró que dejaran de molestar. También contaban que podía hacer comer a un perro, un gato y un ratón del mismo plato sin que se peleasen. Fundó el asilo de Santa Cruz para reunir a pobres, huérfanos y limosneros y así poder ayudarlos. Según relata uno de sus biógrafos (el padre Manrique), una vez, mientras fray Martín estaba pasando por debajo de un andamio, se cayó un albañil desde ocho o diez varas de altura, pero nuestro lego lo detuvo a medio camino gritando: «¡Espere un rato, hermanito!».

Murió a los sesenta años, el 3 de noviembre de 1639, en loor de santidad, como se podrán imaginar.

Los «vuelos» de sor María Jesús de Ágreda

No es de extrañar que algunos religiosos, como Martín de Porres, que tenían visiones y poderes místicos al final cayeran bajo sospecha o incluso acabaran en manos de la Inquisición, pues las autoridades eclesiásticas no tenían muy claro si esos poderes procedían de Dios o del mismo diablo.

Fray Juan de Jesús era un fraile franciscano de finales del siglo XVII que antes de tomar los hábitos había sido soldado. Desarrolló su labor religiosa en el convento de Villanueva de los Infantes (Ciudad Real), donde protagonizó un episodio que no pudo ocultarse por lo llamativo que fue. Poseía el don de la bilocación, y un día se trasladó al convento de Albacete a altas horas de la noche para visitar a fray José Moreno en su celda y pedirle que le confesara urgentemente. La distancia entre ambos lugares es considerable, y entrar en un convento de noche, cuando está cerrado a cal y canto, es ya de por sí un hecho extraordinario. Cuando fray Juan se corporizó en la celda de su amigo y compañero, «se debió formar una fuerte corriente magnética y los objetos comenzaron a moverse por sí mismos. Fray José se aterró y el resto del convento le siguió y pronto se divulgó por toda la ciudad que entre sus muros había duendes».*

En un libro como éste no podía faltar la mención a uno de los casos más famosos de bilocación de la historia, todo un clásico, todo un «expediente X» sobrenatural cuya falsedad ni siquiera la Inquisición pudo demostrar.

El *Memorial* de Benavides, escrito en 1630 para conocimiento del rey Felipe IV, tiene un epígrafe dedicado a la «conversión milagrosa de la nación Jumana», unos indios de Nuevo México que habitaban cerca de la actual localidad de Isleta Pueblo. En el libro se da testimonio de la extrañeza que sintieron quienes formaban parte de la expedición al comprobar que aquellos indígenas conocían perfectamente la cruz y los principios básicos de la religión católica, y todo gracias a la intercesión de una misteriosa Dama Azul que les había caído del cielo y:

> ... Implorando a V. Majestad que mandase al Virrey de la Nueva España que nos enviase treinta religiosos, los cuales llevó, siendo su custodio el P. F. Esteban de Perea, y así despachamos luego al dicho Padre con otro compañero, que es el P. F. Diego López, a los cuales iban guiando los mismos indios. Y antes que fuese preguntado a los indios [para] que nos dijesen la causa por [la] que con tanto afecto nos pedían el bautismo, y [que] los religiosos los fuesen a adoctrinar, respondieron que una mujer como aquella que allí teníamos pintada [que era un retrato de la madre Luisa de Carrión] les predicaba a cada uno en su lengua, que viniesen a llamar a los Padres para que les enseñasen y bautizasen, y que no fuesen

> perezosos. Y que la mujer que les predicaba estaba vestida, ni más ni menos, como la que allí estaba pintada, pero que el rostro no era como aquel, sino que era moza y hermosa.*

El padre Benavides investigó aquel prodigio con sumo cuidado y llegó a la conclusión, tras diversas pesquisas, de que aquella mujer parecida a la «monja de Carrión» –otra célebre mística del tiempo, palentina, que se bilocaba y que, por más señas, era confidente de Felipe III– no podía ser sino la joven María de Jesús de Ágreda, una monja concepcionista franciscana cuyos hábitos azules le habían valido el sobrenombre de la Dama Azul en el Nuevo Mundo.

Se decía que unos años antes, en 1620, «la monja de Carrión» había sido testigo presencial en Alemania (sin salir de su convento, claro está) de una cruenta batalla entre católicos y protestantes, y eso porque se le atribuían fenómenos de bilocación, la capacidad de desdoblarse como quien no quiere la cosa para estar en dos sitios a la vez. La Inquisición la investigó mientras vivía en Valladolid.

El religioso franciscano consiguió una carta manuscrita de sor María de Jesús, titulada «Traslado de las razones que la bendita madre María de Jesús escribe a los dichosos Padres del Nuevo México», donde afirmaba haber viajado, por voluntad divina, a las provincias de Nuevo México, Quivira y Jumanas. Como era de esperar, los acontecimientos prodigiosos descritos por sor María y difundidos en forma de memoriales impresos por fray Alonso de Benavides despertaron las sospechas del Tribunal de la Santa Inquisición. En 1635 comenzaron las primeras actuaciones inquisitoriales, con la intención de indagar e informarse sobre los escritos y hechos portentosos que se contaban de la monja soriana.

La posible presencia de sor María en tierras americanas es una cuestión aún no resuelta por la Iglesia católica. La propia religiosa manifestaba sus dudas en la *Relación* que sobre este tema escribió a instancias de su superior, el general franciscano fray Pedro Manero:

> Del modo como esto fue, no me parece lo puedo decir. Si fue o no real y verdaderamente con el cuerpo, no puedo yo asegurarlo [...]. Yo siempre he dudado fuese en cuerpo, por ser tan extraordinario caso y no usado [...]. Exteriormente tampoco puedo percibir cómo iba, o si era llevada, porque como estaba con las suspensiones o éxtasis, no era posible. El modo a que yo más me arrimo y que más cierto me parece, fue aparecerse un ángel allí en

> mi figura, y predicarlos, y catequizarlos, y mostrarme acá a mí el Señor lo que pasaba para el efecto de la oración, porque el verme a mí allá los indios fue cierto.

La Dama Azul (así se titula una famosa novela de Javier Sierra) evangelizó, gracias a sus «exteriorizaciones», a los indios de Nuevo México, Texas y Arizona, y parece que su influencia llegó también a Colorado del Sur. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo pudo sor María de Jesús ver y ser vista y entregar rosarios a casi diez mil kilómetros de su celda e influir en el destino de tantas almas?

Aparte del *Memorial* de Benavides, sor María de Jesús tiene una obra aún no publicada de la que se hicieron varias copias manuscritas y donde reconoce haber viajado por mano divina a los confines de la atmósfera y haber visto nuestro planeta desde el espacio. Lo cuenta en su *Tratado sobre la redondez de la Tierra*:

> Y en diciendo «cúmplase la voluntad de su Alteza» me puse, o fui llevada (a mi parecer) a la presencia del muy Alto, y apostada delante de su acatamiento, oí que me decía su Alteza: «Esposa y Paloma mía, yo crié el cielo y la tierra, y los elementos y el mar, y quiero que conozcas el fin para el que fue criado todo lo que tiene ser, y mi providencia y protección en el hombre para su servicio y regalo». [...] Comprendí lo que el Soberano Señor me mostró con la luz infusa sin la cual no fuera posible naturalmente, y porque la viera, conociera y comprehendiera me dio la cualidad necesaria, y conocí otra maravilla del Señor grande porque para que conociera toda la Tierra y su redondez, siendo así verdad que naturalmente no se puede ver de un cuarto de legua adelante, y vi muchísimas cosas, tantas como tiene la tierra y las criaturas varias que en ella hay, y otras circunstancias, como si todas estas cosas estuvieran de mí ni más lejos que un tiro de ballesta.

A pesar de sus reconocidos prodigios en vida (entre 1620 y 1623 «viajó» desde su celda en el convento de Ágreda hasta Nuevo México, Arizona y Texas en más de ochocientas ocasiones, evangelizando a unos ochenta mil indios jumanos y de otras tribus) y tras su muerte (su cuerpo se mantiene incorrupto desde el siglo XVII), no ha merecido ni siquiera la consideración de beata debido a la publicación de su libro revelado *La Mística Ciudad de Dios*, que a juicio de la jerarquía eclesiástica contiene ideas que van en contra de los dogmas ortodoxos de la Iglesia. Eran otras épocas, y de poco

han servido detalles como el recogido por su biógrafo Samaniego, cuando escribe de la monja de Ágreda que durante sus éxtasis:

> ... su cuerpo estaba como muerto y no mostraba reacción si alguien lo tocaba. Estaba un poco elevado sobre el suelo y tan ligero como si no tuviera densidad propia. Como una pluma, se balanceaba a cualquier soplo, incluso a distancia.

Y su cuerpo incorrupto y «venerable» sigue esperando paciente en su convento soriano a ser beatificado algún día. Méritos no le faltan, pero...

La bilocación de lord Byron

Los protagonistas de sucesos anómalos suelen ser casi siempre personas muy poco conocidas, salvo algunos santos. Por eso es llamativo el caso de lord Byron, un dandi elevado al cubo tanto en su vestimenta como en su estilo de vida y, por supuesto, por su labor literaria. Fue excéntrico, polémico, mujeriego, ostentoso y controvertido. Y no le fue ajena esta fenomenología de lo extraño y lo sobrenatural, que queda reflejada en algunas de sus obras.

Resulta que en 1811 se encontraba en Patras luchando por la independencia de Grecia (tenía esas manías) cuando cayó gravemente enfermo de malaria y quedó postrado en la cama. Al mismo tiempo que estaba convaleciente en Grecia, fue visto en Londres durante un nuevo y definitivo acceso de locura del rey Jorge III firmando en el registro de visitantes de la Casa Real para que las personalidades pudieran presentar sus condolencias. Cuando Byron se enteró de esto, su respuesta lacónica desconcertó a los presentes: «Lo único que deseo es que mi doble se haya comportado como un caballero».

Caben varias explicaciones: o es un *hoax* del siglo XIX, o alguien se parecía mucho a Byron, o vieron a su «doble» o bien nos hallamos ante un claro ejemplo de bilocación. La verdad es que era difícil confundir a lord Byron con otro hombre, teniendo en cuenta su cojera y su singular aspecto físico.

Existe una carta del 6 de octubre de 1820, firmada en Rávena (Italia) por Byron, que ofrece información muy interesante sobre el

hecho de que hubiera sido visto en varias ocasiones en Londres cuando él se hallaba en esos momentos en otros lugares, como Turquía o Grecia. En concreto, habla de cuando lo vieron Robert Peel, un antiguo compañero de colegio de Harrow, y su hermano:

> Lo que usted me comenta sobre la «apuesta de cien guineas» hecha por alguien que dice que me vio la semana pasada me recuerda lo que pasó en 1810 [...] A finales de 1811 me encontré una noche en el Alfred con mi antiguo compañero [...] Peel, el secretario de Irlanda. Me dijo que en 1810 me encontró en la calle St. James, pero nos cruzamos sin hablar. Mencionó esto –y lo negué como imposible– porque yo estaba entonces en Turquía. Uno o dos días después, iba con su hermano y le señaló a una persona en el lado opuesto del camino. «Allí –dijo– está el hombre a quien confundí con Byron.» Su hermano, al instante, respondió: «Pero claro que es Byron, y no puede ser otra persona». Sin embargo, en ese mismo momento yo estaba enfermo con una fuerte fiebre en Patras, atrapado en los pantanos cerca de Olimpia, con malaria. Si hubiera muerto allí, éste habría sido un nuevo cuento de fantasmas.*

Por cierto, el primogénito de Jorge III, también llamado Jorge, príncipe de Gales, gobernó como regente a partir de 1811, cuando su padre ya estaba totalmente desquiciado. A finales de 1823, Byron partió de nuevo hacia Grecia, esta vez con destino a la localidad de Mesolongui. Mientras esperaba para entrar en acción bélica, cayó muy enfermo tras haber sido sorprendido por una tormenta. Y allí murió, el 19 de abril de 1824, sin haber visto la independencia de Grecia.

Para más inri, uno de los mejores amigos de Byron, el poeta Shelley, también tuvo una experiencia similar, con algunas variantes. Según cuenta el propio lord Byron, en una ocasión Shelley se encontró físicamente a sí mismo, en 1818. Era noche avanzada y el poeta estaba tranquilamente en su casa leyendo un drama de Calderón de la Barca cuando de pronto vio junto a sí a un hombre embozado y con la cabeza cubierta por una caperuza. El hombre le hizo señas para que se levantara y lo siguiera, y ambos se dirigieron a la antecámara; entonces el misterioso individuo se quitó la caperuza y Selley pudo comprobar que tenía su misma cara. El poeta gritó de espanto hasta que despertó a todos los vecinos. ¿Tuvo algo que ver aquel suceso con el hecho de que muriera

cuatro años después a la edad de treinta años?

La parapsicología sostiene que existen «dobles astrales», llamados por otros autores «fantasmas de los vivos», que parece que tienen vida independiente a la de sus dueños y pueden viajar a donde les dé la gana. Es un misterio más que no sólo afecta a místicos sino también, como hemos visto, a escritores. Tal vez por eso las últimas palabras de Manes, el fundador del maniqueísmo, fueron: «Yo contemplaba a mi doble con mis ojos de luz».

LOS HERMANOS PANSINI

En 1901, el empresario de la construcción Mauro Pansini y su familia se mudaron a una casa más grande próxima a Ruvo di Puglia, cerca del Palacio Municipal, en Italia. La casa era vieja y había que restaurarla. Poco podían imaginar en aquel momento que con aquella mudanza comenzaría una serie de eventos misteriosos.

Al poco de mudarse, los hermanos Pansini (Alfredo y Paolo) empezaron a experimentar fenómenos del tipo *poltergeist*: ruidos extraños, vajilla que se rompía, vuelo de objetos por la casa, cuadros que se desprendían solos de la pared... Llegaron a la conclusión de que la casa estaba encantada por espíritus malignos y llamaron a un sacerdote para ver si la podía exorcizar. Sus oraciones y ceremonias no obtuvieron ningún resultado.

Un día, Alfredo Pansini, cuando sólo tenía siete años, cayó en trance y empezó a recitar frases en francés, griego y latín con una voz que no era la suya. Decía que lo había enviado Dios para alejar a los malos espíritus, y era capaz de contestar a preguntas a las que normalmente no habría podido responder. Se llevaron al niño a la iglesia, donde fue recibido por el obispo, y allí se quedó varios días.

Según el periódico *Giornale d'Italia*, del 15 de noviembre de 1905, unos años más tarde comenzaron a suceder cosas extrañas de nuevo, que esta vez también afectaron al hermano pequeño, Paolo, de ocho años de edad. Un día, a las nueve de la mañana, fueron transportados juntos, físicamente, desde Ruvo hasta el convento de capuchinos de Malfetta. Atravesaron unas treinta millas en sólo media hora. Otro día, mientras la familia estaba comiendo

alrededor de la mesa a las doce de la mañana, enviaron a Paolo a comprar vino, pero el niño no regresó. Justo una hora más tarde desapareció. A la una del mediodía se encontró a los dos niños en un barco de pesca en el mar, cerca del puerto de Barletta. Al oír sus llantos, el pescador, asustado por la aparición repentina de los niños, los dejó en tierra firme. De allí los llevaron hasta casa, adonde llegaron a las tres y media de la tarde.

Los científicos italianos que mostraron interés por aquel suceso concluyeron que los dos niños habían sufrido un «automatismo ambulatorio», palabras técnicas que no podían explicar y menos resolver cómo habían sido capaces de viajar tan lejos en tan poco tiempo.

El Dr. Joseph Lapponi, médico jefe de los papas León XIII y Pío X, documentó también el caso y apuntó el siguiente episodio:

> Un día los dos niños estaban en la piazza di Ruvo a las 13.35 horas de la tarde, y a las 13.45, unos diez minutos después, se encontraron en Trani, ante la puerta de la casa de uno de sus tíos, el señor Girolamo Mayor. Alfredo se hallaba en estado hipnótico, y siendo cuestionado, respondió a muchas preguntas difíciles, ante el asombro de todos. Entre otras cosas, declaró que no iban a poder marcharse a la mañana siguiente, sino sólo después de quince días. Al día siguiente el caballo de su tío estaba enfermo, y su tía contrató un vehículo para llevar a los sobrinos de nuevo a Ruvo. Pero apenas habían llegado a la casa de sus padres cuando desaparecieron de nuevo, y se encontraron en Trani. Al llevarlos de vuelta a Ruvo, desaparecieron una vez más y aparecieron en Bisceglie, donde se concluye que sería inútil luchar contra fuerzas sobrenaturales, y se les llevó de nuevo a Trani para esperar allí hasta el final de la quincena.*

EL «POLTERGEIST» DE POONA

En marzo de 1934 se publicó una carta en el periódico semanal *The Spectator* que contaba un caso muy curioso ocurrido cerca de Poona, en la India. Según el Dr. J. D. Jenkins, autor de la carta, el famoso historiador y enciclopedista S. V. Ketkar y su esposa alemana habrían sufrido importantes perjuicios, tanto económicos como de salud, a raíz de que su casa estaba dominada por un

fenómeno *poltergeist*. Una investigación reveló que no era posible atribuir todos los incidentes increíbles al hijo Damodar, un niño de ocho años, aunque él parecía ser el foco. Jenkins fue a la casa de la familia Ketkar para averiguar qué pasaba, y esto fue lo que describió:

> Cuando entré, pedí a todos los presentes que salieran de la habitación. Coloqué al muchacho (desnudo) en una cama pequeña, sentí su pulso, y le dije que se acostara en silencio. Entonces cerré la puerta y las ventanas y me senté en una silla en un rincón de la habitación. Miré mi reloj; eran exactamente las 13.30 horas. Cubrí al niño con una sábana. Al cabo de unos quince minutos vi que las sábanas habían sido arrancadas y la cama se encontraba en el centro de la habitación. El muchacho había sido levantado de la cama y depositado suavemente en el suelo. Al moverse, el chico pudo sentir el brazo de una persona invisible. Una botella de tinta que estaba en la mesa junto a la ventana fue lanzada hacia mí, y también un pisapapeles de vidrio que casi me dio en la cabeza. Los juguetes del chico fueron arrojados violentamente desde un rincón de la habitación. Yo estaba asombrado, y dije a los padres que aquello no podía explicarse como equivocación, ilusión, etc. (como yo había sugerido anteriormente).

El nombre del niño era Damodar Bapat y había sido adoptado por los Ketkar. Su padre, un brahmín como el mismo Dr. Ketkar, había muerto poco tiempo después de nacer el niño y la madre se había suicidado a causa de unas extrañas visiones o alucinaciones que sufría. Todo un drama.

Al día siguiente Jenkins llamó a dos amigos, un oficial de policía y un viejo militar, para que le ayudaran en la investigación. Entonces ocurrieron unos fenómenos aún más extraños. A las dos de la tarde, sin que la tocara nadie, una pequeña mesa pasó a través de la habitación hasta la terraza donde estaban todos sentados hablando. Se acercó directamente al militar, atrapándole en el sillón.

Por la noche, los tres amigos fueron invitados a cenar en la casa de los Ketkar. Todo fue normal hasta la mitad de la comida, cuando un vaso cayó al suelo. Entonces el salero comenzó a bailar el charlestón ante los ojos de los atónitos invitados, que ya estaban viendo que aquella casa estaba embrujada. El militar se levantó y se

despidió, algo asustado pero disimulando su miedo. El oficial de policía de repente recordó que tenía un caso urgente que investigar y también se marchó.

Jenkins señala que recogió miles de casos más entre junio de 1928 y enero de 1930, la mayoría de los cuales se publicaron en los periódicos *The Times of India* y *The Statesman*.*

Entre esos episodios, hubo también teletransportaciones. Su niñera británica miss Kohn apuntaba cuidadosamente todos los incidentes. El 23 de abril de 1928, a las 9.45 de la mañana, se materializó justo enfrente de ella (que lo vio «como cayendo a cuatro patas» en la puerta de su habitación). La señorita H. Kohn, profesora de idiomas del Deccan College, en la Universidad de Bombay, afirmó que el niño había levitado en varias ocasiones y que sufría agotamiento físico después de cada experiencia. Y aquellos fenómenos no sólo le sucedían a él. Un día su hermano mayor, Ramkrishna Bapat, se materializó de repente frente a la puerta de la señorita Kohn «como una pelota de goma». El chico, que estaba tan sorprendido como ella, pronunció una enigmática frase: «Acabo de venir de Karjat».

La hermana de la señorita Kohn, que contó el evento, dijo que la postura del niño era muy curiosa. En el momento en que apareció estaba inclinándose hacia delante y tenía ambos brazos a los lados, las manos flojas. Los pies no tocaban el suelo, quedaba un espacio entre éstos y el umbral. «Era justo la postura de alguien que hubiera sido agarrado por la cintura y llevado a cuestas. Por tanto, no hacía ningún esfuerzo, caía suavemente en su lugar de destino.»**

ANTROPOLOGÍA PRODIGIOSA

> *«Si nuestra amistad depende de cosas como el espacio y el tiempo, entonces, cuando por fin superemos el espacio y el tiempo, habremos destruido nuestra propia hermandad. Pero supera el espacio, y nos quedará sólo un aquí. Supera el tiempo, y nos quedará sólo un ahora. Y entre el aquí y el ahora, ¿no crees que podremos volver a vernos un par de veces?»*
>
> RICHARD BACH, *Juan Salvador Gaviota*

¿Cuántas veces nos hemos encontrado cara a cara con lo imposible? Tal vez ninguna. Cambiemos la pregunta: ¿cuántas veces hemos leído relatos inverosímiles? Da igual que correspondan al ámbito religioso, y los llamemos milagros, o al ámbito antropológico, y los llamemos fenómenos anómalos.

Muchas veces la visión del mundo que tienen los «pueblos de tradición» enfrenta al mundo occidental con el dilema de cuestionar nuestras propias creencias sobre la realidad y, por consiguiente, a que nos planteemos preguntas como las siguientes: ¿existen otros planos más allá de la conocida como «realidad ordinaria»?, ¿hay un mundo invisible?, ¿hay personas con capacidad de vulnerar las leyes físicas?

La vida de los santos, sin ir más lejos, y como hemos podido comprobar, da buena muestra de ello: que si levitaciones, bilocaciones, estigmas, cuerpos incorruptos, multiplicación de alimentos, materializaciones de objetos... Es decir, acontecimientos que transgreden las leyes de la biología y la naturaleza. Y pensamos que son sólo eso, leyendas. Historias piadosas de santos para fortalecer la fe de los creyentes, historias sin ninguna credibilidad,

salvo la que cada uno les quiera dar en función de sus tragaderas o creencias.

Nos hablan de personas que levitan (como san José de Cupertino, al que los monaguillos debían sujetar por la sotana para que no tocara el techo), o que tienen la manía de estar en dos sitios a la vez (como sor María Jesús de Ágreda), o que convierten el agua en vino... Y de otros prodigios que no podemos creer sencillamente porque van contra toda lógica.

Siempre quedará el consuelo de que esos relatos son indemostrables. ¿En serio? Los agnósticos aseguran que no hay pruebas de que tales hechos hayan podido ocurrir, que creer esas cosas no es científico... y nos quedamos tan anchos. Como siempre, al final todo se reduce a una cuestión de información, porque no nos damos cuenta de que esas pruebas existen, de que esos documentos o testimonios están guardados en alguna parte. ¿Cómo admitir que el mundo no es exactamente como nos han dicho que es?

El antropólogo Joseph Campbell hablaba de las «máscaras de Dios» para referirse a la existencia de rituales y metáforas que son comunes a todos los pueblos que nunca han tenido contacto entre ellos. Creencias y rituales que son muy parecidos entre sí y que tienen como punto de unión el mundo y los seres invisibles con los que se ponen en contacto y realizan las más increíbles proezas.

El asunto se vuelve más apasionante si esos prodigios quedan fuera del ámbito religioso. Hay libros escritos por antropólogos, cronistas, misioneros y viajeros que hablan de cosas inauditas, de sucesos extraordinarios que nos pondrían los pelos de punta o nos harían cambiar nuestra percepción de la realidad si creyéramos por un instante que son ciertos. Pero nuestra mente lógica nos dice machaconamente que eso es imposible, y que todo es fruto de la imaginación de unos pueblos primitivos que se inventan esa clase de historias para contar a sus hijos. Veamos unos cuantos casos.

Los prodigios de Apolonio de Tiana

Si lo que cuenta su biógrafo Flavio Filóstrato (170-249 d.C.) es verdad, la vida de Apolonio de Tiana hace palidecer los relatos de

aventuras de Salgari o las películas de ciencia ficción de George Lucas. Es lo más parecido a un viajero en el tiempo. Por encima de la media, lo sabía todo de casi todo. Su biógrafo lo compara con Pitágoras y Empédocles. Pero, sin duda, lo más sorprendente es que en su extraordinaria vida se pueden advertir paralelismos con la de Jesucristo, del que fue coetáneo.

Debió de nacer en Tiana, una ciudad de Capadocia, en los primeros años de la era cristiana y morir, según Filóstrato, en la época de Nerva, entre los años 96 y 98. Sin embargo, desde el punto de vista histórico, las fuentes contemporáneas guardan un sospechoso silencio respecto a su vida y sus obras.

La emperatriz Julia Domna, segunda esposa de Septimino Severo, sentía tal veneración por Apolonio que, hacia el siglo II d.C., encargó a Filóstrato que escribiese la biografía de este insigne superhombre. No se puede admitir que todos los hechos que se narran en ella sean rigurosamente históricos; si lo fueran, estaríamos en presencia de uno de los mayores taumaturgos de la historia, que vio desfilar ante sí a varios emperadores romanos, desde Nerón hasta Nerva. De Nerón se atrevió a decir que más que cantar le convenía estar callado. Vespasiano, por su parte, lo nombró consejero.

Al igual que el nacimiento de los grandes avatares como Buda, Krisna o Jesucristo, el nacimiento de Apolonio está envuelto en la leyenda. Su madre tuvo un sueño antes de su nacimiento y lo parió en un prado al despertarla unos cisnes que cantaban. En ese mismo momento, un rayo cayó sobre la tierra y acto seguido se elevó de nuevo al cielo. La antigua tradición vio en él un simple hechicero y un mago. Filóstrato trató de defenderlo de esta calumnia, y no se le ocurrió otra manera de justificar sus acciones que presentarlo como un *daimon* (ser intermedio entre los ángeles y los hombres), por estar en posesión de un poder y un saber semejantes a los de los dioses. Y para demostrarlo, en su biografía detalla sus numerosos poderes sobrenaturales, desde el don de la profecía hasta la capacidad de curar enfermos, pasando por la de reanimar a los muertos y la de volar. Viajó mucho y de una manera muy rápida. En Atenas expulsó a un demonio del interior de un joven que al salir hizo añicos una estatua.

También pueden encontrarse referencias a Apolonio en la

Historia augusta, donde se dice que cuando Aureliano se disponía a destruir Tiana, de repente se le apareció Apolonio y lo convenció para que respetara su ciudad.

Sus supuestos prodigios pusieron nerviosos a los primeros Padres de la Iglesia. Uno de ellos, Justino el Mártir, exclamó: «Mientras que los milagros de Nuestro Señor sólo son conservados por la tradición, los de Apolonio son más numerosos y se manifiestan efectivamente por hechos tan concretos que arrastran a todos los asistentes». Eusebio de Cesarea escribió un libro de título muy significativo: *Contra la vida de Apolonio de Filóstrato*, en el que lo consideraba un charlatán y un mago que debía sus éxitos a la intervención de los malos espíritus. En cambio, Hierocles, gobernador de la época de Diocleciano y autor de *Los amantes de la verdad*, lo consideró más sabio y milagroso que Jesús.

Apolonio descubrió las placas de metal en las que se describían los viajes de su maestro Pitágoras por tierras lejanas y decidió emprender el camino a Oriente. En Nínive encuentra al asirio Damis, que se convertirá en su discípulo, guía y biógrafo en sus peregrinaciones a la India y al Tíbet. Llegan al Himalaya en busca de la Morada de los Hombres Sabios. Según las memorias de Damis, cuando se encuentran con el rey Hiarchas, éste le dice: «Has venido a casa de los hombres que saben todas las cosas», y Damis observa que sus anfitriones «vivían a la vez en la Tierra y fuera de ella». Los Maestros encargaron a Apolonio la misión de esconder ciertos talismanes en lugares de poder que serían descubiertos en el momento oportuno. En sus memorias Damis cita un testamento de Apolonio, que, de existir, aún no se ha encontrado.

En el viaje que hizo Apolonio de Tiana por la región transhimaláyica en el siglo I d.C., tanto él como Damis pudieron admirar pozos que proyectaban rayos de una brillante luz azulada, así como las piedras fosforescentes que irradiaban tal claridad «que la noche se trocaba día».

Al igual que su nacimiento tuvo una carga sobrenatural, también la tiene su desaparición. Al final de su vida tuvo que defenderse en un juicio ante el emperador Domiciano (hermano de Tito) en Roma. Fue acusado de sacrílego y conspirador. Apolonio en ningún momento perdió la calma. Los jueces pretendían que se reconociese culpable para que la sanción fuese menor. Entonces Apolonio se

dirigió altivo al emperador y le dijo: «Puedes detener mi cuerpo, pero no mi alma, y añado que ni siquiera mi cuerpo puedes detener». En ese momento desapareció de forma misteriosa ante el tribunal, en medio de una gran luminosidad. Numerosos ciudadanos romanos que asistían al juicio fueron testigos de ello.

Apolonio se apareció después a sus discípulos en Dicearquía, tal como él mismo había anunciado. Conversó con ellos durante cuarenta días y los convenció de que estaba realmente vivo, pues ellos habían llegado a dudar de su corporeidad. Cuando se acercó el momento de su muerte, penetró en el templo, cuyas puertas se abrieron solas milagrosamente, y desapareció mientras resonaba un canto triunfal: «Elévate desde la tierra. Elévate al cielo. Elévate».

Después de este espectáculo, que dejó boquiabiertos a todos los presentes, aún se le apareció a un joven descreído, mientras éste dormía, para revelarle la doctrina sobre la inmortalidad del alma. Es más, el historiador Dion Casio refiere que Apolonio vio desde Éfeso la muerte de Domiciano, que se estaba produciendo justo en esos momentos en Roma (como si tuviera el don de la bilocación y se hubiera teleportado). Mientras estaba pronunciando un discurso en el año 96 (ya era mayorcito), dejó de hablar, miró hacia el suelo y, gracias a su capacidad de «ver a distancia», anunció el asesinato del emperador Domiciano en Roma gritando: «¡Castigad al tirano!».

También fue famosa la resurrección de una mujer en Roma que había yacido durante treinta días sin respiración ni pulso y a la que ya llevaban en el féretro por la ciudad cuando revivió.

Le obedecían el viento y la lluvia, y la gente le dirigía plegarias por haber acabado con las emanaciones pestilentes y malignas de un río. Según Filóstrato, «hasta los pájaros le escuchaban desde los tejados». Todo ello, junto con su capacidad de «ver a distancia» y el poder de exorcizar a los demonios, le crearon una aureola de santo. Se denominó a sí mismo «dios inmortal», y eran muchos los que acudían a él en busca de consejos para curarse de las enfermedades y el dolor.* Según una leyenda, el emperador romano Alejandro Severo (208-235) rendía culto en su santuario privado a cuatro imágenes: Abraham, Cristo, Orfeo y el mismísimo Apolonio.

Algunos autores incluso han clasificado sus abundantes milagros en varios grupos, siguiendo la obra de Filóstrato:

– Interpretación de sueños (libro I 23).

–Poder sobre los espectros, por ejemplo la evocación de la sombra de Aquiles (libro IV 16) o el sátiro y el vino (VI 27).

– Conocimiento de lo oculto: la inocencia de un condenado a muerte (V 24).

– Conocimiento del futuro: la muerte del gobernador de Cilicia (I 12), el tiempo que iba a permanecer en Babilonia (I 22), la epidemia que amenazaba Éfeso (IV 4), la identidad del sucesor del hierofante de Eleusis (IV 18), que el istmo de Corinto comenzaría a excavarse y las obras no se acabarían (IV 24), que surgiría una isla entre Tera y Creta (IV 34), que un rayo casi mataría a Nerón (IV 43), la efímera toma del poder de los emperadores Galba, Otón y Vitelio (V 11-13), el destino futuro de Tito (VI 32) o la inminente muerte de Nerva (VIII 27).

– Resurrección de una muchacha (IV 45).

– Exorcismo de una plaga en la ciudad de Éfeso (IV 10).

– Traslación mágica de Apolonio desde el tribunal a Dicearquía (VIII).

– Visión a distancia de la muerte de Domiciano (VIII 26).

Respecto a la plaga o epidemia que azotó a la ciudad de Éfeso (libro IV, 10), Apolonio se encontraba en Esmirna y fue requerido por una embajada de efesios para que los curase de la enfermedad, y entonces Apolonio se trasladó a Éfeso de un modo espectacular y maravilloso: «con sólo decir “vayamos” estaba en Éfeso, haciendo, creo, lo mismo que Pitágoras».** Se está refiriendo a una noticia de Porfirio que, en su biografía de Pitágoras, decía que éste fue visto en el mismo día en Metaponto (en el golfo de Tarento) y en Tauromenio (la actual Taormina, en Sicilia), localidades muy distantes entre sí.

En fin, más que una biografía, la de Apolonio parece una hagiografía.

El lugar de su tumba permanece hoy en día ignorado.

El soldado de Filipinas que aparece en México «por arte de Satanás»

> El 24 de octubre de 1593, un centinela español que montaba la guardia en las Filipinas desapareció. ¡Veinticuatro horas después fue encontrado en México! No hay ningún medio que permita a un hombre del siglo XVI franquear la distancia de Manila a México en veinticuatro horas. Y este género de cosas es corriente.

Así de contundente se muestra Jacques Bergier en *Visado para otra tierra* (1974) cuando habla de este famoso caso de teletransportación, historia bastante conocida gracias a distintos autores especialistas en divulgar esta clase de temas. El primero que lo mencionó fue el ufólogo norteamericano Morris Jessup, aludiendo a un libro del que supuestamente tomó la información: *Las calles de México*, de Luis González Obregón. Más tarde la historia del soldado filipino fue comentada en libros de Kolosimo, Berlitz, el mismo Bergier y otros divulgadores, que añadían o eliminaban detalles.

Como historia de investigación no tiene precio. Es un buen ejemplo para saber cómo nacen y se difunden en el tiempo relatos de este tipo que dejan asombrados incluso a los más escépticos. Y ésa es la cuestión: ¿es cierta la historia? Y aquí empieza el difícil camino del rastreo histórico, con idas y venidas a bibliotecas y hemerotecas para consultar archivos.

La primera mención se recoge en un libro del siglo XVII, exactamente un siglo después de que ocurrieran los acontecimientos. Su autor es el padre Gaspar de San Agustín, fundador de varios monasterios de la orden agustiniana en Filipinas y considerado el primer estudioso de la gramática filipina. En *Conquistas de las islas Filipinas (1565-1615)*, libro publicado en 1698, cuenta cómo en 1593 un soldado español apareció de repente en la plaza mayor de la ciudad de México, que en aquella época se llamaba Nueva España. El soldado, que pertenecía a una unidad regimental ubicada en Manila, en las Filipinas, estaba atónito y era completamente incapaz de explicar cómo había llegado del otro

lado del océano Pacífico en un tiempo tan breve. Según el cronista, el soldado filipino «había estado en servicio en la isla capital la noche del 24 de octubre». A la mañana del día siguiente, inexplicablemente, se encontraba en la ciudad de México contando la historia de la muerte de Das Mariñas, ocurrida esa misma noche. Tras ser arrestado, la Inquisición le ordenó volver a Manila.

He aquí el texto original de donde surge la historia del soldado teletransportado desde Manila a la plaza mayor de México, a unos quince mil kilómetros de distancia. Aparece en el libro tercero, capítulo XII («De los embajadores que llegaron a Manila enviados por el emperador del Japón y del rey de Camboja, y del lastimoso fin del gobernador Gómez Pérez Dasmariñas») de la citada obra:

> Es digno de ponderación que el mismo día que sucedió la tragedia de Gómez Pérez, se supo en México por arte de Satanás. De quien valiéndose algunas mujeres inclinadas a semejantes agilidades, trasplantaron a la plaza de México a un soldado que estaba haciendo posta una noche en una garita de la muralla de Manila. Fue ejecutado tan sin sentirlo el soldado, que por la mañana le hallaron paseándose con sus armas en la plaza de Méjico, preguntando el nombre a cuantos pasaban. Pero el santo Oficio de la Inquisición de aquella ciudad le mandó volver a estas Islas, donde le conocieron muchos que me aseguraron la certeza de este suceso. Túvose también noticia con brevedad en España del infortunio del Gobernador, por la India Oriental, y así proveyó su Majestad por sucesor a D. Francisco Tello de Guzmán, que llegó a estas Islas por julio de 1596.*

Esta historia se ha publicado varias veces y en diferentes versiones desde que el padre Gaspar la incluyó por vez primera en su libro. Se le han añadido muchos detalles que no estaban en la versión original, como, por ejemplo, el hecho de que para demostrar que realmente había estado en Manila durante la noche anterior, el soldado les contó a las autoridades de México que su excelencia el gobernador de las Filipinas, Gómez Pérez Dasmariñas, había sido muerto por un fuerte golpe recibido en la cabeza. En esta versión pasan dos meses antes de que llegue un galeón a Acapulco trayendo un mensaje importante desde la ciudad de Manila: el gobernador, en efecto, ha sido asesinado.

Por de pronto, hay varios datos que no son correctos, ya que el

gobernador no fue asesinado un 24 de octubre, sino en la noche del 19 de octubre de 1593, a manos de los chinos y durante una expedición a las Molucas (había salido de Manila el 17 de octubre). En el libro del padre Gaspar no aparece el nombre del soldado, que algunos escritores modernos no tienen ningún reparo en bautizar como Gil Pérez y que luego fue acusado de deserción.

Para colmo –y para complicar aún más las cosas–, el libro del padre Gaspar de San Agustín se remite, en uno de los pies de página, a un autor y una obra en concreto: *Sucesos de las islas Filipinas*, de Antonio de Morga. El problema es que el relato de la teletransportación no sale en el libro de Morga, aunque sí se narra la forma en que murió Pérez Dasmariñas: el gobernador oyó un ruido desde su cabina y pensó que la galera estaba siendo arrastrada por la corriente y que la tripulación bajaba la vela y llevaba los remos. Allí lo aguardaban varios chinos, que le partieron la cabeza con una catana. Cayó escaleras abajo y los dos criados que estaban allí lo llevaron a su cama, donde murió inmediatamente, y luego murieron los criados, a puñaladas.

Tan sólo hay un comentario adicional, en el capítulo V, que hace referencia a la muerte del gobernador, y es el siguiente:

> Al mismo tiempo (en la plaza de México) que no se pudo averiguar de dónde había salido la nueva. La cual se supo con tanta brevedad en España (por la vía de la India) pasando las cartas por la Persia a Venecia, que luego se trató de proveer nuevo gobernador.*

Si Antonio Morga no dice nada del soldadito filipino, ¿de dónde pudo haber tomado la información fray Gaspar de San Agustín? Evidentemente, de un libro anterior al suyo.

Las pistas nos conducen a la *Historia de la provincia del Santo Rosario de la Orden de Predicadores* (1640), una obra escrita por fray Diego Francisco Aduarte en la que se habla de Das Mariñas: «Por el mes de junio deste mismo año de 1590, llegó a estas islas por gobernador de ellas Gómez Pérez das Mariñas caballero del hábito de Santiago, persona de gran gobierno, incansable en el trabajo y asi fueron muchos y muy útiles las que pasó en beneficio de la ciudad de Manila». En ella se habla de las señales que se vieron antes de la muerte del gobernador y se menciona el nombre de la española Catalina Díaz, una mujer que tuvo la visión profética del

gobernador con la cabeza abierta por un fuerte golpe y bañado de sangre, algo que luego se confirmó.

La historia del soldado filipino no se conoció en México hasta el siglo XX, con la publicación de *Las calles de México*, de don Luis González. Ni siquiera la Inquisición se ocupó nunca de ese caso. En 1590 quemaron a don Luis de Carvajal *el Viejo*, y en 1596 se celebró otro acto de fe en el que se procesó a 46 acusados, nueve de los cuales fueron quemados vivos. No hay ningún texto en los archivos del Santo Oficio que mencione al soldado filipino. El único que da cuenta de él es fray Gaspar de San Agustín, que escribió sobre el asunto casi un siglo después de los supuestos acontecimientos.

Es curioso que tres años antes de publicar *Conquistas de las islas Filipinas*, en Londres se editara *Misceláneas* (1695), del anticuario John Aubrey, quien escribió una nota reveladora:

> Un caballero conocido mío, Mr. M., se encontraba en Portugal en 1655 cuando un hombre fue quemado en la hoguera por la Inquisición al asegurar que había sido trasladado a aquel país europeo desde Goa, en las Indias Orientales, por el aire, en un plazo de tiempo increíblemente corto.

Se trata de una historia muy parecida a la contada por fray Gaspar de San Agustín, sólo que cambian los lugares y las fechas (y el desenlace del protagonista). Es improbable que este fraile afincado en las islas Filipinas conociera la obra del inglés Aubrey. ¿Se referirán, tal vez, a un mismo acontecimiento, pero distorsionado por uno de esos dos autores? No lo sabemos, si bien es significativo que distintas fuentes hablen de dos países (Filipinas-México o India-Portugal) y de una persona que sin darse cuenta viajó a una velocidad inexplicable.

LOS INCREÍBLES «LUNG-GOM-PA»

Alexandra David-Néel fue la primera mujer que entró en la ciudad santa y prohibida de Lhasa, en 1924. Los monjes budistas la llamaban «lámpara de sabiduría». Respetada y bien considerada tanto en Oriente como en Occidente, sus obras dieron a conocer al mundo aquel país lejano y exótico, así como sus costumbres, que

servirían de inspiración a autores de *best sellers* como Lobsang Rampa.

Entre sus numerosas aventuras, David-Néel cuenta que cuando caminaba con su guía y amigo Yongden a través de una gran llanura en el norte del Tíbet, vieron a lo lejos un punto negro que se movía. Con la ayuda de sus binoculares pudo distinguir que se trataba de un hombre que avanzaba hacia ellos muy rápidamente como a grandes saltos. Yongden le dijo que era un *lung-gom-pa*, que en tibetano quiere decir «ligero de pies».

En su libro *Magos y místicos del Tíbet*, Alexandra narra de esta manera su sorprendente encuentro con un lama saltarín.

> Mi primer encuentro con un *lung-gom-pa* tuvo lugar en el desierto de pastos al norte del Tíbet. Hacia el final de la tarde cabalgábamos sin prisas por una ancha llanura cuando observé, muy lejos, un poco a nuestra izquierda, una minúscula mancha negra que, con la ayuda de mis gemelos, pude ver que era un hombre. Me sorprendió mucho. Los encuentros no son frecuentes en aquella región y llevábamos diez días sin ver a un ser humano. Además, gentes de a pie y solos no suelen aventurarse en aquellas inmensas soledades. ¿Quién podía ser el viajero?
>
> Mientras continuaba observándole con mis gemelos, noté que su paso era singular y que avanzaba con una rapidez extraordinaria. Aunque a simple vista mis gentes sólo podían ver un punto negro que se movía entre las hierbas, no pasó mucho tiempo sin que se diesen cuenta de la velocidad sorprendente que llevaba. Les pasé los prismáticos y uno de ellos, después de haber mirado unos minutos, exclamó: Lama *lung-gom-pa tchig da* («Diríase que es un lama *lung-gom-pa*»). Las palabras *lung-gom-pa* despertaron inmediatamente mi interés. Aún no había llegado a ver un experto lung-gom-pa cumpliendo las prodigiosas hazañas de que tanto se hablaba en el Tíbet. ¿Iba a perder aquella ocasión?
>
> El hombre continuaba acercándose y la rapidez de su marcha era cada vez más evidente. ¿Qué debía hacer si era un verdadero *lung-gom-pa*? Deseaba observarle de cerca, hablar con él, hacerle preguntas y también fotografiarle... Deseaba muchas cosas. Pero desde las primeras palabras que pronuncié, el criado que había reconocido el paso del *lung-gom-pa* exclamó:
>
> –Reverenda señora, no va a parar al lama, ni a hablarle, ¿verdad? Se moriría, de seguro. Estos lamas, cuando viajan, no deben interrumpir su meditación. El dios que está en ellos se escapa si dejan de repetir las fórmulas mágicas, y si los abandona antes de

tiempo, les da tan violenta sacudida que los mata.

Había llegado a poca distancia de nosotros. Podía distinguir claramente su faz impasible y sus ojos muy abiertos, que parecían contemplar fijamente un punto situado en alguna parte, allá arriba, en el espacio vacío. Diríase que se desprendía de la tierra a cada paso que daba y que avanzaba botando, como si hubiera tenido la elasticidad de una pelota. Vestía el hábito y la toga monástica usuales, ambos muy gastados. Su mano izquierda sujetaba un pliegue de la toga y permanecía oculta por la tela. Su mano derecha empuñaba un *purba* (puñal ritual). Al caminar, movía ligeramente el brazo derecho, al ritmo de su paso, como si el *purba*, cuya punta se hallaba muy alejada del suelo, estuviese verdaderamente en contacto con él y le sirviese de bastón.

Vamos, igual que los protagonistas acróbatas de películas chinas como *Tigre y dragón*.

Un tiempo más tarde Alexandra David-Néel volvió a encontrarse con otro *lung-gom-pa*. Estaba sentado en una roca, desnudo, y llevaba unas cadenas enrolladas a la cintura. Cuando vio a Alexandra salió huyendo:

Pudimos oír el ruido que hacían sus cadenas, que se fue desvaneciendo a medida que él se alejaba en la espesura. Yongden me dijo: «Es un *lung-gom-pa*: se ponen esas cadenas para hacerse más pesados pues sus cuerpos son tan ligeros que corren el peligro de flotar en el aire».*

Los tibetanos aconsejaron a madame David-Néel que no obstruyera su paso ni se acercara demasiado al lama, ya que ello podría ocasionar su muerte. Como el lama corría con una rapidez extraordinaria, en estado de trance, Alexandra y sus compañeros decidieron seguirle montados en caballerías, a pesar de lo cual no pudieron alcanzar al lama sonámbulo. Se enteró de que la mañana, el crepúsculo y la noche eran momentos más favorables que el mediodía o la tarde para esas levitaciones, así que debía existir cierta correlación entre la posición del sol y la gravedad. El poder se desarrolla mediante una profunda respiración rítmica y una gran concentración mental: «Después de muchos años de práctica, los pies del lama ya no tocan la tierra, se vuelve aéreo y planea a gran velocidad».

Dicen que lograr dominar esta disciplina por completo requiere

tres años y tres meses, tiempo en el que el discípulo aprende de su maestro ejercicios de respiración y técnicas de yoga para aligerar el cuerpo. Parte de la técnica consiste en aprender a brincar mientras se está sentado con las piernas cruzadas, después de una serie de respiraciones profundas. Dicen que, tras una intensa práctica, el cuerpo se vuelve tan ligero que es posible sentarse sobre una espiga de cebada sin doblarla. O sea, que prácticamente es una disciplina de levitación.

En reconocimiento a sus años de exploración en el Himalaya, la Sociedad Geográfica de París premió a Alexandra DavidNéel con la medalla de oro y la nombró nada menos que *Caballero* de la Legión de Honor.

Los hombres casuario de Nueva Guinea

El padre André Dupeyrat, aunque muy poco conocido fuera de Francia, es sin embargo una figura muy valorada por los etnólogos. Escribió un libro donde relató sus experiencias con los papúas de Nueva Guinea. El libro, publicado en 1952 con prólogo de Paul Claudel, lleva por título *Ving et un ans chez les Papous*, es decir *21 años con los papúes*, aunque en algunos países lo han titulado *Salvaje Papúa: un misionero entre caníbales*, que da más morbo.

Dupeyrat era un misionero católico del Sagrado Corazón de Issoudun que vivió con las etnias aisladas en las tierras altas de Papúa-Nueva Guinea, con todo tipo de tribus, incluidos los caníbales de la cuenca del río Kunimaipa. En su obra describe algunas de las muchas cosas asombrosas que vio, y lo hace sin escatimar detalles, por escabrosos que sean. Así, por ejemplo, explica el encuentro con los «hombres casuario», una secta de hechiceros que hacían viajes astrales a voluntad. El padre Dupeyrat narra la historia de un hechicero amigo suyo que era capaz de desaparecer delante de él y recorrer largas distancias sobre montañas y valles y reaparecer al instante en un poblado determinado. La historia se la había oído contar a su amigo, pero él al principio no dio crédito al relato y quiso comprobarlo por sí mismo. Anotó la hora en que desaparecía y se fue al poblado e indagó. Y, en efecto, el hechicero había llegado al pueblo justo

cuando desapareció de la vista del sacerdote.

Estos hechiceros se llamaban «hombres casuario» porque cuando desaparecían daba la impresión de que lo hacían montados en un casuario, que es un ave nativa parecida al avestruz con plumas muy largas en la cola. Estos brujos sólo volaban por la noche y al desaparecer emitían un sonido extraño parecido a un batir de alas de un pájaro grande.*

LOS HOMBRES VOLADORES DE HAITÍ

Douchan Gersi, investigador, explorador, escritor y productor de series documentales de origen eslovaco, aunque criado en el Congo belga, ha desarrollado una labor antropológica en sus viajes, como si fuera un notario de lo insólito, recogiendo y describiendo todo tipo de creencias y rituales extraños, algunos presenciados por él mismo. Se hizo famoso gracias a la serie televisiva *Explore*. En Haití descubrió que la creencia en el hombre lobo no sólo seguía viva, sino que hasta los periódicos se hacían eco de los testimonios de gente que afirmaba haber visto a la mítica bestia poseída por una entidad vudú conocida como Loa Petro.

En su libro *Sabidurías invisibles* relata este caso y otros igualmente asombrosos, como el de los hombres voladores. Se diría que está narrando una película de serie B, si no fuera por la credibilidad de Gersi en temas de chamanismo, hechicería y vudú:

> Yo he visto gente volar, es decir, desmaterializarse y materializarse de nuevo en otro lugar. Si alguien dijera que ha visto a un hombre atravesar una pared, seguro que pensaríamos que no está en su sano juicio. Pero yo he oído un relato de estas características de labios de un sacerdote católico que me dio su palabra de honor sobre la veracidad de la historia. He aquí lo que ocurrió: su sacristán se precipitó hacia la pared y, en vez de estrellarse contra ella, desapareció como si la estuviera atravesando; apareció al otro lado y prosiguió tranquilamente su carrera.
>
> El sacerdote que me contó la historia es un respetado profesor con titulación equivalente a un doctorado norteamericano en filosofía y en sociología. Pasó muchos años de misionero en Haití; además de ser experto en vudú, es autor de dos libros que relatan ciertos misterios que tuvo oportunidad de presenciar. Este sacerdote

es francés y se llama Jean Kerboull. Creí la historia del padre Kerboull porque cuando pregunté al lama al que había visto levitando en el monasterio budista acerca de la posibilidad de hacer viajes astrales, el lama respondió:

–Sí, es posible desplazarse físicamente a través de los objetos sólidos y del espacio. Yo lo he hecho y puedo hacerlo cada vez que lo necesito.

–¿Cómo puede desplazarse el cuerpo humano a través del espacio y atravesar objetos sólidos?

Respondió con otra pregunta, tal como hacía a menudo:

–¿Cómo puedes hacer pasar un trozo de hielo a través de una túnica?

–No lo sé –repuse.

–Es fácil. Cambiando la naturaleza del trozo de hielo. Caliéntalo y se convertirá en agua; calienta el agua y será vapor. El vapor puede pasar a través de la túnica. Luego invierte el proceso. El vapor refrigerado se convierte en agua; el agua sometida al frío vuelve a ser hielo.

–Comprendo –dije–. Pero ¿pero cómo se puede cambiar la naturaleza del cuerpo humano?

–El ser humano está compuesto por dos cosas: un cuerpo físico, el que vemos, y un cuerpo invisible, al que llamamos cuerpo astral o etéreo. Cuando quiero ir a un lugar determinado que puede estar a muchos kilómetros de aquí, tan sólo tengo que pensar que estoy allí: el pensamiento puede engendrar acción; esto envía y sitúa allí al cuerpo invisible de manera instantánea. Si aumento la frecuencia de onda del cuerpo físico, el cuerpo se hace invisible; si aminoro la frecuencia de onda del cuerpo invisible, vuelvo visible el cuerpo. De este modo puedo desplazarme por el espacio y atravesar objetos sólidos al instante.

Por todo ello creí la historia del padre Kerboull, pero deseaba verla con mis propios ojos. Desafortunadamente estábamos en París y él no podía volver a Haití.

–La próxima vez que vayas a Haití –aconsejó– intenta localizar a mi sacristán; debe de estar trabajando en otra parroquia. Si no lo consigues, tendrás otras oportunidades de ver este tipo de fenómenos; en Haití existe una sociedad secreta de hombres voladores que se dedica a estas cosas. La sociedad tiene muchas logias por toda la isla, pero sus miembros son muy reservados con respecto a la pertenencia a esa secta. Sé paciente e intenta infundir confianza antes de hacer preguntas.

Cuando Douchan Gersi regresó a Haití intentó localizar al sacristán sin conseguirlo, pero sí conoció a misioneros y otras

personas que le contaron sus encuentros con lo desconocido. Un joven que se hacía llamar Saint-Germain le presentó a algunos miembros de la secta de hombres voladores, y en una ceremonia vudú vio cosas sobrecogedoras: «Vi desaparecer a dos fieles ante mis ojos. Uno era varón y bailaba con otros miembros de la secta, todos en trance profundo, cuando de repente se volatilizó. Una hora después desapareció una mujer. Terminada la ceremonia, los dos creyentes aún no habían aparecido. Saint-Germain explicó que sólo los más iniciados son capaces de volar sin necesidad de una ceremonia. Los otros, como aquellos dos creyentes ausentes, tienen que regresar por otros medios, como personas normales –a pie, en autobúsdesde el lugar al que les han llevado sus vuelos».

Saint-Germain también dijo que muchos miembros de los hombres voladores tienen la facultad de bilocarse. Según Saint-Germain, para poder volar –o sea, para desmaterializarse en un lugar y materializarse en otro– el creyente debe alcanzar un estado de trance y esperar a que le posea Erzulie-Yeux-Rouges (Erzulie Ojos Rojos), loa femenino al que se rinde culto como diosa del amor y del sexo.

Y más adelante nos asegura que los pocos sacerdotes haitianos que han visto desaparecer a algunos de sus feligreses «dicen que primero desprenden un brillo intenso y después se desvanecen de inmediato, dejando tras de sí una estela luminosa. Todo lo cual, por supuesto, no prueba que verdaderamente se produzca el vuelo. Lo que sí sucede es que cuando la gente ve o cree ver a alguien que se desmaterializa, la imagen visual es siempre la misma».

Y hace una reflexión interesante: «¿Es posible que todos los mitos y leyendas surjan de la realidad? ¿Es posible que los mitos no sean tales, sino historias reales basadas en los antiquísimos poderes del hombre? Hoy más que nunca, creo que esto es cierto. Y tal vez sea la idea más fascinante de todas, al menos para mí, ya que significa que todo es posible».*

Douchan Gersi murió en 2015, y con él se llevó muchos secretos.

EL PODER DE LOS SIDDHI

¿Hay gente que tiene el don de la ubicuidad? ¿Seres que poseen

poderes que desafían las leyes físicas, que pueden cambiar de tamaño, que pueden vivir durante siglos, que pueden hacer lo que les dé la gana?

En las factorías Marvel y DC hay unos cuentos héroes de cómic que hacen todo lo que sus creadores puedan imaginar, pero todos ellos son de ficción y no tienen mucho que ver con el mundo espiritual.

En la película *Blade Runner*, los Nexus 6 son unos androides diseñados genéticamente para vivir cuatro años. En la escena en la que Roy Batti conoce a su creador, Eldon Tyrell, se produce uno de los diálogos más inolvidables de la película:

> **Roy:** ¿Puede el creador reparar lo que ha hecho?
> **Tyrell:** ¿Te gustaría ser modificado?
> **Roy:** ¿Y quedarme aquí? Pensaba en algo más radical.
> **Tyrell:** ¿Qué? ¿Qué es lo que te preocupa?
> **Roy:** La muerte.
> **Tyrell:** ¿La muerte? Me temo que eso está fuera de mi jurisdicción, tú...
> **Roy:** Yo quiero vivir más, padre.
> **Tyrell:** La vida es así. Hacer una alteración en el desarrollo de un sistema orgánico de vida es fatal. Un programa codificado no puede ser revisado una vez establecido.

Más que como el encuentro entre un androide y su inventor, este diálogo parece más bien una metáfora de la relación entre el ser humano y Dios. El ser humano, como el resto de los animales, viene a esta vida con un error de programación, «de serie» podríamos decir, y es que está muy limitado por su corporeidad física y no puede hacer demasiadas cosas en este mundo tridimensional.

Esto, que parece un hecho indiscutible, ha sido cuestionado en algunas tradiciones orientales y occidentales. Así, en la India creen en la existencia de los siddha, que serían unos seres que poseen grandes poderes (los siddhi), es decir, «destreza, fuerza y habilidad».

Los siddha están más allá de las cosas mundanas. Más allá de los entresijos de *Matrix*. Ellos sólo buscan el logro de su misión a través de los medios adecuados. Se les atribuye la capacidad para caminar sobre el agua, volar por el aire o entrar en un cuerpo muerto e infundirle vida; también pueden sumergirse bajo el agua durante

años sin que su cuerpo muera. Pero, más importante aún, son inventores de medicamentos cuyos extraordinarios beneficios los seres humanos no pueden ni siquiera imaginar.

La palabra «siddha» tiene su origen en el antiguo idioma tamil y significa «perfección». Un siddha alcanza la conciencia más elevada que existe y sólo trabaja por la protección, la transformación y el mantenimiento del equilibro universal. Llegar a ese estado no está al alcance de cualquiera. Por eso el siddha puede trabajar con el mundo físico y los mundos sutiles espirituales. Los siddha son maestros espirituales universales y almas completamente libres: ellos no siguen ningún sistema, religión, creencia, profesión o expectativa; para ellos las fronteras y las culturas son transitorias y variables; ellos trabajan por *un* mundo, por *una* naturaleza y por *un* universo.

El mensaje de los siddha es que la mente humana crea sus propias limitaciones e impide la realización de la naturaleza interior divina. Entre estas habilidades o poderes figuran, según indica Swami Sivananda en su libro *Kundalini yoga*, la de reducir el cuerpo al tamaño de un átomo, la de agrandarse, o la de hacer que el cuerpo no tenga peso, que es la que más nos interesa a nosotros. Porque los siddha gobiernan las leyes de la naturaleza y pueden cambiar la realidad y la creación. Para ellos no existe ninguna limitación física, temporal o geográfica. Como ocurre con los dioses védicos.

En el Surya Siddhanta, uno de los libros sagrados de la India, se explica que un siddhi es un don de naturaleza divina que permite obtener ciertos poderes, habilidades o capacidades sobrehumanos. Sólo lo consiguen algunos individuos muy especiales y como consecuencia de ir avanzando gradualmente en el camino de la perfección espiritual.

Existen ocho legendarios siddhi:

1. Anima: la capacidad de hacerse tan pequeño como un átomo a voluntad.
2. Mahima: el poder convertirse en un ser gigante a voluntad.
3. Garima: volverse sumamente pesado.
4. Laghima: lograr que el cuerpo sea muy ligero y poder

volar.

5. Prapti: poder tener acceso a todas partes atravesando muros, paredes y objetos físicos sin destruirlos ni ser visto.

6. Prakamya: hacer que se conviertan en realidad todos los deseos.

7. Istva: tener poder y dominio sobre todas las cosas en el universo.

8. Vastva: ser completamente invencible.

Los ocho siddhi sólo han sido alcanzados en su totalidad por unos cuantos mortales (los siddha), pero existen otros siddhi no tan extraordinarios pero más al alcance de otros iniciados, como los siguientes:

– Dominio completo sobre los sentidos, los instintos y el cuerpo. No requerir alimento, agua o aire durante mucho tiempo.
– Levitación y bilocación.
– Escuchar sonidos muy distantes o imperceptibles.
– Viajar a cualquier parte en segundos a través de la mente.
– Entrar a los cuerpos de otros para curar.
– Morir a voluntad (control sobre la muerte).
– Poder ver a los dioses.
– Conocimiento del pasado, presente o futuro.
– Ver las cosas bajo su aparente realidad.
– Transportarse físicamente a gran distancia con sólo desearlo.
– Volverse invisible, ver cosas invisibles o de otras dimensiones.

Todo esto podría explicar lo que hemos comentado en el capítulo anterior sobre los hombres casuario, los hombres voladores, los *lung-gom-pa* o los poderes de Apolonio de Tiana, así como los milagros de Jesucristo y tantos otros de quienes se cuentan hechos que literalmente son «increíbles».

TRANSPORTES AÉREOS SAGRADOS

> *«Sólo el que sabe es libre, y más libre el que más sabe. No proclaméis la libertad de volar, sino dad alas.»*
>
> GREGORIO MARAÑÓN

Viajar de forma instantánea, como si fuera la respuesta inmediata a un simple chasquido de dedos, representa uno de los superpoderes más deseados por cualquier ser humano que aspire a parecerse a los dioses, y todo ello por razones bastante lógicas. Entre los documentos cuneiformes descubiertos por los arqueólogos desde 1929 en el norte de Siria, llamados los textos Ras Shamra, que datan del tercer y segundo milenio antes de nuestra era y están escritos en ugarítico y acadio, figuran textos que mencionan a seres que vuelan a voluntad, son espectacularmente fuertes o son dueños de otras habilidades sobrenaturales.

Los dioses, cómo no, llegan a sus destinos casi de inmediato, viajando «más de mil campos, diez mil hectáreas» (*balp d rbt kmn)* en un cerrar y abrir de ojos. A veces estos desplazamientos eran tan espectacularmente rápidos que quienes los recibían en el lugar de destino sentían su presencia incluso antes de que llegaran, tal vez porque el viajero levantaba con su movimiento una brisa o una nube de polvo.

En un caso, una divinidad presume de su poder y le dice a un mortal: «Tú en dos años, pero yo en la duración de un sueño. Desde mi montaña hasta una distancia enorme, desde Inbb a una distancia fantástica». Deja claro, así pues, que él es todo un dios, y conoce los secretos del tiempo, del espacio y de los viajes. Y que nosotros somos unos simples humanos. Algo parecido encontramos en la

epopeya de Gilgamesh: «A veinte leguas comieron, a treinta leguas se prepararon para pasar la noche».

Todo a una velocidad de vértigo. ¿Se trata de una metáfora o de una forma de expresarse literariamente? A veces se añadía: «Cincuenta leguas viajaban en un día, [para los humanos] un viaje de un mes y quince días».

Estos textos religiosos son los precursores de los traslados relámpago y las teleportaciones de tres mil años más tarde.*

Las máquinas voladoras de Salomón

Si indagamos un poco, descubriremos que Salomón (996-926 a.C.), hijo del rey David y de Betsabé, llegó a ser uno de los reyes más ricos, poderosos y sabios de su época gracias a sus muchas virtudes, entre ellas la de organizar el estado de Israel en doce provincias, crear un poderoso ejército equipado con numerosos carros de combate y construir, por supuesto, el soberbio Templo de Jerusalén. También se le atribuye la creación de una de las mejores flotas marinas del mundo, con un puerto situado en Ezión-Gueber, cerca de Elat. Sus buques los construían los hebreos pero, curiosamente, los tripulaban los fenicios, que eran mucho mejores navegantes. El oro entraba a raudales y lo buscaban en un lejano y fabuloso país llamado Parvaim (o Paruim), cuya ubicación exacta aún es objeto de debate. Pero no vamos a hablar aquí de esos viajes náuticos.

Si conocida era su flota marina, su flota aérea lo es mucho menos. Mejor dicho, prácticamente es ignorada. Según la tradición, el rey Salomón (Suleimán para los árabes) poseía la capacidad de trasladarse por los aires en «aparatos voladores», y esta información, aunque parezca mentira, procede, directa o indirectamente de al menos tres textos religiosos: el Corán, el Kebra Nagast y el Targum.

Antes hagamos una incursión en una leyenda que ha sido muy difundida, y que tiene como protagonistas a Salomón y unos extraños personajes aéreos, los *djins* o genios de la mitología musulmana. Conocedor de los nombres secretos de todas las cosas, Salomón dominaba a estos genios y los hacía trabajar para él.

Sabido es que estar en conocimiento del nombre secreto de alguien (y más si atañe a estos espíritus de la naturaleza) significa conseguir su completa sumisión al saber su punto débil. Esa misma tradición dice que Salomón llegó a reunir la insignificante cantidad de sesenta millones de djins para una batalla que, por supuesto, ganó. Los djins le suministraron no sólo ayuda, sino también poder y conocimiento. En los versículos 12 y 13 de la sura XXXIV del Corán se lee este extraño pasaje:

> Y a Sulayman [le subordinamos] el viento que en una mañana hacía el recorrido de un mes y en una tarde el de otro. E hicimos que manara para él un manantial de cobre fundido. Y había genios que trabajaban para él con permiso de su Señor... Hacían para él lo que quería: templos escalonados, estatuas, jofainas como aljibes y marmitas que no se podían mover.

Las tradiciones orientales recogidas por el Corán hacen veladas alusiones al conocimiento que debió de tener Salomón sobre alguna técnica aérea. Un rey al que estaba «subordinado el viento tempestuoso que corría obedeciendo su mandato hasta la tierra que habíamos bendecido» (XXI, 81), que conocía el «lenguaje de las aves» (XXVII, 16) y que contaba con «ejércitos de genios, hombres y pájaros» para entrar en batalla (XXVII, 17).

En tiempos de Mahoma, la historia de este rey judío y de los diablos o genios que tenía encerrados en una botella debió de ser lo suficientemente conocida como para dejar su huella en los suras del Corán. En este texto sagrado se afirma que las huestes de genios colaboraban con él en arduas tareas, como la construcción de tres poderosas fortalezas y del grandioso Templo, para albergar dignamente el santuario del Arca de la Alianza. Y mientras tanto, otros genios «buceaban para él», en busca de perlas y gemas, y realizaban, «aparte de eso, otros trabajos» (XXI, 82).

Con el paso del tiempo, las hazañas que realizaban estos genios embotellados para uso y disfrute de Salomón, incluido el transporte aéreo a tierras lejanas, se atribuyeron también a otros personajes reales como Paracelso, así como al cura de Bargota, al obispo de Jaén y al médico Torralba.

Los vuelos de la reina de Saba, según el «Kebra Nagast»

La fama de la sabiduría y la riqueza de Salomón superó los confines de sus dominios y atrajo a su corte a la reina de Saba (llamada Makeda), procedente, al parecer, de Etiopía (aunque otros dicen que era la reina de la Arabia Feliz: Yemen). El hecho es que, a pesar de las setecientas mujeres «legales» y las trescientas concubinas que tenía Salomón, Makeda se enamoró de él y juntos vivieron un apasionado idilio que dio su fruto: un niño llamado Menelik. Aquí tenemos que acudir a un antiguo texto etíope titulado *Kebra Nagast* (La gloria de los reyes), fechado en el siglo XIII d.C. y escrito originalmente en la lengua primitiva ge'ez.

El Kebra Nagast contiene la versión más antigua que se conserva de la leyenda de la reina de Saba y el rey Salomón, el nacimiento de su hijo Menelik en Etiopía y el robo del Arca de la Alianza del primer Templo de Jerusalén. Se relata, con todo tipo de detalles, que el rey Salomón poseía un carro celeste («aeronave», lo llamaríamos ahora) con el que recorría en un día la distancia que tardaría tres meses en cubrir de ir a caballo. En cualquier traducción auténtica del *Kebra Nagast* podemos leer lo siguiente:

> Pero el rey David, con sus soldados, y los ejércitos de sus soldados, y todos los que obedecían su palabra, corrieron junto a los vagones sin dolor o sufrimiento, y sin hambre ni sed, y sin que tuvieran sudor o agotamiento, y viajaron en un día la distancia que [normalmente] tardaba tres meses en atravesar.*

Es decir, fueron corriendo, no volando (como dicen Daniken y otros), aunque, eso sí, corrieron de una manera extraordinaria. Esto no quiere decir que no haya indicios de carros voladores en el *Kebra Nagast*, pero no los hay de «naves espaciales».

Cuando la reina de Saba descubre que va a tener un hijo de Salomón se marcha de Jerusalén. Al respecto, el Libro I de los Reyes (capítulo 10) es parco en palabras: «El rey Salomón dio a la reina de Saba todo cuanto ella deseó [...] Después se volvió ella a su tierra con sus servidores». Pero el *Kebra Nagast* no se anda con rodeos y detalla cada una de estas ofrendas:

> *Él le dio las exquisiteces y riquezas más codiciables, cautivadores*

trajes y todas las magnificencias deseables en el país de Etiopía, camellos y carros en número de seis mil, cargados con costosos y apetecibles utensilios.

Además de todo esto, le ofreció una nave aréa y muy particular: «carruajes con los que recorría el país y un carro que podía desplazarse por el aire que él mismo había confeccionado con arreglo a la sabiduría que le confiriera Dios» (capítulo 30). Es decir, se hace una clara distinción entre los carruajes para viajar por tierra y el carro que se desplazaba por el aire.

Veinte años después, Menelik regresaría a Jerusalén para ver a su padre. Salomón lo reconoció inmediatamente y le ofreció toda clase de honores. Al cabo de un año de estancia, los ancianos de Israel se quejaron de que Salomón mostraba excesiva preferencia por él e insistieron en que su hijo debía regresar a Etiopía. El *Kebra Nagast* afirma que fue Menelik I quien, como venganza, robó el Arca y alguno de los «carros volantes» de Salomón. Eso sí, antes sustituyó el Arca auténtica por una copia y luego se la llevó por «los aires» hasta ocultarla en Axum (Etiopía).

Precisamente, en uno de estos carros aéreos regresó Menelik a su tierra con todo su séquito. El largo viaje que hizo desde Jerusalén hasta Etiopía no fue ni tan largo ni tan penoso como cabría suponer:

> Y cargaron los carros y los caballos y las mulas a fin de partir [...] Y en cuanto a los carros, ninguno cargó el suyo [...] Y ya fuesen hombres, caballos, mulas o camellos cargados, todos fueron elevados del suelo hasta una altura de un codo; y todos los que iban sobre los animales fueron elevados sobre sus lomos a la altura de un palmo de un hombre y todas las diversas clases de equipaje que iban cargadas en los animales, así como quienes iban montados sobre ellos, fueron elevados a la altura de un palmo de un hombre, y los animales fueron alzados a la altura de un palmo y todos viajaron en los carros [...] como un águila cuando su cuerpo se desliza sobre el viento.

¿Y qué gran nave o carro podría albergar a tantos hombres y animales? Según el libro etíope, cuando los sumos sacerdotes indagaron y preguntaron a sus vecinos egipcios, éstos les contestaron: «Hace largo tiempo que las gentes de Etiopía pasaron por aquí, conduciendo un carro como los ángeles y más veloces que el águila en los cielos».

No sólo el *Kebra Nagast* nos proporciona información sobre las máquinas volantes de Salomón. En el Targum, libro judío sagrado que contiene las glosas caldeas de las sagradas escrituras, se dice que el rey Salomón dominaba los vientos y que, con «un medio de transporte sobrenatural», hizo el recorrido de La Meca a Yemen entre la salida y la puesta de la estrella Canope, trayecto que de otra forma hubiera requerido un mes.

Los tronos de Suleimán

El afán viajero de Salomón ha dejado rastro en las leyendas locales y en la toponimia de algunos enclaves geográficos. Sabemos que cada mes el rey visitaba a su amada reina, cubriendo la distancia Jerusalén-Marib (Yemen) o Jerusalén-Etiopía en tan sólo medio día. También viajó cinco mil kilómetros más hacia Oriente, para edificar templos y residencias megalíticas en determinados montes «estratégicos», situados en los actuales Irán y Pakistán y también en la zona de Cachemira (India). Todos estos montes reciben el nombre de *Takh-i-Suleiman*, o tronos de Salomón.

Uno está situado cerca de la ciudad de Srinagar, la capital del valle de Cachemira. Según la leyenda, Salomón llegó allí con su trono volante, encauzó el torrente y desecó los pantanos; por eso a Cachemira la llaman también el «huerto de Salomón».

Otro de los montes estaría al oeste de la ciudad pakistaní Dera Ismail Khan, con sus 3.441 metros de altitud. El tercer «trono de Salomón» se situaría al noroeste de Irán, con 2.400 metros de altitud. En *Todos somos hijos de Dios* (1988), Erich von Däniken especula, con esa alegría que lo caracteriza, con la posibilidad de que esas instalaciones fueran estaciones de aterrizaje de las naves voladoras de Salomón. Avala en parte este hecho el que el gran historiador árabe Al-Masudi (siglo x) refiriera que los templos edificados por Salomón en el *Takh-iSuleiman* tenían admirables paredes pintadas que representaban los cuerpos celestes, las estrellas, la tierra con sus continentes y las regiones habitadas, así como «otras cosas sorprendentes».

La pregunta sería si ese «medio sobrenatural» del que disponía Salomón pertenecía a la familia de los *vimanas* (palabra sánscrita

que significa máquina voladora) pilotados por los *avsnis* y utilizados en la India por esa época, es decir, hace tres mil años (según aseguran el Ramayana, el Yajurveda y otros textos sagrados hindúes).

La firme creencia en la existencia de un legado salomónico que contenía la clave de muchos secretos del mundo fue firmemente compartida por eruditos cristianos, musulmanes y judíos a lo largo de la Edad Media; esto dio pie a que circulasen documentos mágicos atribuidos a Salomón y que contenían todos estos arcanos, algunos prohibidos. Para unos el secreto de su sabiduría residió en la construcción del Templo, para otros en el anillo de Salomón donde está inscrito su sello, para otros en el conocimiento del Nombre del Dios primordial, para otros en sus avanzados conocimientos aéreos...

VIAJAR AL SÉPTIMO CIELO

¿Cuántas veces hemos oído la expresión «estar en el séptimo cielo»? Normalmente se usa para referirse a que uno siente una inmensa alegría o un placer fuera de lo común, que puede ser también un placer sexual. Para Dante, en la parte dedicada al Paraíso de su *Divina Comedia*, el séptimo cielo sería el planeta Saturno, y allí vivirían los que se dedicaron en vida a las actividades contemplativas.

Pero no todos están de acuerdo. Uno de los que supuestamente visitaron el séptimo cielo fue un profeta bíblico, Isaías, y no dice que fuera Saturno ni ningún otro planeta. Quedó maravillado y lo contó.

La *Visión de Isaías*, escrito en el siglo II de nuestra era, es un texto de carácter apócrifo y apocalíptico en el que se cuenta cómo Isaías fue arrebatado para ascender a los cielos. Se relata una segunda visión del profeta en la que explica su visita a los siete cielos guiado por un ángel. Va viajando de cielo en cielo hasta que llega al más elevado, el séptimo. Ésta es la descripción que ofrece de él:

> Y me condujo a la atmósfera del séptimo cielo, donde, además, oí una voz que decía: «¿Hasta dónde va a ascender el que mora en la carne?». Me asusté y me eché a temblar. Mas cuando ya me

encontraba en este estado, oí otra voz que partía de allí y me decía: «Permitido está subir al santo Isaías, pues aquí está su vestidura» [...].

Me subió al séptimo cielo, y allí vi una luz maravillosa, así como innumerables ángeles. Vi en aquel lugar a todos los justos (desde Adán; allí vi al santo Abel y a todos los justos; a Henoc y a todos los que estaban con él), despojados del ropaje carnal. Los vi en sus excelsas vestiduras (y eran como los ángeles que allí) tenían gran gloria, pero no estaban sentados en sus tronos, ni llevaban sus coronas gloriosas. Pregunté al ángel que estaba conmigo cómo habían recibido las vestiduras, pero por qué no estaban en los tronos con las coronas. Me dijo: «No recibirán las coronas y tronos gloriosos hasta que descienda el Amado en la forma en la que lo verás (pues descenderá al mundo en los días postreros el Señor que ha de llamarse el Cristo). Sin embargo, verán y sabrán de quiénes serán los tronos y coronas, luego que Él haya descendido, haciéndose cono de vuestra forma (y siendo tenido por carne mortal). El príncipe de este mundo extenderá su mano contra el Hijo; lo inmolarán, crucificándolo en un madero, sin saber quién es. Así será su descenso como tú lo verás; a los mismos cielos quedará oculto para que no se sepa quién es. Y cuando se haya apoderado del ángel de la muerte, ascenderá al tercer día (y permanecerá en ese mundo quinientos cuarenta y cinco días). Entonces subirán con él muchos de los justos, cuyos espíritus no recibirán vestiduras hasta el día en que ascienda el Señor Cristo, y ellos con él. Entonces, pues, recibirán sus vestiduras, tronos y coronas, cuando Él haya subido al séptimo cielo».

Insistí acerca de lo que le había preguntado en el tercer cielo: «Muéstrame cómo se sabe aquí todo lo que se hace en aquel mundo». Estaba todavía hablándole cuando he aquí que uno de los ángeles que allí había, más glorioso que aquel que me había subido desde el mundo, me mostró un libro y lo abrió. Estaba escrito, mas no como los libros de este mundo. Me lo dio, lo leí y resultó que allí estaban escritas las acciones de los hijos de Israel, y las de otros que yo no conozco, Jasub, hijo mío. Dije: «Verdaderamente nada hay que quede oculto al séptimo cielo de cuanto se hace en este mundo».*

El evangelio que habla del fulminante viaje de los Reyes Magos

Los evangelios apócrifos o extracanónicos son textos escritos durante los primeros siglos del cristianismo en torno a la figura de

Jesús de Nazaret y que no fueron incluidos posteriormente en el canon de la Iglesia católica, ni tampoco fueron aceptados por otras iglesias cristianas históricas (ortodoxas e iglesias protestantes). Eso no quiere decir que fueran totalmente denostados o que no se utilizaran algunos pasajes para incorporarlos a las leyendas cristianas.

En uno de ellos, *El evangelio árabe de la infancia* (también denominado *Evangelio árabe del Pseudo Juan*, datado entre los siglos V y VI), se asegura algo mucho más insólito e inverosímil sobre la llegada de los Reyes Magos a Palestina. En el capítulo VII se lee lo siguiente:

> Y, al primer canto del gallo, abandonaron su país, con nueve hombres que los acompañaban, y se pusieron en marcha, guiados por la estrella que les había aparecido. Y el ángel que había arrebatado de Jerusalén al profeta Habacuc, y que había suministrado alimento a Daniel, recluido en la cueva de los leones, en Babilonia, aquel mismo ángel, por la virtud del Espíritu Santo, condujo a los reyes de Persia a Jerusalén, según que Zoroastro lo había predicho. Partidos de Persia al primer canto del gallo, llegaron a Jerusalén al rayar el día, e interrogaron a las gentes de la ciudad, diciendo: ¿Dónde ha nacido el rey que venimos a visitar? Y, a esta pregunta, los habitantes de Jerusalén se agitaron, temerosos, y respondieron que el rey de Judea era Herodes.*

Eso sí que es ir rápido. Ya sabemos que del 25 de diciembre, fecha en la que supuestamente nace Jesús, al 6 de enero, en que llegan los Reyes a Belén, sólo hay un lapso de doce días, demasiado poco para que se desplacen hasta allí tres reyes con todo su séquito desde Persia, pero lo que cuenta el *Evangelio árabe de la infancia* nos recuerda los métodos de transporte del *Kebra Nagast*. Y lo más parecido que conocemos a eso es la teletransportación.

Por cierto, la estrella era inteligente y mutante, pues más adelante en ese evangelio se dice: «En seguida cambiando de forma, la estrella se tornó semejante a una columna de fuego y de luz, que iba de la tierra al cielo. Y [los Reyes] penetraron en la caverna, donde encontraron a María, a José y al niño envuelto en pañales y recostado en el pesebre». Y claro, al verlos llegar, María y José les preguntaron: «¿De dónde sois?». Y ellos les contestaron: «Somos de Persia». Y María y José insistieron: «¿Cuándo habéis salido de allí?».

Y ellos respondieron: «Ayer tarde había fiesta en nuestra nación. Y, después del festín, uno de nuestros dioses nos advirtió: "Levantaos, e id a presentar vuestras ofrendas al rey que ha nacido en Judea". Y, partidos de Persia al primer canto del gallo, hemos llegado hoy a vosotros, a la hora tercera del día».

Y nosotros nos preguntamos: ¿el regreso a su tierra fue tan rápido? Con ayuda divina todo es más fácil:

> Y, cuando llegó la noche del quinto día de la semana posterior a la natividad, el ángel que les había servido de guía se les presentó de nuevo bajo forma de estrella. Y lo siguieron, conducidos por su luz, hasta su llegada a su país. Los magos llegaron a su país a la hora de comer. Y Persia entera se regocijó, y se maravilló de su vuelta.

El viaje nocturno de Mahoma

Uno de los episodios más importantes y misteriosos en la vida de Mahoma (Muhammad) fue el de la noche en que viajó a lugares a los que nadie más podía ir, gracias a la intervención divina. Por supuesto, el libro sagrado de los musulmanes, el Corán, deja constancia de ello:

> Glorificado sea Quien transportó a Su Siervo durante la noche, desde la Mezquita Sagrada [de La Meca] a la mezquita lejana [de Jerusalén] cuyos alrededores bendijimos, para mostrarle algunos de Nuestros signos. Él es Omnioyente, Omnividente. (17: 1)

Se designa con el término *isrâ* ese viaje nocturno que Allah hizo emprender al profeta Mahoma y que lo llevó desde la Mezquita Haram, en La Meca, a la Mezquita Más Remota (al-Másŷid alAqsà), que sería el Templo de Salomón, en Jerusalén. Desde ahí, Mahoma ascendió por los diferentes cielos. O sea, que realizó dos viajes: uno geográfico desde La Meca a Jerusalén y otro espacial a los cielos. En este segundo viaje, en vertical, que recibe el nombre de *mi'râŷ*, recorrió los siete cielos y se comunicó con algunos profetas que le precedieron, como Abraham, Moisés o Jesús.

La fecha exacta en que tuvo lugar tal acontecimiento es objeto de controversia. En general, se considera que sucedió en el décimo año después del comienzo de la primera revelación del Corán (en el

620 de la era cristiana). Para la mayoría de los musulmanes, el Profeta hizo ese fabuloso viaje físicamente; de haberlo realizado tan sólo de espíritu la cosa no sería tan sorprendente, pero se especifica que viajó con el cuerpo, y eso es lo que hace el viaje verdaderamente excepcional. Al profeta Muhammad se le presentó entonces un animal blanco, que él describió como más pequeño que un caballo pero más grande que un burro, y que fue conocido como *Al-Buraq*. El animal, que además hablaba, le aseguró que podía llegar de un solo paso hasta donde llegaba la vista; con un salto, *Al-Buraq* podía recorrer una distancia increíblemente grande. El ángel Gabriel le dijo al Profeta que montara en el animal, y juntos viajaron más de mil doscientos kilómetros, hasta la mezquita más lejana, Masyid Al-Aqsa. Muhammad estaba sobre el lomo de *AlBuraq* cuando su zancada alcanzó el horizonte, y las estrellas brillaron intensamente en el cielo nocturno sobre los desiertos de Arabia y más allá.

En los hadices, o relatos sobre el Profeta narrados por sus compañeros, se comenta con más detalle este episodio aéreo, en concreto en el *sahih* (o hadiz auténtico) tanto de al-Bujâri como de Muslim, donde se narra el *isrâ* o viaje nocturno de esta manera:

> El Profeta montó sobre un animal de naturaleza mística (al-Burâq), más grande que un asno pero menor que un mulo y cuyo paso alcanzaba los límites de la vista [...] Entró en la Mezquita al-Aqsà, y ahí realizó un Salât de dos rak'as. A continuación, el Ángel Ŷibrîl le dio a elegir para beber de dos recipientes, uno contenía vino y el otro leche (el vino aún no había sido prohibido), y Muhammad escogió el que contenía leche. Ŷibrîl le dijo: «Has acertado en la naturaleza primordial (fitra)». Después, Ŷibrîl lo condujo al primer cielo, luego al segundo, al tercero [...] hasta el Azufaifo del Límite (Sidrat al-Muntahà), que marca el final del séptimo cielo y es la frontera para las criaturas. Muhammad avanzó, y Allah le mostró lo que le mostró...

Al día siguiente, ya de regreso en La Meca, el Profeta describió a la gente lo que acababa de ver y vivir. Los idólatras, tras escuchar el relato, acogieron su relato con burlas. Algunos incluso lo desafiaron a describir los restos del Templo de Salomón, ya que había estado dentro de él. Durante su visita a Jerusalén, Muhammad no se había fijado en los detalles y al principio no pudo responder. Al-Bujâri y

Muslim continúan su narración con las siguientes palabras del propio Profeta: «Cuando los qurashíes me desmintieron, fui al interior del recinto de la Kaaba, y ahí Allah me hizo ver de nuevo el Templo de Jerusalén. Salí y se lo describí tal como había aparecido bajo mi mirada».

A pesar de ello, los idólatras e incrédulos siguieron afirmando que mentía o que había sido víctima de una alucinación.

LOS DERVICHES INCOMPRENSIBLES

Idries Shah, experto en sufismo, la rama mística del islam, sostiene que el *qutb*, el jefe santo o *wali* del sistema sufí, siempre hay alguien que ha alcanzado el grado de *wasl* (unión con el infinito o la divinidad). Efectivamente, el *qutb* tiene unas características extraordinarias y, para evitar confusiones, hay que aclarar desde el principio que no deja de ser una criatura humana entre los humanos, pero es verdaderamente el ser humano por excelencia. Tales hombres «son capaces de transportarse a sí mismos a cualquier lugar instantáneamente, en forma física, por un proceso de descorporeización».

Un ejemplo perfecto sería el siguiente cuento:

> Un erudito dijo a un sufí:
>
> –Vosotros los sufíes soléis decir que nuestras cuestiones lógicas son incomprensibles para vosotros. ¿Puedes darme un ejemplo de por qué os lo parecen?
>
> –He aquí tal ejemplo: Estaba yo viajando una vez en tren y atravesamos varios túneles. Frente a mí estaba sentado un campesino que obviamente no había estado antes en un tren. Después del séptimo túnel, el campesino me dio en la rodilla diciéndome: «Este tren es muy complicado. En mi burro puedo alcanzar mi pueblo en un solo día. Pero por tren, que parece viajar más rápido que un burro, todavía no hemos llegado a mi casa, a pesar de que el sol ha salido y se ha puesto ya completamente siete veces».*

SAN JORGE EN LA BATALLA DE ALCORAZ

Dicen que en tiempos convulsos y en épocas de profundas crisis suceden más fenómenos anómalos. Y parece que, en efecto, algo extraño ocurrió en la batalla de Alcoraz (1096), en las cercanías de Huesca, para que quedara constancia y se asociara a san Jorge y la cruz roja que portaba en su pecho con el reino de Aragón. Es verdad que la victoria de las tropas cristianas contra el ejército musulmán contribuyó mucho a reconquistar aquella zona, pero ¿realmente ocurrió lo que cuenta un cronista?

Resulta que san Jorge, que según parece no paraba ni un momento, estaba aquella misma mañana en Antioquía (en la actual Turquía) ayudando a los cruzados. Y de Antioquía, en la otra punta del Mediterráneo, viajó hasta Huesca, llevando consigo en la grupa del caballo a uno de aquellos caballeros, alemán concretamente, que estaba a punto de morir.

En 1619 Diego de Aínsa describe la batalla de Alcoraz en detalle y cuenta el sorprendente milagro (dos milagros en uno) del caballero divino y resplandeciente (san Jorge) y el caballero alemán que fue transportado de Antioquía a Aragón. Reproducimos el fragmento con grafía más actualizada para que se entienda mejor:

> ... invocando el Rey el auxilio de Dios nuestro señor, apareció el glorioso caballero y mártir san George, con armas blancas y resplandecientes, en un poderoso caballo enjaezado con paramentos plateados; venía con un caballero en las ancas, y ambos a dos con cruces rojas en los pechos y escudos, divisa de todos los que en aquel tiempo defendían y conquistaban la Tierra Santa [...]. Y, haciendo señal al caballero de que se apease, comenzaron a combatir ambos tan fuerte y denodadamente contra los moros, dándoles tan mortales golpes, el uno a pie y el otro a caballo, que abriendo carrera por dondequiera que iban, recogían y acaudillaban a los cristianos.
>
> El caballero que trajo el santo mártir dice la historia [...] que era alemán, al cual, en aquel día y hora, peleando en Antioquía con los demás cruzados, mataron los moros el caballo, y lo rodearon para matarle; y a este punto se le apareció el glorioso san George, sin que el buen caballero alemán entendiese ni supiese quién era [...]. Y matando a los árabes que estaban a su alrededor, dióle la mano y ayudólo a subir en las ancas de su caballo, y sacóle de la batalla; y súbitamente lo transportó a Aragón, al lugar donde era la batalla del rey Don Pedro con los moros, y señalóle que se apease y pelease. El alemán [...] saltó en tierra, siempre creyendo que estaba en Antioquía, e hizo maravillas matando moros. Espantáronse los

> enemigos de la fe viendo aquellos dos caballeros cruzados, el uno a pie y el otro a caballo; y, como Dios les perseguía, empezaron a huir quien más podía. Por el contrario, los cristianos, aunque se maravillaron viendo la nueva divisa de la Cruz, pero en ser Cruz se alegraron y cobraron esfuerzo hiriendo a los moros, y así los arrancaron del campo, y acabaron de vencer.*

Según esta crónica, san Jorge no lleva ni espada ni lanza, sino «armas blancas y resplandecientes», y para más inri nuestro santo no va solo, sino acompañado por un hombre, éste mucho más humano pero igual de bravo, y a quien la crónica identifica con un alemán que fue súbitamente teletransportado de Antioquía. Detalle curioso, pues no parece que todo un san Jorge, con la fama que le precedía, necesitara ayuda para atemorizar a la morisma.

Pero no acaba ahí la cosa, ni mucho menos. Cuentan que tras seis meses de asedio, el rey Pedro I (Sancho Ramírez había muerto mientras inspeccionaba las murallas) conquistaba la ciudad de Huesca. Y fue al acabar la batalla de Alcoraz cuando se encontraron sobre el campo las cabezas de cuatro reyes moros. Según otra versión, era un caballero de Montcada a quien ayudó en el sitio de Antioquía, siendo transportado desde allí a Alcoraz montado en un caballo blanco. Así se cuenta en la *Crónica de Aragón* de Gualberto Fabricio Vagad (1499):

> ... y en memoria otrosí del beneficio tan maravilloso que todos habían recibido por haberles así aparecido, y tan armado, y tan vencedor el tan santo y esclarecido mártir [...] San Jorge, por cuyo esfuerzo y favor grande habían echado a los moros del campo, mandó el prosperado y nunca vencido rey llamar a sus oficiales de armas para que asentasen en su escudo real cuatro cabezas de moros negros, sobre campo de plata, con la cruz colorada por medio, como venía blasonado San Jorge. Y aquestas fueron de ahí adelante las reales armas de Aragón.

Sin embargo, los estudiosos consideran inverosímil tal afirmación. La devoción a san Jorge en Occidente –también, pues, en Aragón– empieza a difundirse más tarde, a partir del siglo XII, con el regreso de los caballeros cruzados de sus campañas en Tierra Santa. De hecho, el escudo con la cruz de san Jorge acompañada de las cuatro cabezas de sarracenos no aparece asociado a los reyes

aragoneses hasta finales del siglo XIII; y lo hace en un sello real (de Pedro III, en 1281), no en su bandera.

Por cierto, la comunidad islámica de Zaragoza pidió en 2004 la retirada de esa parte del escudo de Aragón en la que están representadas las cuatro cabezas decapitadas. Por la misma regla de tres, habría que quitar la figura de san Jorge, la de Santiago Apóstol y la de san Millán, suprimir las fiestas de moros y cristianos y eliminar, en fin, todos aquellos elementos o símbolos que tuvieran que ver con las victorias cristianas contra los árabes durante el largo período de la Reconquista. Esperemos que no cunda la estupidez.

Después de dos acontecimientos legendarios (la toma de Barcelona y la batalla de Alcoraz), Cataluña y los sucesivos monarcas de Aragón adoptaron a san Jorge por patrón y su cruz como divisa. Tras la batalla de Alcoraz, y sobre todo a partir del siglo XIII, se popularizó la protección de san Jorge sobre la Corona de Aragón, dando lugar a nuevas tradiciones sobre apariciones en combates.

El caso de la mística Jane Leade

El mejor ejemplo que podemos poner de una abducción histórica es Jane Leade, una mística cristiana británica que vivió entre 1623 y 1704. Por menos de lo que hizo ella, otras han conseguido la santidad. Y la suya reúne todas las características de las abducciones de hoy en día, y con más aditamentos. Según puede leerse en su diario, recibió visitas de seres extraños en su dormitorio, vio raptos, se encontró en lugares desconocidos, vio naves voladoras, fue al cielo, vio esferas luminosas tanto de día como de noche, tuvo encuentros con ángeles, hizo profecías, tuvo visiones apocalípticas... Veamos algunos ejemplos.

El 8 de octubre de 1676 ve una esfera luminosa:

> Después de pasar dulcemente una parte de esta noche en Contemplación y Oración, cercano a la mañana tuve una Visión de una Esfera luminosa, que asemejaba la cara de un hombre, atravesando una nube, e inmediatamente dos Estrellas le siguieron, las cuales eran brillantes y flameantes. La Interpretación de lo cual

esperé recibir en mi Espíritu; porque ninguna Representación carece de significado para mí. Pero el Señor no me lo explicó aquel día, sino que sentí una Virtud que me impregnó y llenó desde ese momento hasta la tarde.

El 19 de julio de 1679 fue objeto de una transportación en una nave o casa mágica:

> Esta Mañana, después de despertarme [...], apareció un Círculo muy Brillante, en el que había una imperceptible Profundidad sin fin, todo hecho de una Materia Etérea: y salieron dos Ruedas llameantes; y anclada en ellas había una Casa de Cristal trasparente, con cuatro Ventanas y Puertas a sus lados. Cada lado tenía una apertura, y la Casa era lisa por encima. Y era tan clara que podía ver a través de ella, y vi a Uno de Apariencia muy gloriosa caminando por dentro de un lado a otro; pero ninguna de las Puertas estaba abierta. Y yo miré hasta que [la Casa] salió del Círculo: descendió de él sin romperlo. Y se me acercó, pero ninguna de las puertas abrió, y la Persona que allí se encontraba dijo: Sube aquí. Y yo dije, Señor, ¿cómo puedo? No hay ninguna Puerta abierta. E inmediatamente una de las Puertas laterales fue abierta, y me llevaron arriba para entrar por ella [...] Después de esta Conferencia, la Rueda Llameante se movió, y el Círculo descendió: y recogió la Casa; y entonces salieron numerosas Personas Celestiales, todos Ángeles vestidos de blanco, formando un Círculo que encerraba la Casa, y gritaban con Sonidos de Serafín, diciendo: El Tabernáculo que descendió ha subido de nuevo. Y todo esto yo oí, y vi, y entendí que era una Transportación de mi Espíritu, y que yo tenía que bajar a mi Casa Mortal de nuevo...

La siguiente experiencia de este tipo que describe en su diario está fechada el 23 de agosto de 1679. En ese pasaje, titulado «La Estrella a Mediodía», Lead cuenta que ha tenido una visión de una estrella «tan Esplendorosa que resplandecía más que la Luz del Día, que también era muy brillante». Lo que la distinguía de las estrellas normales era que se movía, lo que a Leade le pareció algo muy extraño. De pronto, de forma completamente inesperada, es transportada a otro lugar. Así lo describe ella: «me llevaron desde el exterior, donde estaba viendo esta Estrella, a una Habitación oscura, donde no había Luz. Y, de repente, esta misma Estrella apareció, iluminando toda la Habitación». Una voz le dijo que siempre cuidarían de ella, que la estrella nunca la abandonaría. «Me

comunicaron mucho más, demasiado para apuntarlo aquí», añade. Si esto no es una clásica abducción ufológica contada con palabras del siglo XVIII, que venga alguien y nos lo explique.

VIAJES LITERARIOS, VIAJES VISIONARIOS

> *«A veces creo que hay vida en otros planetas y a veces creo que no. En cualquiera de los dos casos la conclusión es asombrosa.»*
>
> CARL SAGAN

EL ANACRONÓPETE

Hay quien cree todavía que la primera novela sobre los viajes en el tiempo con ayuda de un artilugio de creación humana es *La máquina del tiempo* (1895), del escritor H. G. Wells. Pero no es así. Lo sentimos por los ingleses. Aquí España tiene algo que decir. Y, ojo, hablamos de máquinas, no de meros traslados en el tiempo, porque de ser así el primer relato conocido, que nosotros sepamos, es *Lumen* (1872), del astrónomo francés Camille Flammarion, donde el protagonista viaja en el tiempo –y muy bien– gracias a un sueño. O, ya puestos, el estrambótico viaje de la Reina Blanca en *Alicia a través del espejo* (1871), de Lewis Carroll. Y otro relato en este mismo sentido podría ser *El reloj que marchaba hacia atrás*, de Edward Page Mitchell (1881), en el que un grupo de norteamericanos heredan un viejo reloj holandés sin péndulo del siglo XVI con el que se desplazan al pasado, en concreto, a la guerra de liberación de Holanda.

Y después de esta erudita introducción, hablemos de Enrique Gaspar y Rimbau, un madrileño nacido un 2 de marzo de 1842. No es muy conocido, es cierto, y si hoy hablamos de él es porque en 1881 escribió una zarzuela en tres actos titulada *Viaje hacia atrás verificado en el tiempo desde el último tercio del siglo XIX hasta el caos*, que nunca publicó y que luego reconvirtió en una novela con el

extraño título de *El anacronópete* (1887), una especie de Arca de Noé (por el aspecto) que debe su nombre a tres voces griegas:

> … *aná* que significa «hacia atrás», *cronos* «el tiempo» y *petes* «el que vuela», justificando de este modo su misión de volar hacia atrás en el tiempo porque, en efecto, merced a él puede uno desayunarse a las siete en París, en el siglo XIX; almorzar a las doce en Rusia con Pedro el Grande; comer a las cinco en Madrid con Miguel de Cervantes Saavedra –si tiene con qué aquel día– y, haciendo noche en el camino, desembarcar con Colón al amanecer en las playas de la virgen América.*

Gaspar escribió la obra cuando era cónsul en Macao, así que imaginaos el mucho tiempo libre que tenía. Antes había sido cónsul en Cantón y en Hong Kong, y escrito otras cosas peores. El argumento de la novela es el siguiente: un científico español, Sindulfo García, natural de Zaragoza, presenta en la Exposición Universal de París de 1878 una invención suya que va a revolucionar la ciencia, el anacronópete, un cachivache con forma de caja de hierro fundido, que navega gracias a la electricidad, provisto de cuatro chimeneas metálicas y que puede trasladar a varias personas a épocas pasadas hasta convertirlas en testigos privilegiados de la creación del universo. El no va más…

Ésta es la presentación que hace el protagonista del anacronópete ante una sala repleta de curiosos por saber en qué consiste el artefacto:

> Seré breve, porque cuantas más horas consuma más alargo la distancia que me separa del ayer adonde me dirijo. Seré vulgar, porque, sancionadas mis teorías por el mundo sabio, sólo me resta hacerme comprender de todos. Ello no obstante contestaré a cuantas objeciones se me hagan. Mi propósito, nadie lo ignora, es retroceder en el tiempo, no para detener el continuo movimiento de avance de la vida, sino para deshacer su obra y acercarnos más a Dios, encaminándonos a los orígenes del planeta que habitamos. Pero para explicar cómo se deshace el tiempo, es preciso que antes sepamos de qué se compone éste. Procedamos con orden. Dios hizo el cielo y la tierra: aquél oscura; ésta en la forma caótica. Después dijo: «Sea hecha la luz», y la luz quedó hecha. Tenemos pues al sol flotando en la bóveda celeste y al orbe suspendido en el espacio por la atracción solar. Cualquiera sabe, desde que Galileo demostró el principio de la

> rotación de la esfera, que el mundo se mueve; pero lo que no ha dicho la ciencia todavía, es por qué la tierra al girar verifica su movimiento de occidente a oriente en vez de hacerlo a la inversa; y esto es lo que voy a exponer como base de mi sistema anacronopético.

La novela fue editada en 1887 en Barcelona, ocho años antes que la de Wells, con ilustraciones del pintor Francesc Gómez Soler. Además de describir la máquina, el personaje habla del «fluido García», un líquido que hace que los pasajeros no rejuvenezcan cuando viajan hacia atrás en el tiempo. Está todo pensado, y además la máquina goza de toda clase de comodidades en su interior, incluso escobas que barren solas y otras maravillas. Sin embargo, el argumento de la novela no puede ser más disparatado, y en realidad la maquinita no es más que una excusa para desarrollar una historia zarzuelera en veinte capítulos en los que don Sindulfo, que acaba de enviudar, acompañado de su amigo y ayudante Benjamín, la sobrina Clara (de la que está enamorado), la sirvienta Juana, el capitán Luis (el amor de Clarita), unos cuantos caballeros húsares y algunas mujeres francesas se desplacen en el tiempo. Parten de París y cuando comienza su marcha ascensional, la cosa no parece prometer muchas excitaciones, hasta el punto de que la sirvienta comenta:

> –¡Jesús! Si esto es más soso que un cocido sin sal. Ni se ve un campanario, ni una lechuga, ni ná que le pueda alegrar a una el corazón. Prefiero el ordinario de mi pueblo. Vamos, don Sindulfo, soo... En llegando a los Inválidos pare usted.
>
> La pobrecilla no calculaba que había empezado su frase en París el diez de julio de 1878 y que la estaba acabando el treinta y uno de diciembre del año anterior sobre la cordillera de los Andes.

Viajan luego para ver en pleno fragor la batalla de Tetuán, el 4 de febrero de 1860, con el general Prim dando órdenes a las tropas españolas contra el ejército marroquí, y en un primer momento los viajeros observan la batalla «con el orden cronológico invertido». Así van avanzando los capítulos de la novela y retrocediendo los siglos, con paradas en diversos momentos históricos relevantes, como la toma de Granada el 2 de enero de 1492 por los Reyes Católicos, o haciendo un alto en la ciudad de Rávena en el año 696,

al norte de Italia, en busca de vituallas. Terminan por recalar en la China del año 220, en la que esperaban encontrar el secreto de la inmortalidad y lo que realmente encuentran son algunas desventuras, de las que escapan, no sin dificultad, bajo el mando de Benjamín. La descripción de la historia de las dinastías de los emperadores chinos de aquella época, así como de sus costumbres, es bastante detallada, algo que no es de extrañar pues Enrique Gaspar estuvo destinado muchos años como diplomático en aquel país.

En la última parte de la novela, los protagonistas hacen una parada en Pompeya, y ya se pueden imaginar que lo hacen en el momento más crítico:

> –¡Maldición! –gritó mesándose los cabellos.
> –¿Qué pasa? –interrogaron los excursionistas.
> –¡Sí... eso es... día 8 de septiembre del año 79 de la era cristiana!... ¡La erupción del Vesubio!... ¡¡¡Nos hallamos en el último día de Pompeya!!!...

Se salvan de la catástrofe por los pelos y siguen retrocediendo en el tiempo hasta llegar a la época del Diluvio Universal, que corresponde, «como nadie ignora, al 3308 a.C.» (Sindulfo *dixit*). Finalmente, enloquecido con tanto viaje al pasado, acelera el anacronópete, quintuplica la velocidad y estalla al alcanzar el día de la creación del universo, entre las carcajadas convulsivas de un Sindulfo, que ya se ha convertido en un científico totalmente desquiciado. Vamos, que la novela es un vodevil en toda regla con máquina del tiempo por medio.

Del resto de los libros escritos por Enrique Gaspar, que siempre se consideró un fiel seguidor de Julio Verne, mejor no hablar. Fue autor de 26 obras, entre ellas *La levita*, *El estómago* o *La lengua*. Su último destino como cónsul fue la ciudad francesa de Oloron, a la que se retiró con su hija, su yerno y sus nietos y donde murió el 7 de septiembre de 1902, sin saber la repercusión que algún día tendría *El anacronópete*.

Y llegado a este punto ponemos punto final a este viaje, pues avanzan las horas y, tal como dice Sindulfo, que en paz descanse: «me urge tener esta noche una entrevista con Felipe II para enterarme de si el pastelero de Madrigal fue o no positivamente el

rey portugués cuya desaparición dejará de ser en breve uno de los misterios de la historia».

Si nos enteramos, se lo contaremos en un próximo libro...

Los lunáticos que se empeñaron en ir a la Luna

El hombre pisa la Luna en julio de 1969 y con ello cumple un sueño que se venía fraguando desde hacía siglos. Ya desde muy antiguo algunos autores, a falta de vehículos con los que hacerlo, ya habían explorado con la imaginación cómo podrían ser nuestro satélite y sus supuestos habitantes. Con la mente se puede llegar muy lejos, no hay barreras ni fronteras, y un satélite tan visible como la Luna no podía dejar de inspirar a poetas, filósofos, astrónomos y escritores para viajar algún día hasta allí utilizando los más diversos métodos, con argumentos naturales y sobrenaturales, curiosos y estrambóticos. En estas narraciones se describe una sociedad chocante y, en ocasiones, delirante y con grandes dosis de sentido del humor.

Comprobamos que a veces el autor de esas fábulas aprovecha para sembrar y desarrollar sus ideas utópicas, satíricas, políticas, religiosas o sociales. Y es interesante observar cómo se las ingenia para transportar a los humanos a un satélite del que en épocas pretéritas desconocíamos casi todo, salvo las fases de la Luna. Veamos algunos de esos viajes increíbles, los que nos han parecido más reveladores o curiosos, viajes que desde hace dos mil años están surcando la literatura de anticipación, luego llamada de ciencia ficción.

El primero de todos en importancia es el viaje imaginado por el escritor romano Luciano de Samosata en *Historias verdaderas*, libro escrito sobre el año 150 y cuyo título tiene su gracia, pues relata una sarta de fantasías y mentiras de todo cuño y calibre. Luciano asegura haber llegado a la Luna en un barco que se ha elevado hasta ella impulsado por un inmenso oleaje. Allí conoce una civilización variopinta, extraña y avanzada, capaz de casi todo, como hilar, moldear el vidrio y el hierro y fabricar con estos materiales armaduras ligeras y resistentes. Luciano describe a los selenitas como unos seres capaces de quitarse y ponerse los ojos, y

entre cuyos alimentos favoritos está el zumo de aire exprimido. A su llegada es recibido por hipogrifos, hombres montados en rocines alados provistos de tres cabezas que le llevarán ante el poderoso rey de la Luna, Endimion. Allí se entera de que su población está en guerra con los habitantes del Sol por la colonización de Venus, y más tarde es testigo de una guerra espacial, la primera que se describe en la literatura de ficción.

Lo bueno es que teme (con razón) que muchos no creerán que lo que está narrando es verdad, y para defenderse afirma lo siguiente: «Quien no crea que ello es así, si alguna vez va por allí en persona, sabrá que digo la verdad».

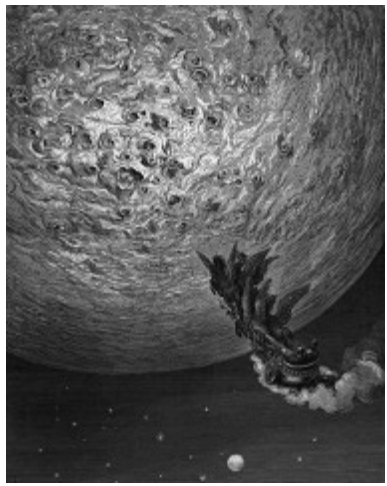
El autor inventa toda una serie de episodios que van en contra de cualquier lógica. Nos habla, por ejemplo, de un espejo y un pozo, parecido al *aleph* descrito por Borges, que permiten ver y oír todo lo que ocurre en la Tierra: «Quien desciende al pozo oye todo cuanto se dice entre nosotros [...] y si mira al espejo ve todas las ciudades y todos los pueblos, como si se alzara sobre ellos. Yo vi, a la sazón, a mi familia y a todo mi pueblo, pero no puedo decir con certeza si ellos también me vieron».* Nos está hablando del televisor o del cronovisor muchos siglos antes de que alguien intentara desarrollarlo de manera científica.

En otra obra un poco posterior, el diálogo *Icaromenipo* (escrito sobre el año 155), Luciano hace volar a un filósofo contemporáneo suyo, Menipo de Gadara desde el monte Olimpo hasta la Luna; vuela, como Ícaro, con ayuda de unas alas, aunque en este caso las toma prestadas: se ata un águila en un brazo y un buitre en otro. Una vez en la Luna descubre que está habitada por espíritus, y desde la distancia puede «ver» asimismo que la Tierra es redonda, algo curioso para la época, pues, como es sabido, esa concepción de nuestro planeta no fue demasiado habitual hasta el Renacimiento.

También Dante Alighieri, en sus viajes simbólicos por el mundo de los muertos recogidos en su magistral *Divina Comedia*, en la parte dedicada al Paraíso es elevado hacia la Luna por medio de una nube, acompañado por su musa Beatriz. Recordemos que las nueve esferas del Cielo son para él la Luna, Mercurio, Venus, Sol, Marte, Júpiter, Saturno (hasta aquí los planetas que eran conocidos en su época) y luego las estrellas fijas y el primer móvil, astros todos ellos que están organizados según la jerarquía de los ángeles. Y en la

Luna, que es la esfera celeste de los inconstantes, encuentra a las almas que no han podido cumplir sus votos en vida. Esas almas son como imágenes reflejadas en un cristal.

Ya en el Renacimiento italiano, en el poema épico *Orlando furioso* (1516), Ludovico Ariosto hace una breve referencia a nuestro satélite, en el canto 34, cuando Astolfo llega allí en dos fases. En la primera viaja al paraíso terrenal montado en un hipogrifo, un animal mitológico mitad caballo, mitad águila; allí encuentra a san Juan Evangelista, a Enoch y a Elías, y desde este lugar viaja hasta la Luna, a bordo del carro de fuego de Elías, tirado por caballos flameantes, y acompañado por san Juan. ¿Y para qué va allí? Pues para recuperar el juicio perdido de Orlando, que ha enloquecido a causa de su amor sin esperanza por Angélica. Allí el paladín encuentra todo lo que se pierde en la Tierra, como las lágrimas o los suspiros de los amantes, los proyectos inútiles y los no realizados, también el tiempo malgastado en el juego, los votos y las oraciones que dirigen al cielo los infelices pecadores. En la Luna hay una montaña donde la sensatez se guarda en frascos de diversos tamaños para que no se evapore. Astolfo coge entonces el frasco de sensatez de Orlando y se lo lleva a la Tierra. Una pena que no regresara con más frascos de sensatez para nuestro planeta, pues buena falta le hace...



Astolfo va a la Luna, en una ilustración de la gran obra *Orlando Furioso*, de Ludovico Ariosto.

En 1593, el escritor y dramaturgo inglés John Lyly lleva a la primera fémina a la Luna en una obra de título explícito y hoy totalmente olvidada: *La mujer en la Luna*.

Y en 1634 se publica, póstumamente, una novela escrita en 1609 por el reputado astrónomo alemán Johannes Kepler: *Somnium sive astronomia lunaris*.* En ella Kepler hace una incursión literaria en el sistema solar aprovechando sus avanzados conocimientos en astronomía y su desbordante imaginación. El protagonista, el joven islandés Duracotus, y su madre son llevados hasta la Luna por unos diablos, y allí permanecen cuatro días. El autor no se complica la vida ideando ningún artilugio o máquina volante: finge que lo que narra es la trascripción de un libro soñado cuyas páginas revelan los hábitos de las serpientes lunares.

Kepler hace gala de cuestiones científicas, como la necesidad de que el viaje a la Luna se realice durante un eclipse lunar, para que el trayecto de la nave quede protegido del bombardeo solar por la sombra de la Tierra (una idea digna de Kepler) y los viajeros no terminen carbonizados por la radiación solar, o que a mitad del camino el demonio debe desacelerar a los viajeros para que la inercia no los estrelle contra la Luna. El autor divide la Luna en dos partes: el hemisferio de Privolva, donde el día es más corto que la noche y cuyos habitantes son los privolvani, y el hemisferio de Subvolva, en el que el día es más largo y cuyos habitantes son los subvolvani, que son los causantes de los cráteres lunares. Los terrícolas llamamos a Privolva la cara oculta de la Luna.

Menos mal que el Somnium vio la luz cuatro años después de la muerte de su autor, porque su publicación en vida le habría creado, sin duda, graves problemas con la Iglesia. Que se lo digan a Galileo... Aun así, una copia se extravió, y dado que el personaje de Duracotus tiene ciertos tintes autobiográficos, el argumento de la novela fue usado para acusar a su madre, Katherine Kepler, de brujería en 1615. No la ejecutaron, pero no se libró de pasar unos cuantos años en la cárcel.

El primer español que llegó a la Luna

El siglo XVII fue fructífero en estos viajes literarios fuera de

nuestras fronteras terráqueas. En 1638 se publicó *El hombre en la Luna*, de Francis Godwin (la obra había sido escrita bastante antes, en 1589), protagonizada por un hidalgo sevillano llamado Domingo González (Gonsales en la obra). Aunque Godwin era obispo de Hereford (Inglaterra), *El hombre en la Luna* es claramente una obra de fantasía.

Ésta es la historia: Gonsales ha ido a parar como náufrago a una isla del Atlántico. Allí encuentra una extraña especie de gansos salvajes y musculosos con los que impulsa una máquina voladora –un trapecio con cuerdas, poleas y grandes velas– y viaja, huyendo de unos barcos ingleses, desde la isla de Santa Elena hasta la de Tenerife, una isla famosa «por la montaña que hay en ella y que llaman el Pico, desde cuya cumbre se ve el mar hasta cien leguas a la redonda». Usando el Teide como rampa de lanzamiento, se encamina a la Luna en un viaje que dura doce días. Aluniza un 21 de septiembre en una región a la que denomina Sirimi. Allí establece un contacto alienígena en toda regla (el primero en la historia de la literatura, con permiso de don Luciano de Samosata), y encuentra tres especies de seres, de diez, veinte y treinta pies de altura, en posesión de un lenguaje musical y universal.

El rey de la familia Irdonozur le hace un estupendo regalo, nueve gemas dotadas de poderes, que el protagonista describe como pertenecientes a tres clases: las piedras poleastis, de color negro aterciopelado y con capacidad de retener el calor y poner al rojo los metales; las machrus, del color del topacio y con el poder de iluminar como cien lámparas, y las ebelus, las más valiosas, porque permiten controlar la gravedad a voluntad:

> Un lado de la gema tiene un brillo superior al del otro, si se adhiere por este lado a la piel desnuda de un hombre, en cualquier parte de su cuerpo, hace desaparecer de él toda pesadez o gravedad; mientras que el otro lado añade fuerza a la atracción de los rayos de la Tierra, tanto en este mundo como en aquél, haciendo que el cuerpo pese la mitad añadida de lo que pesaba antes.*

A los selenitas los describe como habitantes de naturaleza bondadosa, que no saben lo que son los robos, los asesinatos y las miserias humanas. Un mundo idílico, en fin, que visita el primer español de la mano e imaginación de un inglés.

El protagonista constata que la gravedad en la Luna es menor que en la Tierra, y un dato que se nos antoja curioso es la manera como se comunica Gonsales con el rey: «no me admitió directamente en su presencia, sino que me habló a través de una Ventana por la cual podía oírle, y él tanto oírme como verme, así le placiera». Hoy muchos, seguramente, pondrán nombre a esa «ventana». ¿Se adelantó en el tiempo Godwin en cuanto a tecnología? No lo creemos. También en este caso la obra se publicó póstumamente (era obispo), y contra todo pronóstico, fue un éxito.

En ese mismo año de 1638 se publicó *El descubrimiento de un mundo en la Luna*, de otro inglés, John Wilkins, que fue el primer secretario de la Royal Society. Como dice Borges en uno de sus artículos: «Éste abundó en felices curiosidades: le interesaron la teología, la criptografía, la música, la fabricación de colmenas transparentes, el curso de un planeta invisible, la posibilidad de un viaje a la Luna, la posibilidad y los principios de un lenguaje mundial». En esta novela se diseña por primera vez una máquina científica para llegar a la Luna, y se defiende la tesis de que puede haber vida en ésta. Está claro que el viaje de Godwin estimuló la imaginación de John Wilkins, cuya obra contribuyó al debate sobre la posible existencia de otros mundos habitados lejos de la Tierra. Como Godwin, Wilkins creía que visitar esos lugares era una posibilidad real y que sólo era cuestión de tiempo.

Wilkins consideró diversas cuestiones para la realización de ese viaje, como el frío que haría en el espacio o la comida necesaria para abastecer a unos tripulantes cuyo viaje duraría unos ciento ochenta días. En su obra, dividida en trece capítulos, se propuso demostrar, entre otras cosas, que la Luna era un cuerpo sólido y rocoso y que tenía una atmósfera. En 1640, en la tercera edición del libro, añadió un último capítulo en el que se ocupó de los posibles habitantes del satélite.

Los estados e imperios de Cyrano de Bergerac

Su obra más importante no fue su propia vida, llena de aventuras, ni tampoco sus espectáculos teatrales, sino un libro, *El otro mundo o los estados e imperios de la Luna y el Sol*, en el que

estuvo trabajando durante varios años y en el que expuso sus teorías más heterodoxas sobre la existencia de vida en otros planetas y los viajes espaciales, en una época no muy dada a estos devaneos intelectuales. No llegó a publicarlo en vida. Otro más.

En esta obra, que en realidad es un ensayo cómico-fantástico, expone sus extravagantes y audaces fantasías sobre el futuro de la humanidad, anticipándose de manera sorprendente a muchos de los descubrimientos e inventos que se producirían siglos después. Esta faceta de su personalidad apenas se recoge en la obra teatral de Edmond Rostand ni en la película que interpreta Gérard Depardieu. Sin embargo, Cyrano de Bergerac se ha convertido en uno de los antecesores del género que más tarde se llamaría de anticipación científica. Del manuscrito original de la obra, su amigo Henry Le Bret publicó dos libros con carácter póstumo: *Historia cómica de los estados e imperios de la Luna* (1657) e *Historia cómica de los estados e imperios del Sol* (1662).

Cyrano de Bergerac viajando a la Luna gracias a unas bolsas de rocío, recogido en su obra de su *Historia cómica de los estados e imperios de la luna*.

En el primer libro (a veces traducido sencillamente como *Viaje a la Luna*) el protagonista, que es el propio Cyrano, hace varias intentonas para llegar a la Luna. En la primera, no demasiado inspirada, se ata al cuerpo varios frascos o botellas llenas de rocío; bajo los efectos de los rayos solares, las botellas desprenden vapores

que el Sol atrae hacia sí, pero con tanta fuerza que al final el personaje se pasa de largo y vuelve a aterrizar en la Tierra. En el segundo intento, mucho más planificado, recurre al cálculo y la tecnología: construye una máquina de hierro desde donde lanza hacia lo alto un imán con un gran poder de atracción; la nave se eleva al encuentro del imán, como si fuera un burro tras una zanahoria, y una vez alcanzado ese punto procede a un nuevo lanzamiento del imán, y así sucesivamente. Lo curioso del artilugio que inventa Cyrano es que se parece a un cohete de tres cuerpos o etapas, que se van desprendiendo sucesivamente al acabarse el combustible, y hasta menciona la ingravidez en el espacio cuando explica cómo se elevan sus pies antes de que la cápsula caiga en la Luna:

> Atravesando que hube según el cálculo que hice después, mucho más de los tres cuartos del camino que separa la tierra de la Luna, me vi de golpe cayendo patas arriba sin haber dado yo voltereta ninguna. Cosa que no habría advertido si no hubiera sentido la cabeza cargada con el peso del cuerpo. Bien comprendí que de verdad no caía hacia nuestro mundo, pues, aun encontrándome entre dos lunas y viendo claramente que me alejaba de una a medida que me acercaba a la otra, estaba bien seguro de que la más grande era nuestra tierra, ya que al cabo de uno o dos días de viaje, habiendo las lejanas retracciones del sol difuminado las diferencias de cuerpos y paisajes, no se me pareció sino como un gran disco de oro igual que la otra. Esto me hizo pensar que descendía hacia la Luna, y me confirmé en esta opinión cuando me vino a la memoria que no había empezado a caer sino después de tres cuartos de camino. «Pues –me decía yo–, siendo esta masa más pequeña que la nuestra, la esfera de su actividad tiene que ser también menos amplia y por eso he sentido más tarde la fuerza de su centro.»*

Es decir, que según este texto –y no se sabe muy bien por qué extraña razón–, Cyrano conocía una ley científica que fue enunciada medio siglo después por Newton: que la atracción entre los cuerpos celestes es proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa. Lo malo es que, junto a este tipo de destellos científicos, aparecen otras ideas mucho más pueriles, como por ejemplo que nuestro planeta gira alrededor del Sol debido a la desesperada agitación de los condenados que están en el infierno, situado en el centro de la

Tierra.

Si sorprendente le resulta la ausencia de gravedad, mucho más lo sorprende todo lo que encuentra una vez aterriza en la Luna. Allí Cyrano conoce a selenitas gigantes y a un *daimon* (o genio tutelar) que le regala dos extrañas cajas musicales, que él llama «libros», aunque no se pueden leer, y que pueden llevarse como pendientes en las orejas:

> Al abrir la caja encontré no sé qué metal parecido a nuestros relojes, lleno de no sé qué resortes y máquinas imperceptibles. Es verdaderamente un libro, pero un libro maravilloso que no tiene hojas ni caracteres; finalmente, es un libro donde para aprender, los ojos son inútiles; se necesitan las orejas. Cuando uno desea oír, tensa con gran cantidad de pequeños nervios esta máquina; después coloca la aguja sobre el capítulo que desea escuchar, al mismo tiempo que de ella salen, como de la boca de un hombre o un instrumento de música, todos los sones distintos y diferentes que sirven, entre los lunáticos importantes, para expresar el lenguaje.

¿No nos recuerda este artilugio a un transistor? Cyrano también ve en la Luna «luces que ardían constantemente metidas en frascos de vidrio». ¿No nos recuerdan esas luces a las bombillas eléctricas?

La descripción que hace de los selenitas no tiene desperdicio. En la Luna sólo los animales andan sobre dos patas; por eso confunden a nuestro viajero con un avestruz. Los selenitas van a cuatro patas, a gatas, y tienen dos idiomas: el que habla el pueblo y el de la grandeza. Este último es melódico, una armonía de diversos tonos, que en caso de necesidad puede sustituirse con instrumentos musicales. De hecho, las grandes discusiones y debates se hacen mediante un concierto. El rey se llama La La Do Mi y el río Fa La Do La Fa. En cambio, el pueblo llano se expresa mediante gestos y convulsiones: las palabras consisten en la agitación de un dedo, una oreja, un ojo o una mejilla. Unos y otros se alimentan del olor y, para que el cuerpo pueda absorber mejor los vapores nutritivos, es habitual desnudarse por completo antes de comer. La moneda de cambio son los versos, con un sistema muy original: el poeta lleva sus poemas a la Casa de la Moneda, donde un jurado los tasa y los valora según su mérito literario. Los ejércitos deben tener un mismo número de soldados para que no haya agravios comparativos y sólo se permite la lucha entre iguales: lisiados contra lisiados, fuertes

contra colosos, débiles contra endebles, etc.

Nuestro viajero espacial va de asombro en asombro. Tan pronto observa a un selenita que camina mostrando un enorme pene ceñido a la cintura, como se entera de que allí es más grave cortar una col que matar a una persona. O bien descubre que los habitantes de la Luna usan sus largas narices como relojes de sol (para esto Cyrano se inspiró en su propia fisonomía). O que allí los padres obedecen a los hijos, y no al revés, los médicos sólo cuidan a los sanos y los jóvenes hacen las leyes que son reverenciadas por los ancianos. Pero entre burradas y astracanadas, va intercalando otros datos que nos hacen pensar que Cyrano sabía más de lo que parece y que jugaba con el lector.

En resumen, en esta obra el gran Cyrano de Bergerac describe cosas que eran impensables en su época, como la gravedad cincuenta años antes de que lo hiciese Newton, la radio dos siglos antes que Marconi, las dos lunas de Marte antes de que fueran descubiertas en 1877, el globo aerostático, el paracaídas, la bombilla eléctrica, la televisión, los rayos X, la locomoción sobre cojín de aire, la ausencia de gravedad en el espacio, la posibilidad de hacer viajes interplanetarios o las máquinas que se ponen en marcha por acción de la luz. También describió algunas cosas que todavía no existen, como los gases nutritivos, la inmortalidad biológica o las ciudades móviles que pueden introducirse en la tierra cuando lo consideran necesario. El propio Wernher von Braun no tuvo reparos en confesar que leía las obras de Cyrano, y para el diseño de los cohetes de tres fases, utilizados habitualmente en la conquista espacial, se inspiró en esta frase: «El cohete está formado por varias etapas, que se queman sucesivamente hasta situar en órbita la cápsula tripulada».

Cyrano, sin duda alguna, era mucho más que un espadachín pendenciero, charlatán y un tanto bufón.

El viaje fantástico de Torres Villarroel

Nada más empezar el siglo XVIII, más dado a la razón que a la imaginación, nos encontramos con un nuevo ejemplo de viaje extraño y extravagante a la Luna, una sátira social publicada por

Daniel Defoe en 1705, unos años antes de que viera la luz su *Robinson Crusoe*, la novela que lo haría mundialmente famoso.

Pero es en 1724 cuando surge el primer español que hace referencia a ella de manera literaria. Su nombre: Diego de Torres Villarroel. Desde 1721 se dedicó a publicar almanaques y pronósticos anuales que se hicieron famosísimos bajo el título de «El gran Piscátor de Salamanca» y escribió varias obras relacionadas con el mundo astrológico y esotérico. Por ejemplo, en el *Viaje fantástico (jornadas por uno y otro mundo, descubrimiento de sus sustancias)*, que dedica al señor D. Alejandro Navarrete, caballero del hábito de Santiago, hace alarde de sus profundos conocimientos de astronomía, y en la jornada cuarta («De los cielos, de los astros, estrellas y sus movimientos, cualidades e influxos de los eclipses de Sol y Luna») introduce un diálogo muy interesante en el que cuenta todo lo que sabe de la Luna y fantasea sobre lo que no sabe. Éste es el texto:

> Con pasos más acelerados que los que llevaban mis amigos cuando caminaban por las entrañas cercanas al infierno, llegaron al vasto campo de la Luna. Allí empezamos a discurrir por sus montes, valles y llanadas; no vimos, ni en los más ocultos rincones, aquellos vivientes que dijo Pitágoras, con que tuvimos por apócrifa la opinión de su escuela. Ni vimos monstruo alguno; sólo pudimos percibir que era un globo muy parecido al de la tierra en lo desigual y escabroso; pero tenía movimiento; porque uno de mis amigos, que fue el primero que sintió mover la Luna, dijo:
>
> –¡Ah, señor astrólogo! ¿Dónde nos ha traído, que nos hemos de despeñar? Yo me caigo.
>
> –No se asuste vuestra merced, que no se caerá. Es verdad que se mueve la Luna, y no hay cuerpo en todas estas esferas que no se mueva. Tengan vuestras mercedes confianza, que como les libré de caer en el profundo abismo, también, si Dios nos ayuda, saldremos con felicidad, que aquí estamos en el cielo, y no puede suceder nada malo. Siéntense vuestras mercedes, que hemos de ver despacio sus movimientos.
>
> Todos se aquietaron, y yo dije:
>
> –A la Luna la han llamado muchos astrónomos cielo terráqueo, por la similitud en cualidades y figura que tiene con la tierra. Es pues, redonda, y su superficie es áspera y escabrosa, con cuestas, quebraduras y montes como la tierra; y no por eso pierde la figura esférica, como hemos dicho ya, y vuestras mercedes han visto de la tierra. Y para que lo vean mejor, miren vuestras mercedes hacia

abajo, sin miedo de desvanecerse, y les parecerá desde aquí la tierra, lo mismo que desde la tierra parece la Luna.

Miraron hacia abajo, y por señas, inclinando la cabeza, me dieron a entender que tenía razón.*

Por si no lo sabían, Diego de Torres Villarroel fue el primer escritor español que consiguió dinero con sus libros. Desde su cátedra de Matemáticas en la Universidad de Salamanca, se enfrentó al claustro de profesores por sus ideas y teorías. Más tarde sus compañeros de oficio se negaron a asistir a su entierro, en 1770. Así se las gastaban por aquel entonces.

MICROMEGAS Y EL ASUNTO DE LOS SATÉLITES DE MARTE

Y nos vamos a 1752, año en el que aparece una obra muy breve, original y rara tanto por su contenido como por su autor.

Nos referimos a *Micromegas*, escrita nada menos que por el ilustre e ilustrado François-Marie Arouet, más conocido como Voltaire, cuyos datos enciclopédicos nadie pone en duda.

Micromegas constituye una excepción en nuestro análisis, pues no habla de ningún viaje a la Luna, sino del encuentro de dos extraterrestres singulares y gigantones, con ínfulas de filósofos. Uno, llamado *Micromegas*, mide 120.000 pies de alto (para que nos hagamos una idea, un humano mide cinco pies) y procede de un planeta en órbita alrededor de la estrella Sirio. El otro extraterrestre, mucho más pequeño, sólo mide 6.000 pies de altura y es nativo de Saturno. Y ambos se ponen rumbo a la Tierra.

Después de bajar del vehículo (que no se describe) en la orilla norte del mar Báltico, y tras devorar un par de montañas como desayuno, descubren la existencia de unos seres humanos bajo la lupa de un microscopio. Los alienígenas aprenden francés (lógico) y conversan con un grupo de filósofos («átomos pensadores», los llama Voltaire en la obra) que se encuentran en un navío sostenido en la uña del siriano y hablan acerca de la naturaleza del universo y del alma humana.

Antes de partir, los extraterrestres les regalan a los humanos un libro que revela el porqué de todas las cosas. Los humanos lo llevan a la Academia de Ciencias de París y entonces comprueban que las

páginas están en blanco. Mejor moraleja, imposible.*

Curiosamente, Voltaire menciona en su obra las dos lunas de Marte: «Y costearon el planeta Marte, el cual, como todos saben, es cinco veces más pequeño que nuestro glóbulo, y vieron dos lunas que sirven a este planeta y no han podido descubrir nuestros astrónomos [...] no le sería posible a Marte vivir sin dos lunas a lo menos, estando tan distante del Sol».

Ya lo habían dicho antes Cyrano de Bergerac en el siglo XVII y Jonathan Swift en sus famosos *Viajes de Gulliver*, que publicó anónimamente en 1726. En la tercera parte de esta novela, «Un viaje a Laputa, Balnibarbi, Luggnagg, Glubbdubdrib y el Japón», se ofrece la descripción de unas gentes que viven en una isla volante o flotante (Laputa, así se llama, con perdón) de forma circular. Son astrónomos que pasan la mayor parte del tiempo observando los cuerpos celestes y dice que aventajan con mucho a los astrónomos europeos, pues tienen un catálogo de más de diez mil estrellas, mientras que los europeos sólo disponen de uno con la tercera parte. Pero lo más sorprendente es lo que se explica a continuación:

> Asimismo han descubierto dos estrellas menores o satélites que giran alrededor de Marte, de las cuales la interior dista del centro del planeta primario exactamente tres diámetros de éste, y la exterior, cinco; la primera hace una revolución en el espacio de diez horas, y la última, en veintiuna y media; así que los cuadros de sus tiempos periódicos están casi en igual proporción que los cubos de su distancia del centro de Marte.*

Se nos está ofreciendo una descripción precisa, con datos sobre sus órbitas y proporciones, de los dos satélites de Marte, nada menos que siglo y medio antes de que se descubrieran oficialmente. Por si esto fuera poco, los liliputienses hacen un cálculo matemático para alimentar al gigantón Gulliver, consistente en que la cantidad de alimento requerida por un animal es proporcional a tres cuartos del peso de su cuerpo; una buena ley, si no fuera porque se describió en 1932. Las lunas de Marte no fueron descubiertas hasta 1877, en que el astrónomo Asaph Hall pudo verlas desde el Observatorio Naval de Estados Unidos, cerca de Washington D.C.; sabiendo que ya habían sido anunciadas con anterioridad, las bautizó como Fobos y Deimos, dos nombres homéricos que

significan miedo y terror. Extrañamente, William Herschel no había podido verlos con su telescopio durante la oposición de Marte en el año 1862. Debido a esta coincidencia (más bien serendipia), uno de los mayores cráteres de Deimos, de unos dos kilómetros de diámetro, fue bautizado como «Voltaire» y otro cráter de un kilómetro fue llamado «Swift».

¿Acaso Cyrano (1657), Swift (1726) y Voltaire (1752) acertaron de chiripa?

Irving, Poe, Dumas, Verne y Wells

Y entre tanto hombre hay que mencionar a una escritora, Marie-Anne de Roumier, que pone en órbita a una mujer en 1765, la protagonista de sus *Viajes de milord Céton a los siete planetas*. Describe cómo Céton, un joven vástago de la época de Oliver Cromwell, viaja en compañía de su hermana Monima, de dieciséis años, y de un genio o ángel llamado Zaquiel (curiosamente parecido a Zequiel, el duende o genio con el que el doctor Torralba hacía sus viajes a Roma), en cuyas alas son transportados a la Luna. Ven que los lunares tienen un lenguaje afectado, se besan a cada momento, se tutean, juran y se irritan. El orgullo es uno de sus mayores defectos. Describe el país de los hombres sin cabeza, que sólo conocen el tacto y cuya boca está en medio del pecho.

En 1775 se publica *Sizigias y cuadraturas lunares*, de Manuel Antonio de Rivas, un fraile franciscano residente en Mérida (Yucatán) que ideó, en forma de dos cartas firmadas por un secretario de la Universidad Lunar, una historia de viajes espaciales y extraterrestres. En la obra se habla de una explosión masiva que habría incinerado la Luna, lo que explicaría la existencia de los cráteres. El protagonista es un hombre de nacionalidad francesa que gracias a un artefacto volador de su invención llega al satélite y más tarde regresa por el mismo medio. La civilización que describe es inferior a la humana. En el juicio inquisitorial, Rivas fue acusado de defender la astrología, de localizar el infierno en el Sol y de apoyar la teoría heliocéntrica de Copérnico. Afortunadamente para el fraile, se tuvo en cuenta su avanzada edad y lo dejaron libre.

En 1785 aparecen *Las aventuras del barón de Münchhausen*,

recogidas por Rudolf E. Raspe y en las que el mentirosillo barón de Münchhausen afirma haber visitado la Luna dos veces: una montado en una bala de cañón y la otra con ayuda de unas habas mágicas. Aquí no hay racionalidad ni aspiraciones científicas de ninguna clase. Raspe escribe todo lo que le pasa por la cabeza, como, por ejemplo, que los selenitas son tan versátiles que pueden quitarse la testa a voluntad. Muchas de esas historias están inspiradas en la obra de Luciano de Samosata, y algunas incluso copiadas. Münchhausen es un militar alemán que, a su regreso de la guerra con el Imperio Otomano, se dedicó a contar una patraña tras otra, hasta el punto de que una patología asociada al hecho de mentir compulsivamente para llamar la atención fue bautizada con su nombre: «el síndrome de Münchhausen».

En el siglo XIX, la imaginación vuelve a ser fértil y da lugar a numerosas narraciones sobre la Luna, algunas de ellas escritas por autores consagrados de la literatura universal, como Washington Irving, quien en su *Historia de Nueva York contada por Dietrich Knickerbocker* (1809) describe a los hombres de la Luna en una conspiración para invadir la Tierra. Los selenitas consideran a los humanos como animales primitivos o pequeños monstruos: «llevan la cabeza sobre los hombros en lugar de debajo del brazo, no saben hablar el idioma lunático y para colmo tienen dos ojos en lugar de uno, desprovistos de cola, y su tez es de una blancura horrible, en lugar de verde como un guisante, como ellos». Por lo tanto, como no somos dignos de poseer las riquezas de nuestro mundo, deciden conquistarnos y adueñarse de nuestro planeta. En el fondo nos están haciendo un favor.

En 1835 sale a la luz *La incomparable aventura de un tal Hans Pfaall*, un relato fantástico de Edgar Allan Poe que tiene como protagonista a un hombre que, desesperado por sus deudas, construye un globo aerostático y escapa con él a la Luna. Lo sorprendente es la manera como presenta el relato. Según se cuenta, Hans Pfaall ha decidido quedarse a vivir en la Luna y le pide a uno de los selenitas que baje en el globo a la Tierra y le entregue a los humanos el relato que él ha escrito. Gracias a esa carta sabemos que Hans Pfaall de Róterdam llega a la Luna mediante un globo lleno de un gas extraído del ázoe, 37 veces más ligero que el hidrógeno, y ayudado por un mecanismo que reproduce el viento. Lo bueno es

que al final de la narración incluye una nota con una valoración de los otros viajes a la Luna anteriores al suyo:

> Ha habido otros «viajes a la luna», pero ninguno con más méritos que el que acabo de mencionar. El de Bergerac es absolutamente insensato. En el tercer volumen de la *American Quarterly Review* puede leerse una crítica minuciosa de una cierta «expedición» de esta clase, crítica en la cual es difícil decir si el autor denuncia la estupidez del libro o su propia y absurda ignorancia de la astronomía. He olvidado el título de la obra, pero los medios para hacer el viaje son de una concepción todavía más lamentable que los gansos de nuestro amigo el señor González.
>
> Cierto aventurero, al excavar la tierra, descubre cierto metal que sufre fuertemente la atracción de la luna; fabrica inmediatamente una caja del mismo que, una vez libre de sus ataduras terrestres, lo arrebata por los aires y lo lleva directamente hasta el satélite. El *Vuelo de Thomas O'Rourke* es un *jeu d'esprit* no del todo despreciable, y ha sido traducido al alemán. Thomas, el héroe, era en la realidad el guardabosque de un par irlandés cuyas excentricidades dieron origen al cuento. El «vuelo» se efectúa a lomo de águila, desde Hungry Hill, una altísima montaña en la extremidad de Bantry Bay.
>
> En estas diversas publicaciones la finalidad es siempre satírica, pues el tema consiste en la descripción de las costumbres lunares y su comparación con las nuestras. En ninguna de ellas se hace el menor esfuerzo para que el viaje en sí resulte plausible. Los autores parecen en cada caso totalmente ignorantes de la astronomía. En *Hans Pfaall*, la originalidad del designio consiste en intentar cierta verosimilitud, mediante la aplicación de principios científicos (hasta donde la caprichosa naturaleza del tema lo permite) a un verdadero viaje entre la tierra y la luna.*

A Alejandro Dumas también le interesó esta temática y *Un viaje a la Luna* (1860) es la prueba de ello. Mocquet, un guarda forestal de Villers-Cotterêts y muy amigo del general Dumas, famoso por sus sueños, un día sorprende a sus amigos con una nueva aventura: un viaje a la Luna. Para realizarlo, el viejo Mocquet utiliza un águila, que lo remonta a las alturas utilizando la misma «repulsión de la Tierra» como fuerza para impulsarse. Lo mismo que señala Poe cuando habla del *Vuelo de Thomas O'Rourke*. Algo llamativamente similar a la manera en que hoy los satélites y las naves son impulsados utilizando la gravedad de los astros. El águila lo deja abandonado en la Luna, de donde tendrá que arreglárselas para

regresar a su bosque natal.

Y en 1865 llega Julio Verne con *De la Tierra a la Luna*, novela que describe el viaje del ingeniero norteamericano Barbicane y el aventurero francés Ardan dentro de una bala de cañón gigante que es lanzada hacia la Luna desde Florida y que, por culpa de unos cálculos erróneos, no consigue alcanzar su destino (relato en el que se basó Georges Méliès para hacer su película). Julio Verne daría un feliz regreso a sus héroes en la continuación de esta novela, *Viaje alrededor de la Luna* (1870), donde también viaja un perro herido de muerte.

Ya en el siglo XX son numerosas las obras que hablan de los viajes lunares, empezando por las de Herbert George Wells, autor de *La máquina del tiempo* (y que en realidad no fue la primera, como ya señalamos) y de *Los primeros hombres en la Luna* (1901). En esta segunda novela, que inspiraría más tarde la película de Fritz Lang *La mujer en la Luna*, el estrafalario científico Cavor y su amigo Bedford viajan a nuestro satélite merced al descubrimiento de una sustancia extraordinaria llamada cavorita, que tiene la propiedad de anular la fuerza de la gravedad. Una vez allí, descubren que la Luna está habitada por unos alienígenas insectoides inteligentes que residen bajo tierra en enormes ciudades llenas de cavernas y corredores.

La princesa Kaguya, secuestrada por hombres lunares

Sin necesidad de recurrir a obras literarias, hay leyendas y tradiciones centenarias que hacen palidecer los efectos de la cavorita, como ocurre en un relato budista yataka en el que se menciona una gema mágica capaz de elevar a un hombre en el aire si se la introduce en la boca.

El cuento del cortador de bambú, una historia tradicional japonesa del siglo X, muy popular y que ha servido de referencia a cómics y a una película de animación de Isao Takahata (de los estudios Ghibli, 2013), cuenta el secuestro de Kaguya por unos seres llamados los «hombres lunares».

Kaguya apareció en la Tierra en circunstancias misteriosas: fue encontrada cuando era bebé por un viejo campesino, Taketori no

Okina, dentro de un misterioso y brillante tallo de bambú. Era una hermosa niña y tanto el campesino como su esposa la criaron como si fuera su propia hija. La llamaron Kaguya, que significa «princesa de la luz brillante», porque creyeron que se trataba de un regalo de los dioses.

Cuando Kaguya llegó a la adolescencia, su belleza se hizo famosa en todo el reino y empezaron a lloverle los pretendientes. Cinco príncipes acudieron para casarse con la chica, pero ella puso todos los obstáculos posibles para impedir que consiguieran su mano. Les encomendó tareas dificilísimas de cumplir: al primero le encargó traer el cáliz sagrado de Buda que se hallaba en la India; al segundo, encontrar una legendaria rama hecha de plata y oro; al tercero, conseguir la túnica hecha con el pelo de la rata de fuego, que supuestamente se encontraba en China; al cuarto, rescatar una joya de colores que brillaba en el cuello de un dragón, y al último príncipe le encargó buscar una concha que nacía en un nido especial de las golondrinas. Ninguno de ellos logró su propósito.

Incluso el mismo emperador de Japón, el Mikado, fue a verla, se enamoró, y también fue rechazado. Con el tiempo, los padres de Kaguya empezaron a arrepentirse un poco de que no se casara, porque el comportamiento de la chica se estaba volviendo cada vez más errático, hasta que un día se descubrió que Kaguya no era de este mundo, sino de la Luna. ¿Qué hacía una niña del pueblo lunar en la Tierra? No se sabe.

En otra versión del cuento se dice que la habían enviado a nuestro planeta para cumplir algún tipo de castigo temporal por algún delito, mientras que en otras versiones la enviaban a la Tierra por su propia seguridad, para protegerla de una guerra celeste. En la versión del cuento más aceptada ella explica lo siguiente:

> Quería contároslo desde hace mucho tiempo, pero por temor a las consecuencias me he mantenido en silencio. Ahora ya no puedo mantenerlo en secreto ni un día más. Debo contároslo todo. No soy una criatura de este mundo; soy del Palacio de la Luna. He estado en este mundo debido a algo que sucedió en el pasado. Ahora ha llegado el momento de que regrese, y en la noche de la próxima luna llena la gente de mi país natal vendrá a por mí. No tengo más remedio que ir.

Sea como fuere, cuando el emperador se enteró de la verdad decidió custodiar con guardias toda la casa para que los enviados de la Luna no pudieran llevarse a la muchacha. Sin embargo, cuando llegó el día bajó todo un ejército de selenitas pertrechados de aparejos tecnológicos superiores a cualquier cosa que existiera allí en el siglo X. Estalló una batalla en la que los humanos poco pudieron hacer. Los guardias del emperador fueron cegados por una extraña luz. La batalla se describe de este modo:

> Cerca de la medianoche, la zona de la casa fue súbitamente iluminada por una luz más brillante que el mediodía, como el resplandor de diez lunas llenas, tan brillante que se podían ver los poros de la piel de un hombre. Luego descendieron de los cielos hombres montados en nubes, que se mantuvieron flotando a una altura de unos cinco pies del suelo. Los que se encontraban dentro y fuera de la casa estaban paralizados por el miedo y ninguno tuvo el valor de resistir. Al fin, con gran valor trataron de levantar los arcos y lanzar las flechas, pero sus manos se quedaron sin fuerza, como si estuvieran paralizados. Aun así algunos hombres valientes, con un inmenso esfuerzo, trataron de disparar flechas, pero las flechas rebotaban inofensivamente en todas las direcciones. No fueron capaces de luchar y sólo podían mirar estupefactos. Los hombres de la Luna que tenían delante llevaban unas ropas de belleza sin igual. Trajeron con ellos un carro volador cubierto por una sombrilla de seda de gasa.*

Ovnis, combates alienígenas, armas poderosas y sofisticadas como una luz cegadora, y también armas psicológicas, como hacer que los soldados perdieran las ganas de luchar. Y todo esto en el siglo X.

Sin poder impedirlo, los hombres de la Luna se llevaron a Kaguya y nunca se la volvió a ver, salvo su capa...

Hace siglos que se cuentan historias acerca de personas que han caído de la Luna. El primer caso que conocemos, aunque por desgracia sólo se trata de una mera referencia, se remonta al siglo IV a.C. En sus escritos, Diógenes Laercio señala que el prolífico filósofo griego Heráclides Póntico (387-312 a.C.), «un hombre aficionado a las historias extrañas [...], afirmó que un hombre había caído de la Luna». Sería interesante investigar más el tema, si no fuera porque las obras de Heráclides no han sobrevivido. Sabio seguro que fue y

mucho, pues es el primer filósofo que sostuvo que las estrellas estaban fijas y admitió el movimiento de rotación de la Tierra sobre su eje. Todo un adelantado para su época.

Neocles de Crotona apuntó que «Helena nació de un huevo que cayó de la Luna» o «que las mujeres en la Luna ponen huevos, y los hombres nacidos de ellos tienen cinco veces el tamaño de los mortales». El romano Claudio Eliano, en *Sobre la naturaleza de los animales*, nos cuenta que el león de Nemea, un monstruo salvaje de la mitología griega que fue vencido por Heracles, también cayó de la Luna.

¿CÓMO VIAJAR A NUESTRO SATÉLITE SIN SALIR DE CASA?

Por fortuna existe una tesis doctoral de Alfonso Alcalde-Diosdado Gómez, del Departamento de Filología Griega de la Universidad de Granada, titulada *El tópico del hombre en la Luna en las literaturas cultas y populares*, que es lo más completo y exhaustivo que se ha escrito hasta el momento sobre esta temática. El autor ha publicado una versión resumida de la tesis en el libro titulado *El hombre en la Luna en la literatura universal* (2003).

En su tesis, Alfonso Alcalde-Diosdado hace una reseña de 275 obras (de 232 autores diferentes, diecisiete e ellas anónimas) escritas entre el siglo VI a.C. y 1969 y pertenecientes a vieinticuatro países de Europa, América y Asia. Los textos más antiguos son los Vedas, los Upanishads y el Mahabarata, y los más modernos dos obras anglosajonas: una publicada en 1968 por el británico Arthur C. Clarke, *2001: A Space Odyssey*, y la otra editada en 1969, del estadounidense Archibald MacLeish: *Voyage to the Moon*.

Llama la atención comprobar que los países en los que se ha escrito más de una obra son, por orden cuantitativo, Estados Unidos (71), Reino Unido (68), Francia (52), España (18) y Alemania (13).

La conclusión a la que llega Alfonso Alcalde-Diosdado es que «el hombre en la Luna» es un tópico de extensión mundial, preferido por las literaturas anglosajonas, escrito principalmente como novela o tratado durante toda la historia de la literatura y muy desarrollado en el siglo XX. Menciona las escasas aportaciones españolas a este género, como el *Libro de la escala de Mahoma*

(1264), de Buenaventura de Siena; *La alquimia de la felicidad perfecta* (1230), de Ibn ‘Arabi; *Somnium* (1541), de Juan Maldonado, o *El sabor de la tierruca* (1882), de José María de Pereda, aparte del *Viaje fantástico* del ínclito Torres Villarroel, del que ya hemos hablado.

Respecto a la clasificación que hace según el medio utilizado para llegar a la Luna, y que nos interesa para este capítulo, el autor señala que existen varios criterios temáticos que tener en cuenta. Y los divide en dos grandes grupos: los medios fantásticos y míticos y los medios científicos.

Entre los primeros incluye los siguientes:

– Un elemento mágico: elixir, droga, sebo de vaca, piedra mágica.
– Un artefacto llevado por el viento.
– Un ave, imitación de ave o animal fantástico.
– El rapto por parte de seres extraterrestres o sobrenaturales.
– Una ayuda y guía espiritual.
– Una unión física con la Luna: escalera, planta.
– Un carro fantástico (que vuela por sí mismo).
– Un sueño.

Y entre los medios científicos cita los siguientes:

– Un artefacto mecánico.
– Gases: en propio cuerpo, en globo aerostático.
– Un cohete impulsado por una explosión de pólvora.
– Un cohete impulsado por una sustancia antigravitatoria.
–Magnetismo.
– Un cohete con combustible líquido o gaseoso.
– Un cohete eléctrico.
– Un aparato transmisor de materia.

Diosdado dice que son más las lunas que están deshabitadas o habitadas por seres espirituales, que las lunas pobladas por seres de carne y hueso. Sin embargo, las lunas habitadas por seres inteligentes y corpóreos son más llamativas e interesantes (hasta 35 obras). Entre los habitantes selénicos podemos encontrar, por un lado, tipos extraños y grotescos y, por otro, tipos iguales o muy

parecidos a los seres humanos. Abundan los primeros, y la causa hay que buscarla en el éxito de los selenitas de Luciano de Samosata. Hasta el mismo siglo XX se repite con frecuencia este tipo de seres lunares.

No queremos terminar este apartado sin antes mencionar una asombrosa premonición literaria que se encuentra en una novela de Lester del Rey, *Misión a la Luna*, escrita en 1953. En el primer párrafo leemos: «La primera nave espacial aterrizó en la Luna y el comandante Armstrong salió de ella». Y dieciséis años después pasó lo que pasó. Da que pensar...

LOS QUE AFIRMARON IR A MARTE Y LO CONTARON

Los viajes rumbo a Marte son posteriores a los viajes a la Luna (hablamos de leyendas, sueños, trances, visiones y obras literarias). Marte ha sido el destino predilecto de algunos escritores decimonónicos de gran imaginación y de aquellos a los que la Luna se les quedaba demasiado pequeña y cercana. Algunos videntes –de un siglo a esta parte– han asegurado recibir mensajes de marcianos (verdes y de otras gamas cromáticas) y los han puesto en negro sobre blanco para que sepamos cómo viven esas criaturas del planeta rojo (será por colores...).

La idea de viajar a Marte captó la atención del público desde finales del siglo XIX, y con el inicio del nuevo siglo el interés no decayó. El 12 de abril de 1905 se pudo ver por primera vez en el hipódromo de Nueva York un espectáculo sensacional: «Un circo yanqui en Marte». Así se llamaba. La primera escena ya era de impacto, pues mostraba un circo en ruinas a punto de venderse en una subasta. En el último momento, lo compra un marciano y se lo lleva a su planeta para entretener a los suyos. Argumento muy banal que no impidió que el aforo de 5.200 asientos estuviera completo, con precios que iban desde los veinticinco centavos hasta los 575 dólares en la reventa. El espectáculo contó con toda clase de aparataje y efectos especiales: naves, caballos, elefantes, acróbatas, un babuino llamado *Coco*, una orquesta de sesenta músicos, cientos de cantantes, ciento cincuenta bailarines y lo que nunca puede faltar, payasos, algunos provenientes directamente de Marte, o al

menos lo parecían.*

Años antes de que Charles Fort popularizara el término, y con ello el fenómeno, la teleportación se había convertido en un recurso literario popular en la ciencia ficción para explicar cómo viajaban los extraterrestres por el universo. Así, en *Visitors from Mars*, una novela de Charles Cole de 1901, los marcianos llevan al narrador a su planeta mediante la teleportación y le enseñan lo avanzada que es su civilización tanto científica como espiritualmente. Y en 1908, George Raffalovich (seudónimo de Bedwin Sands, que encima era francés) publicó un cuento corto, *A Trip to a Planet*, en el que dos seres telepáticos de enormes cabezas se llevan al narrador a su planeta, siete veces más grande que la Tierra, también mediante la teletransportación. De este modo tanto Cole como Raffalovich pudieron resolver el problema de cómo hacer viajar a sus protagonistas a través del sistema solar sin necesidad de recurrir a demonios, ángeles, sistemas de propulsión, zarandajas mecánicas o naves de fantasía.

Pero en este caso no vamos a hablar de obras literarias, como hemos hecho con la Luna. Ya no estamos en presencia de actuaciones circenses ni de escritores de segunda fila, sino de supuestos mensajes telepáticos y espíritas que algunos reciben de Marte. Es el caso del matrimonio Hefferlin, cuyo testimonio apareció en septiembre de 1946 en la revista *Amazing Stories*, dirigida entonces por Ray Palmer. Hablaban de los marcianos con tanta familiaridad como si fueran sus vecinos, y aludían a guerras espaciales, colonias extraterrestres y una raza de gigantes en la Tierra cuyo sistema de teletransporte les permitía mover cargas por todo el mundo hasta la Luna. Su infraestructura incluía una inmensa red de metro, con trenes que viajaban a dos mil millas (3.218 kilómetros) por hora a través de enormes túneles. La historia completa es bastante compleja y no convenció a los lectores de la revista, así que derivaron el caso a la organización esotérica californiana Borderland Sciences Research Foundation. Éstos sí se lo tomaron en serio y publicaron una serie de escritos bajo la rúbrica de «Manuscrito de Hefferlin», en los que hablaban de la ciudad Arco Iris (Rainbow City) basándose siempre en unas canalizaciones mediúmnicas y diciendo, entre otras cosas indemostrables, que la ciudad marciana estaba hecha de plástico.

Lo cierto es que se abre la veda para ir a Marte y comunicarse con sus habitantes y, si el viaje físico no es posible, se buscan otros medios y sistemas.

«De todas las pruebas de estrechez de miras y locura, no conozco ninguna mayor que la estúpida creencia de que este pequeño planeta es el único donde hay vida y que todos los cuerpos celestes son objetos abrasadores o pedazos de hielo. Seguramente, algunos planetas no están habitados, pero otros sí, y en éstos tiene que existir vida bajo todas las condiciones y fases de desarrollo», escribía Nikola Tesla en *The New York Times* en 1909. Sus palabras tenían su fundamento. El inventor serbio reconocía que, aunque por el momento no tenía pruebas concluyentes de que Marte estuviera habitado, tampoco lo descartaba. Y abogaba por las señales de radio como la mejor vía para comunicarse con los extraterrestres. Tesla creía que en 1899 él ya había captado «señales procedentes de Marte» en su laboratorio de Colorado Springs, en el transcurso de uno de los experimentos efectuados con un aparato de su propia invención que denominó «teslascopio», e incluso afirmó: «He sido la primera persona en recibir un saludo de otro planeta».

Tesla llegó a reclamar el premio Guzmán para quien primero entablase comunicación con extraterrestres, convocado en 1889 por la Academia Francesa de Ciencias, dotado con cien mil francos y que excluía expresamente a los marcianos porque contactar con ellos se consideraba algo demasiado fácil. Palabra. Lo creó la millonaria francesa Anna Émile Guzmán para premiar a quien fuera capaz de entrar en contacto –y demostrar que lo había hecho– con un objeto celeste, un planeta o una inteligencia alienígena.

El gran investigador ufológico sevillano Ignacio Darnaude Rojas-Marcos ha recopilado muchos de los textos mediúmnicos recibidos por espíritas o canalizados por videntes y contactados en su afán de demostrar que no estamos solos en el sistema solar, o que la pluralidad de mundos habitados es un hecho cierto. Son todos libros revelados en distintas épocas, no son obras literarias. En todos se afirma que lo que se cuenta es verdad, por inaudito que parezca. Darnaude elaboró una lista sobre esta apoteosis marciana, que nosotros hemos ampliado un poco; se trata de libros protagonizados básicamente por los marcianitos (de los lunáticos ya hemos hablado) y son dignos de figurar en una biblioteca de lo extraño, lo

estrambótico y lo verde:

1. En 1922 Eros Urides, que dice ser un marciano de la ciudad de Urid, publica *El planeta Marte y sus habitantes*.

2. Entre 1920 y 1980 Albert Coe mantiene charlas con diversos marcianos y venusinos residentes en Estados Unidos, unas pláticas que se recogen en *La increíble verdad*.

3. En 1924 la señora H. C. Hutchinson, médium de Denver (Colorado), metabolizó textos emitidos por energías intencionales radicadas en Marte.

4. En 1945 Howard Menger aseguraba ser la reencarnación de un habitante de Saturno, y gozó en Hawái de su primer *tête à tête* con una preciosa señorita marciana (más adelante interaccionaría igualmente con habitantes de Venus), experiencias que narra en *Mensajes del espacio exterior*.

5. El médium espírita brasileño Hercilio Maes psicografía en Curitiba (Brasil), por inspiración de Ramatis, el volumen *La vida en el planeta Marte y los discos voladores* (1955), crónica detallada sobre la vida, instituciones, filosofía y costumbres en la civilización etérica que envuelve el viejo núcleo rocoso del planeta Marte.

6. En 1952, en Buenos Aires, los hermanos Jorge A. y Napy Duclout filtraron información acerca de la existencia en Marte de vida inteligente, detallada en *Origen, estructura y destino de los platos voladores*.

7. En 1954 Buck Nelson contacta en Missouri con hombres del espacio, y resume sus experiencias en el librito *Mi viaje a Marte, la Luna y Venus*.

8. En un folleto titulado *The Truth About Mars* (La verdad acerca de Marte), escrito en 1956, el californiano Ernest L. Norman afirma haber contactado con los habitantes del planeta Marte. Junto a su esposa Ruth, ha escrito unos 125 títulos revelados (más de cuarenta mil páginas). Afirma que pasó una hora cada tarde en meditación, y al final fue contactado en febrero de 1955 por un marciano que se presentó como Nur El. Luego le explicó que si lo deseaba, podría ir allí con él, a su ciudad (en vuelo astral), y que sería su guía personal. Explicó que su gente estaba muy deseosa de aclarar algunos de los

supuestos misterios de Marte, como, por ejemplo, que las ciudades son todas subterráneas y están interconectadas por enormes tubos ovales de metal.

9. Las hermanas Helen y Betty Mitchell, de Texas, se topan con la pareja de marcianos Elen y Zelas en 1957, y poco después divulgan lo que éstos les han confiado en el fascículo *Nuestro encuentro con hombres del espacio* (1959), donde aprovechan para advertir sobre los peligros de las pruebas nucleares que se estaban llevando a cabo en aquellos momentos.

Hemos mencionado varias obras cuyo *leitmotiv* son los contactos con el planeta rojo, pero hasta ahora no habíamos comentado que hubiera dado origen a una secta o una religión. No, no vamos a hablar de los raelianos, la Sociedad Aetherius o la Fundación Urantia. Nos referimos al Círculo Cósmico de la Confraternidad, un grupo seudomístico que se formó a principios de 1950 en la ciudad de Chicago. Su fundador, un cartero llamado William Ferguson, afirmó que había contactado con seres de otro planeta. Ya había publicado en 1938 un libro cuyo título no dejaba lugar a dudas: *Mi excursión a Marte*. Según afirmaba, había sido súbitamente transportado a la «séptima dimensión», donde había recibido la iluminación plena. Además, se había hecho amigo de un ser llamado Khauga (que habría llevado a Ferguson a Marte) y también de los líderes venusianos. Pese a la muerte de su fundador en 1967, el Círculo no se disolvió; aún hoy sigue con su labor cósmica.

LOS IDIOMAS MARCIANOS

Algunos contactados van más allá (nunca mejor dicho) de esos mensajes telepáticos o psicográficos y nos ofrecen como «pruebas» objetos o el propio alfabeto marciano. Lo malo es que las grafías de los diversos testimonios no coinciden.

En 1893 el matrimonio Smead procesa psíquicamente comunicaciones con seres de Marte y muestran un lenguaje y un vocabulario marciano.

Un año después, la sensitiva Cathérine-Elise Müller, más

conocida como Hélène Smith, psicografió mediante la técnica de la escritura automática una obra amplia y asombrosa que contaba con pelos –y sobre todo señales– la vida en el planeta Marte, eso sí, supervisada por el doctor Flournoy, que ponía un toque científico a las reuniones.

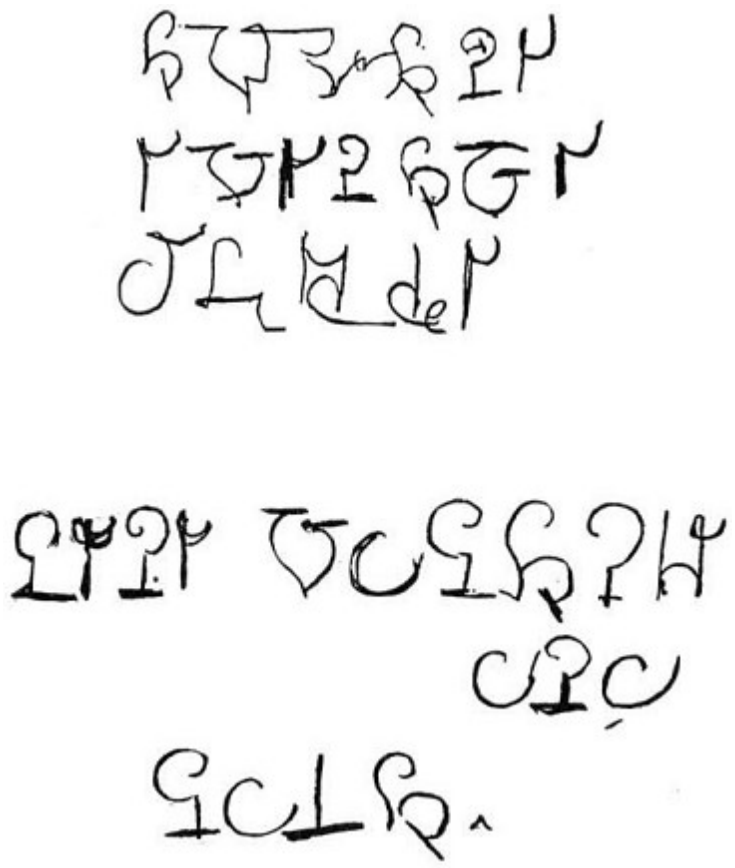
Tras cinco años de investigación, salía a la luz pública *De la India al planeta Marte: estudio de un caso de sonambulismo con glosolalia*, un libro de 446 páginas. Smith no sólo podía comunicarse en sánscrito y en marciano, sino que además era capaz de hablar de sus antiguas reencarnaciones, que no eran precisamente las de una plebeya: la princesa Simandini, mujer del príncipe indio Nayaka (siglo XV), y la propia María Antonieta, además de varios visitantes de otros planetas. Cuando Smith entraba en trance, el médico Fournoy le tocaba la frente e invocaba el espíritu de Léopold, que hacía el papel de guía mediúmnico de las sesiones y que no era otro que el mismísimo Cagliostro (según un cotilleo de Hélène, sería el amante de María Antonieta). Veamos una de esas transcripciones (y prohibido reírse):

> Martes, 2 de noviembre de 1896. Tras varios síntomas característicos de salida hacia Marte [...] Hélène cae en un profundo sueño [...] Léopold nos informa de que ya está de camino hacia Marte y que una vez allí se comunica con los marcianos, aunque nunca haya aprendido la lengua; él no nos va a poder traducir el marciano, al serle imposible; la traducción será hecha por Esenale, que ahora está desencarnado en el espacio pero que ha vivido hace poco en Marte y también en la Tierra, lo que le permite actuar de intérprete...

Poco después aparecía Esenale y decía, textualmente: *«Dode ne haudan te meche metiche Astane ke de me veche»*. Lo cual, por si nunca han tenido la suerte de estudiar marciano, significa: «Esto es la casa del gran hombre Astane, al que has visto».

Flournoy y sus amigos lingüistas (entre los cuales incluso figuraba el padre de la lingüística moderna, Ferdinand de Saussure) anotaban, fascinados, lo que consideraban un caso ejemplar de glosolalia, es decir, la capacidad de que el sujeto hable en lenguas que desconoce. Poco a poco se descubría que Marte estaba poblado por humanoides un tanto asiáticos, transportados por varias maquinarias futuristas. También había criaturas perrunas con caras

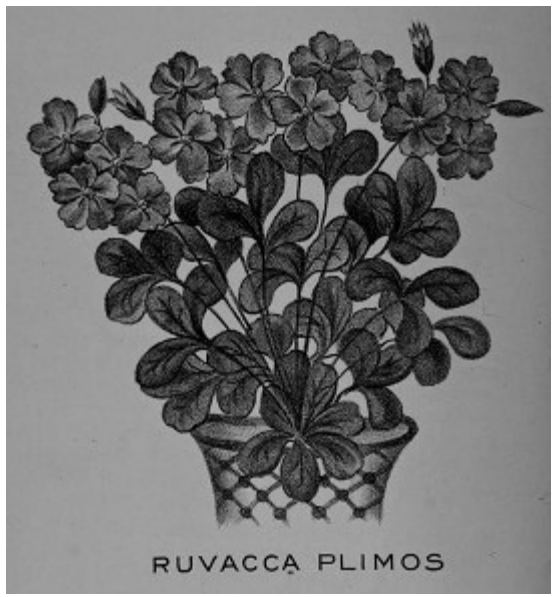
de col que podían hablar. Después de Marte se fueron todos a Ultra-Marte, lugar aún más remoto. El ultra-marciano emplea un sistema alfabético ideográfico y no fonético. *De la India al planeta Marte* documenta también el alfabeto marciano e incluye los dibujos que esbozó Hélène durante sus numerosos viajes interestelares. Más completo imposible. Y más falso, también.



Hélène Smith una psíquica francesa que no sólo escribió sobre Marte, sino que además pinto sus paisajes, sus habitantes y transcribió su idioma marciano. Éste es un ejemplo de escritura automática marciana, procedente de la obra de Théodore Flournoy *De la India al planeta Marte*.

Otra mujer que también se apuntó a los viajes al cuarto planeta del sistema solar y a tomar nota de su alfabeto fue la médium Sara Weiss. En 1903 publicó *Journeys to the Planet Mars or Our Mission to*

Ento, un registro de las visitas que había hecho la autora a Ento (Marte), bajo las directrices de su guía espiritual Band y a través de la escritura automática. En 1906 publicaría otro libro: *Romance de Marte*. Sara incluyó trece ilustraciones de botánica de la detallada flora marciana (que dijo haber visto), además de la pronunciación, gestos del lenguaje y un extenso glosario que incluye palabras, colores y números.



Sara Weiss fue una vidente que dijo haber viajado a Marte y para demostrarlo escribió dos obras y dibujó unas cuantas plantas del planeta rojo.

Nada comparado con otro libro titulado *Yo he estado en Marte* (1958). Así, sin rodeos. Su autor, Narciso Genovese, un turinés que se afincó en Tijuana (México) hasta su muerte en 1982, presentó una fantástica historia, muy bizarra diríamos, sobre su supuesto viaje al planeta rojo en 1956, en el que tuvo como acompañantes a un grupo de científicos de distintas nacionalidades y especializados en diversas materias. En este caso no hubo una revelación previa, sino las teorías del físico Guillermo Marconi (y un diario secreto que estaría depositado en el Vaticano).

Recordemos que Marconi, Premio Nobel de Física en 1909, el 20 de enero de 1919 declaró al *The New York Times* que, mientras

realizaba unos experimentos de comunicación entre ambas orillas del océano Atlántico a través de la telegrafía sin hilos, había detectado lo que parecían señales inteligentes procedentes del espacio. Desde entonces, un muro de silencio. Tan sólo sabemos que en años posteriores, y a bordo de su barco *Electra*, hizo experimentos secretos para intentar establecer comunicación con los emisores de aquellas señales, pero nunca transcendió nada. El *New York Times* del 2 de septiembre de 1921 informó de que Marconi creía que algunas de las señales provenían de Marte, pero no se volvió a tocar el tema. Pocos años después, en 1924, el astrónomo David Todd afirmó haber recibido de Marte, en una de sus máximas aproximaciones a la Tierra, un mensaje a base de puntos y rayas del código morse que dibujaban un rostro humano. A partir de 1932 Marconi inició el estudio de la energía solar, y corrieron rumores acerca de la consecución de un «rayo de la muerte» (lo mismo que se dijo de Tesla). Con la llegada de Mussolini, sus investigaciones se declararon *top secret* y la gran mayoría de sus estudios permanecieron dentro de un reducido círculo. Genovese comenta que Marconi fingió su muerte en julio de 1937 y que se fue con un grupo de científicos al sur de Venezuela, donde creó un laboratorio en el que proseguir sus investigaciones.

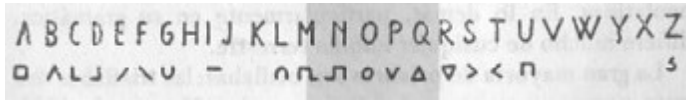
En su libro, Genovese afirma que él y otros ocho científicos siguieron las instrucciones que había dejado Marconi, y se trasladaron a la selva amazónica del Mato Grosso para llevar a cabo experimentos secretos, que culminarían en contactos con los marcianos y en un viaje al planeta rojo, acompañados por Tage, uno de los jefes de la flota espacial marciana. Los marcianos, dijo, tenían aspecto humano, tipo nórdico, altos y con cráneos alargados, y venían haciendo esporádicas visitas a la Tierra desde hacía al menos unos cinco mil años. La historia que cuenta en su libro se catalogó como ciencia ficción, género que por entonces vivía su máximo apogeo; sin embargo, Genovese, en el prólogo a la segunda edición, afirmó lo siguiente: «Hoy puedo afirmar que en esta narración no se relata nada ficticio, y rectifico mis declaraciones en el sentido de que lo aquí relatado no es más que una condensación, un resumen, una pálida imagen de un acontecimiento histórico, cuya realidad proyecta consecuencias desconcertantes».

En su momento casi nadie le creyó ni le leyó. Hoy su obra está

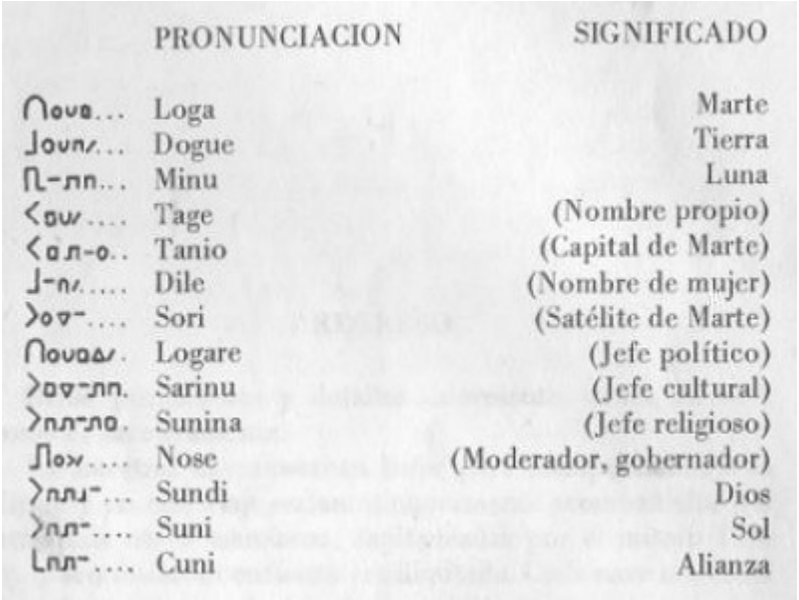
disponible en Internet, y cualquiera puede seguir su increíble viaje a Marte. Genovese ofrece multitud de detalles sobre el aspecto físico del planeta, su historia, su política, sus muy desarrolladas ciencias, su religión y su cultura. En uno de sus pasajes relata la llegada de la Expedición Colón (así la llamaron) a la capital de Loga (el nombre que recibe Marte, distinto del que acuñó Sara Weiss, Ento; en fin, todo un lío):

> Todos los habitantes del planeta estaban enterados y esperaban nuestra llegada. La ciudad de Tanio, capital de Marte, ocupaba el centro de una extensa llanura, la mayor del planeta. El campo de contacto, que así llámanse en Marte los campos de aterrizaje, mediría unos cinco kilómetros de superficie y hoy estaba literalmente cubierto de naves dispuestas en un orden perfecto; sólo las que habían ido a nuestro encuentro sumaban más de mil. Muchas de ellas, sin embargo, habían descendido en otros lugares de la ciudad.
>
> No menos de cien mil personas, ordenadamente distribuidas, esperaban formando un gigantesco semicírculo [...]
>
> Nueve hermosísimas doncellas, espléndidamente ataviadas, nos brindaron los primeros perfumes y los primeros colores de su tierra con sendos ramos de flores.*

También habla de su idioma y su alfabeto, y reproduce –Genovese era lingüista– todos los signos gráficos del idioma marciano:



Y también ofrece un listado de los principales términos en marciano usados en el libro, con su respectiva grafía y su significado:



	PRONUNCIACION	SIGNIFICADO
[illegible]...	Loga	Marte
[illegible]...	Dogue	Tierra
[illegible]...	Minu	Luna
[illegible]....	Tage	(Nombre propio)
[illegible]..	Tanio	(Capital de Marte)
[illegible].....	Dile	(Nombre de mujer)
[illegible]....	Sori	(Satélite de Marte)
[illegible].	Logare	(Jefe político)
[illegible].	Sarinu	(Jefe cultural)
[illegible].	Sunina	(Jefe religioso)
[illegible]....	Nose	(Moderador, gobernador)
[illegible]...	Sundi	Dios
[illegible]....	Suni	Sol
[illegible]....	Cuni	Alianza

Uno de los problemas del libro de Genovese es que la información que ofrece sobre el planeta se da de tortas con los datos que conocemos actualmente. Por ejemplo, según él, Marte sólo tiene un volcán inactivo y que no pasa de los dos mil metros de altura, cuando sabemos que en Marte hay un volcán, el Monte Olimpo, de más de 27 kilómetros de altura, el más grande que se conoce del sistema solar, aparte de los volcanes de Tharsis, todos ellos más grandes que cualquier montaña de la Tierra. Y eso de que te reciben nueve hermosas doncellas con florecitas... Sin comentarios.

Para terminar este capítulo, queremos referirnos a la magnífica novela de Fredric Brown, *Marciano, vete a casa* (1955). De tanto invocarlos y reclamar su presencia, finalmente los marcianos llegan a la Tierra, pero resulta que no son exactamente como esperábamos. Mil millones de pequeños hombrecillos verdes aparecen súbitamente en un mismo instante. Son verdes, de no más de un metro de altura, con brazos muy largos y capacidad de teleportación. Se muestran groseros, destructivos y chismosos, y se complacen en jugar malas pasadas a los humanos, especialmente a los que intentan entablar amistad con ellos. Se parecen a los goblins, los duendes de la mitología anglosajona. Por culpa de su presencia fastidiosa y entrometida, la economía se viene abajo, los

sistemas políticos se derrumban y las vidas de todos los habitantes de nuestro planeta se ven dramáticamente afectadas. Fredric Brown nos ofrece una de sus mejores obras y un alegato sarcástico contra la hipocresía y la estrechez de miras de nuestra sociedad. Una sátira que no deja títere con cabeza y que constituye un claro antecedente de la película de Tim Burton *Mars Attacks*!

En 2010, el astrofísico Stephen Hawking declaró públicamente que los extraterrestres «casi seguramente existen», aunque aconsejaba que los humanos evitasen procurar establecer cualquier clase de contacto con ellos, pues, atendiendo al efecto llamada, los extraterrestres podrían intentar colonizar los planetas a los que llegaran. Así pues, el profesor Hawking piensa que en lugar de tratar de comunicarnos con seres alienígenas, sean marcianos, venusinos o pleyadianos, deberíamos hacer todo lo posible para evitar cualquier encuentro con ellos, para que ese encuentro no se convierta en un encontronazo. Aunque, después de todo lo que hemos contado, esta recomendación llega un poco tarde, si hacemos caso a esas personas y esos mensajes recibidos y canalizados. Porque incluso conocemos el alfabeto marciano y disponemos de miles de páginas donde se nos narran su vida y milagros.

DIEZ CASOS DE PERSONAS QUE HAN VENIDO (O CAÍDO) DE OTROS PLANETAS

¿Han visto la película argentina *Hombre mirando al sudeste*? ¿O tal vez *K-Pax*, que es un *remake* estadounidense de la anterior, con un Kevin Spacey impecable? Explican la historia de alguien que aparece de repente en un lugar, aturdido y sin conocer a nadie. Proviene, dice, de un planeta lejano o de las estrellas, da un mensaje que nadie entiende y más tarde es recluido en un sanatorio psiquiátrico o en la cárcel.

Antes de que esas dos películas se filmaran ya conocíamos algunos casos reales de personas que habían mostrado un comportamiento extraño parecido, con las consecuencias que nos podemos imaginar. Tenemos al menos diez noticias más o menos recientes sobre personas que estaban «más pallá que pacá». Es verdad que son noticias escuetas publicadas en periódicos locales de Gran Bretaña, Australia o Estados Unidos. Nunca más se ha vuelto a

saber de ellos. Sería una variante de esas personas que dicen haber viajado a la Luna o a Marte en sus trances, visiones, viajes astrales o incluso físicamente. Ahora son los selenitas o los marcianos de poca monta los que nos visitan y con un cuerpo humano, muy humano, adaptado al medio (no así su mente), y sin mucho éxito en sus misiones, vistos los resultados.

Veamos estos diez casos que hemos seleccionado ordenados cronológicamente:

1. 1877: Personaje peculiar de otro mundo

> El pasado viernes, los magistrados de Barnsley condenaron a un individuo de aspecto extraño, llamado Thomas Samson, a tres meses de prisión por un intento de robo en Brushwood Hall, y dos meses más por asaltar a un guarda de caza, llamado Wigfield, en el mismo lugar. El prisionero, que dijo que procedía de otro mundo y que venía aquí de vez en cuando para «desafiar la injerencia», fue encontrado en una habitación del edificio a una hora temprana. Golpeó al guarda con una barra de hierro, y casi le arrancó uno de los dedos de un mordisco.*

2. 1889: Individuo de Marte o de Júpiter, a saber

> «Tengo un telegrama muy urgente para el señor Hopetoun», dijo un joven, mientras le llevaban dos policías este domingo por la noche. Acababa de ser detenido cerca del hospital de Melbourne, a causa de su conducta excéntrica, y fue llevado a la torre de vigilancia por motivos de seguridad.
>
> «¿Enviarás el telegrama enseguida? –dijo el joven–. Se requieren cuatro mil hombres en las almenas.»
>
> «Sí, lo enviaremos –respondió el constable Costello–. ¿De dónde es usted?» «De Júpiter –respondió Watson, que así se llamaba el infortunado joven–. Pero tengo otros mensajes para el gobernador y no se puede esperar más. Ha habido un gran ciclón en Calcuta y muchas personas han perdido la vida. ¿Me das algún papel para escribir los mensajes?»

Le dieron una hoja en la que escribió, con gran destreza y con un lápiz que se sacó del bolsillo: «Se necesitan cuatro mil hombres inmediatamente; gran ciclón en Calcuta».

En respuesta a otra pregunta, el joven dijo que venía «de Marte», y que había estado en la «tierra física veintiocho años», pero que no podía recordar «en qué parte del planeta se había dejado caer».*

3. 1892: Llegó a bordo del cometa Biela

Un hombre bien vestido entró ayer en el despacho del agente Bohoer, del hospital de Filadelfia, y dijo que era un hijo del general Grant, pero al ser interrogado un poco más se identificó como Richard Cummings, del 224 de la calle Wayland. Y dijo que acababa de llegar del cometa Biela.**

Era evidente que Cummings había perdido la razón y que estaba obsesionado por el cometa, pero parecía tener un gran conocimiento sobre éste. No le importaba dónde iba a pasar la noche, dijo, ya que el domingo toda la tierra sería destruida por un fuego. Fue llevado hasta la sala temporal para locos.***

4. 1896: El hombre de la Luna

WILMINGTON, 13 de febrero - Esta mañana se ha oído un caso muy raro en el Tribunal de la ciudad de Wilmington. Anoche, John Moriety fue detenido bajo la acusación de ser un vagabundo. Él vivía cerca del río y no tenía medios visibles de apoyo [es decir, para ganarse la vida]. Hoy, cuando se le preguntó de dónde era, dijo que había venido de la Luna. Junto con su hermano, fue disparado a este planeta con un potente cañón; su hermano aterrizó en Canadá y él, en Jersey. Declaró que su misión era reformar las leyes de este Estado. El hombre estaba loco y fue enviado a Farnhurst (Delaware) para recibir tratamiento.*

5. 1900: Hombre que saltó de la Luna

Ayer, sobre las 6 de la tarde, «Bob», un personaje de color, muy conocido en la ciudad, informó al jefe de

policía White y al oficial McAndrews de que un hombre llevaba cuatro horas de pie en la esquina de Turner Hall. El oficial McAndrews se acercó y trató de hablar con el hombre, sin éxito. Cuando vio su placa, el desconocido comenzó a correr por la avenida comercial a toda velocidad y allí se topó con el jefe White, que lo detuvo. White le preguntó por qué estaba huyendo, y él respondió que había saltado desde la Luna y que, en su opinión, cualquier hombre que saltaba de la Luna tenía el derecho de correr. Fue trasladado a la cárcel de la ciudad a la espera de más investigaciones. Se cree que sufre un trastorno mental. Su nombre no fue comprobado.**

6. 1903: Hombre de Marte aparece en una iglesia

NUEVA YORK, 27 de abril- Ayer por la tarde el sacristán de la iglesia episcopal Calvary de esta ciudad acababa de encender las luces y organizar los preparativos de la misa. Media docena de fieles ya estaban sentados en los bancos, cuando un hombre de unos veintisiete años caminó lentamente por el pasillo y entró al interior de la capilla mayor. Pasó por un momento delante del altar, se inclinó solemnemente y luego anunció, mientras miraba a los presentes: «Escuchad, oh mortales de la Tierra. Soy un mensajero de Marte, el primer enviado por nuestro glorioso gobernador a los habitantes de este humilde planeta».

Todos alzaron la vista con asombro. El hombre se inclinó de nuevo y, volviéndose hacia el altar, cogió el misal.

«Escuchad el mensaje –anunció–. Voy a leéroslo.» Y empezó a leer de manera solemne y nada desagradable. La congregación comenzó a darse cuenta de la situación. El sacristán se acercó corriendo al altar y, al aproximarse a tan extraño lector, éste se detuvo. Cuando el sacristán le pidió que leyera el resto del mensaje en los escalones de la iglesia, el marciano obedeció y, tras hacer una pequeña reverencia a los fieles, una vez más, se marchó de la iglesia de manera digna. Después de decirle adiós al sacristán en

la puerta, desapareció.*

7. 1907: Hombre de Marte de paseo por la Tierra

El otro día un hombre perdido llamado Carmichael se presentó ante el tribunal local, acusado de haber tratado de deshacerse de un cheque sin valor por 1 libra y 10 centavos. El acusado explicó a los jueces (los señores Williams y Egan) que venía de Marte, que tenía cinco mil años de edad y que, simplemente, estaba paseando por la Tierra. Un corto tiempo para recoger cualquier información que pudiera ser de utilidad para él y sus amigos marcianos que deseaban enviar señales a la Tierra. Los jueces decidieron enviarlo al tribunal de Bridgetown (la capital de Barbados, en las Antillas Menores) para seguir interrogándolo.**

8. 1911: El marciano Watson

El viernes un hombre llamado James Watson fue traído aquí desde Centralia (una mancomunidad de Pensilvania, Estados Unidos) y se alojó en la cárcel del condado, y el sábado [30 de diciembre de 1911] fue examinado para determinar su salud mental. Cuando fue detenido y puesto a disposición judicial, Watson dijo que vivía en Seattle y que hacía poco tiempo que había llegado a esa ciudad desde el planeta Marte, tras un viaje a la Tierra en una aeronave. Había hecho una parada turística en Centralia antes de volver a Marte.

Cuando el ayudante del sheriff Foster le pidió que explicara lo del viaje en la aeronave, se negó a dar detalles y dijo que lo había hecho más de una vez, y que ahora estaba seguro de que el sheriff estaba en su contra, como todos los demás, y que no contaría absolutamente nada más acerca de su interesante viaje de Marte a la Tierra.*

9. 1923: Hombre de Marte en el hospital de Elgin

ELGIN, ILLINOIS, 23 de marzo - Joseph Abbate di Carmelo,

el «profeta» que fue transportado a través del espacio desde Marte a la Tierra para predicar la doctrina de un nuevo y extraño culto, ahora está instalándose en su nueva sede en el hospital de Elgin. Di Carmelo, cuyas enseñanzas tenían tal vez un millar de seguidores en Chicago, fue arrestado para que explicara un presunto cargo grave que entraña la desaparición de una niña de doce años de edad. Después de una breve audiencia ante el juez, fue declarado loco y enviado al hospital de Elgin.

Cuando subía al tren, custodiado por dos guardias, recibió una lluvia de flores y decenas de sobres que contenían dinero. Reunió más de mil dólares de sus seguidores y llegó al hospital de Elgin con los bolsillos bien repletos.**

10. 1956: Extraterrestre en una cárcel de Florida

JACKSONVILLE, FLORIDA. - Una «criatura del espacio exterior» bajó a la Tierra y aterrizó en la cárcel de la ciudad. Según la policía, la «criatura» resultó ser Richard Lorenz, de diecisiete años. Lo acusaron de alteración del orden público en relación con varias cartas amenazantes dirigidas a una chica adolescente.

Las cartas decían que era una criatura invisible «de un planeta del espacio exterior; muy lejos en el espacio, a novecientos billones de millas de distancia». Una de las cartas terminaba con esta disculpa por los garabatos: «No sé por qué no puedo escribir bien cuando estoy en la Tierra».*

Ni nosotros tampoco.

En todos estos casos, el veredicto psicológico parece más que evidente, pero hay dos que nos llaman la atención, el de 1889 y el de 1911, porque en ambos el apellido del sujeto es Watson, en ambos el hombre aparece de repente durante el mes de diciembre, en ambos dice que viene de Marte, y en el caso de 1911 comenta que ya había estado más veces en la Tierra. Eso no demuestra que se trate del mismo hombre, que seguramente estaría como

una regadera (al igual que todos los demás de los que hemos hablado), pero ¿y si por un casual sí fuera el mismo hombre que contaba esas mismas alucinaciones en dos países distintos, Australia y Estados Unidos, con veintidós años de diferencia? Ahí lo dejamos.

BASIAGO, EL QUE DIJO HABER VISITADO EL PLANETA ROJO

El abogado estadounidense Andrew D. Basiago –Andy para los amigos– afirmó haber sido teletransportado desde California hasta el planeta Marte a través de portales espacio-temporales. Y no una, sino varias veces. Su historia es larga, muy larga, pues se inició cuando Basiago era pequeño y aún no ha terminado, y también muy asombrosa, demasiado.

En 2008 publicó un artículo titulado «The discovery of life on Mars» (El descubrimiento de vida en Marte), que ya anticipa que el planeta rojo tiene muchos marcianitos. Luego fundó la MARS o Mars Anomaly Research Society (Sociedad de Investigación de Anomalías en Marte) para lograr el reconocimiento político de que Marte estaba habitado y que había que promulgar cuanto antes un tratado internacional para proteger la ecología y la civilización de Marte de las visitas, exploración y colonización por parte de los seres humanos. «Hay que recordar que Marte no pertenece a la gente de la Tierra. ¡Marte pertenece a los marcianos!», dijo, muy ufano.

El caso del abogado estadounidense Basiago es harto curioso por varios motivos. Primero, porque había disfrutado de una carrera de abogado en Washington hasta que empezó a mandar artículos a distintos medios, conceder entrevistas y dar conferencias sobre sus viajes a Marte y la presencia en este planeta de animales, artefactos, seres humanos y alienígenas. Uno de los artículos lo mandó a la National Geographic Society.

Según ha manifestado en algunas entrevistas, su forma de transporte hasta Marte era el siguiente: «Nos subían de a diez en un ascensor que durante unos quince minutos cambiaba de forma y, cuando se abría la puerta, estábamos en una base espacial en Marte». Y describió este planeta como un «desierto con olor a

waffles quemados [...], habitable por humanos, sólo que al principio respirar costaba un poco, como si se estuviera en el pico de una montaña muy alta».

Según su relato, cuando llegó a Marte allí ya vivían algunos científicos, que estaban tratando de construir lugares confortables. Sin embargo, lo que más llamó su atención fue la civilización del inframundo que visitó guiado por un humanoide con el que se comunicaba por telepatía. Éste le enseñó la ciudad que habían construido en el interior del planeta y que parecía hecha por Gaudí, llena de formas armónicas y curvas. La mayoría de esta información, y de lo que vamos a contar ahora, procede de la entrevista de seis horas que Jessica Schab le hizo el 31 de agosto de 2009, y que puede verse en YouTube.*

Y lo que cuenta de esa civilización es digno de una película fantástica de serie B. Basiago afirma sin rubor que Marte se vio afectado por una catástrofe ocurrida en el sistema solar allá por el 9500 a.C., debida a la explosión de la supernova Vela. Los fragmentos de esa explosión actuaron como verdaderas bombas nucleares y arrasaron todo cuanto encontraron a su paso. Marte y otros planetas quedaron devastados por estas bombas galácticas, lluvia de muerte que también alcanzó a la Tierra, destruyendo la gran civilización que había allí entonces, la que construyó las pirámides; por tanto, habría que retrasar en el tiempo esas primeras dinastías faraónicas oficiales. Después de aquella catástrofe, los habitantes de Marte se refugiaron bajo tierra, donde su civilización poscataclismo ha permanecido intacta.

Basiago era consciente de que «todo esto es difícil de creer» –menos mal– pero afirmaba que los sucesivos gobiernos de su país venían ocultando información desde hacía décadas. Su primera experiencia en teletransportación ocurrió cuando tenía siete años, cuando fue reclutado para el Proyecto Pegasus junto con su padre, que en ese momento era jefe ingeniero de la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa (DARPA, por sus siglas en inglés). Eso fue entre los años 1969 y 1972. Se hicieron pruebas de teletransportación y cronovisión. Secretamente, reclutaron a ciento cuarenta niños estadounidenses para el proyecto, a modo de «crononautas». Según Andy, en 1968 la CIA ya estaba teletransportando individuos al pasado y al futuro para recuperar

artefactos y traerlos de regreso. El Proyecto Pegasus tenía como objetivo lograr la «percepción remota en el tiempo», que pudiera proporcionar información fiable sobre ciertos acontecimientos temporales destinados al presidente de Estados Unidos, a los servicios de inteligencia y a la comunidad militar.

Nuestro protagonista contó que había dos dispositivos de teletransportación:

– Una «cámara de confinamiento del plasma» en Nueva Jersey.
– Una «sala de salto» en El Segundo, California.

Y, además, disponían de tecnología holográfica que les permitía viajar «tanto física como virtualmente». Todo este proyecto se llevó a cabo gracias a la documentación que encontraron en el apartamento neoyorquino de Nikola Tesla, tras su muerte en enero de 1943. Dicha documentación reveló el esquema para una máquina de teletransportación que utilizaría «energía radiante que es latente y omnipresente en el universo y tiene la facultad de curvar el espacio-tiempo».

Entre los múltiples viajes o saltos en el tiempo de Basiago, uno lo hizo a Gettysburg (Pensilvania) el 19 de noviembre de 1863, el día en que el presidente Abraham Lincoln dio su famoso discurso. Basiago asegura que se había vestido como un «niño corneta de la Unión», pero que como él sentía que sus zapatos demasiado grandes llamaban la atención, se apartó de la multitud y justo en ese momento fue fotografiado (y presentaba una fotografía para demostrar que el niño que se ve en la imagen es él mismo). También viajó al Teatro Ford la tarde en la que el presidente Lincoln fue asesinado, en 1865. De hecho, lo hizo seis veces, a pesar de que en realidad nunca fue testigo del asesinato de John Wilkes Booth. Entonces, ¿para qué?

Basiago también afirma que en uno de sus teletransportes vio a un joven Barack Obama cuando, evidentemente, ni pensaba ser presidente de los Estados Unidos, y ya puestos, vio a dinosaurios vivos vagando y comiendo seres humanos que se habían extraviado en la superficie marciana.

¿Estamos ante un auténtico zumbado o ante un bocazas que se ha ido de la lengua contando lo que no tenía que contar?*

VIAJES MÍSTICOS (AL INFIERNO, AL PURGATORIO Y AL CIELO)

> *«Los conceptos científicos existentes cubren siempre tan sólo una parte muy limitada de la realidad, y todo aquello que aún no ha sido entendido es* infinito.»
>
> Werner Heisenberg

Sólo hay que leer las hagiografías de algunos santos y místicos para advertir de qué forma tan vehemente y detallada describen lugares cuya existencia no ha sido demostrada científicamente, como son el infierno, el purgatorio y el paraíso. Es una cuestión de fe, y sin embargo los testimonios de las personas que han dicho haber viajado a estos sitios, tanto ayer como hoy, son muy abundantes.

Los testimonios más «encendidos» son los que hablan del averno. De ser cierto lo que cuentan, estos viajes místicos al inframundo cumplen los requisitos propios de la teología cristiana, en la que lo subterráneo, el fuego, los tormentos, los llantos, el sufrimiento, la agonía, el olor a azufre o la presencia de demonios grotescos son constantes. Un comentario de santa Teresa, que tuvo la desagradable experiencia de visitarlo, no deja lugar a dudas: «El infierno es el lugar en el que no se ama».

VIAJE HACIA LOS ABISMOS INFERNALES

Uno de esos viajes lo protagonizó una carmelita descalza llamada sor Mariana Francisca de los Ángeles (1637-1697). Su

peculiar visión del infierno aparece recogida en el libro que sobre ella escribió su biógrafo fray Alonso de la Madre de Dios en 1736. Según ella, en el infierno había un alboroto terrible:

> ... tocaban unos tambores y chirimías tan roncas y destempladas que no hay palabras que lo puedan explicar. Hacíanse hogueras y luminarias con piedra azufre, que daban una lumbre muy oscura y un humo hediondísimo.

Parece que a sor Mariana Francisca no le fue nada bien por el inframundo: según su relato, la metieron en la boca un pedrusco caliente, le hicieron inhalar humo de azufre y le introdujeron la cabeza en un bonete de fuego.

Otra monja que también hizo visitas turísticas al infierno fue Ana de San Agustín (1547-1624). En su autobiografía habla del trauma que le causó la música diabólica que escuchó allí, y nos ofrece la siguiente descripción de lo que vio:

> Las fieras daban bramidos; los demonios aullaban y silvos de dragones y serpientes ayudaban a entonar esta desdichada y triste música. Vi allí grandes tempestades, grande vientos, grandes torbellinos y borrascas; muchos truenos y relámpagos que arrojaban espantosos rayos, los cuales caían en los condenados y parecía que los desmigajaban. Vi de todas religiones y de todas las altas dignidades, que se están abrasando en aquellas almas. Los pontífices y obispos están puestos en tronos y sillas de fuego y allí están abatidas y despreciadas sus dignidades y provanzas y en lugar de sus mitras tienen puestas corozas y muy a menudo los metían y sacaban en calderas muy hirviendo y en lagos de sucias aguas.

Distinta es la visión del infierno que nos ofrece sor Isabel de Jesús, una monja toledana del siglo XVII que, en un libro de curioso título (*Tesoro del Carmelo, escondido en el campo de la Iglesia, hallado y descubierto en la muerte y vida que de sí dexó escrita, por orden de su confesor*), habla de sus visitas a las calderas de Pedro Botero acompañada por demonios que la querían captar para su causa y, que para convencerla, le mostraron a algunas condenadas que parecían contentas de estar en ese lugar, pues los demonios les metían mano: «¿No ves como tratamos a estas mugeres? Mira que gordas y regaladas las tenemos», le dijo a sor Isabel uno de los demonios.

Fray Alonso del Pozo, en su biografía de Michaela de Aguirre, una monja nacida en Vitoria en 1693, nos relata con detalle las experiencias que tuvo la religiosa con el maligno:

> *Dábala manotadas, tan pesadas y crueles, que no es fácil explicarlas bien con palabras [...] Vez hubo que le llevaron a un brasero o hogar; y tomando las ascuas encendidas la abrieron la boca y entrándoselas en ella se las hazían tragar a la fuerça. Otras veces la llevaban a la noria y la sumergían en el poço hasta la garganta y la tenían assi toda la noche...*

Como para echarse a temblar. Mucho mejor que las películas de *Scream*.

Mencionaremos también un caso más actual, el de sor Faustina Kowalska, la monja polaca beatificada que dijo haber visto el infierno en 1936. Así lo cuenta en su *Diario*:

> Hoy, fui llevada por un ángel a las profundidades del infierno. Es un lugar de gran tortura; ¡qué imponentemente grande y extenso es! Los tipos de torturas que vi: la primera que constituye el infierno es la pérdida de Dios; la segunda es el eterno remordimiento de conciencia; la tercera es que la condición de uno nunca cambiará; la cuarta es el fuego que penetra el alma sin destruirla; es un sufrimiento terrible, ya que es un fuego completamente espiritual, encendido por el enojo de Dios; la quinta tortura es la continua oscuridad y un terrible olor sofocante y, a pesar de la oscuridad, los demonios y las almas de los condenados se ven unos a otros y ven todo el mal, el propio y el del resto; la sexta tortura es la compañía constante de Satanás; la séptima es la horrible desesperación, el odio de Dios, las palabras viles, maldiciones y blasfemias. Éstas son las torturas sufridas por todos los condenados juntos, pero ése no es el extremo de los sufrimientos. Hay torturas especiales destinadas para las almas particulares. Éstos son los tormentos de los sentidos. Cada alma padece sufrimientos terribles e indescriptibles, relacionados con la forma en que ha pecado. Hay cavernas y hoyos de tortura donde una forma de agonía difiere de otra. Yo me habría muerto ante la visión de estas torturas si la omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido.
>
> ... Estoy escribiendo esto por orden de Dios, para que ninguna alma pueda encontrar una excusa diciendo que no hay ningún infierno, o que nadie ha estado allí, y que por lo tanto nadie puede decir cómo es. Yo, sor Faustina, por orden de Dios, he visitado los abismos del infierno para que pudiera hablar a las almas sobre él y para testificar sobre su existencia. No puedo hablar ahora sobre él;

pero he recibido una orden de Dios de dejarlo por escrito.

Las visiones del demonio, el infierno y el purgatorio eran más frecuentes de lo que parece.

Según la biografía que escribió el padre Cepari de la carmelita florentina santa Magdalena de Pazzi, un tiempo antes de morir (1607) la monja se encontraba una noche con varias religiosas en el jardín del convento cuando de repente entró en éxtasis y vio el purgatorio abierto ante ella de par en par. Una voz la invitó a visitar todas las prisiones de la Justicia Divina, para que pudiese ver cuán merecedoras de compasión eran las almas allí retenidas.

En ese momento, las demás religiosas que estaban en el jardín le oyeron decir: «Sí, iré». Durante las dos horas siguientes sor Magdalena se dedicó a caminar alrededor del jardín, que era muy grande. De vez en cuando se paraba, y cada vez que lo hacía era porque estaba contemplando los sufrimientos que se le mostraban. Las religiosas vieron entonces que, compadecida, se retorcía las manos, su rostro se volvía pálido y su cuerpo se arqueaba bajo el peso del sufrimiento ante el terrible espectáculo al que estaba asistiendo. Luego vio que se abría ante ella el «calabozo de las mentiras»: «Los mentirosos –dijo– están confinados a este lugar en la vecindad del infierno, y sus sufrimientos son excesivamente grandes. Plomo fundido es vertido en sus bocas; los veo quemarse, y al mismo tiempo, temblar de frío». Más adelante la santa pudo ver almas que habían estado demasiado apegadas a los bienes del mundo y habían pecado de avaricia. «¡Qué ceguera –dijo– la de aquellos que buscan ansiosamente la fortuna perecedera! Aquellos cuyas antiguas riquezas no podían saciarlos suficientemente están ahora atracados en los tomentos. Son derretidos como el metal en un horno.» De allí pasó a otro lugar en el que se reunían las almas que se habían manchado de impureza; se hallaban en tan sucio y pestilente calabozo que la visión de aquel horrible espectáculo le produjo náuseas. Y más tarde, al ver a los ambiciosos y a los orgullosos, dijo: «Contemplo a aquellos que deseaban brillar ante los hombres; ahora están condenados a vivir en esta espantosa oscuridad».

También es notable el caso de santa Margarita María de Alacoque (cuyos escritos y revelaciones han sido aprobados por la Iglesia) y su trato con las almas del purgatorio. Nos limitaremos a

copiar algunos de los casos que narra en su autobiografía, una obra que escribió por obediencia, con el mandato además de no quemarla (como había hecho con otras anteriores):

> Se presentó repentinamente delante de mí una persona, hecha toda un fuego, cuyos ardores tan vivamente me penetraron, que me parecía abrasarme con ella. Me dijo que era el religioso benedictino que me había confesado una vez y me había mandado recibir la comunión, en premio de lo cual Dios le había permitido dirigirse a mí para obtener de mí algún alivio en sus penas. Me pidió que ofreciese por él todo cuanto pudiera hacer y sufrir durante tres meses. Me dijo que la causa de sus grandes sufrimientos era, ante todo, porque había preferido el interés propio a la gloria divina, por demasiado apego a su reputación; lo segundo, por la falta de caridad con sus hermanos; y lo tercero, por el exceso del afecto natural que había tenido a las criaturas y de las pruebas que de él les había dado en las conferencias espirituales, lo cual desagradaba mucho al Señor.
>
> Muy difícil me sería el poder explicar cuánto tuve que sufrir en estos tres meses. Porque no me abandonaba un momento, y al lado donde él se hallaba me parecía verle hecho un fuego, y con tan vivos dolores, que me veía obligada a gemir y llorar casi continuamente. Movida de compasión mi superiora, me señaló buenas penitencias, sobre todo disciplinas, porque las penas y sufrimientos exteriores que por caridad me hacían éstas sufrir aliviaban mucho las otras. Al fin de los tres meses le vi de bien diferente manera: colmado de gozo y gloria, iba a gozar de su eterna dicha.

Los arcanos celestes de Swedenborg

Los que vayan a la catedral de Upsala (Suecia) podrán ver un sarcófago en el que yacen los restos mortuorios de un ser excepcional, Emmanuel Swedenborg, todo un genio del siglo XVIII, alguien que se salió de la media y de la norma, y que se interesó por todo lo humano y lo divino, por todo lo visible y lo invisible, por todo lo terrestre y lo extraterrestre.

Nadie le discute ser una autoridad en ciencias, filosofía y teología, a pesar de que buena parte de su información provenía de canales que podríamos llamar «sutiles y heterodoxos», lo que hizo pensar a algunos que estaba loco de remate, a otros que era un mentiroso y a unos cuantos que era un enviado del cielo destinado a

revelarnos ciertas verdades profundas, tan profundas que la mayoría no las ha entendido.

Entre 1744 y 1745 Swedenborg sufrió una crisis espiritual y su vida cambió, y ese cambio marca claramente dos etapas en sus escritos. A partir de ese momento, abandona su obra científica y se dedica por completo a describir sus experiencias visionarias y a darles una estructura lógica y teológica. Fueron años muy inquietos, en los que tuvo sueños y visiones que le dejaron una huella profunda. Todas sus experiencias de esa época han quedado meticulosamente registradas en su *Diario de sueños* y su *Diario de viajes*.

Cuando tenía veintiséis años, Swedenborg dibujó una máquina voladora que nunca construyó. *Daedulus Hyperboreus* contiene la primera descripción técnica detallada de una máquina voladora. Luego volaría a espacios siderales y celestes por otros medios.

En abril de 1745 estaba cenando en Londres en una hostería donde comía a menudo, solo. Notó que la habitación de repente se oscurecía y tuvo una visión en la que un extraño ser le dirigía la palabra. Cuando la habitación volvió a iluminarse, Swedenborg regresó a su casa profundamente conmovido. Esa noche volvió a tener la misma visión. Se le apareció un espíritu que le habló de la

necesidad de que hiciera de intermediario para que Dios pudiera revelarse nuevamente a los hombres.

Desde 1745 hasta su muerte, vientisiete años después, Swedenborg dedicó casi todo su tiempo a intentar cumplir esa misión, y para ello viajó a mundos sutiles, espirituales y cósmicos, y dejó testimonio escrito de esas experiencias. Estaba convencido de que Dios lo había llamado para que los hombres supieran que hay otras formas de vida en otros planos y planetas, y lo contaba como si él hubiera estado allí. Sus viajes eran astrales, no físicos.

A la pregunta de sus amigos de si lo que explicaba era real o imaginario, Swedenborg respondió una vez: «Tan verdaderamente como me ves delante de tus ojos, así es verdadero todo lo que he escrito; y hubiera podido decir más si se me hubiera permitido. Cuando entres en la eternidad lo verás todo, y entonces tú y yo tendremos mucho sobre lo que hablar».

Predijo con exactitud el día de su muerte o de su entrada en el «mundo de los espíritus», como a él le gustaba denominarlo. Fue un 29 de marzo de 1772.

«Swedenborg hizo grandes viajes –afirma Gustave Flaubert en su última novela, *Bouvard y Pécuchet,* de 1881–. Pues en menos de un año, exploró Venus, Marte, Saturno y veintitrés veces Júpiter.»

En sus obras nos ofrece una descripción de los habitantes de esos planos que aseguró haber visitado en sus viajes astrales. En una de sus obras cumbres, *Las tierras o mundos de nuestro sistema solar*, escrita originalmente en latín, comenta lo siguiente sobre los habitantes de Mercurio (espíritus y ángeles):

> Los espíritus de Mercurio, más que los restantes espíritus, poseen conocimientos tanto de las cosas que hay en este sistema solar, como de las que hay fuera de éste, en el Cielo estrellado. Y una vez que han adquirido los conocimientos, los retienen, y también los recuerdan cuantas veces ocurran cosas similares. De aquí también puede resultar evidente que los espíritus tienen memoria, y que ésta es mucho más perfecta que la memoria de los hombres [...] Como consecuencia de sus conocimientos, los espíritus de Mercurio son más orgullosos que los otros; por lo cual se les dijo que, aunque conozcan innumerables cosas, sin embargo hay todavía infinitas más que ellos no conocen; y que aun si sus conocimientos crecieran por la eternidad, ciertamente no podrían llegar al saber de todos los principios generales. Se les habló también del orgullo y

> ensoberbecimiento de sus mentes, y que esto no es decoroso; mas ellos replicaron que no es arrogancia, sino sólo un gloriarse por la facultad de su memoria. Así pudieron ser disculpados por sus defectos.
>
> Sienten aversión a hablar mediante palabras, al ser esto material. Por lo que, cuando conversé con ellos sin espíritus intermediarios, no pude hacerlo sino mediante una especie de pensamiento activo. La memoria de ellos, al consistir de cosas y no de imágenes puramente materiales, suministra más inmediatamente sus objetos al pensamiento. Porque el pensamiento, que está sobre la imaginación, requiere como sus objetos a cosas abstraídas de lo material. Pero, aunque es así, sin embargo los espíritus de Mercurio se distinguen poco por su facultad de juicio, y no se deleitan en las cosas que requieren ser juzgadas y concluidas a partir de los hechos conocidos. Porque son sólo los conocimientos puros los que los deleitan.*

Sus experiencias dieron lugar a obras místicas que con el tiempo se han convertido en clásicas. En ellas describe con todo lujo de detalles lo que pudo ver en algunos planetas del sistema solar, en el cielo y en el infierno. Para Dante, el infierno seguía siendo una especie de establecimiento penal, y el cielo la recompensa para los justos y los bondadosos; es decir, son lugares de castigo o de recompensa, y esta concepción maniquea, a grandes rasgos, la hemos heredado en nuestros días. Swedenborg, en cambio, nos cuenta otra «película». Según manifestó repetidamente, conversó con ángeles y visitó las luminosas salas del cielo y también recorrió las tenebrosas galerías de los infiernos, y no en momentos esporádicos de éxtasis, sino a lo largo de veinte años. Y su conclusión fue que ambos lugares son adecuados para quienes los habitan. Por ejemplo, a los viciosos y a los culpables no les desagrada el infierno, o al menos éste es el único lugar en el que pueden vivir; es decir, tal vez no sean muy felices en el infierno, pero serían mucho más infelices en el cielo. Un planteamiento curioso.

Hoy, gracias a películas como *Ghost*, en la que el protagonista no es consciente de que ya ha muerto, esta idea nos resulta bastante familiar, pero en el siglo XVIII no lo era tanto. Además, los textos de Swedenborg concuerdan bastante con lo que explican quienes han tenido una experiencia cercana a la muerte, o con lo que proponen las últimas teorías de la transcomunicación instrumental, donde, a

través de los diferentes mensajes obtenidos por medios tecnológicos, las voces de los fallecidos afirman que el tránsito es tan suave que a veces pasan a formar parte del reino de los muertos sin apenas advertir que lo hacen.

En *Arcana Coelestia* (1749), Swedenborg cuenta lo que le pasó a Melanchton cuando falleció. Filipp Melanchton era un teólogo protestante de mediados del siglo XVI que sistematizó la doctrina de Lutero y asumió la jefatura de la Iglesia evangélica a su muerte. Nos puede sorprender la visión que Swedenborg ofrece de Melanchton cuando éste tiene la impresión de que no ha muerto y vive en el más allá conservando los mismos hábitos y costumbres que tenía en la Tierra, hasta que descubre que todo es una ilusión. Lo irónico de este relato es que la alucinación fue atroz, ya que Melanchton no estaba en el cielo, como él creía, sino en el infierno:

> Los ángeles me comunicaron que cuando falleció Melanchton le fue suministrada en el otro mundo una casa ilusoriamente igual a la que había tenido en la tierra (a casi todos los recién venidos a la eternidad les ocurre lo mismo y por eso creen que no han muerto). Los objetos domésticos eran iguales: la mesa, el escritorio con sus cajones, la biblioteca. En cuanto Melanchton se despertó en ese domicilio, reanudó sus tareas literarias como si no fuera un cadáver y escribió durante unos días sobre la justificación por la fe. Como era su costumbre no dijo una palabra sobre la caridad. Los ángeles notaron esa omisión y mandaron personas a interrogarlo. Melanchton les dijo: «He demostrado irrefutablemente que el alma puede prescindir de la caridad y que para ingresar en el cielo basta la fe». Esas cosas las decía con soberbia y no sabía que ya estaba muerto y que su lugar no era el cielo. Cuando los ángeles oyeron este discurso, lo abandonaron.
>
> A las pocas semanas, los muebles empezaron a afantasmarse hasta ser invisibles, salvo el sillón, la mesa, las hojas de papel y el tintero. Además, las paredes del aposento se mancharon de cal, y el piso, de un barniz amarillo. Su misma ropa ya era mucho más ordinaria. Seguía, sin embargo, escribiendo, pero como persistía en la negación de la caridad, lo trasladaron a un taller subterráneo, donde había otros teólogos como él. Ahí estuvo unos días y empezó a dudar de su tesis y le permitieron volver. Su ropa era de cuero sin curtir, pero trató de imaginarse que lo anterior había sido una mera alucinación y prosiguió elevando la fe y denigrando la caridad. Un atardecer sintió frío. Entonces recorrió la casa y comprobó que los demás aposentos ya no correspondían a los de su habitación en la

> tierra. Alguno contenía instrumentos desconocidos; otro se había achicado tanto que era imposible entrar; otro no había cambiado, pero sus ventanas y puertas daban a grandes médanos. La pieza del fondo estaba llena de personas que lo adoraban y que le repetían que ningún teólogo era tan sapiente como él. Esa adoración le agradó, pero como alguna de esas personas no tenía cara y otras parecían muertas, acabó por aborrecerlas y desconfiar. Entonces determinó escribir un elogio de la caridad, pero las páginas escritas hoy, aparecían mañana borradas. Eso le aconteció porque las componía sin convicción.
>
> Recibía muchas visitas de gente recién muerta, pero sentía vergüenza de mostrarse en un alojamiento tan sórdido. Para hacerles creer que estaba en el cielo, se arregló con un brujo de los de la pieza del fondo, y éste los engañaba con simulacros de esplendor y de serenidad. Apenas las visitas se retiraban reaparecían la pobreza y la cal, y a veces un poco antes.

Este texto gustó e impresionó tanto a Jorge Luis Borges que lo incluyó en su *Historia universal de la infamia* con el título de «Un teólogo en la muerte». Lo que entusiasmó a Borges fue la idea más original que aportó Swedenborg: ni el cielo es un premio, ni el infierno es un castigo; cada ser humano los crea según la disposición de su alma.

Antes de Swedenborg y después de él, otros místicos, visionarios e individuos que llegaron a alcanzar la santidad dijeron haber transitado por esos indelebles mundos de ultratumba y luego nos contaron en primera persona lo que vieron y oyeron. Sin embargo, las descripciones que ofrecen del cielo o del infierno no siempre son coincidentes. Y muy a menudo son contradictorias y hasta grotescas.

EL INFIERNO DE LAS BEATAS

No es infrecuente que algunas monjas de clausura tengan sus «arrebatos», estados en los que dicen hallarse en presencia de entes sobrenaturales que les dictan mensajes. Algunas de ellas dejarán por escrito el testimonio de todo lo que han visto. Las escenas infernales son posiblemente las más impactantes y variadas (en las celestiales parece existir una cierta unanimidad). Ya hemos podido

comprobarlo en las descripciones tan detalladas, plásticas y vívidas que ofrecen del mundo del subsuelo las religiosas Mariana Francisca de los Ángeles, Ana de San Agustín y sor Isabel de Jesús.

El paso del tiempo no acabó de desterrar la imagen del infierno como un lugar pavoroso, y como tal aparece cuando la Virgen revela el primer secreto a los niños de Fátima en la aparición del 13 de julio de 1917. Mucha gente ha oído decir que este primer enigma del mensaje mariano hace referencia al infierno, pero muy pocos lo han leído íntegramente. La Virgen se lo «enseña» a los niños y éstos quedan horrorizados. No era para menos. Luego harán de él un relato alucinante y dantesco. Veamos cuáles son las palabras exactas que empleó sor Lucía para hablar de ello:

> Nuestra Señora nos mostró un gran mar de fuego que parecía estar debajo de la tierra. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que caían hacia todos los lados, parecidas al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin equilibrio ni peso, entre gritos de dolor y gemidos de desesperación que horrorizaba y hacía estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes y negros.

Hasta aquí la visión clásica que tuvieron Francisco, Jacinta y Lucía, una visión que, en sus elementos esenciales, no difiere de otras de siglos anteriores: el fuego y las formas animalescas de los demonios son su *leitmotiv*. Pero si no se nos dijera que esa profecía hace alusión al infierno, se podría suponer, sin mucho esfuerzo, que lo que vieron fueron las consecuencias de un cataclismo nuclear.

Actualmente, algunos sectores de la Iglesia, teólogos y estudiosos de las religiones están de acuerdo en considerar que el cielo y el infierno no son lugares físicos, sino estados extremos del alma; aunque en el fondo es lo mismo, porque como ya decía el teólogo irlandés Juan Escoto Erígena en el siglo IX, «el infierno es una metáfora, no un lugar». Otros proclaman a los cuatro vientos que todo está aquí, en la Tierra, y que nuestra mente es capaz por sí misma de hacer un cielo del infierno y un infierno del cielo. Quién sabe. El filósofo francés J. J. Rousseau lo decía de otro modo en el

siglo XVIII: «¿Qué necesidad hay de ir a buscar el infierno en la otra vida?».

No está de más recordar aquí unas palabras de Swedenborg que proceden de *De Caelo et Inferno* (1758): «No me ha sido otorgado ver la forma universal del Infierno, pero me han dicho que de igual manera que el Cielo tiene, en conjunto, la figura del hombre, así el Infierno tiene la figura del Diablo».

UN NIÑO DESOBEDIENTE QUE VISITA EL AVERNO

En *A true and perfect relation of a boy* (Una relación verdadera y extraña de un niño), un panfleto impreso en Londres en 1645, se habla de un asunto que «podría parecer superar los límites de la vanidad y la credulidad humana», pero que, supuestamente, es cierto. El protagonista es Joseph Buxford, un joven aprendiz de tejedor de Devon, que odia su oficio y a su padre (llamado John), que siempre le está regañando por ser obstinado y desobediente. Un día el padre jura que, si Joseph no cambia de comportamiento, lo enviará a trabajar con el diablo. Por supuesto, nombrar al diablo nunca ha sido una buena idea.

El 5 de noviembre, desesperado por la vagancia de su hijo, John lo lleva a rastras hacia el local del tejedor. Por el camino se encuentran con un transportista de mercancías en un carro conducido por cuatro caballos. El hombre se detiene y pregunta a John por qué trata a su hijo tan severamente; tras escuchar la respuesta del padre, el transportista le ofrece al joven trabajar para él durante ocho días. John, agradecido, deja a su hijo con el desconocido y vuelve a casa.

Minutos más tarde, el carruaje se desvanece y el transportista se transforma «en un caballo volador, feo y negro». Se carga a la espalda al asustado chico y se lanza al cielo de un salto. Desde las nubes ven los campos y los pueblos de Inglaterra, que parecen como juguetes. Primero se acercan a la Luna y luego se sumergen en el mar, hasta alcanzar el fondo; allí el chico ve «extrañas e indecibles maravillas». Más tarde llegan a una enorme cueva y allí el caballo adopta una forma aún más monstruosa. Le dice a Joseph que no tema por su vida y que se fije en su entorno: es el infierno, el lugar

donde los malvados están condenados a pasar la eternidad. La escena es verdaderamente aterradora: algunos son torturados de maneras horribles y viven como animales en el abismo ardiente. El diablo le va señalando a algunos personajes famosos de la época (como la señora Scott, «colgada por la lengua sobre ganchos ardientes»).

Durante ocho días seguidos, Joseph se ve obligado a contemplar escenas horrorosas. Transcurrido ese tiempo, ante los continuos llantos y protestas del chico, el diablo lo lleva de vuelta a la Tierra. Dos obreros lo encuentran en el suelo, semiconsciente, con la ropa chamuscada y despidiendo un fuerte olor a azufre. Avisan al padre y John va a buscar a su hijo y se lo lleva a casa.

Cuentan que a partir de ese día Joseph, transformado por aquella vivencia tan nítida, se convirtió en el aprendiz obediente que su padre siempre quiso.*

La experiencia terrible de sor Josefa Menéndez

Sor Josefa Menéndez (1890-1923) explicó su vida y sus visiones en un libro escrito en forma de diario personal titulado *El camino del amor divino*, en el que habla del empeño de Jesús por salvar nuestras almas antes de «la aproximación de los últimos días del mundo». Según cuenta, entre 1920 y 1923 recibió diversos mensajes de Jesús y la Virgen en el convento de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús en Les Feuillants, en Poitiers (Francia).

Sor Josefa escribe con gran reticencia sobre el tema del infierno. En una visión que tuvo el 25 de octubre de 1922, la Virgen le dijo: «Todo lo que Jesús te da a ver y a sufrir de los tormentos del infierno es para que puedas hacerlos conocer al mundo. Por lo tanto, olvídate enteramente de ti misma y piensa en la gloria de la salvación de las almas».

En una de sus visiones describe con pelos, señales y olor a azufre los tormentos del infierno:

> La noche del miércoles al jueves 16 de marzo [de 1922], serían las diez, empecé a sentir, como los días anteriores, ese ruido tan tremendo de cadenas y gritos. En seguida me levanté, me vestí y me puse en el suelo de rodillas. Estaba llena de miedo. El ruido seguía;

salí del dormitorio sin saber a dónde ir ni qué hacer. Entré un momento en la celda de Nuestra Beata Madre [...] Después volví al dormitorio, y siempre el mismo ruido. Serían algo más de las doce cuando de repente vi delante de mí al demonio que decía: «Atadle los pies..., atadle las manos». Perdí conocimiento de dónde estaba y sentí que me ataban fuertemente, que tiraban de mí, arrastrándome. Otras voces decían: «No son los pies los que hay que atarle..., es el corazón». Y el diablo contestó: «Ése no es mío». Me parece que me arrastraron por un camino muy largo.

Empecé a oír muchos gritos, y en seguida me encontré en un pasillo muy estrecho. En la pared hay como un nicho, de donde sale mucho humo pero sin llama, y muy mal olor. Yo no puedo decir lo que se oye, toda clase de blasfemias y de palabras impuras y terribles. Unos maldicen su cuerpo..., otros maldicen a su padre o madre..., otros se reprochan a ellos mismos el no haber aprovechado tal ocasión o tal luz para abandonar el pecado. En fin, es una confusión tremenda de gritos de rabia y desesperación.

Pasé por un pasillo que no tenía fin, y luego, dándome un empujón, que me hizo como doblarme y encogerme, me metieron en uno de aquellos nichos, donde parecía que me apretaban con planchas encendidas y como que me pasaban agujas muy gordas por el cuerpo, que me abrasaban [...]

Me pareció que pasé muchos años en este infierno, aunque sólo fueron seis o siete horas... Luego sentí que tiraban otra vez de mí, y después de ponerme en un sitio muy oscuro, el demonio, dándome como una patada, me dejó libre. No puedo decir lo que sintió mi alma cuando me di cuenta de que estaba viva y que todavía podía amar a Dios [...]

El diablo estaba muy furioso porque quería que se perdieran tres almas... Gritaba con rabia: «¡Que no se escapen...!, ¡que se van...! ¡Fuerte...!, ¡fuerte!». Esto así, sin cesar, con unos gritos de rabia que contestaban, de lejos, otros demonios. Durante varios días presencié estas luchas.

Yo supliqué al Señor que hiciera de mí lo que quisiera, con tal que estas almas no se perdiesen. Me fui también a la Virgen y ella me dio gran tranquilidad porque me dejó dispuesta a sufrirlo todo para salvarlas, y creo que no permitirá que el diablo salga victorioso [...]

El demonio gritaba mucho: «¡No la dejéis...!, ¡estad atentos a todo lo que las pueda turbar...! ¡Que no se escapen..., haced que se desesperen...!». Era tremenda la confusión que había de gritos y de blasfemias. Luego oí que decía furioso: «¡No importa! Aún me quedan dos... Quitadles la confianza...». Yo comprendí que se le había escapado una, que había ya pasado a la eternidad, porque

gritaba: «Pronto... De prisa... Que estas dos no se escapen... Tomadlas, que se desesperen... Pronto, que se nos van...».

«Todo lo que he escrito –afirma el 4 de septiembre de 1922– no es más que una sombra de lo que el alma sufre, porque las palabras no pueden expresar tan espantosos tormentos.»

Siempre que volvía de una de sus visitas al infierno o cada vez que se veía atormentada por el demonio, Josefa despedía un fuerte hedor, un olor a azufre y a carne podrida y quemada que, según testigos fidedignos, se percibía claramente durante un cuarto de hora o incluso más, y cuyo desagradable recuerdo ella conservaba durante mucho más tiempo todavía.

Falleció a los treinta y tres años.

PASAJES DIRECTOS AL PARAÍSO

Las visiones, trances o viajes místicos al cielo son tanto o más frecuentes que las visitas al purgatorio o al infierno. En este caso los turistas suelen ser esa gran familia formada por los santos y los místicos, y la descripción que hacen éstos del paraíso coincide con lo que opinan los teólogos; es decir, se trata de un lugar de sempiterna gloria y ventura, lleno de luminosidad y donde reina una extrema placidez. Pero hay que decir que los testimonios de estos viajes celestiales no sólo se circunscriben a gente de fe, a santos del pasado o a beatos recientes, ya que en muchas de las denominadas «experiencias cercanas a la muerte» se describen visiones muy similares.

En el relato del martirio de san Esteban que se ofrece en los Hechos de los Apóstoles (7, 54-70), se dice que mientras los encolerizados agresores del joven Esteban rechinaban los dientes, el mártir, elevando los ojos a las alturas, exclamó: «*Video caelos apertos, et Filium Hominis stantem a dextris Dei*» (Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios), frase que se ha hecho célebre y proverbial.

San Esteban no fue el único en ver «los cielos abiertos». Un piadoso relato cuenta que en 1365 al monje Enrique Suso, apodado «Amando», se le apareció el alma de Johann Eckhart, un filósofo y místico alemán que había muerto en 1327; Eckhart le habló del

paraíso y le dijo: «Estoy en el cielo, en un infinito júbilo y en una inmensa gloria, a semejanza del propio Dios».

No es de extrañar que el paraíso fuera el gran anhelo –y hasta un premio– de muchos místicos y que algunos quisieran viajar hasta allí fuera como fuese.

La nube como medio de transporte a estos lugares beatíficos es una constante en muchos relatos del pasado. En 1890, los indios norteamericanos cheyennes declararon que dos miembros de su tribu habían atravesado el país siguiendo una luz en el cielo durante dieciocho días, hasta que llegaron a una cabaña aislada cerca de una montaña. Entraron y allí vieron a Jesucristo, tal como se le describía en el Nuevo Testamento. Jesús les contó que había regresado a la Tierra con una nueva misión. En lugar de salvar a los hombres blancos como la vez anterior (empresa que consideraba un fracaso), ahora se proponía ayudar a los indios: quería derrotar a las colonias europeas y devolverles a los indios sus tierras y sus viejas costumbres. Cuando acabó de hablar, los indios entraron en una nube que los transportó por el cielo, y en muy poco tiempo aterrizaron cerca de su pueblo. Tras contar su experiencia a los demás, mandaron a otros tres indios para que corroboraran la historia. Desconocemos el resultado de esta investigación, pero sí sabemos que el evento se hizo rápidamente célebre en todo el país. Se extendió el rumor de que Cristo quería resucitar a los antepasados indios e incluso a los búfalos, que estaban al borde de la extinción. Algunos incluso llegaron a afirmar que Cristo había escrito una carta al presidente Harrison, amenazándole con matar a gente blanca si no abandonaban el país en un plazo de dos años. Estas ideas causaron cierta polémica, pero pocos indios dudaron de su veracidad.*

SUSANNA STOUT VIAJA CON UN ÁNGEL EN UNA NUBE

En Filadelfia se publicó una noticia histórica que describía «el breve y auténtico testimonio de una joven» que el 31 de enero de 1768 fue llevada al cielo por un ángel, y allí se le mostraron «maravillas y cosas sobrenaturales».

La noche del 30 de enero Susanna Stout, hija de un tejedor de

medias, recibió la visita de un ángel que le dijo que se preparara para salir temprano a la mañana siguiente. A las siete de la mañana la joven salió a la calle y vio que el ángel la estaba esperando en una nube. Él le dijo que volviera a casa y se despidiera de su hermana y su cuñado, y ella lo obedeció. Después se reunió de nuevo con el ángel y él se la llevó por el aire. Mientras volaban, Susanna pudo ver a su cuñado de pie en la puerta del taller, y su cuñado pudo verla a ella desde el suelo, aunque no podía creérselo. ¿Cómo era posible que su cuñada estuviera sobrevolando los tejados montada en una nube?

Llegaron a una parte del cielo cubierta de nieve y el ángel le dijo a Susanna que se quitara la capa. Luego entraron en una región helada y caminaron por un camino pedregoso. Caían rayos sólidos por todas partes y Susanna quiso coger uno, pero su guía le advirtió que no lo hiciera, que se quemaría la mano. Luego entraron en una hermosa habitación y el ángel le dijo que se desnudara del todo y se pusiera ropa angélica, y al hacerlo le crecieron dos alas maravillosas en la espalda. El ángel le dijo que lo siguiera volando por el aire. La joven saltó y se encontró planeando sobre el suelo.

Y así llegaron al «cielo de la felicidad», donde vieron a Cristo sentado en un trono; brillaba con una luz pura y llevaba una corona. El ángel le dijo a Susanna que a ella no se le permitiría ir al cielo al final de sus días a causa de sus malos hábitos, como «mentir y prostituirse», y le anunció que debería pasar la eternidad en el infierno.

Visitaron el infierno, y allí Susanna pudo contemplar los horrorosos suplicios y torturas que sufrían algunos condenados. Después, para su alivio, el ángel la llevó a ver un hermoso jardín, lleno de vegetación, frutas deliciosas y agua fina: el lugar reservado para los más piadosos.

Finalmente, la muchacha regresó al lugar donde había dejado su ropa. Sus alas desaparecieron y el ángel le dijo que podía volver a casa. Cuando la joven comentó que nadie la creería si contaba su aventura, el ángel le dijo que tomara los restos de romero hervido de su tetera en casa y que los plantara en la tierra. La planta crecería milagrosamente y la gente creería su historia. De esa manera también cambiaría su comportamiento pecaminoso. El documento señala que, de hecho, la planta había comenzado a

brotar y ya medía aproximadamente un dedo.

El autor anónimo del documento termina observando que él no duda de la declaración de la señorita Stout, «porque los jóvenes son incapaces de inventar esas cosas sobrenaturales con sus propias cabezas».*

La coreana Julia Kim

Antes nos hemos referido a Fátima, y no es infrecuente que en los testigos de las apariciones marianas surjan visiones celestiales. En 1846 Mélanie Calvat, una de las videntes de La Salette (Francia), vio en los ojos de la Virgen las puertas para llegar a Dios: «sólo ellos hubieran bastado para ser el cielo de un bienaventurado, en su serenidad está el paraíso». La paz y la luz que contemplan en la aparición la asimilan a la paz y la luz del cielo. En algo coinciden también casi todos los videntes, y es en la imposibilidad de describir las glorias celestiales.

Un caso no muy conocido de aparición mariana es el que aconteció en Naju (Corea del Sur), a partir de 1985, a un ama de casa llamada Julia Kim. En su «currículum sobrenatural» se incluyen estigmas, imágenes religiosas que sangran, milagros eucarísticos y visitas al cielo. La escritora norteamericana Janice T. Connell, en una entrevista que le hizo para su libro *Encuentros con María*, le pidió que revelase algunos detalles de su visita al cielo con la Santa Madre, y Julia contestó que el cielo es muy hermoso: «un lugar de paz, armonía, tranquilidad, conocimiento y comprensión, y de un amor total, inabarcable, que no tiene límites». Julia se sentía incapaz de describir todas sus bellezas. Cuando Janice le preguntó si había visto árboles o flores, el rostro de Julia Kim se iluminó y con una sonrisa de añoranza contestó: «Vi en el cielo magníficas flores, árboles, prados ondulantes y una vegetación muy exuberante. La profusión de colores y de texturas tenía una variedad tan exquisita que me puse a contemplar sólo una hoja de una flor celestial y tenía variaciones eternas».

«¿Quieres decir que podrías pasarte una eternidad mirando una sola hoja y que aun así te quedaría demasiado por ver en la hoja como para llegar a abarcar la gloria de Dios en ella?», le preguntó

Janice. Julia le respondió, con lágrimas en los ojos: «Demasiado por ver. Demasiado por abarcar. Demasiado por explicar. El cielo es amor. Sólo amor. El amor lo es todo, pues Dios es amor».

¿Habrá también animales en el cielo? En *Nos vemos en el cielo* (2015), Miguel Pedrero y Carlos Fernández recogen muchos testimonios de personas que aseguran que sus mascotas, sean perros, gatos o pájaros, han vuelto del más allá para dar mensajes tranquilizadores a sus amos o guardianes y decirles que están bien. Nada sabemos a ciencia cierta sobre lo que hay más allá del umbral, pero el libro nos trae a la memoria una frase de Félix Rodríguez de la Fuente: «Si no hay un lugar en el cielo para los animales, yo no quiero ir a ese cielo».

¿Es el cielo real? La experiencia de Colton Burpo

¿Siempre les ocurren estos viajes celestiales a místicos, santurrones o videntes de apariciones marianas? Pues no, no siempre.

En *El cielo es real* (2012), un libro escrito por Todd Burpo y Lynn Vincent, se cuenta la historia de Colton Burpo, un niño de Nebraska que a los cuatro años fue operado de urgencia de una peritonitis y «murió» durante tres minutos. Luego se sabría que durante ese tiempo Colton se trasladó al cielo. Un dato importante que debe señalarse es que el padre de Colton, Todd Burpo, es un pastor de la iglesia evangélica de Imperial, un pueblo de unos dos mil habitantes.

Todo empezó cuando, un tiempo después de la operación, un día la madre le preguntó a Colton si se acordaba del hospital y él contestó: «Sí, mami, me acuerdo. Allí fue donde los ángeles me cantaron una canción».

Determinados aspectos del cielo descritos por Colton pueden dejarnos con la boca abierta. Dice, por ejemplo, que Jesús tiene un caballo con los colores del arcoíris. Y que tiene rotuladores, el cabello castaño, pelo en el rostro (se refiere a la barba) y una mirada especial. Cuando le preguntan dónde se ha pintado Jesús con los rotuladores, Colton se pone de pie y señala las palmas de sus manos y el empeine de los dos pies, es decir, las marcas de las

llagas de la crucifixión. Y a cuentagotas sigue señalando aspectos que vio o vivió, como la presencia de muchos niños con alas (incluso él tenía alas, pero más pequeñas). Todos volaban menos Jesús, que era el único en el cielo que no tenía alas; él sencillamente subía y bajaba como si fuese un ascensor.

En el cielo vio a Pop, su tatarabuelo, el abuelo de su padre, que había muerto treinta años antes del nacimiento de Colton, a pesar de lo cual el niño lo vio con aspecto juvenil, no con la edad que tenía al morir en un accidente de coche (sesenta y un años). Además, tenía unas alas muy grandes. Colton dijo que en el cielo nadie es viejo y nadie usa gafas.

La parte más sorprendente del libro es cuando Colton les cuenta a sus padres que en el cielo vio a su hermanita, que había muerto por un aborto natural cuando su madre estaba embarazada de dos meses. «Me dijo que había muerto en tu barriga. Ella se encuentra bien. Dios la adoptó», dijo Colton. «Ella me resultaba familiar, y empezó a darme besos y me dijo que estaba contento de tener a alguien de su familia allí.» Sus padres, por supuesto, nunca le habían comentado nada sobre aquel aborto a su hijo, y ni siquiera sabían que el feto era una niña.

Otro dato curioso es la alusión de Colton al Armagedón. Dijo que habría una guerra que destruirá el mundo. Jesús, los ángeles y las personas buenas lucharían contra Satanás, los monstruos y los malos, expresado en su lenguaje infantil. Que él lo había visto y que su padre sería uno de los que lucharían, pero que al final Jesús ganaría y arrojaría a Satanás al infierno. Que él lo había visto, insistió.

Llama la atención que el libro fuera publicado tan tarde, cuando vieron las repercusiones económicas que podría tener este asunto entre los creyentes cristianos. Colton va desgranando sus vivencias del cielo meses o años después de que se produjera la operación durante la cual, estaba convencido, había estado muerto y había visitado el cielo. Y las cosas que va contando se ajustan perfectamente a la teología cristiana. Aunque el niño no mienta, y suponiendo que realmente tuviera una experiencia celestial, todo parece indicar que los datos de su relato se ajustan a lo que su padre predicaba cada domingo en la iglesia del pueblo. Por otra parte, cada vez que Colton menciona alguna característica del cielo,

su padre encuentra referencias bíblicas para justificar esa aseveración. En otras palabras, cada visión del niño está apoyada eclesiásticamente por alguna cita de la Biblia. Por ejemplo, cuando Colton dice que Jesús era el único en el cielo que tenía algo de púrpura en la ropa, Todd se apresura a aclarar: «En la Biblia, el púrpura es el color de los reyes. Por la mente me cruzó un versículo del Evangelio según san Marcos: "Sus vestiduras se volvieron resplandecientes, tan blancas como nadie en el mundo podría blanquearlas"».

El cielo es real no es un libro que dé respuestas definitivas, y tampoco aporta nada nuevo en la concepción que un creyente cristiano puede tener del paraíso. Su mayor atractivo es la ingenuidad con la que un niño de cuatro años cuenta las cosas que ha visto, aunque no hay que olvidar que Colton era el hijo de un pastor protestante y estaba imbuido desde muy niño del ambiente y las ideas de su congregación religiosa.

Entre los rasgos que definen el cielo del que habla Colton cabe mencionar los siguientes:

– Reina una sensación de paz y bienestar.

– El tiempo allí es diferente.

– Siempre hay luz y muchos colores; en el cielo están todos los colores del arcoíris.

– Las personas tienen aspecto juvenil.

– Uno se encuentra allí con seres queridos que ya están muertos.

– Hay animales: además del caballo de Jesús con los colores del arcoíris, Colton ve perros, aves y hasta un león amistoso.

– En el cielo todos parecen ángeles porque todos tienen una luz sobre la cabeza.

– En el cielo nunca oscurece porque Dios y Jesús lo iluminan; siempre está claro.

– En el cielo hay espadas; las llevan los ángeles para mantener alejado a Satanás, que aún no está en el infierno.

Hay también otros elementos interesantes en el relato que hace Colton sobre su viaje al cielo:

– Jesús le dijo que debía regresar del cielo, ya que él estaba respondiendo a las oraciones de su padre. Todd comenta: «Lo más importante que aprendí fue que mis oraciones son escuchadas. Las de todos».

– Colton habla continuamente sobre lo mucho que ama Jesús a los niños. «Jesús me dijo que murió en la cruz para que nosotros pudiéramos ir a ver a su papá.»

– Tras su estancia en el cielo, Colton no teme la muerte. Cuando su padre le regaña por disponerse a cruzar la calle sin mirar, con el riesgo de muerte que eso implica, dice: «Qué bien, eso significa que podré regresar al cielo».

– A una pregunta de su madre sobre la actividad de su padre, Colton responde que Jesús le dispara rayos de poder cuando habla en la iglesia.

Otro aspecto interesante del libro son las referencias al caso de Akiane Kramarik, una niña lituano-estadounidense que vive en Idaho y que a los cuatro años comenzó a tener visiones del cielo y a los seis pintaba cuadros sobre lo que veía en sus visitas celestiales, incluyendo un retrato de Jesús titulado *Príncipe de Paz*. Cuando Colton lo vio reconoció el rostro de Jesús; eso llenó de gozo a sus padres, pues le habían mostrado decenas de retratos de Cristo y ninguno coincidía con el rostro que él vio en el cielo.

¿Qué les ha parecido la historia de Colton Burpo? Está claro que estos testimonios, visiones y viajes celestiales varían mucho si el lector es católico o no, si es creyente o ateo.

Hay al menos otros dos libros que hablan de casos similares, de esas visitas al cielo tan personales y actuales.

Uno es *El cielo es tan real* (2003), de la coreana Choo Thomas, que se convirtió al cristianismo en 1992 y aseguró que Jesús la había llevado al cielo en diecisiete ocasiones y al infierno un par de veces. Como curiosidad, cabe comentar que Choo siempre se balancea mientras habla.

Sobre el otro libro, *El niño que regresó del cielo* (2010), nos extenderemos un poco más. En 2004, Kevin Malarkey y su hijo Alex, de seis años, sufrieron un accidente automovilístico y el niño quedó en coma. Dos meses después, Alex despertó y explicó una historia similar a la de Colton. Decía que había estado en el cielo, que había atravesado una puerta enorme de color blanco (siempre hay una puerta) y que todo era aún más bello y brillante; era perfecto. El niño recordaba que tras el accidente había observado, desde arriba, mientras hablaba con Jesús, que los bomberos sacaban su cuerpo fuera del coche, y también había visto a su padre gritar: «¡Alex, Alex, Alex!» y luego hacer una llamada telefónica e ir hacia

el helicóptero para hablar con el hombre en un traje azul.

Hasta aquí todo bien. Lo malo es que en 2015 Alex Malarkey (que tenía entonces dieciséis años) declaró públicamente que su libro era pura ficción, un *hoax*, y censuró a los editores y las librerías cristianas que vendían libros de «turismo celestial», que tachó de ficticios.* «Dije que fui al cielo porque pensé que llamaría la atención», confesó en su blog. «Yo no morí. No fui al cielo. Cuando hice aquellas afirmaciones, no había leído la Biblia», escribió Alex.

La prueba del cielo del Dr. Alexander

Miles de personas en todo el mundo afirman haber tenido experiencias cercanas a la muerte y haber visitado el cielo. Ya hemos visto algunos casos. Hasta ahora, la ciencia siempre había estado ahí para rebatirlas...

El doctor Eben Alexander ha ejercido como neurocirujano durante los últimos veinticinco años, quince de los cuales ha estado en el hospital Brigham and Women's, en el Children's Hospital y en la Escuela de Medicina de Harvard. Hasta que un día...

> El 8 de noviembre de 2008 me desperté con un terrible dolor de cabeza que en apenas dos horas desembocó en un derrame cerebral. Caí en un coma profundo, y durante siete días permanecí en ese estado, durante el cual viví una experiencia increíble y fuera de este mundo. El lugar en el que estuve es un sitio maravilloso, reconfortante y lleno de amor. No tengo miedo a morir porque ahora sé que no es el final.

Éstas son sus palabras y el resumen de lo que le sucedió. Después de haber pasado por esa experiencia, por ese «viaje al más allá», su visión de la vida y la muerte cambió. Escribió y publicó *La prueba del cielo: el viaje de un neurocirujano a la vida después de la vida*,* un libro que se convirtió en un *best seller*, y en el que afirma que la ciencia puede y va a determinar que el cielo realmente existe. Eben Alexander está convencido de que la conciencia es independiente del cerebro, la muerte es una ilusión, y una eternidad de esplendor perfecto nos aguarda más allá de la tumba.

La historia de Alexander fue seleccionada para la portada de la revista *Newsweek* en octubre de 2012. **El titular era impactante: «El cielo es real:** la experiencia de un médico en el más allá». A continuación ofrecemos unos extractos de ese artículo en el que cuenta detalles de ese «viaje»:

> Como neurocirujano, yo no creía en el fenómeno de las experiencias cercanas a la muerte. Hijo de un neurocirujano, crecí en un ambiente científico. Seguí el camino de mi padre y me convertí en neurocirujano y académico, y enseño en la Harvard Medical School y otras universidades. Conozco lo que ocurre en el cerebro cuando una persona está a punto de morir, y siempre había creído que existía una buena explicación científica para los viajes celestiales fuera del cuerpo, descritos por aquellos que escapaban a la muerte por poco [...]
>
> En el otoño de 2008, sin embargo, después de siete días en un estado de coma en el que se desactivó la parte humana de mi cerebro, el neocórtex, experimenté algo tan profundo que me dio una razón científica para creer en la conciencia después de la muerte. Sé cómo les suenan a los escépticos este tipo de aseveraciones, así que voy a contar mi historia con la lógica y el lenguaje propios del científico que soy [...]
>
> No soy la primera persona en tener evidencia de que la conciencia existe más allá del cuerpo. Breves y maravillosos destellos de este reino son tan antiguos como la historia humana. Pero, hasta donde yo sé, nadie antes que yo había viajado alguna vez a esa dimensión a), mientras su corteza cerebral estaba completamente apagada, y b), mientras su cuerpo estaba bajo continua observación médica, como lo estuvo mi cuerpo durante los siete días enteros que pasé en coma [...]
>
> Me llevó meses aceptar lo que me había pasado. No sólo la imposibilidad médica de que hubiera estado consciente durante el coma: también, y más importante aún, las cosas que sucedieron durante ese tiempo.
>
> Hacia el comienzo de mi aventura, yo estaba en un lugar de nubes. Unas nubes grandes y blancas cuyas formas contrastaban poderosamente con un cielo entre negro y azulado. Por encima de ellas –a una altura inconmensurable, de hecho–, unas bandadas de orbes transparentes y titilantes recorrían el cielo en trayectorias curvas, dejando tras de sí unas líneas alargadas parecidas a serpentinas.
>
> ¿Aves? ¿Ángeles? Estas palabras aparecieron en mi cabeza cuando estaba escribiendo mis recuerdos. Pero ninguna de ellas

consigue hacer justicia a aquellas criaturas, totalmente distintas a cualquier cosa que hubiese visto en este planeta. Eran más avanzadas. Superiores.

Un sonido, fuerte y tonante, como un glorioso canto, descendió sobre mí y al oírlo me pregunté si lo producirían aquellos seres con sus alas. Pero de nuevo, al recordarlo más tarde, me dio por pensar que lo que sucedía era que el placer que sentían aquellas criaturas al ascender por los aires era tal que tenían que expresarlo de algún modo, que si no dejaban salir la alegría de su interior, simplemente no serían capaces de soportarla. Era un sonido palpable y casi material, como una de esas lloviznas que puedes sentir sobre la piel pero no terminan de calarte.

[...]

Pero en un momento dado me percaté de que ya no estaba solo.

Había alguien a mi lado: una chica preciosa de pómulos altos y hermosos ojos azules. Llevaba ropa sencilla, como de campesina, similar a la que vestía la gente del pueblo que había visto abajo. Unos largos mechones de cabello dorado enmarcaban su hermoso rostro. Volábamos juntos a bordo de una superficie cubierta por unos dibujos enormemente intrincados, el ala de una mariposa. De hecho, estábamos rodeados por millones de mariposas, vastas bandadas de ellas que descendían sobre la vegetación y volvían a alzarse a nuestro alrededor. No se movían individualmente, separadas unas de otras, sino todas juntas, como un río de vida y color que se desplazase por el aire. Volábamos en elegantes formaciones que describían parsimoniosos bucles entre las flores y los brotes de los árboles, que se abrían al pasar nosotros a su lado.

El atuendo de la muchacha era sencillo, pero sus colores –azul claro, añil y melocotón– poseían la misma viveza deslumbrante y abrumadora que todo cuanto nos rodeaba. Me dirigió una mirada que habría hecho que cualquiera se alegrase de haber vivido hasta aquel momento, independientemente de lo que le hubiera pasado antes. No era una mirada romántica. Tampoco amistosa. Era algo que iba más allá de todo ello... más allá de todas las tipologías del amor que conocemos aquí en la Tierra. Era algo superior, que contenía en su interior todas las demás formas de amor y, al mismo tiempo, era más genuino y puro que todas ellas.

Sin utilizar palabras, me habló. El mensaje me penetró como una ráfaga de viento helado y al instante comprendí que era cierto. Lo supe como había sabido que el mundo que nos rodeaba era verdadero, no una simple fantasía, pasajera e insustancial.

El mensaje estaba dividido en tres partes y si hubiera tenido que traducirlo a una lengua de la Tierra, habría sonado más o menos así:

«Os aman y aprecian, profunda y eternamente».

[...]

«Aquí te mostraremos muchas cosas –anunció la chica, de nuevo sin utilizar estas palabras exactas, sino transmitiéndome directamente su esencia conceptual–, pero al final regresarás.»

Frente a esto, sólo tenía una pregunta.

[...]

Seguí avanzando hasta entrar en un inmenso vacío, completamente oscuro, de tamaño infinito pero al mismo tiempo infinitamente reconfortante. Negro como la boca de un lobo, pero también rebosante de luz: una luz que parecía emitir un orbe brillante que en aquel momento yo sentía muy cerca de mí.

[...]

De un modo que no era capaz de comprender del todo pero del que estaba seguro: el orbe era una especie de «intérprete» entre aquella presencia extraordinaria que me rodeaba y yo mismo.

Era como si hubiese nacido a un mundo más grande, como si el propio universo fuese como una especie de útero gigantesco y el orbe (que seguía, en cierta forma, conectado a la chica del ala de la mariposa, que, de hecho, era ella) estuviese guiándome a través del proceso.

Más tarde, ya de vuelta aquí en el mundo, me encontré con una cita del poeta cristiano del siglo XVII, Henry Vaughan, que se acerca a describir aquel lugar, aquel Núcleo vasto y negro como la tinta china, que era la morada de la mismísima Divinidad: «Hay, dicen algunos, en Dios una profunda pero deslumbrante oscuridad...».

Y eso era exactamente: una oscuridad negra como la tinta que al mismo tiempo estaba llena a rebosar de luz.

Sé muy bien cuán extraordinario, cuán sumamente increíble puede sonar todo esto. Si alguien, incluso un médico, me hubiera contado una historia como ésta en el pasado, habría estado bastante seguro de que estaba bajo el hechizo de algún delirio. Pero lo que me pasó, lejos de ser delirante, fue tanto o más real que cualquier otro acontecimiento en mi vida [...]

El universo no sólo está definido por la unidad, sino también, ahora lo sé, por el amor. El universo, tal como lo experimenté en el estado de coma, es –he descubierto con sorpresa y alegría– el mismo sobre el que tanto Einstein como Jesús habían hablado, cada cual a su –muy diferente– manera.

Entre las muchas cosas que el Dr. Alexander dice haber aprendido durante su viaje al otro mundo, está la existencia del mal:

> Vi la Tierra como una mota azul pálido en la inmensa negrura del espacio físico. Pude constatar que era un lugar en el que se entremezclaban el bien y el mal, lo que constituía una de sus características únicas. Incluso en la Tierra hay mucho más bien que mal, pero es un lugar en el que se permite que el mal adquiera influencia de un modo que sería completamente impensable en los niveles superiores de la existencia. El hecho de que a veces triunfase era algo conocido y permitido por el Creador, como necesaria consecuencia del libre albedrío que había concedido a seres como nosotros.
>
> Por todo el universo flotaban dispersas pequeñas partículas de mal, pero la suma total de él era como un grano de arena en una playa enorme, comparado con la bondad, la abundancia, la esperanza y el amor incondicional de los que, en esencia, está el universo impregnado.*

En una investigación que se hizo en 2013 de la historia de Alexander y en la que se revisó su trayectoria profesional, la revista *Esquire* informó de que, antes de publicar el libro, Alexander había sido suspendido de varios cargos en el hospital donde trabajaba, y había sido objeto de varias demandas por negligencia, incluidas por lo menos dos que implicaban la manipulación de los registros médicos históricos para encubrir un error médico.**

¿Invalida o desmiente eso lo que el Dr. Alexander contó sobre su experiencia cercana a la muerte? Es posible que una cosa no tenga que ver con la otra, pero creemos que es bueno y saludable que el lector conozca todos los detalles.

LOS VIAJEROS DEL TIEMPO (LOS CRONONAUTAS)

> *«La teoría permite viajar al futuro desde el punto de vista de la relatividad. Es algo que depende del dinero, y no de la física.»*
>
> PAUL DAVIES

LOS ESPEJOS MÁGICOS PARA VER EL FUTURO

Desde tiempos inmemoriales se cuentan historias sobre la contemplación de escenas futuras y lugares inexpugnables por medio del agua o de espejos. El geógrafo griego Pausanias narró la historia de un arroyo sagrado frente al santuario de Deméter, en Patras, que se utilizaba para realizar adivinación infalible utilizando un espejo (*sic*).* Esta antigua referencia a la magia de los espejos como máquinas del tiempo tuvo luego una larga tradición.

Hay numerosos documentos que muestran que durante la Edad Media (y antes incluso) se fabricaban espejos que se utilizaban en las artes adivinatorias y que se consideraban mágicos; estaban elaborados con unos materiales y una técnica muy avanzados para los conocimientos de la época. Estarían hechos de unos extraños materiales procedentes de otros mundos y revelados a algunas figuras medievales y renacentistas escogidas por estar en posesión de los secretos de la ciencia arcana.

Uno de esos elegidos fue el enigmático John Dee. Una noche de otoño, en 1581, mientras estaba arrodillado rezando sus oraciones, de repente vio «una luz deslumbrante en medio de la cual, en toda su gloria, apareció un gran ángel, Uriel». Éste le entregó un espejo y una piedra negra, un pedazo de antracita extraordinariamente

pulimentado («el cristal más brillante, claro y diáfano, del tamaño de un huevo», escribió), que se conserva en el Museo Británico de Londres. El ángel le anunció que si miraba a través de él podría comunicarse con espíritus del más allá, con inteligencias distintas a la humana. Estos seres celestiales le enseñaron el enoqueo, la lengua de Enoch, el lenguaje de los ángeles, el que se hablaba en el jardín del Edén. Curioso que Enoch fuera llevado al cielo en un carro de fuego y que en el famoso y apócrifo *Libro de Enoch* se explique que Azaziel enseñó a los hombres a fabricar espejos mágicos.

También en el siglo XVI, el médico, astrólogo y matemático italiano Girolamo Cardano (1501-1576) hacía alusión en sus libros a «espejos que revelan cosas ocultas y secretas».

Un caso excepcional de anticipación basada en la cristalomancia lo narra Saint-Simon, gran escritor y diplomático francés muy conocido por sus *Memorias*, en las que retrató la corte de Versalles durante el reinado de Luis XIV. En 1706 el duque de Orleans, cuando estaba a punto de viajar a Italia, le contó a Saint-Simon una extraña experiencia que había tenido lugar en la casa de una amante. Se presentó allí un personaje muy extraño que prometió contestar a todas las preguntas que formulara el duque, a condición de contar como intermediaria o médium con una inocente niña. En un determinado momento de la velada, se pidió a la niña que explicara la futura muerte del rey Luis XIV. Para asombro de los presentes, en su relato la niña dio detalles muy minuciosos de Versalles, lugar donde nunca había estado. Describió a las personas que rodeaban el lecho mortuorio del monarca; todos los presentes en la velada reconocieron la identidad de esas personas, entre las cuales, sin embargo, no figuraban cuatro cortesanos muy conocidos y que también deberían aparecer en la escena. Según Saint-Simon, nadie podía explicarse aquella ausencia, pues los cuatro gozaban de buena salud y eran jóvenes.

Ocho años más tarde, en 1715, Saint-Simon comprendería lo sucedido: ese año murió Luis XIV y a sus funerales no acudieron los cuatro cortesanos ausentes en la visión de la niña, que habían fallecido tiempo atrás. Por cierto, al morir Luis XIV el duque de Orleans, amigo de Saint-Simon, se convirtió en regente de Francia debido a la minoría de edad de Luis XV.

La velada de Cazotte

La historia está llena de sorprendentes predicciones acerca de lo que nos deparará el futuro, pero pocas han sido tan precisas y han tenido tanto impacto como la que, según dicen, hizo el escritor francés Jacques Cazotte en una cena de gala celebrada en casa de la duquesa de Gramont, en el París de principios de 1788. El propio Cazotte ya era famoso por sus estados hipnóticos y su conocimiento de las doctrinas esotéricas. De hecho, escribió su obra más famosa, la novela *El diablo enamorado* (1772), de un tirón en un solo día, en estado casi de trance y tras haber tenido un sueño.

Uno de los asistentes a aquella cena, Jean-Francois de la Harpe, miembro de la Academia Francesa, hizo una descripción detallada de todo lo que en ella sucedió y se dijo; el texto, que no llegó a publicarse, fue hallado entre sus papeles años más tarde. Según La Harpe, los duques de Gramont habían invitado a la velada a escritores, abogados, artistas, miembros de la corte, de la Academia Francesa y damas pertenecientes a la nobleza, todos ellos famosos por su oratoria y su elevada posición social. Durante la tertulia todos coincidían en señalar que Francia necesitaba una revolución, un cambio que barriera todos los fanatismos y supersticiones y permitiera la entrada, de una vez por todas, del imperio de la razón. Sólo veían un problema: tal vez no vivirían lo suficiente para ser testigos de aquella nueva y esperanzadora era.

Guillermo de Malesherbes, ministro de Luis XVI, tomó la palabra:

–Brindo por el día en que la razón triunfará en los asuntos de los hombres... Un día que yo no podré ver.

En ese momento Cazotte, que por aquel entonces tenía setenta años, despertó de su letargo y declaró:

–Se equivoca usted, señor. Sí verá ese día.

Rumores en la sala.

–Damas y caballeros –prosiguió Cazotte, más animado–, no se preocupen. Todos ustedes podrán ver esa gran revolución que tanto anhelan. Yo tengo algo de profeta y les puedo asegurar que la verán.

A continuación, mientras hablaba fue señalando a cada uno de los presentes con el dedo.

–Usted, señor Condorcet, expirará tirado en el suelo de un calabozo, por el veneno que se habrá tomado para escapar al verdugo.

Las palabras de Cazotte al principio causaron gran admiración, pero poco después los invitados fueron cayendo en la cuenta de que el bueno de Cazotte a veces soñaba despierto, así que no se tomaron en serio sus palabras.

–Y usted, monsieur de Chamfort, se cortará las venas de veintidós navajazos, pero no morirá hasta transcurridos unos meses. Usted, monsieur de Nicolai, morirá en la guillotina. Lo mismo que usted, monsieur Bailly, en la guillotina.

–¡Bendito sea Dios! –dijo Roucher–. Parece que este señor solamente quiere mal a la Academia: acaba de hacer una terrible matanza en ella. Pero yo, gracias al cielo...

–Usted también morirá en el cadalso –sentenció Cazotte.

Cazotte siguió con sus vaticinios y la gente empezó a murmurar: «Este hombre está loco», «¿No ven que es una broma?»... La Harpe, conocido librepensador, dramaturgo, ateo y enemigo personal de Cazotte, objetó que a él no le había profetizado nada.

–Ah, usted. En su caso veo algo aún más extraordinario: no morirá durante la revolución, sino que se hará cristiano.

Todos los invitados estallaron en risas:

–Qué alivio –intervino Chamfort–. Si no hemos de morir hasta que La Harpe se haga cristiano es que somos prácticamente inmortales.

–En cuanto a esto –dijo entonces la duquesa de Gramont–, las mujeres tenemos la suerte de no figurar en las revoluciones. Y no porque no nos metamos también un poco en política, sino porque la costumbre es no meterse con nosotras ni con nuestro sexo.

–Esta vez vuestro sexo, señora –contestó Cazotte–, no la librará del desastre, y por más que no se meta en nada, la tratarán igual que a los hombres, sin ninguna diferencia. Lo que sí sé es que a usted, señora duquesa, la llevarán al cadalso. Usted y muchas señoras como usted desfilarán en el carro del verdugo con las manos atadas a la espalda.

Y ante las muestras de incredulidad del grupo, Cazotte aseguró que nadie estaría a salvo, ni siquiera el rey de Francia, y que no pasarían seis años antes que se hubiera cumplido todo lo que había

dicho.

El dueño de la casa se levantó bruscamente, y todos lo imitaron. Se acercó a Cazotte y, con aire severo, le dijo:

–Mi querido señor Cazotte, esta escena lúgubre ya ha durado bastante. La está llevando usted demasiado lejos, y está poniendo en un compromiso a todos los presentes, y a usted mismo.

Cazotte no respondió. Se disponía a marcharse cuando la señora Gramont, que siempre quería evitar estas situaciones tan embarazosas, se le acercó:

–Señor profeta, nos ha dicho la buenaventura a todos, pero no nos ha dicho la suya propia.

Cazotte se mantuvo en silencio durante unos segundos, con la mirada baja, y luego hizo su última predicción:

–Señora, ¿ha leído lo que explica Josefo del sitio de Jerusalén?

–Oh, sin duda. ¿Quién no lo ha leído? Pero haga usted como si yo no lo hubiera leído.

–Pues bien, señora, durante el sitio de la ciudad un hombre estuvo dando vueltas por las murallas durante siete días seguidos a la vista de sitiados y sitiadores, gritando sin parar con una voz horrible y siniestra: «¡Ay, Jerusalén! ¡Ay, Jerusalén!», hasta que una piedra enorme lanzada por el enemigo dio en el blanco y lo hizo pedazos.

Dicho esto, Cazotte hizo una reverencia y se marchó.*

Al llegar a casa, La Harpe anotó al pie de la letra todas las predicciones de Cazotte en su diario, para poder desacreditarlo cuando llegara el momento oportuno. Pero al año siguiente, en 1789, estalló la Revolución francesa.

Si esta historia es cierta, y todo parece confirmarlo, aunque La Harpe divulgara estas declaraciones después de la Revolución, es una de las premoniciones más precisas que existen. Durante cinco años, la predicción de Jacques Cazotte se cumplió en casi todos los detalles, como si hubiera dispuesto de un cronovisor apuntando al futuro o de una máquina del tiempo virtual.

Todas las personas que acudieron a aquella velada encontraron el destino que Cazotte les había profetizado. Sólo falló en el caso del doctor Vicq-d'Azyr, que no murió como Cazotte había anunciado (después de un ataque de gota, pediría a un compañero de prisión que le cortara las venas por falta de valor para hacerlo él

mismo), sino víctima de unas fiebres que contrajo al comprobar cómo muchos amigos suyos morían de la forma anunciada por Cazotte.

Cazotte murió guillotinado en París el 25 de septiembre de 1792, cuatro años después de la cena en casa de los duques de Gramont.

El álbum mágico de Gorki

En *No somos los primeros*, Andrew Tomas relata una historia sobre Gorki que éste, a su vez, había tomado de Nikolái Roerich (del relato *El indestructible*, de 1936).

Tomas nos cuenta que el famoso escritor Máximo Gorki vivió una experiencia prodigiosa, que resulta más convincente si tenemos en cuenta que Gorki era comunista materialista y no creía en milagros ni en nada sobrenatural. A principios del siglo xx, el escritor encontró en el Cáucaso a un yogui hindú, que le preguntó si le gustaría ver algunas de las imágenes de su álbum, y se lo mostró entre las manos. Gorki respondió que le gustaría ver algunas imágenes de la India. El yogui puso el álbum sobre las rodillas del escritor y le rogó que fuera pasando las páginas. Aquellas brillantes láminas de cobre reproducían hermosos templos, paisajes y ciudades de la India, cuya visión proporcionó a Gorki un enorme placer. Cuando terminó, le devolvió el álbum al yogui y le dio las gracias. El yogui sopló sobre él y a continuación le dijo, sonriente: «¿Quiere usted ver alguna otra imagen?». Y esto es lo que el propio Gorki relata como final de la historia: «Abrí el álbum, ¡y no hallé nada más que deslucidas planchas de cobre, sin el menor rastro de dibujos! ¡Notable pueblo, estos hindúes!», exclamó.*

Había desaparecido la magia porque había desaparecido el resorte que daba vida a la magia. O el botón que activaba de alguna manera aquella máquina temporal. Aquella asombrosa ventana al pasado o al futuro se cerró.

Esta historia de Gorki nos recuerda en cierta medida dos cuentos de Jorge Luis Borges: *La biblioteca de Babel* y *El libro de arena*. En el primero se habla de una biblioteca infinita, poblada por infinitos libros que contenían infinitas veces todos los textos posibles. En *El*

libro de arena, en cambio, todo ese saber se recoge en un único libro, también infinito e inabarcable: la numeración de sus páginas no es correlativa y una vez que se pasa una página resulta imposible volver a encontrarla, igual que es imposible encontrar la primera y la última página del libro. «Ni el libro ni la arena tienen principio ni fin», le explica al personaje (el propio Borges) el extraño hombre que le vende el libro.

En resumen: un hombre compra ese libro mágico de infinitas páginas, se obsesiona y decide deshacerse de él abandonándolo en un rincón perdido de una biblioteca, tal vez para que otro lo encuentre y también se obsesione. «Pensé en el fuego, pero temí que la combustión de un libro infinito fuera parejamente infinita y sofocara de humo al planeta.»

VIAJE AL FUTURO DE UN POETA CHECO

Dicen que uno de los mayores poetas checos, Karel Hynek Mácha (siempre con permiso de Rainer Maria Rilke), tuvo una experiencia que lo dejó marcado y casi sentenciado. De evidente espíritu romántico, a Mácha le gustaba buscar y visitar castillos, ruinas y rincones de los que emanara misterio. Uno de sus lugares favoritos era el castillo gótico de Bezděz, en Bohemia del Norte. En su empeño por encontrar paisajes exóticos, incluso emprendió un viaje a pie a Venecia y Florencia.

Y en uno de sus viajes visitó el castillo de Houska, en Chequia, que ya entonces tenía fama de estar encantado y ser una de las puertas al infierno, según diversas leyendas que atesoraba desde el siglo XIII. Corría el año 1836, y Mácha decidió pasar toda una noche en el castillo para ver qué sucedía. Y sí sucedió algo, algo alucinante. Al día siguiente lo puso por escrito en una carta dirigida a su amigo Edward Hindle.

La noche que Mácha pernoctó en el castillo tuvo un sueño muy extraño: se le apareció una muchacha vestida de negro que hablaba en checo con un acento raro y que le enseñó una caja mágica con imágenes móviles. Cuando Karel le preguntó qué representaban las imágenes, la muchacha le contestó que eran los alrededores del castillo en el año 2006; mostraban escenas horrorosas y angustiosas.

En la carta a su amigo, Mácha decía que había visto grandes nubes que tapaban el sol, un cielo cubierto de redes gigantescas de telarañas. En la oscuridad, caminaba entre unos altos acantilados de arenisca plagados de agujeros que proyectaban una luz amarilla. El aire saturado de azufre y polvo apenas le dejaba respirar. Creía que iba a volverse loco.

Karel Mácha, un poeta checo del siglo XIX al que la leyenda urbana le atribuye haber realizado un viaje al futuro desde el castillo de Houska.

Entonces miró hacia arriba y vio a una etérea mujer vestida con una especie de túnica de gris élfico, que brillaba como un ángel, con el pelo de oro y una cinta negra que le rodeaba la cara. Le sonrió. Mácha se acercó a ella y, desesperado, le preguntó si se encontraba en el infierno. Ella negó con la cabeza y a continuación le enseñó

una caja para que viera algo. Y lo que vio Mácha fue oscuridad, llamas, abismo, ataúdes, gusanos, dolor, miedo... «¡El horror... Edward, me gustaría poder olvidar!», le decía a su amigo en la carta.

«Si esto no es el infierno, ¿dónde estoy?», le preguntó a la misteriosa dama. Y ella le respondió: «El hombre es una criatura débil. Estás en Praga». Y en ese momento recordó la leyenda en la que un hombre salía de su casa un día y regresaba después de treinta años sin saber cómo ni por qué. Mácha le preguntó a la mujer en qué año ocurriría todo aquello. La mujer respondió: «En el 2006», y desapareció.

Todo un viaje en el tiempo el de este poeta gracias a un sueño y a aquel aparato o cámara similar a un televisor o una *tablet* que proyectaba imágenes del futuro.

La carta que envió a su amigo está fechada en Praga, el 10 de agosto de 1836. Mácha murió el 5 de noviembre de 1836, tres meses después. Sólo vivió veintiséis años. Se desconoce a ciencia cierta el motivo de su muerte, tan prematura. Se ha sugerido que pudo ser por cólera.

No se conserva el original de esa carta, y no se conserva porque esa carta no existe. Todo indica que se trata de una broma, y que aunque la historia incluso apareció en un programa de un canal privado de la televisión checa, Nova TV, encaja en la moda actual de mostrar interés por lo esotérico, la literatura fantástica y la ciencia ficción, pero no tiene nada que ver con un intento serio de ofrecer una visión más profunda sobre el poeta. Pero, ciertamente, algo sí dice sobre la fascinación que los checos siguen sintiendo por el poeta.*

De hecho, el lago Mácha, situado al norte de la República Checa, lleva su nombre como homenaje al poeta, y es uno de los principales destinos turísticos del país. El 1 de mayo los checos celebran el día de los enamorados. Uno de sus símbolos es Karel Hynek Mácha, y su poema lírico-épico «Mayo». Por este motivo, ese día los enamorados se dirigen a la colina capitalina de Petřín, donde se encuentra su monumento, para rendir homenaje a su patrono y dejar una flor al pie de su estatua.

LAS CRONOCÁMARAS

Seamos imaginativos y pensemos en cámaras fotográficas capaces de fotografiar el pasado. ¿Sería eso posible? ¿Y cámaras de vídeo o cronovisores? La idea resulta de lo más atractiva, aunque de muy difícil ejecución. Primero el barón Ernst von Lubek y más tarde William D. Pelley, George de la Warr, el ruso Henry Silanov y el padre Ernetti presentaron sus prototipos de cronovisores al mundo. Y eso hubiera supuesto una verdadera revolución cultural y científica, en caso de que se hubiera demostrado su existencia y su utilidad.

Como dice Alejandro Polanco en la introducción de su libro *Crononautas. Los viajeros del tiempo* (2011):

> No existe hoy ningún caso de crononauta, teletransporte, tormenta temporal o desfase cronológico totalmente aceptado como real. En la mayoría de los casos hay que quedarse con el relato y nada más, porque suelen ser experiencias subjetivas en las que la mente juega un importante papel. Mientras esperamos recibir la visita de nuestros parientes del lejano futuro, las mentes más inquietas de nuestra época ocupan sus noches en vela para idear la máquina del tiempo ideal. Algunos dicen haber realizado progresos asombrosos e incluso probado con éxito alguno de sus inventos. Otros se conformaron con ver el pasado y atisbar el futuro a través de cámaras que rompían las barreras cronológicas, para averiguar si lo que la historia nos cuenta ocurrió de esa forma o fue algo totalmente diferente. Personajes soñadores se esfuerzan por romper la barrera de la velocidad de la luz, intentando lograr comunicar con entidades multidimensionales o seres extraterrestres sin la limitación que supone la teoría de la relatividad. Audaces investigadores de campo husmean tras la pista de las escurridizas brechas temporales que sacuden aleatoriamente la superficie de nuestro planeta, poniendo en contacto brevemente nuestra realidad con otra muy diferente en esos episodios llamados tormentas temporales. Crononautas de otra especie buscan dentro lo que el resto cree que está fuera. Su vía es la del cerebro humano, la máquina más compleja jamás creada por la naturaleza, una puerta hacia el infinito. Utilizando poderosas sustancias químicas y estímulos sensoriales adecuados, creen poder desdoblar su persona para viajar a mundos lejanos o visitar a un amigo en otro continente, contemplar el pasado remoto o romper la barrera del presente atisbando el escurridizo futuro.

Y cuenta el caso de dos extravagantes personajes que dijeron haber logrado una máquina para fotografiar el pasado. William Maplebeck, un inventor de sesenta y siete años, y el fotógrafo aficionado Robert Stookes presentaron su invento, el cronoscopio, ante un grupo de científicos en Liverpool, en las oficinas de Esme Collings Photographers, en el número 43 de Rodney Street. Según sus inventores, el cronoscopio era capaz de fotografiar imágenes de sucesos acaecidos muchos siglos atrás. Maplebeck comentó entusiasmado que había descubierto una manera de alinear lentes de cuarzo de tal forma que podían desviar la luz reflejada entre dos espejos a una cámara fotográfica. Así, el bucle infinito de imágenes dentro de imágenes que se genera al poner un espejo frente a otro podía, por medio de aquellas lentes, servir para sintonizar con el pasado. Los inventores mostraron unas fotografías realizadas presuntamente con aquel cronovisor en las que se veía a legionarios romanos o mujeres vestidas con trajes pasados de moda. Los espectadores no dieron ningún crédito a lo que decían y mostraban, y los acusaron de fraude. Y desde entonces, nunca más se supo.

Más serio parece el intento del científico Charles Steinmetz, que desarrolló otra cámara del tiempo capaz, según él, de fotografiar el pasado utilizando lentes de cuarzo. Se basaba en los descubrimientos de Baird T. Spalding, un escritor estadounidense del siglo XIX que se había dedicado a recorrer mundo y a escribir sobre lo que había visto y experimentado durante sus viajes a la India. Su obra más conocida se titula V*ida y enseñanzas de los maestros del lejano Oriente*, y se publicó en 1924 en Estados Unidos, en cinco volúmenes.

Spalding conocía, según aseguraba, muchos secretos del pasado oriental que le habían transmitido los maestros o hermanos mayores que están en este plano para ayudar en la evolución de la humanidad, y confió a sus allegados que era el depositario de un gran misterio: la forma de construir una máquina con la que poder con*templar el pasado. En el libro III, capítulo 54, de* Vida y enseñanzas habla del misterio de la levitación. Cuenta que mientras estaba en Lhasa un grupo de personas se sentaron en una piedra plana, en la posición del loto, y de pronto se elevaron y se trasladaron casi al instante a la terraza del templo, bajo la entonación conjunta del mantra A-U-M. Y luego dice:

Cuando estuvimos sentados, el maestro Puriji empezó a hablar:

> –Hay varios entre vosotros que nunca habían observado la levitación corporal y por ello se han quedado maravillados. Permitid que os diga que no hay maravilla alguna en esto, pues se trata de un poder que pertenece al ser humano. Lo consideramos un conocimiento del antiguo yoga. Mucha gente lo ha utilizado en el pasado y nadie lo consideró milagroso. El buda Gautama visitó muchos lugares distantes haciendo levitar su cuerpo.

En el libro V, Spalding comenta algo aún más sorprendente: «Todo lo que se dice, la voz, las palabras, queda atrapado para siempre en una banda de frecuencias vibratorias muy concretas».*

Curiosamente, Spalding fue contratado por el famoso director y productor de cine Cecil B. DeMille, que estaba preparando su película bíblica *Rey de reyes*. El magnate del cine conocía la historia de la cámara para «ver» el pasado y, según algunos rumores, buscó a Spalding y a Steinmetz porque éstos afirmaban haber viajado a Tierra Santa para fotografiar el rostro de Cristo. En las pocas entrevistas que Spalding concedió a los medios en aquellos días, también afirmó que, cuando el secreto se desvelara, la policía obtendría mucho provecho del invento, pues revolucionaría la investigación de los crímenes. Como ya habrán sospechado, el «secreto» sigue sin desvelarse.

En 1934, William D. Pelley, un aventurero, inventor y escritor norteamericano, afirmó que había colaborado con Steinmetz y Edison en una cámara para ver el pasado a la que llamaron UltraVision. Nunca ofreció ninguna prueba de la existencia del aparato, según dijo porque las autoridades le confiscaron todo el material por considerarlo peligroso para la seguridad nacional.

En 1912 el barón Ernst von Lubek dijo haber logrado una máquina fotográfica capaz de traspasar las barreras del tiempo y recuperar imágenes del pasado. Otro más. El equipamiento de Lubek incluía un tubo de rayos catódicos embutido en plomo, similar a un primitivo televisor y un circuito extraño con electrodos de disprosio, un elemento raro. La energía procedía de una bobina de Tesla modificada.

Otro aparato para viajar en el tiempo que dio mucho que hablar

fue la cámara radiónica de George de la Warr. Desarrollada durante los años cincuenta, decían que era capaz de proyectar imágenes del pasado, pero además, y a diferencia del resto de las cronocámaras, ¡ésta «podía» captar también el futuro! De la Warr publicó varias fotografías con las que pretendió demostrar la veracidad de sus afirmaciones. Para este inventor, «el tiempo es un vector que forma parte del espectro electromagnético, y todos los acontecimientos se graban en un espacio de ese espectro. Existe un mundo prefísico al que puedo acceder a través de mi cámara».

Unas palabras que se parecen mucho a las de Spalding, escritas casi medio siglo antes. Con el tiempo, De la Warr logró reunir más de trece mil fotografías obtenidas con su aparato, al que también se le atribuía utilidad para el diagnóstico de enfermedades o la percepción remota. George de la Warr afirmó que el futuro también podría ser captado con su cámara radiónica.

LOS CRONOVISORES ACTUALES

Sin duda, la máquina de cronovisión más famosa es la del benedictino italiano Pellegrino Ernetti, que podía «ver» el tiempo; o, mejor dicho, que contaba con un mecanismo que permitía acceder al pasado en forma de imagen y sonido. El padre Ernetti habló por primera vez de ello en 1972, en una entrevista concedida a la revista italiana *La Domenica del Corriere*, en la que afirmó haber participado en el proceso de gestación y uso de una máquina capaz de grabar imágenes y sonidos del pasado. Es un caso sobradamente conocido, de modo que no detendremos en él. Hay quien dice que esa máquina, que nadie vio, fue destruida cuando el Vaticano se enteró de lo peligrosa que podía ser. Pero también corren rumores de que el cronovisor estaría depositado en las dependencias benedictinas de la isla veneciana de San Giorgio, donde Ernetti pasó una parte de su vida.

Las últimas noticias que tenemos sobre nuevos intentos de fabricar cronovisores datan de febrero de 2003. En el periódico ruso *Pravda*, se informaba de que un inventor local llamado Henry Silanov decía haber construido cámaras temporales para fotografiar el pasado utilizando como componente crítico lentes de cuarzo (otra

vez aparece este viejo amigo del mundo mineral). Según Silanov, «las lentes de cuarzo puro hacen que la luz ultravioleta pase a través de ellas casi sin pérdidas. Este tipo de radiación es la que transmite las imágenes del pasado. Con esta máquina he logrado fotografiar escenas de la segunda guerra mundial en un bosque». Curiosas declaraciones cuya publicación se acompañaba de fotografías con guerreros de la estepa o mamuts prehistóricos junto a árboles gigantescos.

Inspirándose en las teorías avanzadas de la física moderna, Luigi Borello desarrolló la teoría neutrínica, por supuesto al margen de la ciencia establecida, y este esfuerzo dio como resultado su máquina de cronovisión. Según él, de igual modo que la luz incide en nuestros ojos y que los sonidos activan los nervios de la audición en nuestros oídos, toda la radiación existente en la naturaleza queda marcada en las rocas y en el ambiente de una forma que resulta inaccesible para nuestros sentidos, pero que es recuperable recurriendo a los procedimientos adecuados. La forma que tenía Borello de entender su cronovisor no se aleja de las ideas de Ernetti, Spalding o De la Warr:

> ... tras más de tres décadas dedicadas al estudio de la captación de sonidos e imágenes del pasado, he llegado a la conclusión de que el espacio es un continuo en el que no cabe el vacío absoluto. Cada vez que los sonidos o las imágenes de un acontecimiento golpean la materia, se crea una nueva forma de energía hasta ahora desconocida. El principio de esta máquina es muy sencillo: no sólo tienen memoria los seres vivos; también las huellas de la luz y los sonidos crean una memoria en la materia inanimada. Así, las piedras pueden ir grabando continuamente recuerdos en su interior, sólo que ellas no son capaces de comunicarlo...*

Luigi Borello falleció el 22 de febrero de 2001 sin haber presentado pruebas que pudieran apoyar mínimamente sus extrañas teorías.

JOHN TITOR Y ANDREW CARLSSIN: ¿CRONONAUTAS DE PEGA?

Hay tres personas –las tres con esa información privilegiada de quien está unos cuantos años adelantado a los acontecimientos

históricos– que han alimentado numerosos rumores y leyendas urbanas: uno, John Titor, viene del año 2036 con el propósito de anunciar a la humanidad las catástrofes que le esperan en el futuro; otro, Andrew Carlssin, viaja desde el 2256 hasta el 2002 para jugar a la bolsa y forrarse, y por último, Mike Markum se desplaza hacia el futuro para anotar unos números de lotería y jugar el boleto ganador en 1996. Los tres contaron sus alucinantes historias, y los tres han desaparecido.

John Titor apareció en las redes sociales en el año 2000. Se presentó como un soldado norteamericano de treinta y ocho años de edad que tenía una misión muy concreta: viajar desde 2036 hasta 1975 para encontrar y llevarse consigo una computadora IBM 5100. Necesitaba esta máquina para solucionar el efecto 2038, un problema informático similar al efecto 2000. Una vez conseguido el «paquete», Titor quiso hacer una «parada» en el año 2000 para contar algunos detallitos del futuro a todo aquel que quisiera escucharle.

Entre sus predicciones, que van del año 2000 al 2037, habló de la guerra civil en la que se embarcaría Estados Unidos en el 2004, durante las elecciones presidenciales, que terminaría por dividir el país en cinco territorios distintos. Una vez concluida esta guerra, se desataría una tercera guerra mundial entre Rusia y Estados Unidos con armamento nuclear, y que acabaría con el fin de la Unión Europea y de China. Y en 2015, la presidencia de Estados Unidos estaría a cargo de cinco personas, y su capital se establecería en la ciudad de Omaha, Nebraska. No dio ni una.

El otro supuesto crononauta es Andrew Carlssin. El 28 de enero de 2003 fue citado por el FBI por violaciones a la Security and Exchange Commission (SEC), una institución independiente del gobierno de Estados Unidos encargada de vigilar el cumplimiento de las leyes federales del mercado de valores del país. Carlssin fue interrogado por haber realizado 126 operaciones con acciones de alto riesgo y haber conseguido aumentar de forma inexplicable su patrimonio desde los ochocientos dólares hasta los 350 millones de dólares en sólo dos semanas. Como bróker no tendría precio.

Durante su interrogatorio ante el FBI, Carlssin, que entonces tenía cuarenta y cuatro años, explicó que se había hecho rico gracias a sus viajes en el tiempo. Cuando se le preguntó dónde

estaba su máquina del tiempo, se negó en redondo a decirlo y a hablar de cómo funcionaba; temía, dijo, que pudiera caer en las manos equivocadas. Una fuente de la SEC reconoció que nadie había podido rastrear el origen de Carlssin antes de diciembre de 2002.

Carlssin permaneció detenido varias semanas, hasta que fue puesto en libertad bajo fianza de un millón de dólares. Poco después, desapareció. Su abogado declaró que debía reunirse con él para una audiencia en la corte el 2 de abril de 2003, pero su cliente no se presentó.

Y el tercer caso que les presentamos es menos conocido. De octubre de 1996 a enero de 1997, entre los grupos de «noticias forteanas» empezaron a circular rumores acerca de un oscuro personaje llamado Mike Markum. Era la narración de alguien que, en nuestro tiempo, había logrado convertirse en crononauta, apareciendo incluso supuestos testigos, pero pocos dan por cierta tan extravagante aventura.

He aquí la curiosa historia de Mike Markum, que recuerda sospechosamente a la de Carlssin:

> Mike Markum, habitante del norteamericano estado de Missouri, ha desaparecido sin dejar rastro. Al parecer, el tipo conocía cómo viajar de una forma relativamente sencilla a través del tiempo. Su objetivo estaba muy claro: desplazarse hasta el futuro próximo, anotar los números de la lotería, regresar de nuevo a su tiempo y comprar los billetes premiados. ¡Premio seguro! Markum fue detenido por intentar robar seis grandes transformadores eléctricos de los almacenes de una compañía energética. En sus declaraciones a la policía y a una emisora de radio de Nevada que se interesó por el caso, afirmó que necesitaba esas piezas para su máquina del tiempo, que estaría lista en menos de un mes.

LOS CRONOVIAJEROS VÍA INTERNET

En internet el tema de los viajes en el tiempo es uno de los más debatidos de las ciencias especulativas. Han aparecido muchas páginas web dedicadas íntegramente a este tema, sobre todo en lengua inglesa. Uno de los objetivos es ofrecer una plataforma para que los crononautas, si existen, dejen mensajes o pidan ayuda. Una

de las primeras páginas serias de este tipo, fundada en 2004, fue Timetravelforum.net, que además ofrecía un foro para discutir todos los temas relacionados con viajes en el tiempo. Se nota que es un tema que fascina al público y ya forma parte de nuestra herencia cultural, cuando surgen páginas, foros y grupos en internet dedicados a ello. No todos son completamente fiables, claro; hay que visitar estos sitios con los ojos abiertos.

Chronos.ws, cuyo eslogan es nada menos que «Making tomorrow's history today» (Hacer hoy la historia de mañana), supuestamente contiene información acerca de la ciencia de los viajes en el tiempo, información procedente de una empresa llamada Chronos Technologies, Inc., que tiene su sede en el siglo XXII. La página describe las teorías y tecnologías que han permitido a nuestros descendientes visitarnos desde su era en el futuro, pero no entra en detalles, ya que todo sigue siendo «información clasificada». Por si alguien se lo tomara demasiado en serio, se incluye una cláusula legal en la que se advierte lo siguiente:

> ... no vendemos máquinas de tiempo, ni diseños de máquinas de tiempo, ni los componentes de las máquinas del tiempo, ni ofrecemos paseos en máquinas de tiempo. Esto no es una agencia de viajes. No somos la policía del tiempo ni superhéroes. Y lo sentimos, no utilizaremos viajes en el tiempo para que usted pueda reunirse con sus seres queridos recién fallecidos.*

En Craigslist.org, una página para la venta de servicios y artículos de segunda mano al estilo de eBay, a veces aparecen anuncios de personas que dicen ser viajeros en el tiempo, o que venden máquinas del tiempo. Por ejemplo, en 2013 alguien en Florida intentó vender una bicicleta capaz de viajar a través del tiempo y el espacio. Éste era el curioso anuncio de venta:

> Una verdadera maravilla de la ciencia del futuro. Esta máquina es capaz de viajar a diferentes dimensiones y períodos de tiempo. Avalado por Thomas Jefferson y Albert Einstein. Es una bicicleta fuera de lo común, y me rompe el corazón pensar que voy a vender esta máquina de tiempo en Craigslist. Esta tecnología viene con un gran poder, por lo que debe ser manejada con gran responsabilidad. Sólo venderé esta máquina a alguien que pueda demostrar que es digno de obtener ese poder. Pude ver la cara oscura de la humanidad

> cuando viajé al año 3017. No puedo explicar el final horrible al que tendrán que enfrentarse los hijos de nuestros hijos. No fui lo suficientemente fuerte como para detener el mal; por eso estoy vendiendo esta máquina. Quiero estar cien por cien seguro de que el siguiente propietario de esta bicicleta tiene lo que hace falta tener para salvar a la raza humana. ¡Habilidad básica para montar en bicicleta obligada!

Se pedían mil dólares por la bici. Toda una ganga, si realmente viajaba al futuro «a toda máquina» y sin cadenas.

Otro anunciante, según él llegado desde el futuro, aseguraba en el 2014 que necesitaba urgentemente la colaboración de cualquier otro viajero en el tiempo que pudiera ayudarle a reparar su máquina del tiempo (del modelo Jumper 40XX), que había tenido un fallo y lo había dejado plantado en el siglo XXI. Vamos, que buscaba un coleguilla de fatigas que conociera todos los secretos del Jumper.

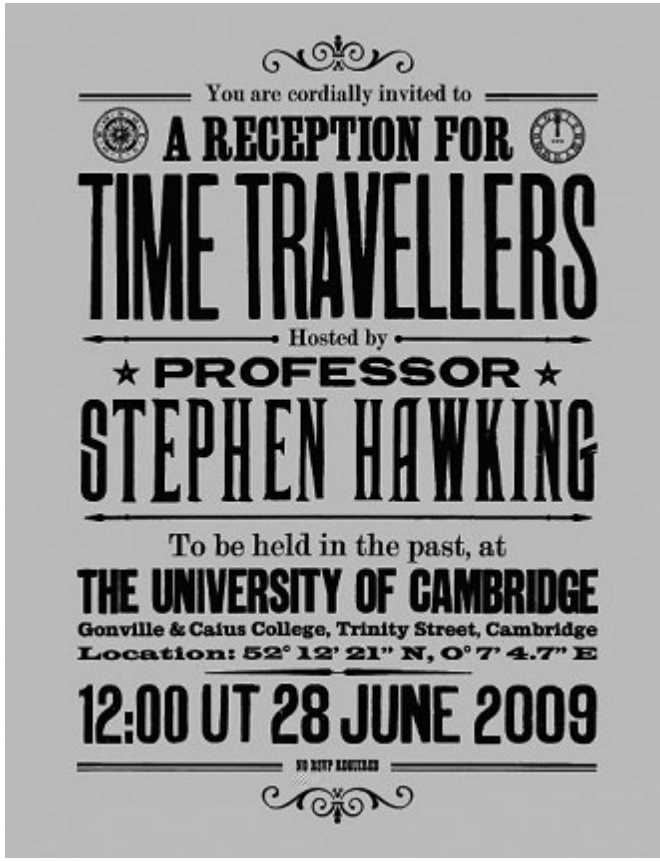
En julio de 2011 apareció otro anuncio zumbón y machista en el que se buscaban voluntarios para probar una máquina de tiempo que viajaba al pasado: «Debido a las dimensiones del aparato, el candidato debe medir menos de 1,9 metros de alto y pesar menos de 104 kilos. Además, ha de ser de sexo masculino. Este requisito no tiene que ver con las dimensiones de la máquina, es sólo una preferencia personal. Creo que el primero en viajar en el tiempo debe ser un hombre, al igual que fue un hombre el primero en volar un avión y caminar por la Luna». Se ofrecían tres mil dólares al candidato que fuera aceptado, que tendría que firmar un documento legal que libraba al inventor de toda responsabilidad en caso de que fallara algo. «En cuanto al peligro de viajar en el tiempo en esta máquina, ayer enviamos a un perro al pasado y partió sin ningún problema. Aún no ha regresado, pero eso es sólo porque los animales no saben cómo quedar en un lugar determinado. Nos gustaría que nos lo trajeras de vuelta, si es posible.» Lo más increíble de este caso (que, por supuesto, era una broma) es que llamaron un centenar de personas para ofrecerse como candidatos y se dedicaron dos programas de radio al tema.

En 2010, alguien de la ciudad de Bozeman, en el estado de Montana, anunció que se proponía regresar a 1983 «para resolver algunos asuntos», pero que necesitaba ayuda. «Si usted se toma en

serio el tema de los viajes en el tiempo y es una persona de fiar, por favor, póngase en contacto conmigo. No tiene que pagar nada, pero sí es necesario que conozca a alguien que pueda cuidar de mi gato durante el tiempo que estemos fuera. Los únicos requisitos son que sea usted una persona de fiar y que la circunferencia de su cabeza no supere los 64 centímetros.»*

El día de Hawking

El físico inglés Stephen Hawking ha reflexionado y escrito en varias ocasiones sobre la posibilidad de viajar en el tiempo, y su opinión, siempre escéptica a este respecto, ha ido modificándose a lo largo del tiempo. Una de sus teorías es la conjetura de protección cronológica, que básicamente viene a decir que las propias leyes de la física impiden esta clase de viajes a cualquier escala que no sea subatómica. Vamos, que a día de hoy un perro o un hombre son demasiado grandes como para viajar al pasado. La mejor demostración de esa imposibilidad, afirma Hawking, es que en la actualidad no estamos siendo invadidos por turistas procedentes del futuro, afirmación que expresó siendo consciente de que una «curva cerrada de tipo tiempo» no permitiría viajar a un tiempo anterior al de su creación.



Cartel en el que se demuestra que Stephen Hawking convocó a los posibles crononautas a su fiesta de junio de 2009.

Hace unos años, Hawking hizo un curioso experimento para comprobar si esos viajes al pasado podían producirse. Se le ocurrió la idea de organizar una fiesta para viajeros en el tiempo. La fiesta se celebró el 28 de junio de 2009 en la Universidad de Cambridge. Hawking incluso preparó una pancarta para dar la bienvenida a los posibles crononautas, además de canapés, champán y globos. Pero no acudió nadie, aparte de él. Y es que la fecha y el lugar de la fiesta sólo se dieron a conocer al día siguiente de la celebración. La idea era que, una vez anunciada la fiesta el día 29, si algún viajero en el tiempo quisiera acudir a ella podría hacerlo sin problemas viajando al pasado y plantándose en el día 28, para charlar con él entre canapé y canapé. Hawking, por supuesto, ya sabía lo que iba a

ocurrir. Aquello no era más que un juego destinado a demostrar que, al menos en junio de 2009, no había crononautas y nadie había inventado aún una máquina del tiempo.

Mientras la conjetura sobre la protección cronológica es la tabla de salvación de los historiadores, los viajes en el tiempo seguirán despertando el interés de los físicos teóricos.

El caso de Whitley Strieber

El *boom* de las llamadas «visitas de dormitorio» se produjo tras la publicación en Estados Unidos de dos libros que resultaron un éxito de ventas: *Intrusos* (1987), de Budd Hopkins, y *Comunión* (1987), de Whitley Strieber. En el primero, el artista estadounidense investiga las supuestas abducciones de Kathie Davis (seudónimo de Debra Tomey), que al parecer venían sucediendo en su familia desde hacía ya algún tiempo, como si se tratara de una especie de herencia. En el segundo libro, el conocido escritor de ciencia ficción Whitley Strieber escandalizaba al mundo narrando sus vivencias personales con visitantes de dormitorio, seres extraterrestres que se empezaron a llamar «grises», y cuya apariencia externa coincide con ese ser de la portada del libro en inglés.

Strieber ha publicado varios libros más sobre sus experiencias con el más allá y los ovnis, entre ellos *Transformación* (1988), donde explica que sus visitantes sobrenaturales le alertaron de que no debía seguir comiendo dulces azucarados, *Breakthrough* (Avance, 1995) y *Confirmation* (Confirmación, 1998). A comienzos de los noventa, creó la Fundación Comunión, dedicada a recopilar relatos de abducciones y a ofrecer apoyo terapéutico a los protagonistas de estas experiencias, y en 2006 publicó *Los grises*, donde relata sus encuentros con extraterrestres. No es, por tanto, un don nadie ni un alucinado. Varias de sus obras han sido llevadas al cine, como *El ansia*, protagonizada por Catherine Deneuve, David Bowie y Susan Sarandon, *El día de mañana*, dirigida por Roland Emmerich, o *Communion*, con Christopher Walken.

Por su parte, Whitley Strieber es autor de una obra biográfica menos conocida y en la que aborda el tema de los viajes en el tiempo. En *The Secret School: Preparation for Contact* (La escuela

secreta: preparación para el contacto, 1997), explica que los visitantes grisáceos querían enseñarle «las nueve lecciones», que «implicaban la manipulación del tiempo, porque aprender a utilizar el tiempo como herramienta es la clave para llegar a la conciencia superior».

Strieber, cómo no, asegura haber viajado físicamente a través del tiempo en varias ocasiones. En una de ellas, mientras estaba en Houston, de repente oyó el sonido de un caballo en la calle y vio pasar un carro del estilo del siglo XIX. Se encontró con una mujer que se asustó porque pensó que era un fantasma, y luego volvió al presente. Strieber explica que investigó y buscó la confirmación de su aventura en periódicos del siglo XIX, y que encontró una noticia en la que se describía la aparición que él mismo había protagonizado. Dado que no ofrece al lector ni la fecha ni el título del artículo ni ningún otro dato que permita corroborar que lo que afirma es verdad, nos cuesta mucho creerlo.

En la novena lección de *La escuela secreta*, el autor explica que en el verano de 1954, cuando sólo tenía nueve años, fue llevado al futuro. Así pudo ver las maravillas de la edad moderna, incluido un televisor de pantalla plana, y también pudo contemplar algunas tragedias del futuro, que permanecerían grabadas en su mente toda la vida, como imágenes subconscientes. «Algunas de las escenas eran de sucesos catastróficos que parecen haberse convertido ya en realidad», escribe. Por ejemplo, el gran incendio de Malibú de 1993. Los otros incidentes y tragedias que contempló aún no han ocurrido, aunque el autor cree que podrían suceder en cualquier momento de un futuro próximo.

Al final del libro, Strieber relata otro incidente que sucedió en 1995: un viaje hasta el año 2036, curiosamente el año del que decía venir John Titor. Lo que nos cuenta es aterrador: una bomba atómica ha estallado en la ciudad de Washington, en un acto terrorista; el mundo ha quedado reducido a escombros y Estados Unidos se ha convertido en una dictadura militar corrupta.*

SALTOS TEMPORALES (Y ESPACIALES)

«Los turistas no saben dónde han estado, los viajeros no saben adónde van.»

PAUL THEROUX

EL CUENTO EXTRAÑO DE UNAS VIAJERAS AUSTRALIANAS

Si han visto *Jumper* (2008), sabrán que es un *thriller* de ciencia ficción que relata las aventuras épicas de un hombre que descubre que tiene la habilidad más alucinante de todas: puede teletransportarse a cualquier lugar del mundo que imagine, dando saltos en el espacio (no en el tiempo). Desde Nueva York a Tokio, desde las ruinas de Roma hasta el corazón del desierto del Sáhara, cualquier destino es posible para David Rice. El sueño de cualquier viajero: la posibilidad de atravesar agujeros de gusano del tejido espacio-temporal para plantarse ante cualquier ciudad, edificio y lugar que desee su mente. En un abrir y cerrar de ojos, puede «saltar» de un lado de la Tierra al otro y regresar, puede recorrer veinte puestas de sol en una noche, desayunar ante la Esfinge, pasar el día surfeando en Australia, ir a París para cenar y acabar durmiendo en el desierto de Japón. Hasta que descubre que su libertad no es total, que no está solo, que hay otros *jumpers* (saltadores) y que su existencia está amenazada, ellos que pertenecen a una especie extraordinaria. ¿Todo es ciencia ficción?

En los saltos temporales no siempre es necesario estar en un escenario del pasado, reviviendo una batalla o un acontecimiento histórico. El caso que expondremos a continuación es singular por cuanto es la propia habitación la que se transforma, adoptando la apariencia que debió de tener en algún momento del pasado, sin

que eso implique que sucedió algún acontecimiento extraordinario. Veamos lo que cuenta y cómo lo cuenta un periódico australiano:

> Hace algunos años, cuatro señoras, mujeres piadosas y de vida ejemplar, comenzaron un viaje turístico por Alemania. En su visita a Colonia se alojaron en el hotel Dom, en dos habitaciones dobles que estaban comunicadas por una puerta, que dejaban abierta.
>
> Antes del amanecer, una de las mujeres se despertó al notar una luz brillante que caía sobre los pies de su cama, situada en un rincón de la habitación, entre la ventana y la pared. La luz parecía entrar por un pequeño ventanuco que había cerca del techo; sin embargo, ella estaba segura de que allí no había ninguna ventana cuando se fue a la cama. La luz era continua y persistente. Despertó a su amiga, que por supuesto también la vio. Sus susurros despertaron a las otras dos amigas de la habitación contigua. Las cuatro mujeres se quedaron contemplando aquella luz misteriosa.
>
> Al cabo de un rato, la más audaz se ofreció a subirse a la cama para tratar de averiguar de dónde provenía tan extraña iluminación. Se puso de puntillas sobre la cama y miró a través de la ventana; y vio, en la parte inferior, una gran sala señorial, con una alfombra de junco y varias mesas de caballete dispuestas a lo largo de toda la habitación, de un extremo al otro, con los restos de lo que parecía haber sido un gran banquete. En el centro, entre las mesas, había un par de botas de montar muy grandes, manchadas y sucias. Sin embargo, no había ni el menor rastro de presencia humana. Podía ver la fuente de luz que iluminaba la sala y que entraba en su habitación a través de la pequeña ventana. Se quedó un rato contemplando la escena. La luz seguía brillando, pero la sala permanecía vacía.
>
> Finalmente las mujeres decidieron que era inútil seguir esperando y abandonaron la guardia. Cuando se despertaron por la mañana, comprobaron que, en el lugar donde las cuatro estaban seguras de haber visto por la noche una pequeña ventana en la pared, ahora no había nada. Y tampoco había absolutamente nada anormal en la habitación.*

Los fantasmas de Versalles

Y seguimos con señoras que ven cosas que no deberían haber visto. Sin duda, el caso más famoso de «salto temporal» lo protagonizaron dos mujeres inglesas cuando, el 10 de agosto de

1901, visitaron los jardines del Petit Trianon, cerca de Versalles. Esas dos damas estaban de vacaciones y eran Anne Moberly y Eleanor Jourdain, directora y subdirectora, respectivamente, del St. Hugh's College de Oxford. Cuando contaron lo que les había pasado su prestigio académico quedó cuestionado, pero no por ello se retractaron de sus palabras.

Según explicaron, después de visitar el palacio de Versalles decidieron explorar el entorno en busca del Petit Trianon, pero se perdieron y, mientras vagaban desorientadas, dieron con una granja abandonada. Allí vieron un viejo arado a un lado de la carretera. En ese momento ambas mujeres tuvieron una sensación extraña, como si las invadiera un vago sentimiento de tristeza. Pasaron por allí dos hombres que llevaban unos abrigos verdes y largos y unos pequeños sombreros de tres picos. Las mujeres les preguntaron cómo llegar al Petit Trianon y ellos, sin decir palabra, señalaron un camino que estaba justo delante de ellas. Las mujeres tomaron ese camino y llegaron a un mirador a la sombra de los árboles. Aún no se habían librado de la sensación de extrañeza, aunque todo a su alrededor estaba muy quieto.

Entonces alguien se acercó corriendo y les advirtió que iban por el camino equivocado, que tenían que cruzar por un pequeño puente. Ellas hicieron lo que les dijo y acabaron desembocando ante el Petit Trianon. Vieron a una mujer vestida con prendas anticuadas, sentada en un taburete, dibujando. Un lacayo salió de un edificio cercano y les dijo que para entrar en el Petit Trianon debían dar la vuelta al edificio. Y allí las dos damas se encontraron con los invitados de una boda. El sentimiento de tristeza por fin desapareció, y nada extraño sucedió después.

Unos meses más tarde, ya en Inglaterra, un día Anne mencionó a la mujer del taburete a su amiga, pero Eleanor aseguró que ella no la había visto. Ante aquella extraña discrepancia decidieron apuntar, cada una por separado, lo que habían visto aquel día.

Al comparar sus recuerdos de aquella jornada descubrieron que habían visto a personas diferentes. Al mirar la fecha en el calendario, Eleanor cayó en la cuenta de que el día de su visita era el aniversario del asalto a las Tullerías en 1792, cuando Luis XVI y María Antonieta presenciaron la matanza de sus guardias suizos y fueron encarcelados en el Salón de la Asamblea. Comenzaron a

preguntarse si aquella dama no sería el fantasma de María Antonieta, o incluso si no habrían accedido de forma telepática a los recuerdos de la reina. Localizaron un dibujo de María Antonieta y Anne constató que era la misma mujer que había visto en el jardín y que vestía ropa muy parecida.

Las mujeres volvieron a Versalles en 1902 para seguir investigando. Descubrieron que el jardín no se parecía al de sus recuerdos, sino que correspondía más bien al jardín tal como estaba en el siglo XVIII. En 1911, tras casi diez años de investigaciones, publicaron un libro sobre el incidente, que titularon sencillamente *The Adventure* (Una aventura); lo hicieron bajo los pseudónimos de Elizabeth Morison y Frances Lamont para preservar su identidad, dada la relevancia de sus cargos profesionales. Años más tarde se volvió a publicar el libro, esta vez con sus nombres auténticos y con otro título: *Los fantasmas de Trianon*; el prólogo era de Jean Cocteau.

El libro se vendió muy bien, unos once mil ejemplares en dos años. No todo el mundo creyó que hubieran viajado en el tiempo, mental o físicamente. Muchos sugirieron que probablemente se habrían perdido, y durante varios años se mantuvo una cierta controversia entre las autoras y sus lectores más escépticos. De hecho, en 1950 W. H. Salter demostró que algunos detalles de la versión publicada en 1911 habían sido añadidos a raíz de las investigaciones que realizaron después de su supuesto viaje al pasado. Sin embargo, las señoras Jourdain y Moberly siempre sostuvieron que su experiencia había sido real.*

EL TROMPAZO EN UN PARTIDO DE FÚTBOL

En 1907, un periódico de Michigan, el *Detroit Free Press*, convocó un premio y propuso a sus lectores que presentaran una descripción del incidente más extraordinario que jamás les hubiera sucedido. El ganador fue el señor J. K. M. Berry, de Detroit. ¿Cuál fue su mérito? Contar lo que le había ocurrido un día durante un partido de fútbol americano, similar al rugby europeo. Recibió como premio cinco dólares, que ni siquiera en aquella época era mucho.

Éste es el relato que hizo el señor Berry del extraño suceso:

Sucedió el día del gran partido. A primera hora de la mañana todo el equipo titular y algunos sustitutos se encontraban en el recinto, corriendo y golpeando la pelota; era nuestro último entrenamiento antes del partido. Una pelota vino hacia mí trazando una trayectoria en espiral. Dio un bote y fui a por ella, seguido por el corredor más veloz. Al llegar junto a la pelota, mientras me agachaba para recogerla recibí un golpe terrible en la cabeza, que me dejó tendido en el suelo sin sentido.

Durante un rato me quedé allí sin saber lo que había sucedido. Luego, poco a poco, recuperé el uso de mis facultades. Me di cuenta de que en lugar de encontrarme en mi lugar habitual, me había transportado a un lugar que había conocido en algún momento del pasado. A un centenar de yardas de distancia, a la luz del sol de la mañana, pude ver el techo de paja y las paredes blancas de una casa de piedra. Una niña vino corriendo hacia mí, con la falda ondeando al viento. Lloraba. Se dejó caer de rodillas a mi lado. Pronunciaba mi nombre en voz alta y gemía entre sollozos. Con un gesto delicado me apartó el pelo enmarañado de las sienes; al instante, el dolor desapareció y una sensación de paz dichosa se apoderó de mí.

Cuando me recuperé me encontraba en mi cama y en mi habitación. Estaba tenso y dolorido, pero el accidente no me había causado ninguna lesión grave, salvo la mandíbula dislocada.

Aquella escena, tan extraña y a la vez tan familiar, se quedó grabada en mi mente durante mucho tiempo. Posiblemente el hecho de que me acordara tanto de ella se debía a la violencia del golpe que recibí. Pero la imagen de todo era tan vívida –la casa blanca, las sombras de los árboles sobre la hierba, la cara aterrorizada y pálida de la niña mientras se acercaba y se inclinaba sobre mí– que nunca pude convencerme del todo de que aquello fuera fruto exclusivamente de mi imaginación.

Años después, mi padre recibió una fotografía desde el extranjero, y en cuanto la vi supe que aquél era el lugar donde había estado. Le conté a mi padre mi visión. Él se rio de mi historia, pero de una manera extraña. Con la mirada perdida, me informó de que aquélla era la casa donde había nacido. Mi padre se acordaba del lugar que le señalé; sin embargo, más allá de una mirada perpleja, desconcertada, que demostraba que también él estaba intentando recordar algo de lo que apenas era consciente, no me pudo dar ninguna pista más.

Todo aquello me dejó intrigado. Soy maestro de profesión, y el asunto tocaba mi propia vida tan de cerca que necesitaba intentar resolver el misterio. Planeé hacer un viaje al país natal de mi padre tan pronto como fuera posible, para ver qué podía averiguar allí. Y fui. Todo estaba tal como lo había visto, con algunos lógicos cambios

debidos al paso del tiempo. Localicé el lugar exacto donde había estado postrado en la hierba, y miré de nuevo a la casa en las primeras horas de una mañana de verano; casi podía sentir de nuevo el dolor en la cabeza y notar que una cara aterrorizada se inclinaba sobre mí.

Pregunté a cuantos pudieran saber algo acerca de las tradiciones del lugar, por supuesto sin revelar el motivo de mi curiosidad. Mis abuelos habían muerto, pero a partir de un pariente lejano me enteré de que mi abuelo había sufrido un accidente cerca de su casa. Una mañana, poco después de casarse, un pretendiente despechado por haber perdido la mano de su novia le esperó detrás del gran roble y le siguió con la mirada hasta que se fue al campo a trabajar; le dio un fuerte golpe por detrás y a continuación huyó, dándolo por muerto. Su mujer lo encontró más tarde, cuando ya recuperaba la conciencia.

Yo no creo en la metempsicosis, pero sí sé que un recuerdo vívido de un suceso que supera los límites de mi propia experiencia formó parte, por así decirlo, de mi propia herencia mental. Sin embargo, ¿por qué había permanecido latente durante tantos años, hasta que recibí aquel golpe terrible? ¿Existía alguna relación más estrecha entre las circunstancias de lo que podía parecer? ¿Estaban el agresor de mi abuelo y mi compañero en aquel partido de fútbol en el que me lesioné relacionados de alguna manera? Si es así, ¿mi compañero me hirió sin querer, o bien actuó movido por algún impulso misterioso del que él no era responsable, por una unión misteriosa de espacio, tiempo y circunstancias?*

Un viaje a lo más profundo del inconsciente humano. Nosotros también le hubiéramos dado los cinco dólares... y cinco más si nos hubiera enseñado su herida.

UN PROTOAVIÓN RUSO DE 1912 Y UN ALCALDE ALELADO

En 1912, la agencia oficial de noticias rusa SPTA (Agencia Telegráfica de San Petersburgo, el precedente de la TASS), cuando el zar Nicolás II todavía disfrutaba de su poder y la aviación estaba en mantillas, dio a conocer una historia muy curiosa que salió publicada en más de doscientos periódicos. El alcalde del pueblo de Vyhilevka, Sivak, había ido a la comisaría de policía en Proskurov para contar una historia alucinante que dejó con la boca abierta a todos los que le escucharon.

El día anterior, por la tarde, Sivak había visto una «máquina desconocida» en el campo y, junto a ella, a dos hombres que vestían de manera extraña. Les preguntó quiénes eran y de dónde procedían, pero ellos, en lugar de contestarle, le agarraron por los brazos y lo metieron a trompicones en la máquina. Ésta despegó y empezó a volar, pese a los gritos del alcalde, que exigía que lo devolvieran inmediatamente a tierra. Al cabo de un rato aterrizaron cerca de la ciudad de Bar, en la región de Podolsky, a unos sesenta kilómetros de Vyhilevka, y allí lo soltaron sin más. El aparato volador se marchó y desapareció en el cielo. La policía, tras oír el testimonio del alcalde, se puso a buscar a los misteriosos pilotos pero no logró ninguna pista.

Pocos creyeron que el alcalde hubiera sido secuestrado por un avión. Así se refleja en el periódico de Kharkov, el *Knarkovskie Vedomosti*, en su edición del 6 de enero de 1913 (19 de enero según el calendario gregoriano).

Otro diario, el *Yugo-Zapadnyi Krai*, ofrecía algunos datos más en su edición del 4 de enero de 1913. El alcalde había acudido a la comisaría a las nueve de la noche y había afirmado que los pilotos tenían aspecto militar. Lo último que le dijeron fue: «Ahora puede irse a casa». Sivak tuvo que andar durante tres días para llegar a su hogar, si bien no podía recordar dónde durmió durante ese tiempo ni si alguien lo ayudó, como si se le hubiera borrado el recuerdo del incidente.

Hay algo más: el periódico *Podoliya*, de Podolsk, del 6 de enero de 1913, afirmaba que el secuestro había ocurrido el 24 de diciembre de 1912 (6 de enero de 1913 en el nuevo calendario). También decía que los pilotos no forzaron ni secuestraron al alcalde, sino que le pidieron que les ayudara a reparar el timón de la máquina volante. Al entrar, despegaron de inmediato y el alcalde Sivak perdió la conciencia. Se despertó al aterrizar en la localidad de Bar.

Como ven, las diversas versiones del episodio difieren en algunos aspectos, y no parece que lo sobrenatural pinte aquí gran cosa, sobre todo teniendo en cuenta que los orígenes de la aviación rusa se remontan a los proyectos de la década de 1880 y que en la década de 1900 los avances en la aviación estuvieron a cargo del famoso Konstantin Tsiolkovsky, pionero de los viajes espaciales. De

hecho, en 1904 Nikolái Zhukovski fundó el primer Instituto de Aerohidrodinámica del mundo, en Kachino, cerca en Moscú, y en 1910 el ejército imperial ruso adquirió algunos aviones franceses e inició la preparación de los primeros pilotos militares.

El investigador ruso Mikhail Gershtein señala que en ninguna de las versiones de la historia que hemos comentado sobre el alcalde Sivak se emplea el término «avión»; se limitan a decir «máquina», porque nadie creía que se tratara de un avión normal o convencional. El alcalde no dice cómo era ese avión, el tamaño, la forma o si tenía alas, motor, cabina y demás accesorios, pero conviene saber que un año después del incidente de Sivak, Sikorsky construyó el primer biplano con cuatro motores, y su famoso bombardero. Y ese mismo año, Grigorovich construyó algunos «barcos voladores» para la Marina Imperial de Rusia.

Demasiada proximidad en las fechas como para pensar que podía ser un ovni. Parece más probable que se tratara de un prototipo de avión de los que hemos comentado, cuya aventura aérea pilló desprevenido a un alcalde que luego no supo explicar muy bien lo que le había sucedido.*

Y con razón.

¿Un Cessna que viaja en el tiempo?

Hay noticias de prensa que te dejan frío o caliente, según las interpretemos. Es el caso de la que reproducimos a continuación, que expone un suceso en el que estaría involucrada la Administración Federal de Aviación, la entidad gubernamental responsable de la regulación de todos los aspectos relativos a la aviación civil en Estados Unidos:

> WASHINGTON (UPI) - La Administración Federal de Aviación (FAA) está investigando la historia de un avión que viajó al pasado. La solicitud para que se investigara la hizo la respetable Asociación de Propietarios y Pilotos de Aviones, que comunicó a la FAA que habían conocido la historia por boca de uno de sus miembros.
>
> Ésta es la historia: En enero de 1960, el piloto de un nuevo Cessna 182 informó de que había chocado con un biplano Laird, bastante antiguo. Ninguno de los aviones llegó a estrellarse, pero algunos meses más tarde el piloto del Cessna encontró un biplano

Laird en un granero de una granja de Ohio.

En el fuselaje del Laird encontraron trozos de aluminio incrustados que correspondían al aluminio del Cessna. También encontraron restos de pintura en el viejo Laird, y un análisis reveló que provenía de un avión modelo Cessna. El piloto miró en la cabina del Laird y sacó el libro de vuelo. En él se daba noticia de una colisión «con un extraño avión de metal».

Llevó el registro a Washington, donde el FBI determinó mediante una prueba de laboratorio que el texto había sido escrito alrededor de 1932. Ésa fue la historia según lo que ha comunicado a la FAA. Un portavoz de la FAA dijo que ya han comprobado sus registros y no se ha encontrado ninguna colisión en enero de 1960 entre un Cessna y algo parecido a un biplano Laird.

Una pregunta que preocupa a la FAA: ¿ocurrió la supuesta colisión en 1960 o en 1932? «Es una buena pregunta –dijo el portavoz (en tono irónico)–. ¿El Cessna viajó en el tiempo o fue el Laird el que saltó de alguna manera a 1960? Yo sólo sé una cosa: si el FBI realmente analizó el registro de vuelo para establecer su autenticidad, ya me creeré cualquier cosa».*

Como vemos, el caso tiene todos los ingredientes de un expediente X: el FBI de por medio y un incidente aéreo anómalo que implica un viaje o salto en el tiempo. Como ya habrán adivinado, nunca se supo nada más del asunto.

Y lo del expediente X no lo decimos en broma. Gracias a una noticia publicada en el *Wall Steet Journal* en 2015, se supo de la existencia de un programa de vigilancia masiva desplegado por el Cuerpo de Alguaciles de los Estados Unidos con aviones Cessna equipados con dispositivos que simulaban ser antenas de telefonía móvil. En teoría, este programa pretende facilitar la localización y detención de criminales, pero evidentemente vulnera los derechos de privacidad de los ciudadanos. Algo que activa las alarmas mediáticas debido a que la CIA tiene prohibido realizar este tipo de acciones dentro del territorio estadounidense. Pero...

LA JOVEN DESMATERIALIZADA

En este libro, como ya habrá comprobado el avezado lector, intentamos dar preferencia a los casos y expedientes en los que se produce algún traslado o movimiento sospechoso e inexplicable. Si

se produce una desaparición misteriosa de una persona o un objeto, luego tiene que haber una aparición súbita en otra parte del planeta. Si incluimos en estas páginas la noticia sobre la joven de Minnesota que se desmaterializó es por varias razones: porque esa mujer existió realmente, porque realmente desapareció sin dejar rastro y porque realmente nunca se supo nada más de ella. Todo esto llamó mucho la atención, y pudo dar pie a que más tarde surgieran otras historias o relatos literarios similares, como por ejemplo la desaparición de Oliver Lerch.

Buscando a Oliver Lerch, *New York Morning Telegraph*, 1904.

Así es como describieron el asunto en la prensa, ofreciendo todo lujo de detalles e incluso fotografía*.

CROOKSTON. MINNESOTA, 1 de enero de 1903

El estado de Minnesota está horrorizado por la sorprendente desaparición el pasado 2 de diciembre de Gertrude Strassburger, de veintiún años de edad. Su extraña desaparición constituye un misterio oscuro e impenetrable.

Muchos murmuran que la chica se desvaneció porque hizo un viaje al mundo espiritual sin pasar por la muerte. Los espiritualistas dicen que la señorita Strassburger emprendió un vuelo fantasmal a

través de regiones aéreas. Algunos creen que se vio atraída a la tierra de los espíritus por la sombra de un viejo amor que murió hace años. Otros se burlan de todo esto. Sin embargo, todos admiten que no ha podido ser secuestrada. La hipótesis de que huyó para casarse también ha sido descartada por completo. Cualquiera que haya sido el destino de la joven, tanto si fue transportada al reino de los espíritus como si encontró un final espantoso, el hecho es que su desaparición constituye el caso más raro y más desconcertante que Crookston haya conocido.

El 2 de diciembre, la señorita Strassburger se fue a patinar al río con un grupo de amigos. Se quedó sola durante cinco minutos, y en esos cinco minutos se enfrentó a su destino, fuera cual fuese éste. No se ahogó, eso está claro. Tampoco huyó (no había huellas en la nieve). Justo antes de desaparecer, dijo que había estado «escuchando voces del mundo etéreo». Se marchó. ¿Adónde? Nadie lo sabe.

Se han seguido todas y cada una de las posibles pistas hasta el final, pero lo único que revelan es que la chica desapareció mientras patinaba en el río, durante los menos de cinco minutos en que se quedó sola.

Entre quienes creen en lo sobrenatural, la hipótesis de que la muchacha se desmaterializó está cobrando fuerza. Cuando las autoridades comenzaron a trabajar en el caso, estaban seguros de que en muy poco tiempo podrían explicar su desaparición; sin embargo, ha transcurrido un mes y el misterio no parece próximo a resolverse.

El ayuntamiento ha ofrecido una recompensa de 250 dólares a quien encuentre a la chica, viva o muerta, y los ciudadanos de Crookston han añadido a esa suma otra similar, pero de momento no ha habido ningún resultado. Aunque un equipo de detectives especializados han llevado a cabo una búsqueda extensa y exhaustiva, todos se confiesan superados: no tienen absolutamente ninguna pista con la que trabajar.

A continuación, el periódico hace una reconstrucción de los hechos y ofrece un resumen de las diferentes teorías que se empezaron a barajar:

La noche de la desaparición, la señorita Strassburger salió de su casa y se marchó al río Red, muy cerca de allí, para patinar. En el grupo había varios hombres y algunas mujeres jóvenes, todos amigos cercanos. Al llegar al río, se ataron los patines y empezaron a patinar sobre el hielo durante media hora o más, entre risas y gritos, como

es propio de los jóvenes. Hicieron una carrera hasta el meandro del río, tal vez un cuarto de milla de distancia. Participaron todos, excepto la señorita Strassburger. Alegó que estaba un poco cansada, que se sentaría en un tronco al lado del río y haría de juez de la competición. Uno de los hombres recogió unas cuantas ramas pequeñas e hizo un fuego cerca del tronco; cuando la vio por última vez, la muchacha estaba sentada cerca del fuego, calentándose las manos.

La señorita Strassburger había estado disfrutando de la excursión hasta poco antes de que se propusiera la carrera. Luego hizo un comentario que tal vez tenga relación con su desaparición: «¿Sabes? –le dijo a una de sus amigas–. Me siento tan rara... He estado oyendo música y voces, y es como si viniesen desde lejos. Hace apenas un rato he oído que me llamaba Will, y por un momento pareció como si me tuviese que ir con él».

Will, según se dice, es el nombre de un joven que murió hace unos años. Residía en Crookston, y él y la señorita Strassburger eran grandes amigos. De hecho, muchos pensaban que estaban comprometidos. Tras su muerte, la señorita Strassburger estuvo deprimida durante un tiempo, y a algunas de sus amigas les comentó varias veces que era sólo cuestión de tiempo que se reuniese con él. La joven con la que la señorita Strassburger habló la noche de la salida no prestó demasiada atención a las palabras de su amiga sobre las voces y la música, y no fue hasta hace unos días cuando cayó en la cuenta de su importancia, después que el asunto se hiciera público.

Ahora los creyentes en los fenómenos sobrenaturales han tomado cartas en el asunto, y han propuesto la hipótesis de que, mientras la señorita Strassburger estaba sentada en el tronco junto a la orilla del río, después de que sus compañeros la hubiesen dejado sola, el espíritu del joven se le apareció y la chica fue llevada al hogar del espíritu. Que ella no salió de la ciudad en un tren es un hecho cierto, ya que los detectives tuvieron en cuenta esa posibilidad y la descartaron; la joven era conocida por todos los ferroviarios de los trenes que atraviesan la ciudad, de modo que habría sido fácil seguirle la pista.

También se ha sugerido la hipótesis de que la muchacha huyó para casarse, pero no existe ninguna prueba que lo apoye. En primer lugar, la señorita Strassburger, a pesar de ser una mujer joven y atractiva, no tenía ningún amigo a quien estuviera particularmente vinculada. En segundo lugar, habría sido imposible que se fugara, a menos que fuese en un globo, porque sus amigos estuvieron a cierta distancia de ella durante menos de cinco minutos, y no dejó rastro de sus pasos. […] Cuando los jóvenes se dieron cuenta de que la

señorita Strassburger no estaba escondida, sino que había desaparecido, cundió la alarma, y un ominoso silencio invadió el bosque. Los patinadores recorrieron el río de arriba abajo, llamaron frenéticamente a la joven desaparecida, pero no hubo respuesta. También buscaron ansiosamente agujeros en el hielo por los que hubiera podido caer, pero no se encontró ni uno. Más tarde, los investigadores centraron su atención en el bosque situado a la orilla del río. No pudieron encontrar ni una sola huella de ningún tipo. La nieve estaba blanca y lisa, y a medida que los buscadores buscaban el pánico fue creciendo.

Muchos pensaron que podía tratarse de un secuestro, una hipótesis que poco a poco fue cobrando fuerza, como revela la siguiente resolución aprobada por el ayuntamiento de Crookston:

> Considerando que ha llegado a conocimiento de este consejo que un residente de esta ciudad, la señorita Gertrude Strassburger, ha desaparecido de su casa, y que se cree que tal desaparición ha sido causada por la acción de uno o más criminales, la ciudad de Crookston ofrece una recompensa de 250 dólares a quien o quienes puedan presentar pruebas suficientes para condenar a cualquier persona o personas de una acción penal relacionada con la desaparición.

A algunos de sus amigos, la señorita Strassburger les había comentado en varias ocasiones que ella creía en la reencarnación, y que no le sorprendería que cualquier día se desvaneciese en el aire sin dejar rastro.*

El caso siguió siendo noticia durante los meses siguientes, como demuestra el siguiente artículo de prensa:

> La señorita Gertrude Strassburger, la joven cuya misteriosa desaparición ha causado un estado de alarma general, pronto será encontrada si se puede fiar de uno de los clarividentes, dice el *Crookston Times*.
>
> Dos profesionales del mundo oculto de los espíritus están en la ciudad hoy y ambos aseguran que pueden localizar a la joven. Uno de ellos es un joven soñador de la ciudad de Fertile, Edward Chase. Está aquí para encontrar a la joven y obtener la recompensa. Afirma que ya ha tenido un trance y conoce su ubicación, pero que antes de hacerlo público entrará de nuevo en trance en el lugar donde la muchacha fue vista por última vez. Espera poder tener una

> conversación con el mundo de los espíritus, cerca del puente sur de Crookston, en algún momento a lo largo de esta tarde. El otro es un francés llamado DeBeau, de Terre-Bonne. Él sí tiene pinta de clarividente, con su pelo largo, barba y zapatos adornados con abalorios. Según dicen, ya ha encontrado varias cosas perdidas, como caballos y dinero robado, y es muy astuto para encontrar cosas escondidas. […] Esta mañana ha presentado un diagrama del viaje que hizo la señorita Strassburger después de ser vista por última vez, y donde se marchó del río. Ella patinó hacia la presa y regresó de nuevo al puente. Tras quitarse los patines caminó desde Broadway hasta algún lugar próximo al hotel Crookston, pero fue detenida a la fuerza en una habitación de un edificio cercano. El Sr. DeBeau ha hablado con el Sr. Strassburger, el alcalde Hitchcock y el jefe de la policía Creamer, pero la chica desaparecida aún no ha sido encontrada. Los médiums que se encontraban en la ciudad ayer en busca de la señorita Strassburger no tuvieron éxito. El Sr. DeBeau regresó a casa esta mañana, bastante afectado por el asunto. Edward Chase, en cambio, aún se halla en la ciudad. Ayer entró en trance y logró, aunque sólo en su propia imaginación, localizar a la muchacha en el río, cerca del puente del sur de Crookston.*

La noticia informa también de que el 28 de febrero era el último día para cobrar la recompensa de quinientos dólares por proporcionar información acerca del paradero de la joven o del incidente. También especifica que la muchacha desapareció el 1 de diciembre de 1902. En la edición del 10 de diciembre de 1903 del mismo periódico, se constataba que aquella desaparición seguía siendo un gran misterio. Y aún ahora lo es.

ENTRE LO FALSO Y LO FRAUDULENTO (LA VERDADERA HISTORIA DE...

> *«Historia es, desde luego, exactamente lo que se escribió, pero ignoramos si es exactamente lo que sucedió.»*
>
> ENRIQUE JARDIEL PONCELA

Una cosa es desaparecer sin dejar rastro y otra hacerlo a la vista de testigos. Eso fue exactamente lo que le ocurrió a Orion Williamson, en Selma, Alabama, en julio de 1854: iba caminando por sus tierras y de pronto, ante los ojos de su propia mujer, su hija y dos vecinos, desapareció sin más. La búsqueda, en la que incluso participaron perros sabuesos, no proporcionó la menor pista.

Otro incidente similar ocurrió en Gallatin, Tennessee, en 1880, cuando el hacendado David Lang salió a recorrer sus campos y, sencillamente, se desvaneció en el aire. Esta desaparición fue presenciada por su mujer y también por un juez local, August Peck, y su cuñado, que acababan de llegar a la finca de Lang y lo habían saludado por señas unos momentos antes.

Una noche de noviembre de 1878, un joven de dieciséis años, Charles Ashmore, de Quincy, Indiana, fue a buscar agua a una fuente y nunca más volvió a casa. Su padre y su hermana salieron a buscarlo; encontraron sus huellas marcadas en el suelo húmedo y las siguieron, pero antes de llegar a la mitad del camino hacia la fuente sus pasos se detenían bruscamente. ¿Qué había sido de él?

Hay que mencionar también los casos de dos niños, ambos llamados Oliver, que desaparecieron en Nochebuena (un mal día para desaparecer, si es que hay alguno bueno para hacerlo), sólo que con diez años de diferencia y en distintos continentes. Oliver

Lerch desapareció en 1889 en el camino a la fuente de la residencia familiar, en South Bend, Indiana. Oliver Thomas lo hizo en 1909 en Rhayder, Gales, víctima de unas fuerzas misteriosas. Su familia oyó sus gritos desesperados: «¡Socorro, me han agarrado!», pero cuando acudió en su ayuda el niño ya no estaba.

¿Y qué decir de Rudolph Fentz? Un hombre que desapareció en Nueva York en 1897 y reapareció nada menos que en 1950...

Todos ellos son casos clásicos americanos (menos uno, británico) muy difundidos y que se incluyen en varios libros y artículos especializados en secuestros y desapariciones misteriosas. Como nosotros no queremos que nuestro libro se parezca a otros, hemos indagado sobre el origen de cada uno y nos hemos encontrado con muchas sorpresas. Cuando tiras del hilo es lo que pasa, que das con el ovillo. Nada como conocer la verdad. ¿Se atreven?

El origen incierto de David Lang

Según muchos libros forteanos, algo extraño le pasó a David Lang, que vivía en una granja cerca de Gallatin, Tennessee.

Situémonos. El 23 de septiembre de 1880, Lang acababa de regresar de un viaje de negocios a Nashville. Después de saludar a su familia, se dirigió hacia los establos para ver cómo estaban sus caballos y, mientras cruzaba un campo cerca de su casa, se desvaneció. Se esfumó. Se volatilizó. Su esposa Emma, sus hijos y dos hombres que justo en ese momento pasaban por ahí en un carro vieron con asombro cómo desaparecía. La Sra. Lang gritó horrorizada. Todos, incluidos los del carro –el juez Peck y su cuñado Wade–, corrieron hacia el lugar donde habían visto a Lang por última vez, apenas unos segundos antes. Allí no había ningún árbol ni arbusto donde pudiera haberse escondido, y tampoco ningún agujero en el suelo. Parecía que la tierra se lo hubiera tragado, y sin dejar el menor rastro.

Aquella noche un grupo de voluntarios salió en busca del granjero con lámparas y gritando su nombre, pero al cabo de unas horas de búsqueda infructuosa acabaron desistiendo. Pasaron los días y luego las semanas, y entonces sucedió algo insólito: en el lugar donde Lang había desaparecido, la hierba se volvió amarilla,

trazando un círculo perfecto de unos quince pies de diámetro.

No se celebró ningún funeral ni acto religioso en su memoria. Esperaban que apareciera de un momento a otro. Casi un año después, un día de primavera, los niños de David Lang, George y Sarah Emma, mientras jugaban cerca del siniestro círculo oyeron la voz de su padre, muy lejana y débil, pidiendo ayuda. Luego dejó de oírse. Cuando la señora Lang regresó al lugar unos días más tarde también la oyó, brevemente. Y ésa sería la última vez que alguien la oiría.

Esta historia se acepta como verídica desde que, en julio de 1953, fue publicada por primera vez en la revista norteamericana *Fate*, en un artículo titulado «How lost was my father?». En este texto, el escritor de misterios policíacos Stuart Palmer (1908-1968) afirmaba que él había sido el primero en recoger la historia unos veinte años antes, y que había entrevistado a Sarah Emma Lang, que por entonces tenía sesenta y un años. Sarah le explicó que había intentado ponerse en contacto con su padre mediante sesiones de espiritismo y utilizando la escritura automática, y que en abril de 1929 recibió una breve respuesta: su padre expresaba su alegría por haberse reunido con su mujer por fin en el otro mundo.

Varios investigadores intentaron localizar a la familia Lang en los archivos genealógicos y las bibliotecas, pero no pudieron dar con ningún miembro de la familia ni con ningún documento que demostrara que Palmer contaba la verdad.*

En un mapa de 1879 donde aparecen los nombres de todos los propietarios de las granjas de Gallatin, el de David Lang no figura.**

Finalmente Chris Aubeck, a quien su fino olfato le decía que algo en todo aquello olía a rancio y a falso (de hecho, los casos de Oliver Lerch y de Rudolph Fentz también los aclaró él), investigó el asunto en profundidad. Localizó el texto mencionado por Palmer en su artículo de 1953, una historia titulada «Between two worlds», que se publicó en la revista *Ghost Stories* en abril de 1930. Cabe destacar que esta revista solía contener cuentos de ficción, no testimonios reales. Palmer, así pues, lo había escrito como una pura fantasía.

Sin embargo, Palmer no se lo inventó, o al menos no todo. Se había inspirado en un cuento del popular escritor Ambrose Bierce. En 1893 Bierce publicó *Can Such Things Be*?, una colección de

relatos breves del género de terror y fantástico. En el apartado sobre «desapariciones misteriosas» incluyó tres cuentos. En el primero de ellos, *La dificultad de cruzar un campo*, narra la historia de un granjero llamado Sr. Williamson, que vivía cerca de Selma, Alabama. Una mañana de julio de 1854 Williamson, que estaba sentado con su esposa y un niño en la terraza de su casa, se levantó y dijo que iba a hacer una visita a un amigo. Mientras estaba cruzando un campo en dirección a la casa de su amigo, de pronto desapareció, ante la mirada atónita de varios testigos.

Palmer, debemos añadir, no sólo copió esta historia, sino que añadió una nota en la que indicaba que Bierce se había inspirado en la historia «verdadera» de David Lang. Por otra parte, Sarah Lang afirmaba que su relato se había hecho famoso gracias a la obra que Bierce había escrito más tarde, y que Bierce había sido uno de los muchos visitantes que pasaron por la granja de su padre después del incidente. Pero esto es poco probable, porque por aquel entonces Ambrose Bierce tendría unos doce años. Cuestión de números.

¿Entonces fue Bierce el padre literario e involuntario de la historia de Lang? Pues tampoco. Porque para escribir el cuento Bierce se había inspirado en una noticia que había leído en la prensa, concretamente en el periódico *New York Sun* en su edición del 25 de abril de 1885. Aquí tenemos la noticia original, publicada por primera vez en español:

Desapariciones misteriosas en Virginia

> LYNCHBURG, 24 de abril – Isaac Martin, un joven granjero, de cerca de Salem, Virginia, el miércoles pasado salió de su casa y entró en el campo para trabajar, y desde entonces no se sabe nada de él. Éste es el segundo caso de desaparición misteriosa en esa zona en las últimas dos semanas. La lista de este tipo de desapariciones en la parte occidental del estado en los últimos meses es asombrosa, ya que en este tiempo se han producido muchas, y no se ha encontrado ninguna pista que pueda explicarlas.

Adviértase que el artículo no sugiere que el hombre se disolviera de repente en el campo ante testigos, sino que se fue al campo para trabajar (*«into the fields to work»*).

Pero lo más importante y esclarecedor es la noticia publicada un mes y medio más tarde en el periódico *The Evening Star*, el 26 de

mayo de 1885, que echaba un jarrón de agua fría a quienes seguían atribuyendo la desaparición del granjero a una causa sobrenatural:

> Encontrado ahorcado cerca de su casa
>
> LYNCHBURG, VIRGINIA, 26 de mayo - Isaac Martin, un joven agricultor de cerca de Salem, que desapareció misteriosamente hace más de seis semanas, y que fue objeto de una búsqueda exhaustiva, seguía en paradero desconocido hasta el sábado, en que su cuerpo fue hallado colgando de un árbol no muy lejos de su casa.

Si Ambrose Bierce conocía este dato, se lo calló para su narración. El nombre del granjero ya no era Isaac Martin, sino Sr. Williamson. Años más tarde, Parker copiaría la historia y utilizaría el nombre de David Lang, mucho más periodístico. Y colorín colorado...

UN CHICO LLAMADO OLIVER LERCH

Hay algo universalmente inquietante en los cuentos de niños desaparecidos, sobre todo cuando su destino final sigue siendo un misterio.

Una de las desapariciones misteriosas más persistentes en la literatura forteana es la de Oliver Lerch. Veamos lo que ocurrió.

En la Nochebuena de 1889, un grupo de agricultores acomodados se reunieron con sus familias en la casa de los Lerch, cerca de South Bend, Indiana. Sobre las once y media de la noche, Oliver, de veinte años de edad, salió a buscar agua a un pozo situado a unas setenta y cinco yardas de la casa. Había nevado toda la noche y ahora el cielo estaba despejado e iluminado por una luna llena espectacular. Desafiando el frío, Oliver se abrigó, cogió el cubo y salió. Cinco minutos más tarde, los invitados oyeron un grito de socorro. Todos, con el padre a la cabeza, salieron a ver qué había sucedido; encontraron las huellas del chico en la nieve, pero no al chico. Las huellas se detenían en seco cerca del pozo, como si Oliver hubiera desaparecido antes de llegar a él. Todos juraron que habían oído una voz débil procedente del cielo que exclamaba: «¡Ayuda, me ha cogido!». Nadie volvería a ver al joven Oliver Lerch.

A lo largo de los años esta historia ha sido contada en innumerables libros y artículos y de varias maneras. Una búsqueda en Google ofrece miles de resultados en varios idiomas. Por encima de todo, la de Oliver Lerch es una historia que va cambiando con el paso del tiempo, como si fuera mutando alegremente. Por ejemplo, Brad Steiger cambia el año (Nochebuena de 1909), el apellido (Oliver Thomas), la edad (once años) y la localización geográfica (ahora Gales).*

En septiembre de 1950 otro escritor, Joseph Rosenberger, publicó una versión que acabaría convirtiendo a Lerch en un abducido por los ovnis, y que tendría una gran influencia sobre todas las versiones publicadas desde entonces. Sin embargo, cuando finalmente se preguntó a Rosenberger si lo que había escrito era verdad, confesó: «No hay ni un sólo bit de verdad en la historia de Oliver Lerch. Es todo ficción. Lo escribí hace muchísimos años, en una época de vacas flacas. Un cuento por un dólar».* Pero esto tampoco es cierto, ya que la leyenda de Oliver Lerch existía desde hacía mucho tiempo.

En 1947, por ejemplo, unos días antes de Navidad un periódico australiano publicó el relato de esta desaparición presentándolo como «una historia extraña y verdadera de Navidad».** *Los Angeles Times* la usó en 1939. Y en 1937 el periódico inglés *Lancashire Evening Post* la contó de nuevo como si se tratase de un rompecabezas: pidieron al novelista J. Jefferson Farjeon que intentara solucionar el enigma; su ingeniosa solución fue que habían asesinado al chico y que la voz del cielo era obra de un ventrílocuo.***

Si seguimos retrocediendo, vemos que la historia aparece también en los años 1921, 1914 y 1907. En varios periódicos estadounidenses, australianos y neozelandeses, lo hace en diciembre de 1906. Sin embargo, la primera vez que se publicó fue dos años antes. Y aquí empieza lo bueno. Es como las matrioskas rusas.

El 25 de diciembre de 1904 el nombre de Oliver Lerch aparecía por primera vez en un periódico de Nueva York, *The Sunday Telegraph*. El texto ocupaba la mitad superior de una página. Estaba maravillosamente ilustrado, iba firmado por un tal Irving Lewis y contenía suficiente información como para poder valorar si los hechos narrados eran verdaderos o no.****

La versión de Lewis contiene datos que nunca volverán a repetirse. Por ejemplo, que el señor y la señora Lerch vivían con sus cinco hijos, entre ellos Oliver Morton Lerch. Irving apunta que su padre le puso este nombre en honor a un pariente lejano que había sido nombrado gobernador del estado de Indiana. La desaparición se produjo a las diez y media de la noche. Pero lo más importante de esta versión no son estos detalles, sino la inclusión de una declaración jurada al final del artículo firmada por diez testigos del incidente. Todo eso le daba credibilidad.

Sin embargo, si consultamos los archivos genealógicos de la época descubrimos que ninguna de las personas citadas como testigos existió. Por ejemplo, nunca existió ningún reverendo Samuel Asbury Mallalieu, supuestamente un ministro metodista, pero sí un Willard Francis Mallalieu (1828-1911), un obispo estadounidense de la iglesia metodista episcopal que nunca estuvo en South Bend. Es decir, Irving se inventó un nombre parecido al de este último para dar más verosimilitud a su historia sin meterse en líos por el hecho de emplear el nombre de una persona real, una práctica común en bromas de este tipo.

Del autor, Irving Lewis, se tiene mucha información. Aparece en el directorio de la ciudad de Nueva York de 1897 como residente en el número 483 de la 9th Street, Brooklyn, con el trabajo de editor. De acuerdo con los registros del censo, nació en marzo de 1860 en Concord, Ohio. Él y sus tres hermanos originariamente estudiaron para ser abogados, e incluso llegaron a colgar un letrero en Cleveland, Ohio, que decía: lewis, lewis, lewis & co, pero esta empresa nunca ganó dinero. Todos terminaron como periodistas del *Chicago Times*.* Luego Irving obtuvo el puesto de editor de literatura y obras de teatro en el *Telegraph*.

Para escribir su cuento, Irving se inspiró en otro del periodista estadounidense Ambrose Bierce (de Ohio, precisamente, y que también desaparecería años más tarde, en México, cuando contaba setenta y un años, en un día incierto de 1914). En 1888 Bierce escribió un artículo para el *San Francisco Examiner* titulado «¿Adónde?». Entre numerosos casos ficticios de personas desaparecidas en circunstancias extrañas estaba el del Sr. Williamson, que desapareció de repente mientras cruzaba un campo,* y el relato titulado *El rastro de Charles Ashmore*, en el que

salía una familia de cinco miembros que había vivido en Richmond, Indiana, y luego en una granja en Quincy, Illinois.

La historia nos resulta muy familiar. El 9 de noviembre de 1878, a las nueve de la noche, el joven Charles Ashmore sale de casa con un cubo para buscar agua a un manantial situado a poca distancia de allí. No vuelve, y su familia empieza a buscarlo. Su padre y su hermana siguen sus huellas en la nieve durante unas setenta y cinco yardas, hasta que las pisadas se interrumpen en seco. Charles se ha desvanecido en el aire. Sin embargo, cuatro días más tarde su madre, desconsolada, se acerca al manantial y oye que su hijo la llama. Durante varios meses, la voz se oye a intervalos irregulares, pero nadie sabe de dónde viene, suena como si llegara de muy lejos. Más tarde la voz deja de oírse para siempre. «Si alguien conoce el destino de Charles Ashmore, ésa probablemente es su madre. Está muerta.» Así de lacónico termina Bierce su relato.**

Curiosamente, en 1901 varios periódicos estadounidenses se tomaron dos de las historias de Bierce, la de Williamson y la de Ashmore, totalmente en serio, y las presentaron como noticias, cambiando los lugares a pueblos pequeños de Inglaterra. Estas versiones aparecieron en la prensa hasta 1904, el año en que Irving Lewis escribió la suya.***

No es de extrañar, por tanto, que la leyenda de Oliver Lerch también se tomara en serio. Algunos se la tomaron más en serio que otros. Por ejemplo, en 1914 un granjero de Nueva Zelanda anunció que estaba dispuesto a gastar una fortuna en encontrar al niño. El *South Bend News* publicó esta noticia:

> Se ha iniciado una búsqueda en todo el mundo para encontrar a Oliver Milton Lerch, un niño de South Bend que, según dicen, desapareció misteriosamente de su casa en 1889. La búsqueda se hace por iniciativa de Richard Norman, un acaudalado comerciante y agricultor de Nueva Zelanda que tiene una fortuna reservada para el muchacho. La policía de South Bend ha solicitado que se le comunique cualquier información que pueda ayudarles a encontrarlo...*

No lo encontraron, ni siquiera con el dinero de Norman. Algunos aún siguen buscándolo. Que la realidad no acabe estropeando una buena historia de fantasmas.

Buscando a Rudolph Fentz

El caso de Rudolph Fentz es todo un clásico. Un resumen rápido de la historia sería el siguiente:

Nueva York, 1950. Una calle, en un caluroso día de junio, a las once y media de la noche. Entre la muchedumbre llama la atención un hombre que va vestido como si saliese de una fiesta de disfraces, con ropa elegante pero anticuada. Camina con ansiedad, mirándolo todo con temor. Al parecer, no conoce las normas de circulación para cruzar la calle, porque la cruza corriendo y es atropelladlo por un coche, cerca de Times Square. Muere casi al instante.

Llega un policía y comprueba que no sólo su vestimenta parece provenir de otro tiempo: al registrarle los bolsillos, encuentra unas tarjetas de visita que lo identifican como Rudolph Fentz; sigue buscando y encuentra billetes antiguos y una carta con un matasellos ¡de 1876!

Tras una serie de comprobaciones y conversaciones con miembros de la familia Fentz, el inspector Hubert V. Rihm, del Departamento de Personas Desaparecidas, efectúa la pertinente investigación y da con la viuda de Rudolph Fentz hijo; finalmente, concluye que el hombre atropellado es su padre, desaparecido en 1876 tras salir de casa una noche a fumar un cigarro. Debería tener más de cien años, pero no había envejecido en absoluto, como si hubiese saltado en el tiempo.

A lo largo de los años setenta y ochenta, la historia de Rudolph Fentz se recogió en numerosos libros y revistas escritos en español como un ejemplo de caso perfecto de teletransportación. La aparición repentina y muerte inmediata de Rudolph Fentz sólo se podía explicar mediante un salto en el tiempo de más de setenta años. Eso confirmaría la sospecha de muchos de que viajar en el tiempo era una posibilidad científica completamente real. Aunque había que demostrarlo...

Resulta que ninguno de los divulgadores del caso se había tomado la molestia de ponerse en contacto con la policía de Nueva York para comprobar si el inspector Rihm había examinado un cuerpo sospechoso cerca de Times Square aquel día, o si hubo algún seguimiento del caso en los años posteriores. De hecho, ni siquiera se comprobó si Fentz y Rihm habían existido, y a pocos les pareció

sospechoso que sólo hubiera textos escritos en español sobre aquella historia. Hasta el año 2001, una búsqueda de Rudolph Fentz no daba ningún resultado en buscadores de internet en inglés, exceptuando la traducción de un breve artículo del español y el mensaje de uno de los actuales autores (Chris Aubeck) en un foro donde pedía cualquier información que pudiera ayudar a resolver el misterio.

Contrastemos esa situación con la actual: ahora Google ofrece decenas de miles de resultados en diversos idiomas, desde el inglés hasta el japonés, pasando por el griego, el árabe y el portugués; el caso tiene sus propias páginas en Wikipedia en español y alemán; el nombre de Rudolph Fentz aparece en libros escritos en otros tantos idiomas, y hasta hay un grupo de música heavy que lleva su nombre. Es decir, algo ha cambiado: la historia del desafortunado viajero en el tiempo se ha convertido en leyenda.

El motivo de tanto interés fue la publicidad que rodeó la investigación realizada por Aubeck en el 2000. Como en otras ocasiones, Aubeck empezó rastreando las fuentes hasta su origen. Primero reunió todos los libros y artículos que relataban el caso en español: un artículo de Carlos Canales publicado en la revista *Más Allá* (2000), un libro de Iker Jiménez (1999)* y otro de Joaquín Gómez Burón (1979).** Cada autor presentaba una versión ligeramente distinta de los hechos. En algunas versiones sucedía a las 23.30 horas, en otras a las 23.15 y en otras a las 23.10. En los bolsillos Fentz podía llevar monedas, billetes o ambos. A veces se nombra al FBI, y otras veces es un asunto exclusivo del Departamento de Personas Desaparecidas. Hay versiones en las que Rihm es el único investigador, y otras en las que salen equipos de expertos que emplean las últimas tecnologías para buscar pistas. En una de las versiones Fentz corre a lo largo de la Quinta Avenida hasta el momento en que encuentra la muerte; en otra se materializa en medio de la calle delante de un coche.

El siguiente paso fue buscar cualquier rastro de Fentz en la base de datos de la seguridad social norteamericana, un servicio disponible en internet. Se localizó a un tal «Rudolf Fentz» que había vivido en Chicago, Illinois, entre 1909 y 1976, pero estos años no concordaban con los de la historia, y a un «Franz Rudolph» que había vivido en Manhattan pero había muerto de causas naturales

en el siglo XIX. Lo mismo sucedió con el nombre de Hubert Rihm. Simplemente, no existieron, como más tarde confirmarían una carta de la Biblioteca Pública de Nueva York y otra de la Biblioteca del Estado de Nueva York de abril de 2002. En mayo de ese año, Aubeck recibió una comunicación de Walter Burnes, de la División Policial de Nueva York, en la que aseguraba que ningún hombre llamado Hubert V. Rihm había trabajado como policía en la ciudad. ¿De dónde, pues, había salido aquella historia tan persistente?

Tras varios meses de investigaciones, finalmente se pudo determinar que la historia de Rudolph Fentz había sido publicada como caso verídico, en inglés, en la revista *A Voice from the Gallery* (Una voz en la galería), en el número 4, de 1953. El autor era Ralph M. Holland (1899-1962), editor de la revista y autor de obras de fantasía. De este texto luego bebieron muchos autores posteriores, que añadirían o eliminarían detalles, empezando por Jacques Bergier y George H. Gallet, que reproducen la historia de Rudolph Fentz en *El libro del misterio* (1975),* que en realidad es una recopilación de casos publicados en *Il Giornale dei Misteri* (el de Fentz salía en el número 36, de 1974).

Transcribimos el texto de Holland íntegramente, dada su relativa brevedad y su gran relevancia:

> Una noche de junio de 1950, se vio en Times Square, en la ciudad de Nueva York, a un hombre vestido de modo peculiar; esto conduciría al misterio más incomprensible en la historia del Departamento de Policía de Nueva York.
>
> El comisario Hubert V. Rihm trabajaba en la Oficina de Personas Desaparecidas en aquel momento, y participó activamente en la investigación. Ahora está jubilado y, debido a que no tiene los informes del caso, no pudo darnos las fechas y direcciones exactas. Pero sí se acordaba de los detalles principales. Ocurrió un día a mediados de mes, sobre las 23.15, justo en la hora punta, cuando cierran los teatros.
>
> El hombre parecía tener unos treinta años. Su característica más notable, aparte de su ropa, eran sus largas patillas, pasadas de moda desde hacía muchos años. Vestía un sombrero de seda alto, una levita con botones forrados en tela en la espalda y un chaleco de corte alto con solapas. Llevaba unos pantalones a cuadros blancos y negros, bastante ajustados, sin doblez y planchados sin raya, y calzaba unos botines con botones.

Nadie lo vio salir a la calle. Los testigos lo vieron primero en medio del cruce «mirando pasmado el semáforo, como si no hubiera visto una señal eléctrica en su vida». Entonces pareció advertir de pronto la presencia de los coches y empezó a moverse desesperadamente para esquivarlos. Un policía que estaba en la esquina lo vio e intentó alcanzarlo para llevarlo hasta un lugar seguro, pero antes de que pudiera hacer nada, el hombre ya estaba corriendo hacia la acera. Un taxi lo atropelló y murió en el acto.

Los trabajadores del depósito de cadáveres no prestaron atención a las patillas ni a la ropa. Cuando uno lleva veinte o treinta años en el cuerpo de policía, se encuentra con personas muy raras, algunas mucho más que aquel hombre. Al registrarle los bolsillos, fruncieron el ceño. «Una moneda de bronce vale por una cerveza de 5 céntimos.» Ni siquiera los ancianos conocían el nombre del bar. «La factura de una caballeriza en Lexington Avenue: "por la alimentación y alojamiento de un caballo y por el lavado de un vehículo: 3,00 dólares".» El nombre de la caballeriza no aparecía en la guía telefónica. «Unos setenta dólares en efectivo, todos billetes antiguos, incluyendo dos certificados de oro.» «Tarjetas de visita con el nombre "Rudolph Fentz" y una dirección en la Quinta Avenida, con una carta dirigida al mismo nombre y la misma dirección, con el matasellos de Filadelfia, junio de 1876.» Ninguno de los objetos mostraba señales de envejecimiento.

La dirección de la Quinta Avenida era una tienda. Que los inquilinos actuales supieran, siempre había sido una tienda. Ninguno había oído hablar nunca de Rudolph Fentz. El nombre no aparecía en la guía. Una comprobación de las huellas dactilares, en Nueva York y en Washington, no arrojó ningún resultado. Nadie llamó al depósito de cadáveres, ni pasó para hacer alguna pregunta. El comisario Rihm continuó con su investigación del caso. Buscó «Fentz» en las guías antiguas. Finalmente, en la guía telefónica de 1939 encontró un «Rudolph Fentz Jr.» y una dirección de un apartamento en un lugar céntrico. Allí sí se acordaban de Fentz: un hombre de unos sesenta años, que trabajaba en un banco cercano. Se había jubilado en 1940 y se había mudado de casa. Desde entonces no sabían nada de él.

En el banco, Rihm se enteró de que Fentz había muerto unos cinco años antes, pero que su viuda vivía en Florida. En la respuesta a la carta que Rihm le había enviado, la viuda le explicó que el padre de su marido había desaparecido misteriosamente un día, durante la primavera de 1876. Al parecer, a su mujer no le gustaba que él fumase en casa, decía que dejaba un olor desagradable en las cortinas. Así que, cada día sobre las diez de la noche, el Sr. Fentz salía a pasear y a fumarse un puro antes de acostarse. Una noche

salió y no regresó. La familia gastó una cantidad considerable de dinero en su búsqueda, pero nunca volvieron a saber nada de él.

El capitán Rihm encontró un Rudolph Fentz en la lista de «personas desaparecidas» de 1876. La dirección era la misma que la que salía en las tarjetas y en la carta, así que el lugar era, evidentemente, una residencia particular. Rudolph Fentz tenía veintinueve años y llevaba unas gruesas patillas. La descripción de la ropa que vestía la última vez que lo vieron coincidía exactamente con la de la misteriosa víctima del accidente de tráfico. El caso todavía se consideraba «no resuelto».

El comisario Rihm nunca incluyó en el informe oficial los resultados de sus pesquisas particulares. ¡No se atrevía! ¡Lo habrían mandado de inmediato al manicomio para un examen mental! Después de todo, un hombre no puede desaparecer mientras da un paseo en 1876 y luego aparecer de repente, sin sufrir cambio alguno, en 1950, es decir, ¡74 años más tarde! Nadie se creería semejante historia. Ni siquiera se la creía él mismo, «pero dame otra explicación convincente».

Sin embargo, tampoco Holland se había inventado la historia. Ahora sabemos que la había sacado directamente de un cuento breve publicado en septiembre de 1951 en la revista americana *Collier's*. Este cuento, titulado *I'm Scared* (Estoy asustado), describe numerosos casos de viajes transtemporales. El investigado por el comisario Hubert V. Rihm era el último incidente de la compilación. La moraleja del cuento era que las excentricidades en el tiempo se deben a las presiones del mundo moderno, que obligan a escaparse de la vida cotidiana...

Así pues, el relato *I'm Scared* es el punto cero de esta investigación. Su autor, Jack Finney (1911-1995), fue un prolífico escritor de ciencia ficción, sobre todo de temas relacionados con viajes en el tiempo. Publicó su primer cuento en 1946 y muchas de sus obras posteriores se convirtieron en películas, incluyendo *The Body Snatchers* (en español, *La invasión de los ladrones de cuerpos*), que se publicó en el *Collier's Magazine* en diciembre de 1954. Por tanto, caso resuelto.

LOS FRAUDULENTOS MÉDIUMS TELEPORTISTAS

A lo largo de la historia ha habido diversos reportes de

investigación paranormal, espírita, mística y ufológica, sobre personas u objetos que se vuelven invisibles, se materializan, se desmaterializan o se teletransportan... y luego resulta que no es así. En 1994 James Randi publicó un libro titulado *Fraudes paranormales*; se subtitulaba *Fenómenos ocultos, percepción extrasensorial y otros engaños*.* Por tanto, siempre hay que ser muy cauto con estos casos donde nada es lo que parece, como ocurre con la prestidigitación. En el mundo espiritista decimonónico fueron más abundantes de la cuenta. Entre 1871 y 1874 se publicaron en Inglaterra varios casos de teletransportaciones en revistas especializadas de espiritismo. Las más famosas fueron las de Frank Herne, recogidas en la revista *The Spiritualist* el 15 de marzo de 1872. Esto fue lo que declaró Thomas Blyton sobre Frank Herne en la revista *Light* el 11 de abril de 1931:

> Yo estuve presente en una ocasión durante una sesión de espiritismo en una casa particular en Hackney, en Londres. Sin previo aviso o preparación, en la oscuridad total, el Sr. Frank Herne apareció de repente en medio de los asistentes y, cuando nos sobrepusimos a la sorpresa y seguimos con la sesión, el abrigo, el sombrero y el paraguas del Sr. Herne cayeron sobre la mesa. John King, hablando con su propia voz, explicó que su grupo de espíritus había encontrado una oportunidad inesperada para transportar al Sr. Herne desde un teatro, donde había estado viendo una obra con amigos. Al aparecer, en Hackney se encontraba en un estado semiconsciente.

No se sabe exactamente cómo pudo aparecer Herne en la sala aquella noche, pero en 1875 fue pillado con las manos en la masa durante otra sesión de espiritismo celebrada en Liverpool, en la que intentó hacerse pasar por un fantasma vistiéndose con unas telas blancas. Y se pasó de listo.*

La más famosa de las médiums de materialización, Florence Cook, se las arregló para convencer a un científico, sir William Crookes, de sus poderes extraordinarios, y fue sorprendida en varias ocasiones cometiendo fraude. Florence había sido entrenada en las artes de las sesiones espíritas por su «maestro» Frank Herne, atrapado in fraganti más de una vez en sus propias materializaciones.

Un caso único es el de la médium inglesa Agnes Nichol Guppy-

Volckman, Lizzie para sus amigos, cuyos poderes fueron descubiertos por el explorador y geógrafo Alfred Russel Wallace (quién mejor para descubrir algo). Desde muy joven, mostró los típicos dones de un espiritista: veía fantasmas, y en las sesiones había golpes y movimientos de mesas, seguidos de levitaciones. Nichol se casó con Samuel Guppy en 1867, y su fama se fue acrecentando porque en cientos de ocasiones se producían «aportes» de flores y frutas que se precipitaban sobre la mesa. Las peticiones de los asistentes con frecuencia se veían complacidas. Una vez un amigo del Dr. Russel le pidió un girasol muy grande, de seis pies de altura, y con tierra en las raíces, y el girasol cayó de repente sobre la mesa. Pedid y se os dará. Lizzie complacía a todo el mundo. Y la gente famosa acudía a sus sesiones. La princesa Margarita de Nápoles pidió unos ejemplares de cactus y cayeron más de veinte sobre la mesa; algunos incluso tuvieron que ser retirados con tenazas. La duquesa de Arpino tenía el capricho de ver arena del mar y se vio salpicada por agua marina, con estrellas y peces vivos; el mar quedaba a cien yardas de la casa. A menudo caían anguilas vivas y langostas. Una vez cayó desde el techo una lluvia de mariposas, y en otra ocasión lo hizo una lluvia de plumas que dejó una capa de varios centímetros. Un día, alguien que quería hacerse el gracioso le pidió alquitrán a la Sra. Guppy; la Sra. Berry, en cuya casa se estaba haciendo la sesión, salió corriendo despavorida y dando alaridos después de que su vestido quedara teñido de negro.

Ahora bien, si espectacular era lo de las flores y los bichos, mucho más lo fue su propia teletransportación desde su casa, en Highbury (al norte de Londres), al 61 de Lamb Conduit Street, a una distancia de tres millas. El prodigio ocurrió el 3 de junio de 1871 y fue presenciado por diez testigos, incluidos dos médiums, Charles Williams y el ilustre Frank Herne, lo que ya olía a fraude, dada la fama que tenían. Lizzie declararía más tarde que estaba haciendo cuentas domésticas en su casa cuando salió levitando de su casa y aterrizó a tres millas de distancia, en medio de una sesión espírita, totalmente inconsciente, vestida tan sólo con un camisón y unas zapatillas. Williams y Herne, que dirigían la sesión, habían invocado el espíritu de Katie King para que les trajera a Lizzie. Increíble..., si fuera cierto.*

La teleportación de la señora Guppy recibió mucha publicidad,

pero las opiniones estaban divididas. Algunos espiritistas lo interpretaron como la prueba definitiva de los poderes de los médiums, mientras que otros consideraron que se trataba de un truco publicitario cuyo único fin era elevar el estatus de los tres médiums involucrados en los hechos. A partir de entonces pocos se fiaron de Agnes Guppy, de Frank Herne y de Charles Williams, vistos como cómplices en el fraude. La revista *Punch* publicó un poema satírico acerca del suceso donde se decía lo siguiente:

> La más gordita de Londres,
> y aun así los espíritus la llevaron tres millas,
> y sobre una mesa luego la depositaron,
> detrás de puertas cerradas.
> ¡Qué! Ustedes ya conocen la verdad.
> ¿Nos engañan o nos engañamos a nosotros mismos?
> ¡Bua! ¡Saduceos e incrédulos!
> ¡Saduceos e incrédulos!

El lector interesado en esta historia encontrará todo tipo de detalles en un libro muy divertido publicado en 2014 y titulado *Mrs. Guppy Takes a Flight* (La Sra. Guppy se echa a volar), de Molly Whittington-Egan, actualmente abogada y extrabajadora social en un gran hospital psiquiátrico de Londres.

Tras la muerte de Samuel Guppy, Lizzie se casó por tercera vez y pasó a llamarse Sra. Guppy-Volckman. Ya no volvería a volar hasta el momento de su muerte, en 1917.

Por último, hay que mencionar al médium Francis Ward Monck (1841-1895), un ministro de la iglesia bautista de Bristol que fue detenido por fraude en 1876, en la Inglaterra victoriana. Supuestamente, una noche se fue a la cama en la ciudad donde vivía, Bristol, y se despertó en Swindon, al suroeste de Inglaterra, a unas sesenta millas de distancia. Anunció a bombo y platillo que había sido transportado por el aire por espíritus alados.

Una investigación posterior demostraría que esa noche Monck se levantó de la cama y cogió un tren nocturno hacia Swindon, donde apareció a la mañana siguiente. Su trayecto pudo ser reconstruido enteramente gracias a varios testigos que recordaban haberlo visto en diferentes lugares.*

El profesor de filosofía William Barrett pilló a Monck

cometiendo uno de sus fraudes, con «un pedazo de muselina blanca sobre un armazón de alambre con un hilo negro, que el médium utilizó para simular una materialización parcial de un espíritu».

Monck no sólo fue acusado de fraude, sino que además fue sentenciado a tres meses de prisión ante la evidencia que proporcionaron los «instrumentos» hallados en su habitación tras la celebración de una sesión de espiritismo en noviembre de 1876.

En Inglaterra nunca se presentó a sí mismo como médico, pero sí lo hizo cuando se trasladó a Estados Unidos en busca de mejor fortuna. Allí se hizo pasar por curandero magnético que decía sanar mediante la oración. Residía en Brooklyn, y sus ingresos superaban los de cualquier médico con estudios del país. Pero tanto fue el cántaro a la fuente que al final se rompió, como dice el refrán. Antes de abandonar el país, fue condenado a una pena de prisión por charlatán.

El caso de Bruce Burkan

El 22 de agosto de 1967, un joven de diecinueve años llamado Bruce Burkan se dirigió con su coche a la playa de Asbury Park, Nueva Jersey, para darse un baño en compañía de su novia. Cuando ya habían salido del coche, recordó que tenía que echar unas monedas en el parquímetro. Se fue y no volvió. Lo encontraron en Newark el 24 de octubre siguiente, en un estado deplorable. No se acordaba de nada y llevaba puesta una ropa que no era de su talla. De nuevo, la amnesia hace acto de presencia. El suceso se dio por verídico en muchos medios de comunicación y en varios libros.

Chris Aubeck investigó el caso de Bruce Burkan en el año 2002. Logró ponerse en contacto con algunos amigos y familiares del presunto abducido. La explicación de su desaparición queda bastante clara en este correo electrónico:

> Conozco los hechos, ya que me los contó el propio Bruce en 1975. Bruce montó su propia desaparición. Tenía diecinueve años y estaba prometido, y no quería seguir estándolo. Así que se preparó una maleta con una muda de ropa y la puso en el maletero de su coche. Le dijo a su novia que iba a meter una moneda en el parquímetro, pero en vez de eso se montó en el coche y se marchó,

sin avisar a nadie. Se fue al oeste, a California, y allí encontró trabajo en una zapatería. Su familia estaba desolada. Celebraron una ceremonia religiosa en su memoria y la gente donó dinero para una biblioteca (me mostró el exlibris, el dibujo de un mago, ya que Bruce era mago aficionado). Al cabo de un cierto tiempo se presentó de nuevo en su casa, y sus padres le sugirieron que dijera que sufría amnesia, para guardar las apariencias. Eso fue lo que hizo. Por eso salió un artículo en el *New York Times* sobre su sorprendente reaparición. Qué acto más egoísta por su parte.*

Aubeck pudo comprobar que lo que le había contado este corresponsal, cuyo nombre completo no vamos a decir aquí, era cierto.

UNA BREVE CONCLUSIÓN

Y terminamos. Como se afirma en *El libro de los condenados*, de Charles Fort, vivimos en una seudoexistencia en la que sólo pueden extraerse seudoconclusiones basándose en seudoinformes. El mundo necesita una enciclopedia, lo más seria y rigurosa posible, de los hechos excluidos, de las realidades condenadas al olvido. El misterio, lo mágico y los hechos maravillosos están por todas partes, sólo hay que saber mirar y documentarse, aunque también hay que saber detectar los posibles engaños de nuestros sentidos y el fraude deliberado. Queremos creer (*I want to believe*, el lema de Fox Mulder), y en este libro hemos aportado indicios más que suficientes, pero tampoco queremos comulgar con piedras de molino.

El libro de Fort va mucho más allá de la mera recopilación de unos centenares de hechos insólitos y malditos. Su gran mérito radica en que plantea una nueva filosofía, un nuevo enfoque para ver y entender las cosas y hasta nuestra propia percepción de la realidad. Y nuestro libro se declara un poco heredero y deudor del fabuloso trabajo forteano.

Notas

* El texto de Agobardo puede encontrarse en la colección *Patrología latina* de J. P. Migne (vol. CIV, pp. 147-158).

* Mª Luisa Vallejo y Guijarro y Mª Luisa Sánchez Vallejo, *Leyendas de Murcia*, Imprenta de Falange, Cuenca, 1959.

* Archivo Diocesano de Cuenca, Fondo de la Inquisición, legajos 96 y 99.

* Padre Feijoo, *Cartas eruditas y curiosas*, tomo I, carta XXIV, 1742.

* François Perrault, *L' Antidemon de Mascon, ov la relation pvre et simple des principales choses qui ont esté faites et dites par vn Demon il y a quelques annees dans la ville de Mascon en la maison du Sr. Perreavd,* Chouët, Ginebra, 1656, pp. 54-56.

* Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, tratado tercero, Castalia, Madrid, 1982, ed. de Giovanni Allegra.

* Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, *op. cit.*, pp. 307-309.

* Torquemada, *Jardín de flores curiosas*, *op. cit.*, p. 313.

* Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, segunda parte, capítulo XLI.

* Marcelino Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 (edición digital basada en la de Madrid de Editorial Católica, 1978, pp. 728-729).

* James H. Elsdon, *On the Life and Work of the Spanish Humanist Antonio de Torquemada* (1937), citado por Giovanni Allegra en su edición del *Jardín de flores curiosas* de Torquemada.

* Julio Caro Baroja, *Vidas mágicas e Inquisición*, tomo I, Ediciones Istmo, Madrid, 1992.

* Carmen Blacker, «Supernatural abductions in Japanese folklore», *Asian Folklore Studies*, vol. 26, nº 2 (1967).

* La historia original se encuentra en *Collectanea Chronica und denkwürdiger Sachen pro Chronica Lucernensis et Helvetiae*, manuscrito escrito por Renward Cysat.

* Katharine Briggs, *Diccionario de las hadas,* Editorial José J. de Olañeta, 1992.

* Robert Kirk, *La comunidad secreta*, Siruela, Madrid, 2009.

* Aurelio de Llano Roza de Ampudia, *Del folklore asturiano: mitos, supersticiones, costumbres*, Instituto de Estudios Asturianos del CSIC, 1983.

** Adriano García-Lomas, *Mitología y supersticiones de Cantabria*, vol. 8, Ed. Estvdio (Biblioteca Cantabria), Santander, 2000.

* «Kidnap[p]ed by fairies?», *The Oregonian* (Portland, Oregón), 9 de diciembre de 1945.

* Walter Evans-Wentz, *The Fairy-Faith in Celtic Countries*, H. Frowde, Londres, 1911.

* E. Hamer, «Parochial account of Llanidloes», en *Welsh Folklore*, 1888.

** John Aubrey, *Miscellanies*, Londres, 2ª ed., 1721 (1ª ed. 1696), pp. 158-162.

*** W. Carew Hazlitt, *Faiths and Folklore of the British Isles*, vol. 1. Benjamin Blom Inc., Nueva York, 1905 (repr. 1965), p. 222.

* Edwin S. Hartland, *The Science of Fairy Tales –An Inquiry into Fairy Mythology*, Londres, 1891.

* *Occult Review*, vol. VI, p. 330 (citado por D. Scott Rogo, *The Haunted Universe*, New American Library Inc., Nueva York, 1977).

** «Worried by a witch», *New York World*, 25 de marzo de 1883. En: Charles Fort, *Lo*!, 1931, p. 215.

* Robert Louis Stevenson, *Kidnapped* (1886).

* K. Briggs, *A Dictionary of Fairies*, Penguin Books, Londres, 1976.

* Elias Owen, *Welsh Folk-Lore, a Collection of the Folk-Tales and Legends of North Wales* (1896); facsímil publicado por Llanerch Publishers, Felinfach, Gales, 1996, pp. 93-94.

* Jan Knappert, *An Encyclopedia of Myth and Legend: African Mythology*, Diamond Books, Londres, 1995, pp. 71-72.

* W. Bottrell, *Traditions and Hearthside Stories of West Cornwall Penzance*, vol. II, 1870-1880.

* Jenny Randles, *Abduction: Over 200 Documented UFO Kidnappings Investigated*, Robert Hale, Londres, 1988, p. 19.

** Katherina Wilson, *The Alien Jigsaw*, Puzzle Publishing, Portland, 1993, p. 193.

*** Jeffrey Gant, *Early Irish Myths and Sagas*, Penguin Books, Londres, 1981.

* Charles C. Goodin, «Tengu: The Legendary Mountain Goblins of Japan», *Furvu: The Budo Journal*, nº 2 (verano-otoño de 1994).

** Massimo Izzi, *Diccionario ilustrado de los monstruos*, Olañeta, 1996.

* La versión citada aquí es del cronista del siglo XIV Nicéforo Calixto. Forma parte del origen del himno trisagio de la Iglesia griega. Las diferentes versiones están de acuerdo en la mayoría de los detalles, excepto en el año exacto y el lugar al que fue transportado el niño.

** Paul Dong, «Feidie bai wen bai da» («Preguntas y respuestas sobre ovnis», Deli Shuju, Hong Kong, 1983); traducido por Gordon Creighton y publicado en *Flying Saucer Review*, 29:6 (1984), pp. 16-17.

* *Los Angeles Herald*, 5 de marzo de 1907.

* «A black ghost stole her», *The Daily Picayune*, Nueva Orleans, 28 de diciembre de 1891.

* «A remarkable ghost story», *The Hartford Herald* (Hartford, Kentucky), 17 de enero de 1900.

* John Aubrey, *Miscellanies*, Londres, 1721 (2ª ed.; 1ª ed.: 1696), pp. 158-162.

** *Año Cero* IX:107, junio de 1999.

* Roy Hale, «First ‘Grey’ Report?», UFO UpDates, Toronto, 1 de mayo de 1999.

** *Malaysian UFO Bulletin*, nº 4 (abril de 1982).

*** Jenny Randles, *Abduction*, Headline Book Publishing, Londres, 1988, p. 162.

* Biblioteca de Investigadores de la Provincia de Guadalajara, signatura C2A/15, cuadernillo titulado «Noticia histórica de Nª Sª de la Varga», Ramón Ruiz, Madrid, 1797. Muchas de las noticias que en ella se recogen, incluidos los milagros, se basan en la «Historia de Nª Sª de la Varga de la villa de Uceda, por D. Bernardo Matheos, cura de la parroquia de dicha villa», documento de 1728.

* Tomado de Felix Liebrecht (ed.), *Des Gervasius von Tilbury: Otia imperialia,* Hannover, C. Rumpler, 1856, sección 13,4.

* *Año Cero*, agosto de 1998.

* Información procedente de un correo electrónico de Jerry Clark a Magonia Exchange del 6 de marzo de 2013, y de su obra *The UFO Encyclopedia: The Phenomenon from the Beginning*, 2ª ed., 2 vols., Omnigraphics Books, 1998, pp. 867-869.

* «Shedding light on legends of darkness», 28 de abril de 2005.

* *New lights from the world of darkness; or the midnight messenger; with solemn signals from the world of spirits. Containing wonderful evidences of the visits of ghosts, apparitions, & c. ...*, T. Maiden, Londres, 1800.

* «Haunted bread», *Democrat and Chronicle*, Rochester, Nueva York, 25 de octubre de 1903, p. 1.

** «A ghostly lunch-fiend», *Jackson Citizen* (Jackson, Michigan), 29 de julio de 1879.

* Fuente: Jeff Kripal y Whitley Strieber, *The Super Natural: A New Vision of the Unexplained*, Tarcher, Nueva York, 2016, pp. 199200 (edición Kindle).

* John Gregorson Campbell, *Superstitions of the Highlands and Islands of Scotland*, Macmillan and Co., Londres, 1900.

* Yogananda, *Autobiografía de un yogui*, Self-Realization Fellowship (fundada por Yogananda), cap. VII, 1997, p. 50.

* Juan Blázquez Miguel, *Castilla-La Mancha. Magia, superstición y leyenda*, Everest, 1991.

* Fragmento de la carta al rey Felipe IV, conocida como «Memorial de fray Alonso de Benavides», publicada por la Imprenta Real de Madrid, 1630.

* Clara Tuite, *Lord Byron and Scandalous Celebrity*, Cambridge University Press, 2015, p. 249.

* Giuseppe Lapponi, *Hypnotism and Spiritism*, Longmans, Green and Co., Nueva York, 1907, pp. 127-133.

* Herbert Thurston, *Ghosts and Poltergeists*, Burns Oates, Londres, 1953, pp. 146-151.

** Nandor Fodor, *Mind over Space*, Citadel, Nueva York, 1962, pp. 5051. La fuente de Fodor era «An Indian poltergeist», *Journal of the American Society for Psychical Research*, marzo-mayo de 1930.

* Flavio Filostrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, Gredos, Madrid, 1979.

** Carmen Padilla, *Los milagros de la vida de Apolonio de Tiana*, Ed. El Almendro, 1991.

* *Conquistas de las islas Filipinas*..., Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), Madrid, 1975. Instituto Enrique Flórez, Departamento de Misionología Española.

* Publicado en Cambridge para la Hakluyt Society, University Press, 1971.

* Alexandra David-Néel, *Magos y místicos del Tíbet*, Ediciones Índigo, Barcelona, 1988.

* André Dupeyrat, *21 años con los papúes*, Labor, Barcelona, 1957.

* Douchan Gersi, *Faces in the Smoke: an Eyewitness Experience of Voodoo, Shamanism, Psychic Healing, and Other Amazing Human Powers*, 1991; traducido al español como *Vudú, magia y brujería* (América Ibérica. *Año cero*. 1994) y también como *Sabidurías invisibles* (Martínez Roca, 1992).

* Wilfred G. E. Watson, *Traditional Techniques in Classical Hebrew Verse*, Sheffield Academic Press, Journal for the Study of the Old Testament, Supplement Series 170, Sheffield, 1994, pp. 69-72.

* Sir E. A. Wallis Budge (trad.), *The Queen of Sheba and Her Only Son Menyelek (Kbra Nagast)*, In parentheses Publications, Ethiopian Series Cambridge, Ontario, 2000, pp. 141-142.

* Antonio Piñero, *Los Apocalipsis: 45 textos apocalípticos, apócrifos judíos, cristianos y gnósticos*, EDAF, 2007. Traducción del etíope del texto citado por parte de Federico Corriente.

* *Evangelios apócrifos*, Editorial Maxtor, 2015, p. 107, traducción de Edmundo González-Blanco.

* Idries Shah, *La sabiduría de los idiotas. Cuentos de la tradición sufí*, EDAF, 1993.

* *La batalla de Alcoraz según Diego de Aínsa*, 1619.

* Esta cita y las siguientes están tomadas de la edición de *El anacronópete* de Círculo de Lectores (Colección Raros y Curiosos), 2000.

* Luciano, *Obras I,* introducción, Gredos, Madrid, 1996.

* Existe una traducción al español: *El sueño o la astronomía de la Luna*, con introducción, traducción, notas e índices de Francisco Socas (Universidad de Huelva, 2001).

* Carlos García Gual, *Viajes a la Luna: de la fantasía a la cienciaficción*, ELR Ediciones, 2005.

* Cyrano de Bergerac, *El otro mundo o los estados e imperios de la luna*, Ed. Altaya, Barcelona, 1994, traducción de Polux Hernúñez.

* Este tratado está incluido en el libro de Torres Villarroel *Conversaciones Physico-Médicas y Chímicas de la Piedra Filosofal*. Hemos utilizado la edición de Salamanca de 1752.

* Voltaire, *Micromegas*, Editorial Legasa (El Arca Perdida), 1981, presentación de Fernando Savater.

* Citamos por la edición de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

* E. Allan Poe, *Cuentos 2*, Alianza Editorial, 1972, traducción de Julio Cortázar.

* Donald Keene, «The tale of the bamboo cutter», *Monumenta Nipponica*, vol. 11, nº 4 (enero de 1956), pp. 329-355; publicado por Sophia University.

* *Alamosa Journal*, 21 de abril de 1905.

* Disponible en: http://www.bibliotecapleyades.net/marte/marte_yoheestadoenmarte.htm

* «An Extraordinary Burglar», *Edinburgh Evening News*, Midlothian (Escocia), 8 de septiembre de 1877.

* *Evening News* (Sydney, NSW), 12 de diciembre de 1889.

** En 1892 se vio una gran lluvia de estrellas, que según los expertos correspondían al cometa Biela, desintegrado completamente (ya se había fragmentado en dos en 1845).

*** «Insane over the comet», *Philadelphia Inquirer* (Philadelphia, PA), 27 de noviembre de 1892.

* *Philadelphia Inquirer* (Philadelphia, PA), 14 de febrero de 1896.

** «Stood on the corner», *Anaconda Standard* (Anaconda, MT), 8 de octubre de 1900.

* «Man from Mars appears in Church», *The Duluth News Tribune*, 28 de abril de 1903, p. 3.

** *Bunbury Herald* (Bunbury, Australia Occidental), 12 de abril de 1907.

* «James Watson lives in Mars», *Chehalis Bee Nugget* (Chehalis, Washington), 4 de enero de 1912.

** «Martian in asylum», *Rockford Republic* (Rockford, Illinois), 23 de marzo de 1923.

* «Space critter finds room in city jail», *Register-Republic* (Rockford, Illinois), 11 de febrero de 1956.

* Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=3Exxq847GmE

* “#474: Andrew Basiago”, http://americanloons.blogspot.com.es/2013/03/474-andrew-basiago.html; “Andrew Basiago”, http://rationalwiki. org/wiki/Andrew_Basiago

* *Las tierras o mundos de nuestro sistema solar*. La versión que hemos utilizado es la traducción del Dr. L. E. Calleja.

* Anon, *A true and perfect relation of a boy*, ed. de Kirsten C. Uszkalo. The Witches in Early Modern England Project, 2011.

* «The Messiah craze, interesting facts about its origin and extent», *The New York Times*, 24 de noviembre de 1890.

* *Short and True Account of a Young Youth Born in Philadelphia of honest and true Christian parents who was taken away by an Angel the 31st of January 1768, up to the Celestial Parts where the Lord of Hosts showed her great Wonders and supernatural Things.* Impreso por Anthony Armsbruster en Third Street, Filadelfia, 1768.

* «Little by who ‘came back from heaven’ says he made it up»; disponible en: http://www.people.com/article/alex-malarkey-boy-who-came-back-from-heaven-hoax

* El libro fue publicado por Planeta en 2013.

* Eben Alexander, *La prueba del cielo*, Planeta (Zenith), Barcelona, pp. 117-118.

** Luke Dittrich, «The prophet: an investigation of Eben Alexander, author of the blockbuster *Proof of Heaven*», *Esquire* (Nueva York), agosto de 2013.

* Pausanias, que vivió en el siglo II d.C., escribió una obra titulada *Hellados periegesis* (Descripción de Grecia), formada por diez libros en los que narra un viaje en diversas etapas, aportando datos mitológicos, geográficos e históricos de los lugares que visitó. Se considera la primera guía turística conocida.

* Toda esta historia se cuenta en *La Cruz. Periódico exclusivamente religioso*, tomo II, México, 1856, pp. 584-587, en la noticia titulada «Vaticinio cumplido».

* Andrew Tomas, *No somos los primeros*, Plaza y Janés, Barcelona, 1976, p. 183.

* «Still a living inspiration, Karel Hynek Mácha», *Welcome to the Heart of Europe*, THEO Publishing (en cooperación con la sección de prensa del Ministerio de Asuntos Exteriores checo), 1/2007, p. 24.

* Puede encontrarse esta afirmación tan sorprendente en *Life and Teaching of the Masters of the Far East*, DeVorss & Co. (1937), p. 23.

* *Gazzetta d'Alba,* 19 de abril de 1989.

* Disponible en: www.chronos.ws

* Rob Schwarz, «The craigslist time travelers», 20 de marzo de 2015. Disponible en: http://paranormalis.com/threads/the-craigslist-time-travelers.10121/

* Whitley Strieber, *The Secret School*, HarperCollins, 1997.

* *The Maitland Daily Mercury* (New South Wales, Australia), 13 de marzo de 1909, p. 3. Cita como fuente el *Chambers Journal* de enero de 1909.

* Fuente: http://hoaxes.org/versailles.html

* «An inherited vision», *Detroit Free Press* (Detroit, Michigan), 23 de junio de 1907, p. 53.

* Mensaje de Mikhail Gershtein en Magonia Exchange, 11 de diciembre de 2003.

* *Register*, 8 de marzo de 1961.

* Extraído de «Was This Girl Abducted by Her Dead Lover's Spirit?», *The Inter Ocean* , (Chicago, Illinois), 4 de enero de 1903, p. 36.

* «Was this girl abducted by her dead lover's spirit?», *The Inter Ocean* (Chicago, Illinois), 4 de enero de 1903, p. 36.

* «Two days left», *Red Fall Gazette* (Red Falls, Minnesota), 26 de febrero de 1903, p. 1.

* Bob Rickard, «Fortean corrigenda: disappearance of David Lang, based on research by Robert Forrest and Herschel G. Payne», *Fortean Times*, octubre de 1976.

** Rodney Davies, *Supernatural Vanishings: Otherworldly Disappearances*, Sterling Publishing Co. Inc., Nueva York, 1996, pp. 135-136.

* Brad Steiger, *Strangers from the Skies*, Award Books, Nueva York, 1966.

* Joe Nickel, «The Oliver Lerch disappearance: a postmortem», *FATE*, marzo de 1980.

** «A weird, true Christmas story: the boy who vanished in the sky», *Queensland Times,* Ipswich, Qld., Australia, 20 de diciembre de 1947.

*** «Unsolved mysteries. The strange case of Oliver Lerch with solution suggested by J. Jefferson Farjeon. The man who vanished», *Lancashire Evening Post*, 30 de julio de 1937.

**** Irving Lewis, «The man who disappeared», *Morning Telegraph*, Nueva York, 25 de diciembre de 1904.

* «These men deal in scoops», *Los Angeles Herald*, 29 de enero de 1894.

* Como hemos visto antes, este cuento con toda seguridad es el que inspiró la leyenda de David Lang divulgada por Stuart Palmer en *Fate* en 1953.

** Ambrose Bierce, «Whither», *San Francisco Examiner*, San Francisco (California), 14 de octubre de 1888.

*** «Many thousand people lost in London in a year», *Boston Herald*, Boston (Massachusetts), 26 de junio de 1904; «Many lost in London», *Tri-City Star*, Davenport (Iowa), 19 de septiembre de 1904; «People lost in London», *Deaf-Mutes Journal*, México (Nueva York), 3 de noviembre de 1904.

* «Seek youth who has been missing score of years», *South Bend News*, South Bend (Indiana), 17 de enero de 1914.

* Iker Jiménez, *Enigmas sin resolver*, EDAF, Madrid, 1999.

** Joaquín Gómez Burón, *Los enigmas pendientes*, Ediciones Uve, Madrid, 1979.

* Jacques Bergier y Georges H. Gallet, *El libro del misterio*, Plaza y Janés, Barcelona, 1981.

* Editado en España por Tikal. Otro de esos libros desmitificadores es *Los fraudes espiritistas y los fenómenos metapsíquicos*, de Carlos M. de Heredia, Acervo, Barcelona, 1993.

* Janet Oppenheim, *The Other World: Spiritualism and Psychical Research in England, 1850-1914*, Cambridge University Press, 1988, p. 19.

* Nandor Fodor, *Encyclopedia of Psychic Science* (1934), Gale Research Inc., Detroit, 1991, p. 704.

* *The Atchison Daily Globe* (Atchison, Kansas), 7 de mayo de 1883, p. 2.

* Correo electrónico de E. Thompson a Chris Aubeck del 20 de diciembre de 2002.

Viajes inexplicables
Jesús Callejo y Chris Aubeck

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto y de las fotografías del interior: Jesús Callejo y Chris Aubeck, 2016.
© fotografías de la cubierta: Shutterstock.

© Grup Editorial 62, S.L.U., 2016
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2016

ISBN: 978-84-16694-15-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com